

La Camada del León

La esperada continuación de *El León de Cartago.*

En un marco de aventuras, amor e intriga, La camada del león relata la juventud de Aníbal Barca, convertido en el gobernador cartaginés de Isphanya, y la evolución de su personalidad hacia la plena madurez y su legendario destino. Sus contradicciones internas, así como las de sus hermanos y su esposa, harán aflorar contrapuestos sentimientos amorosos. Una aventura en la que Aníbal y sus agentes nos llevarán desde Akra Leuke (Alicante) y Arse (Sagunto), cuyo asedio fue el detonante de la segunda guerra púnica, pasando por las calles de una Cartago deslumbrante y crepuscular, hasta los desiertos de los jinetes númidas y los bosques de las estribaciones del Atlas, a la caza de los míticos elefantes de guerra. Un viaje inolvidable por uno de los episodios más emocionantes de la historia antigua en el Mediterráneo: las guerras púnicas.

Lectulandia

Luis de la Luna Valero

La Camada del León

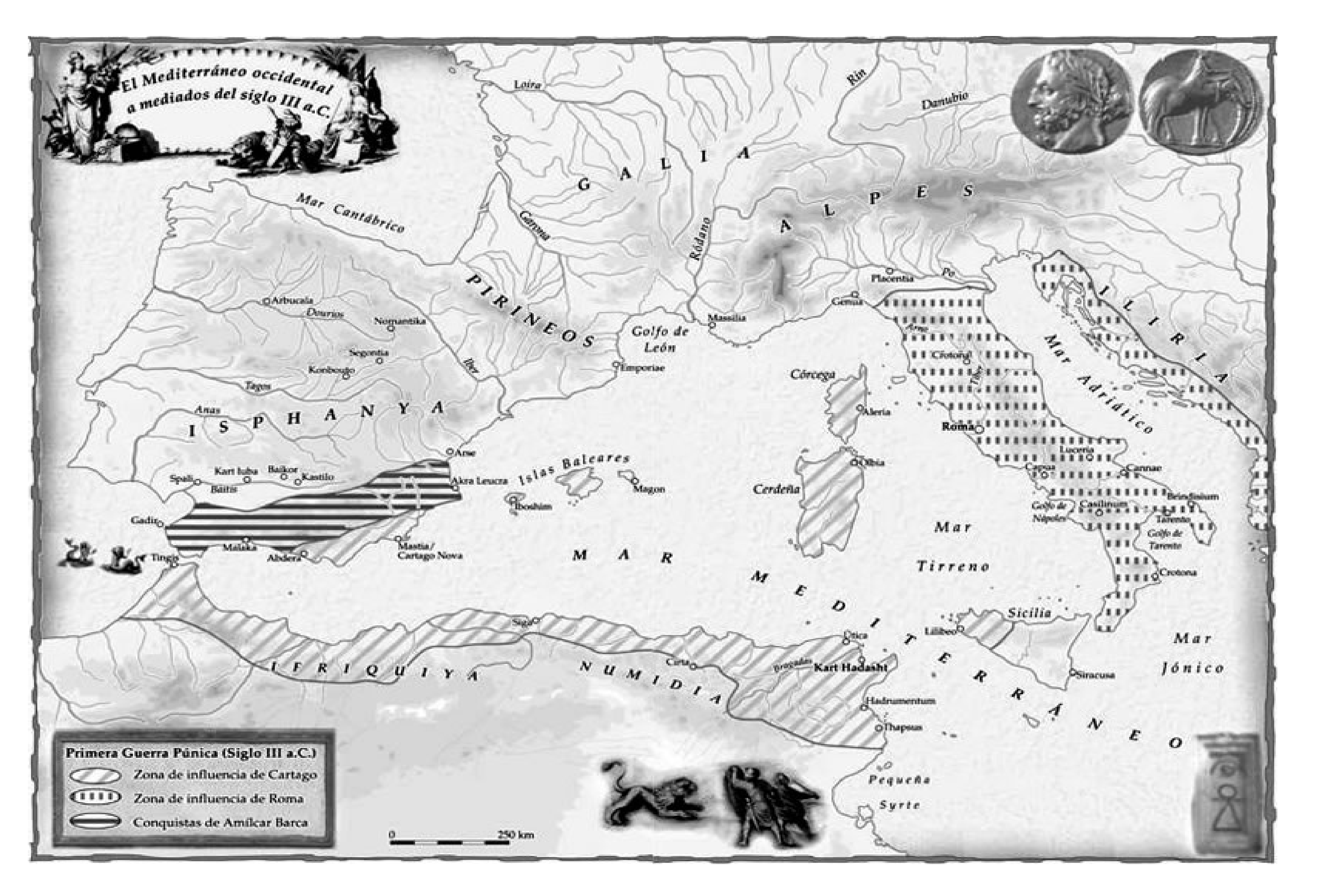
El Leon de Cartago - 2

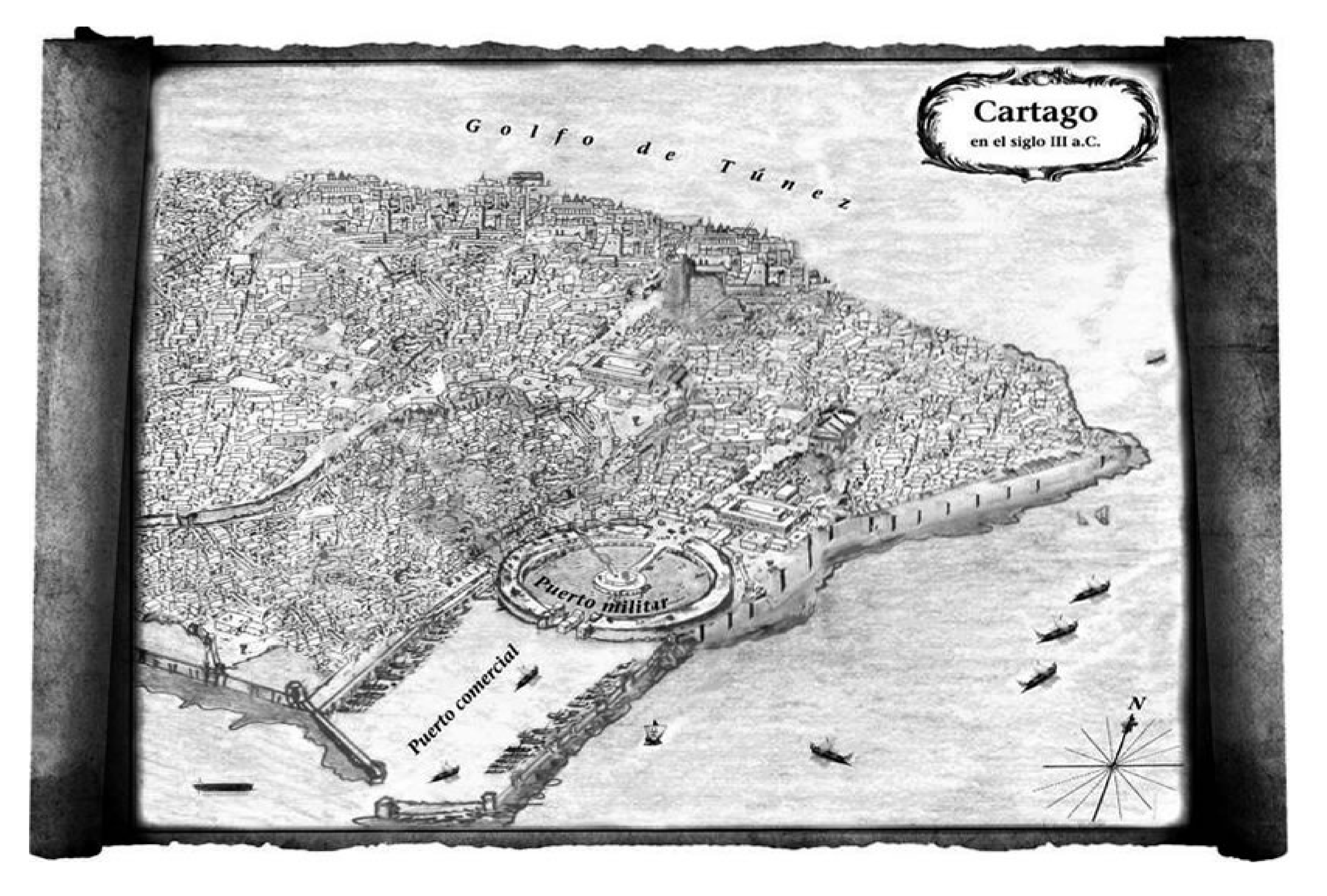
ePub r1.0
Titivillus 28.06.16

Título original: *La Camada del León*
Luis de la Luna Valero, 2013
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para mis entrañables amigos de la SAFA: Pepín y Mar, Miguel y Pilar, Pepe y Cova, Miguel Ángel y Victoria, Pepe y Carmen, Luis Carlos y M.ª José, Fernando y Reyes, Cote… Y, en especial, a la memoria de José Fernando Pertierra.


El Mediterráneo occidental
a mediados del siglo III a.C.
Primera Guerra Púnica (Siglo III a.C.)
Zona de influencia de Cartago
Zona de influencia de Roma
Conquistas de Amílcar Barca
0
250 km
Mar Cantábrico
G A L I A
A L P E S
I L I R I A
P I R I N E O S
I S P H A N Y A
Loira
Rin
Danubio
Garona
Ródano
Po
Arno
Tíber
Iber
Durius
Tagos
Anas
Arbucala
Numantika
Segontia
Konbouto
Kart Iuba
Baikor
Kastilo
Spali
Bätis
Gadir
Malaka
Abdera
Mastia/
Cartago Nova
Akra Leucra
Arse
Emporiae
Golfo de
León
Massilia
Genua
Placentia
Crotona
Roma
Luceria
Capua
Casilinum
Golfo de
Nápoles
Cannae
Brindisium
Tarento
Golfo de
Tarento
Crotona
Mar Adriático
Córcega
Aleria
Olbia
Cerdeña
Islas Baleares
Iboshim
Magon
Mar
Tirreno
M A R
M E D I T E R R Á N E O
Mar
Jónico
Sicilia
Lilibeo
Siracusa
Tingis
Siga
Cirta
Útica
Kart Hadasht
Hadrumentum
Thapsus
Pequeña
Syrte
I F R I Q U I Y A
N U M I D I A


Cartago
en el siglo III a.C.
Golfo de Túnez
Puerto militar
Puerto comercial
N

Prólogo

La historia de Cartago y el Mediterráneo occidental, tal como la conocemos, no podría entenderse bien sin la figura del hijo del glorioso Amílcar, el León de Cartago. Nos referimos a Aníbal Barca, un talento militar que llevó a cabo una serie de hazañas bélicas, humanas y logísticas de una magnitud tal que empalidecieron aquellas que logró su padre. De este modo, sus hechos fueron tan enormes y destacados que nos permiten afirmar que, dentro de ese gran mundo de la Historia y la Biografía, Amílcar ha quedado relegado y se ha convertido en un destacado semidesconocido. No obstante, en la novela *El León de Cartago* nos unimos a autores que nos precedieron e intentamos reivindicar su figura y sus méritos, que fueron muchos.

Ahora bien, es importante destacar que Aníbal, el victorioso general cartaginés que ha asombrado a generaciones durante siglos con sus gestas inmortales, no siempre fue el genio invicto que todos recordamos, el líder que arrastró tras de sí a miles de hombres de cien naciones distintas a través de los Alpes, aquel que logró el apoyo del senado de Cartago de una manera casi unánime, el que jugó con los romanos y con los ejércitos que estos enviaban en su contra, cual si fuera un niño planeando batallas en el suelo con sus soldaditos de juguete, tendiendo trampas a sus cónsules en las que caían reiteradamente, aniquilando grandes cuerpos armados completos, llenando sus cementerios con las cenizas de sus víctimas e imponiendo un pavor en Roma de una dimensión y de una duración tan enormes, que solo Atila el huno con sus hordas, seiscientos años más tarde, sería capaz de llegar a alcanzar tales cotas de terror, de odio y de repulsa por parte de los romanos.

Pero antes de todo esto, Aníbal fue un joven que convivió con sus miedos y sus anhelos, con sus frustraciones e ilusiones, esperanzas y fracasos. Es decir, una persona en formación, desorientada, que tenía que sobrellevar todas las contradicciones que comportaba hacerse adulto con todo lo que implicaba ser un joven en crecimiento sobre quien recayó una imponente responsabilidad sobre los hombros.

Y es, precisamente, uno de los objetivos de esta novela el acercamiento a la juventud de Aníbal —compartida con sus hermanos, «la Camada del León» como les llamaba su padre, Amílcar—, así como recorrer con él su camino de aprendizaje, recordando aquellas mieles y hieles que disfrutó o sufrió a lo largo de su proceso de madurez; dado que el relato pretende rememorar esa parte de su vida, seguramente la menos conocida y divulgada.

Cuando tenía apenas veintiséis años, Aníbal Barca fue nombrado comandante

supremo del mando militar de las tropas cartaginesas en España. Ese ascenso se produjo tras la muerte de su cuñado, Asdrúbal Giscón, llamado *el Bello*, que había dejado viuda a su hermana Sofonisba. Para poner en práctica todo lo que su padre le había recalcado sobre la familia y su importancia, de inmediato se apoyó en sus hermanos Asdrúbal, Hannon y Magón y, junto con ellos, se lanzó con entusiasmo a los quehaceres de gobierno. Desde un primer momento esa ardua tarea, a la que se entregó sin reservas, constituyó el eje de su existencia, y en el desarrollo de la misma intentó conjugar la habilidad diplomática y la perseverancia que exhibió el fallecido Asdrúbal —a quien siempre había admirado sobremanera—, con el nervio vivo y la grandeza de ánimo de su difunto padre, Amílcar, a quien jamás vio desfallecer. Todas esas virtudes fueron valoradas por Aníbal como las que le ayudarían, de manera decisiva, a desarrollar su propia identidad cartaginesa e ibérica; porque no hay que olvidar que el gran cartaginés pasó casi toda su infancia en la isla de Ibiza y su juventud en la Península, bien bajo la potestad de su padre o, cuando este murió, a las órdenes de Asdrúbal y, tras el asesinato de este, él solo como comandante en jefe.

El momento para ponerse al frente de los territorios cartagineses en España fue muy duro y complicado para él, porque desde un primer instante el senado de Cartago estudió con minuciosidad obsesiva todos sus actos y todas sus decisiones y, en dicha Alta Cámara, su conducta estuvo bajo sospecha por influencia de los poderosos enemigos políticos de su padre; sobre todo por el pavor que tenían los senadores enemigos suyos, miedo de ofender a Roma y provocar su colérica reacción bélica que les habría hecho perder sus negocios y riquezas. Por otra parte, una destacada facción de los oficiales del Estado Mayor, del propio ejército cartaginés acantonado en España, aunque le apreciaba y valoraba porque era un soldado excelente prefería nombrar a otro comandante con más experiencia y un mayor peso específico militar. Tampoco los régulos indígenas de las tribus iberas, celtas y celtíberas, sometidas a Cartago, desaprovecharon la oportunidad para tantear la fortaleza o debilidad del nuevo general al mando, en un intento forzado para lograr la independencia y recobrar su libertad perdida. Y, por supuesto, Roma que, desde una forzada neutralidad como consecuencia de sus propias circunstancias socio-político-bélicas permanecía en un discreto segundo plano, observaba atentamente y analizaba todos y cada uno de los pasos que daba el hijo de su gran enemigo, el León de Cartago, mientras iba organizando todos los territorios que le había arrebatado a la metrópoli púnica, tan solo unos pocos años antes, aprovechándose de la debilidad bélica y mercantil de su rival, en un ejercicio de rapacidad política vergonzosa. Nuevas y extensas regiones que iban conformando el comienzo del nacimiento de un imperio mediterráneo, que se tenía que administrar, el cual superaba con creces el ideal de una república latina pequeña, dura y austera.

Conviene señalar que esta etapa de la vida del gran cartaginés estuvo exenta de enfrentamientos con Roma, ya que él se sirvió de la misma para prepararlos. En ese sentido, creemos que Aníbal no juró odio eterno a los romanos delante de un altar, como pretende la memoria popular y la iconografía clásica de tiempos pasados, sin embargo, mientras compartió con su padre los mismos afanes durante la conquista de España se empapó de las vivencias y percepciones de este así como de sus opiniones, las cuales, siempre muy acertadas sobre la situación del Mediterráneo occidental, influyeron de una manera tan decisiva en él como para que, durante unos años de su vida, instruyera y estructurara el poderoso ejército que le había dejado preparado Asdrúbal *el Bello*, tras su muerte, hasta convertirlo en una poderosa máquina de guerra con la que poder cumplir el sueño de Amílcar: llegar por tierra hasta Roma desde el norte, atravesando los Alpes, los Pirineos y lo que hubiera por delante, ya que carecía de flota para hacerlo por mar. Y una vez en Italia poder dar la batalla definitiva a «la loba», en un intento por obtener una seguridad política y comercial, y una paz para Cartago, que de otro modo no sería posible lograr.

Por ello, durante ese período de su vida, Aníbal se dedicó a conquistar extensos territorios en el interior de España para apoderarse de sus riquezas y hacerse con la voluntad de sus feroces pobladores, consolidó su poder e influencia política en todo el ámbito púnico, se acostumbró a mandar y a ser obedecido, a tomar decisiones… Además, convivió de verdad con sus soldados, les acostumbró a su presencia hasta un punto que rayó en la adoración militar hacia él por parte de estos, investigó hasta dónde podrían ser capaces de llegar durante la instrucción y la cruenta guerra ibérica de conquista que desarrolló, y, en definitiva, de una manera premeditada y paciente preparó y dispuso la mayor pesadilla que iban a vivir los ciudadanos romanos en muchos siglos.

Roma ya se había enfrentado a Cartago, durante la Primera Guerra Púnica, y aunque había sido la primera vez que tuvo que sobrellevar un conflicto bélico tan global, en varios frentes y de unas características tan feroces, lo ganó y salió muy reforzada del mismo dando un enorme salto evolutivo hasta un estadio superior económico, político y militar; pero ni se imaginaba lo que se preparaba en la lejana Hispania contra ella. Ni podía llegar a suponer la tormenta de fuego, dolor y lágrimas que se estaba gestando y se disponía contra ella y contra sus hijos ni, por supuesto, era imaginable el huracán de sangre y destrucción que se abatiría sobre el orgullo romano en cosa de unos pocos años.

Aravaca, abril de 2013

Libro primero

Carthago Nova[1]

1

La noche en Carthago Nova era sencillamente maravillosa. Una agradable, templada y suave brisa soplaba desde la escasamente profunda laguna marina del Almarjal, situada al norte de la villa, y llegaba hasta esta, deslizándose a través de sus torres y almenas, recorriendo sus calles y avenidas, colándose entre sus templos y casas, haciendo que la temperatura y la humedad fueran deliciosas. Coronando el oscuro y estrellado cielo, una enorme y preciosa luna llena iluminaba por doquier con su luz argentina. A todo ello se unía una pacífica calma que se extendía por toda la próspera urbe.

Cuánto había crecido Carthago Nova. En apenas ochos años, desde que la fundara Asdrúbal *el Bello* sobre un poblado ibero portuario llamado Mastia, esta se había desarrollado hasta convertirse en la ciudad fortificada más importante de Isphanya[2] después de Gadir.[3] Y aunque la centenaria y fenicia ciudad gaditana tenía un mayor número de habitantes, contaba con numerosas industrias, sus riquezas eran proverbiales y controlaba el comercio con el Atlántico y el noroeste de Ifriquiya,[4] la urbe cartagenera la había alcanzado en importancia y notoriedad dado que el mundo púnico-hispano giraba alrededor de *C*arthago Nova por ser cartaginesa y no fenicia, y estar asentada en las orillas del mismo mar que besaba las riberas y las playas de la ciudad madre, Kart Hadasht, o Cartago como la llamaban los romanos.

La nueva urbe contaba con diez mil habitantes y disfrutaba de uno de los mejores puertos del Mediterráneo, desde donde se podían controlar con rapidez los movimientos náuticos de Roma y se tenía una comunicación marítima rápida y directa con Kart Hadasht. Además, explotaba y se enriquecía con unas cercanas y ricas minas de plata, casi tan importantes como las de Sierra Morena en poder de los oretanos de Kastilo. También poseía factorías que transformaban e industrializaban la salazón de los pescados que la flota de bajura traía todas las tardes hasta el puerto pesquero. A todo lo anterior, se unía la riqueza de sus alrededores pues la circundaban extensos campos en los que se plantaba y florecía el esparto, auténtica riqueza natural de la antigüedad porque se utilizaba, entre otras cosas, para la fabricación de las velas y los resistentes cabos imprescindibles en los barcos, cuyos cascos también se impermeabilizaban con haces de esparto y brea. Además, el esparto se manufacturaba y se transformaba en cuerdas y sogas, con él se tejían ropas y calzados, y también servía para fabricar aperos de labranza, cestos, sacos…

Desde un punto de vista geográfico y estratégico, Asdrúbal no se había equivocado al elegir el lugar idóneo para fundar su capital. La península donde se asentaba Carthago Nova estaba defendida al norte por una extensa laguna salina de

escasa profundidad cuya salida lo constituía un canal estrecho muy controlable. A los lados de ese istmo el mar y la abrupta costa conformaban su perímetro, abriéndose el puerto al sur dentro de una magnífica ensenada natural que se cerraba sobre sí misma, y se comunicaba con el mar abierto a través de un canal grande pero fácil de defender. Además, todo el recinto portuario, que compartían la armada formada por las naves de guerra, la flota de los navíos comerciales y la flotilla pesquera, cada una de ellas amarrada en sus respectivos muelles y pantalanes perfectamente organizados y estructurados, estaba protegido por una línea perimetral de fuertes y altas murallas que se levantaban alrededor del casco urbano, cuyos lienzos y poderosas torres unían las cinco colinas que dominaban y rodeaban la ciudad, y a la que prestaban una defensa natural.

Por todo ello y por su excelente situación estratégica, los cartagineses habían convertido el amurallado conjunto de sus rectilíneas y bien trazadas calles, tiradas a escuadra al modo helenístico, en capital de sus dominios hispánicos en detrimento de Akra Leuke,[5] urbe fundada más al norte por el difunto Amílcar Barca que le sirvió de base de operaciones hasta su muerte, y lugar donde descansaban eternamente sus restos en una tumba situada junto a las murallas, dentro del recinto sagrado consagrado a Melkart.[6]

La noche era espléndida y la luz de la luna iluminaba el austero, aunque bello y majestuoso mausoleo familiar, en el que reposaban los restos de Asdrúbal *el Bello*, el anterior caudillo cartaginés; un edificio cuadrado de piedra caliza pulida de seis metros de lado y cuatro de altura, cuya entrada estaba flanqueada por cuatro columnas de mármol, de una sola pieza.

Dentro de la capilla funeraria, y ocupando buena parte de uno de sus lados, se encontraba el féretro antropomorfo de pulido granito rojo egipcio, en el que se había esculpido el cuerpo y la efigie de Asdrúbal, y en cuyo interior se hallaba el sarcófago con el cuerpo embalsamado y las pertenencias más queridas de Asdrúbal *el Bello*: cascos, corazas, espadas… Además de dos huevos de avestruz.[7]

Enfrente de este, y a manera de homenaje póstumo para honrar la memoria del padre de Aníbal, y suegro de Asdrúbal, se había colocado un magnífico busto de mármol policromado con la efigie de Amílcar Barca que estaba coronado por un espléndido casco ático con cimera, y en cuyo pedestal habían sido dispuestas parte de sus insignias y sus armas junto con unas coronas de laurel, que siempre estaban frescas y verdes.

—En qué soledad tan atroz e inhumana me habéis dejado los dos, mi querido padre, mi querido hermano… —se lamentaba en voz alta Aníbal, dirigiéndose a los dos difuntos, en tanto que daba cortos paseos dentro del mausoleo.

La llama de las lámparas, que iluminaba tenuemente la estancia, osciló levemente como consecuencia de la brisa que se coló por el vano que dejaba la enorme y abierta

puerta de madera de cedro forrada con planchas de bronce, formando innumerables sombras.

—Tú, mi amado padre, cuya muerte se produjo hace ya ocho años… Ocho años que se me han hecho tan largos como si hubieran transcurrido ocho vidas… —continuó Aníbal hablando con abatimiento al busto de Amílcar, que destacaba en la semipenumbra gracias a los vivos colores con los que la había pintado el artista, como era habitual en la Antigüedad—. ¿Cómo llenar tu ausencia, padre amado?… ¿Cómo estar a tu altura sin tenerte?… ¿Cómo superarte, como tú deseabas?… Si nunca hubo otro hombre mejor que tú, ni lo podrá haber…

El joven caminó hasta la puerta y se asomó afuera para cerciorarse de que se encontraba solo en la estancia. Una vez en la terraza exterior, Aníbal se quedó observando, durante unos instantes, la parte de la ciudad cuyas calles y avenidas se extendían hacia el mar, partiendo desde los pies del pequeño cerro, llamado colina de Asdrúbal, en cuya acrópolis se asentaban el palacio del gobernador y su guarnición, el templo de la diosa Tanit[8] y el mausoleo que él estaba honrando en ese momento.

Dando la espalda a la plateada luz de la luna, penetró de nuevo en el panteón, se dirigió a los sepulcros y prosiguió con su triste soliloquio.

—Padre venerado, generador de la vida que disfruto y protector de la misma. De quien aprendí el oficio de luchar, obedecer y mandar, el tesón y la bravura, la honradez, la valentía… El odio a Roma por todo el mal que esa loba implacable es capaz de hacernos a los púnicos…

Aníbal apoyó su mano sobre el pintado rostro marmóreo de Amílcar[9] y recorrió con los dedos sus contornos con la sensibilidad y el detenimiento de un ciego, con el cariño y la ternura de un hijo, y con el respeto de un soldado.

—El odio compartido a Roma, mi padre querido, que jamás te cegó políticamente y, por ello, no te impidió actuar con una decisión y una inteligencia tan elevadas como para que los cartagineses pudiéramos renacer de nuestra injusta derrota militar ante los romanos, en Sicilia, encumbrándonos y enriqueciendo a Kart Hadasht, conquistando tierras y riquezas aquí, en Isphanya… Ardua tarea en cuyo intento dejaste tu vida, salvando de paso la de mi hermano y la mía en la tierra de los oretanos, bajo los muros de Heliké, la ciudad maldita por siempre jamás…[10]

El joven miró de nuevo el rostro de mármol de su padre agobiado bajo el enorme peso de la congoja.

—Padre… Mi amor por ti y mi admiración hacia tu inacabada obra no han disminuido y, bien al contrario, crecen cada día… Por ello, quiero que sepas que yo continuaré y acabaré la labor que la perfidia de ese bastardo mal nacido, el rey Orisón de los oretanos, impidió provocando tu perdición y muerte…

Aníbal se restregó las manos presa de una angustia personal que le desbordaba.

—Padre, tu asesinato no quedará sin venganza… Te lo juro por Baal Hammon…

Aníbal hizo una espantosa mueca de odio que afeó su hermoso, juvenil y varonil rostro.

—Orisón, esa alimaña que se convirtió en mi suegro atendiendo a una razón de estado que, esgrimida por Asdrúbal de manera implacable, me obligó a matrimoniar con su hija Himilce… Orisón, mi suegro por el momento… Y a ella, a ella no podré amarla jamás.

Aníbal cayó de nuevo en un silencio absoluto durante unos segundos, al cabo de los cuales y algo más animado continuó:

—Padre, yo seré digno de ti en el mundo de los vivos… Por ello, seré tus manos, tus ojos, tus piernas… Yo conquistaré y consolidaré nuestro dominio y autoridad en Isphanya, alistaré y conduciré a cuantos hombres sean precisos, aseguraré mis suministros de plata… Y en su momento, que lograré que no sea muy lejano, caeré sobre la desprevenida Italia igual que se abate el halcón peregrino sobre la paloma, y llevaré el dolor, la desesperación y la destrucción hasta las puertas de Roma… Y todo eso lo haré para salvaguardar a nuestra madre Kart Hadasht del sempiterno peligro que supone Roma para nuestra patria…

Después de permanecer unos segundos en silencio, Aníbal se giró hacia el féretro de su cuñado Asdrúbal.

—¿Y a ti, qué puedo decirte a ti, mi hermano del alma?… Si te convertiste en mi padre cuando me faltó Amílcar, si a tu lado maduré y me convertí en un hombre, si fuiste tú quien más confió en mí cuando me otorgaste el mando de las tropas, una y cien veces seguidas, permitiendo que me convirtiera en el mejor soldado del ejército cartaginés… Tú, mi amado hermano de espíritu, que me nombraste comandante en jefe en Carthago Nova, dejándome al mando durante tus ausencias cuando viajabas hasta Kart Hadasht para asistir a las reuniones del Consejo del Senado…

Aníbal, con todo respeto, depositó sobre el sarcófago una guirnalda de flores. Acto seguido, vertió sobre el mismo óleos sagrados antes de proseguir.

—Aunque mi misión requiera otras cualidades, tu memoria alentará e inspirará mis actos, razón por la que estos no estarán exentos de prudencia, diplomacia y moderación… Tu ejemplo me guiará durante la consecución de mi empresa pese a que no continuaré lo que emprendiste, puesto que no deseo ser rey de Isphanya, al estilo de los reinos helenísticos y griegos de Asia… No podría ni podré ya que estoy obligado a servir a Kart Hadasht y a la memoria de Amílcar, siempre fiel a Nueva Ciudad, y en esa devota evocación devastaré Roma porque la supervivencia de la patria y la de sus hijos depende inexcusablemente de la culminación, con éxito, de ese ineludible e irrenunciable ideal de destrucción…

2

Aníbal salió del mausoleo y cerró su puerta justo cuando la luna fue cubierta por unas nubes. Caminó ligero y descendió las escaleras de piedra en dirección al patio que se abría ante el conjunto arquitectónico del palacio.

A los lados de la escalinata y el pasillo enlosado se extendía la campiña salvaje de la colina donde se asentaba el mausoleo y el resto de los edificios de la acrópolis de Carthago Nova.

De repente, le pareció oír el ruido de algo que se movía entre la maleza.

Las nubes se disiparon y la luz de la luna llena iluminó de nuevo los alrededores.

—¿Qué es esto? —exclamó Aníbal sorprendido cuando observó como un pequeño gato negro, tan solo un cachorro, se defendía valientemente y sin volver la cara del acecho de una enorme culebra.

El gatito, que debía tener apenas cuatro meses de vida, observó durante unos instantes a Aníbal, mientras reculaba. De inmediato, saltó ágilmente hacia un lado, maullando y enseñando las uñas, en el momento en que la culebra le atacó abriendo mucho su boca intentando sujetarle con los dientes para, posteriormente, poder enrollar sus anillos alrededor de su cuerpecillo y asfixiarle. El felino esquivó el abrazo mortal del reptil, por el momento, pero quedó arrinconado entre unas peñas mientras maullaba con toda la fuerza de que era capaz. La culebra se percató de ello y se giró con gran velocidad. De inmediato se empinó ligeramente sobre su cuerpo, olió el aire con su lengua viperina y se dispuso a dar el golpe de gracia abriendo mucho sus fauces.

El ofidio saltó y se abalanzó sobre el indefenso gatito negro, y cuando lo iba a alcanzar, su cabeza fue desprendida del cuerpo gracias al certero sablazo que le propinó Aníbal con su *falcata*,[11] arma que había adoptado de los mercenarios hispanos.

El felino, después de saltar hacia atrás y golpearse con las rocas, se quedó sentado y quieto mirando con curiosidad a su salvador con la cabeza ligeramente torcida y los ojos muy redondos, mientras emitía unos tenues maullidos y el cuerpo descabezado de la serpiente se convulsionaba todavía, ya que la vida lo abandonaba.

—Ven conmigo, criatura valiente, que te has ganado por derecho propio estar junto al hijo de un león —le animó Aníbal, tendiéndole la mano, mientras se ponía en cuclillas y el gato dudaba en acercarse abriendo mucho los ojos.

El felino se puso de pie y permaneció quieto olisqueando el aire, con el lomo arqueado y el rabo tieso y apuntando hacia lo alto.

—Vamos, gatito, no seas desconfiado conmigo y ven a mi lado. Como podrás

comprender, no he matado a esa serpiente para ahora hacerte daño, eso sería una conducta incongruente incluso en un joven como yo —le explicó Aníbal divertido y con voz suave, como si estuviera hablando con una persona, mientras le mostraba la mano abierta y vuelta hacia abajo, incapaz de asumir que alguien o algo se le resistiera—. Ven. No olvides que te acabo de salvar la vida…

El cachorro le miró fijamente con sus ojos de color ámbar, se acercó lentamente, olisqueó la mano del cartaginés y le dio varios lametones seguidos. Por último, levantó una patita y colocó su pequeña garra, sin mostrar las uñas, sobre la mano de Aníbal en señal de confianza.

—Bien hecho, gatito, así me gusta —exclamó Aníbal cogiendo al felino con una mano por la piel del cuello e izándolo del suelo mientras él se incorporaba. Enseguida se lo acercó, protector, hasta su cuerpo.

El pequeño felino ronroneó y se dejó hacer.

—Espera un momento, pero tú no eres un gato… ¡Ojo rojo de Melkart!, tú eres una gata… —descubrió el púnico, riendo sorprendido, al comprobar la ausencia del atributo viril en el animal.

El felino maulló como si estuviera dando la razón a Aníbal, gesto que motivó más carcajadas por parte de este dado que inconscientemente estaba deseando aliviar la tensión padecida dentro del mausoleo de Asdrúbal.

—Cómo es la vida —reflexionó en voz alta Aníbal—. Hace un momento, yo estaba sumido en un triste rito muy cercano a la muerte… Y, ahora, en un encuentro fortuito con la vida, acabo de salvar a un cachorro de felino de una muerte cierta.

La gatita negra se acurrucó contra el pecho del hombre, ronroneando, mientras frotaba su cabeza y su cuello contra él.

—Como soy tu salvador, me tendré que quedar contigo, ¿no?

El cachorro pareció entender al hombre y maulló de una manera que pareció afirmativa, lo cual provocó de nuevo más carcajadas por parte de Aníbal.

—Si ya eres mía… ¿cómo te llamaré?, porque eres más negra que la noche y, dada tu agilidad y valentía, más pareces una pantera como las que traen los cazadores desde las selvas del interior de Ifriquiya y se muestran en los mercados de Kart Hadasht, que una gata egipcia…

En ese momento, las nubes volvieron de nuevo a moverse en el cielo permitiendo que la luna llena se mostrara en toda su plenitud y esplendor.

—La luna llena… —comentó Aníbal hablando para sí—. Creo que es una señal de la diosa Tanit, la señora de la noche y patrona de Kart Hadasht, que se manifiesta a través de los plateados rayos de luz lunar…

La gatita, muy tranquila, observaba en silencio a Aníbal ronroneando pero sin maullar, y se dejaba acariciar la nuca por aquel mientras el nocturno astro celestial iluminaba su negro y brillante pelo con su luz plateada.

—Ya está, decidido. Te llamaré *Luna*, en honor a la diosa Tanit —le explicó Aníbal muy resuelto, con un tono de alegría en la voz—. Habrás podido comprobar,

mi querida amiga *Luna*, que yo nunca tardo mucho en tomar una decisión…

Unos minutos más tarde, Aníbal entraba en su palacio y, tras explicar el gran interés que tenía por la vida y el bienestar del cachorro, entregaba la gata a una esclava etíope de su servicio para que la cuidara y alimentara, y se dirigía a sus aposentos donde le esperaba su esposa Himilce.

3

—Mujer, tienes que volver ya a Kastilo[12] e instalarte en el solar de tu padre, el rey Orisón —le ordenó con voz dura a su cónyuge, nada más encontrarse con ella.

—Esposo mío, ¿tú vendrás conmigo? —le preguntó Himilce con dulzura, deseosa de no provocar la cólera del cartaginés.

—No.

Ella le miró con tristeza, acostumbrada como estaba a los continuos desaires que le hacía Aníbal, y reuniendo fuerzas le dijo:

—El esposo debe estar junto a su mujer…

Aníbal, en cuyo interior pugnaban la fuerte atracción que sentía por Himilce y sus ganas de quererla, y el venenoso rencor que tenía hacia su padre, Orisón, causante de la muerte de Amílcar, contestó con odio en el tono de su voz.

—No tengo tiempo, dado que debo llevar a cabo los planes de conquista de Isphanya… Esos que mi padre no pudo culminar… Por culpa de la alevosa traición de Orisón, tu padre… —le reprochó con toda la fiereza de que fue capaz.

Himilce, al escuchar de nuevo los reproches dirigidos por su esposo contra su padre, se irguió enfadada, sacó su fuerte carácter ibero y explotó gritando:

—¡¿Dices traición?!… ¿Y qué querías que hiciera mi padre?, dímelo… ¿Entregarse a Amílcar sin luchar y postrarse a sus pies, darle las minas de plata y las plazas fuertes oretanas que le eran súbditas, eso debió hacer?…

Aníbal la miró sorprendido.

—¿Acaso no era nuestra tierra y vosotros llegabais desde más allá de nuestra frontera para arrebatarnos lo que era nuestro?… —prosiguió ella, algo más calmada.

Aníbal bajó la mirada al suelo, comprendiendo que su esposa tenía razón.

—Esposo, porque eres mi esposo ante los ojos de los dioses y ante los ojos de los hombres y te respeto como a tal, pese a tus continuas reconvenciones y desprecios… ¿Acaso los cartagineses habéis dejado de luchar contra los romanos, les habéis cedido, por ventura, la ciudad de Kart Hadasht, habéis soportado bien la derrota que sus legiones os infligieron en Sicilia?…

Aníbal observó la cara colorada de su esposa, su pecho palpitante, su estrecha cintura, su talle, su apostura, y pensó lo bella que era, y de qué manera tan intensa la deseaba en ese momento.

Furiosa como estaba, permitió que ella se desahogara. Al cabo de un instante, Aníbal objetó:

—Mujer, ¿pero era precisa una conducta tan bellaca y tan ruin para acabar con Amílcar, el mejor de los hombres? —le interrogó con un fuerte tono de reproche en

su voz, sosteniendo una lucha interna enorme entre la tristeza depresiva que le abatía y la atracción pasional que sentía hacia su esposa.

Himilce resopló con abatimiento y desesperación, como quien tiene que convencer a un niño de corta edad.

—Aníbal… Mi padre defendía su tierra, sus riquezas, a su gente, su forma de vida, su libertad… —intentó argumentar Himilce.

—¡No, esa no fue la razón!… —replicó el púnico, haciendo una pequeña pausa —. Tu padre no es un hombre de honor, es un miserable codicioso que no quiso entregarnos las minas de plata de Kastilo a los cartagineses…

Ella le miró incrédula, antes de responder:

—¡Cartaginés, reflexiona si eres capaz de ello!… Si las minas pertenecen desde tiempo inmemorial a los oretanos, mi pueblo, y estos lucharon durante años contra los demás pueblos iberos y celtas para conservarlas… ¿Explícame y razóname por qué los míos tenían que ceder su explotación a los hijos de Kart Hadasht?

—Muy sencillo de entender, incluso para una mujer. Porque nuestro ejército era más poderoso y en el terreno militar era ilógico e inútil resistirse…, además, tu padre Orisón dio palabra de rendición —argumentó Aníbal de manera simple—. Si tu padre hubiera cumplido la palabra dada, se habrían podido ahorrar muchas vidas.

Himilce se revolvió, presta.

—Más vidas, aún, se habrían podido ahorrar si los cartagineses no hubierais venido a la tierra de los oretanos y os hubierais quedado en vuestra tierra… o en la que os había dejado Roma.

—Entonces, si me hubiera quedado en Kart Hadasht tú y yo no nos habríamos conocido…

—Aun así —respondió ella, tras unos segundos de pausa.

—Él prometió entregarse… —repitió Aníbal, sin encontrar sentido a sus palabras.

Himilce negó con la cabeza.

—Aníbal, los iberos nunca nos someteremos sin luchar… Y tampoco nos dejaremos arrebatar la libertad, ni lo que nos pertenece, sin pelear hasta la muerte y derramar hasta la última gota de nuestra sangre… —le espetó ella de manera lapidaria, pero orgullosa.

El matrimonio se miró en silencio. Ella desesperanzada porque no podía conseguir que Aníbal correspondiera a su amor, y por verle prisionero de sus fantasmas de odio interiores ante los que ella nada podía hacer. Él, cautivo de un rencor al que se sentía obligado por fuerzas invisibles, contra las que no podía pelear, las cuales le imposibilitaban para amar a Himilce aunque su alma lo deseaba con todas sus fuerzas; y de la que se alejaba irremediablemente contra su voluntad.

—Esposo, ¿por qué no puedes quererme como yo te amo a ti? —le preguntó ella con el corazón roto de pena, con un tono de voz asolado por la tristeza, mientras rompía a llorar en silencio, desconsolada como estaba.

Aníbal la observó sin decir nada, durante unos instantes, antes de contestar:

—Mujer, no puedo amarte porque no puedo hacerlo…

Ella levantó la cara y le miró con los hermosos ojos negros arrasados por las lágrimas, mientras proseguía el cartaginés:

—Ni puedo, ni podré quererte mientras viva Orisón… y su existencia sea un recuerdo vivo, permanente y doloroso del asesinato de mi padre Amílcar… —le intentó explicar Aníbal mientras se restregaba las manos, presa de un gran desasosiego—. El execrable y vil asesinato del mejor de los hombres que había en la tierra, que se perpetró merced a una maniobra traicionera por parte de los oretanos, tú pueblo, bajo los muros de Heliké…

Ella resopló desalentada y dijo:

—Tus palabras corroboran algo que yo temo desde que te conozco… La muerte de tu padre amado se levanta entre ambos como si fuera un muro insalvable.

—Tú lo has dicho. ¿Sabes cómo estaba el cuerpo de mi padre cuando lo encontramos, después de ser arrastrado por el río donde le empujaron los asesinos enviados por tu padre?…

Ella permaneció en silencio.

—Yo te lo diré… Lo encontramos deshecho, reventado, descoyuntado… No era humano… —confesó Aníbal con un ligero temblor de voz—. Ni aunque lo hubieran azotado tres hombres con látigos rematados con bolas de plomo y lo hubieran destrozado en el potro de tortura, y lo hubieran clavado a una cruz durante días… No lo habrían dejado en un estado tan lamentable.

Himilce, apenada, movió suavemente la cabeza negando pausadamente, movimiento que hizo ondular su espléndida cabellera de color negro azabache, algo que no pasó desapercibido para su esposo.

—Ese… ese horrible asesinato es una muralla que impide que podamos estar juntos —apostilló Aníbal orgulloso, levantando el mentón—. Porque yo nunca olvido… y jamás perdono…

4

Tras un instante de silencio entre ambos, que pareció más pesado y omnipresente a cada segundo que transcurría, ella reanudó su parlamento pese a que tenía la certeza, cada vez mayor, de que hacía un esfuerzo baldío:

—Pero eso ya pasó, mi señor, mi esposo, mi amor… y Asdrúbal *el Bello*, tras el lamentable fallecimiento de tu amado Amílcar, acordó nuestra boda para que mi padre Orisón se rindiera a las tropas cartaginesas, entregara Kastilo y sus minas, se marchara a vivir a Akra Leuke y la guerra terminara… —argumentó Himilce, con la dulzura de un corazón que ama desesperadamente y no es correspondido—. Él cumplió con lo acordado, tal vez cansado de la guerra, o como única salida para salvar la vida a su pueblo…

—¡Orisón no cumplió nada de lo acordado anteriormente! —le interrumpió Aníbal gritando, con una expresión en el rostro y con un tono de voz de una dureza extrema—. Te recuerdo que él le había prometido a mi padre que se entregaría junto con sus capitanes en Heliké… Y cuando mi padre y sus hombres descansaban confiados en la palabra dada, los oretanos, siguiendo los traicioneros y criminales planes de tu padre Orisón, atacaron nuestro campamento amparados por la noche, como los malhechores y los cobardes, y mataron a Amílcar arrojándolo al río, cuando él intentaba salvarnos la vida a mi hermano y a mí…[13]

—¿Y qué querías?… Amílcar era el conquistador invencible, el general que encabezaba el ejército invasor más poderoso que jamás se había visto en la tierra de los iberos… Ante esa circunstancia, mi padre defendió su tierra y su libertad como buenamente pudo, echando mano de cuantos recursos y mañas encontró… —rebatió ella volviendo a mover la cabeza para que su atrayente melena se meciera lánguidamente—. Tú eres un militar, un guerrero, deberías entenderlo…

—¡Yo solo entiendo de honor!, y nada de lo que estás argumentando fue tal como pretendes pues, bien al contrario, tu padre actuó con infamia y perfidia cual si fuera un forajido defendiendo su guarida y su botín, igual que una alimaña que lucha por su cubil —le recriminó Aníbal gritando, preso de una cólera indomable, y con el rostro rojo como la púrpura, pese a que había seguido el movimiento del cabello negro de su esposa—. ¡Tu padre Orisón mintió, engañó y traicionó a un hombre recto y noble que creyó en su palabra!… Y luego, no solo asesinó a quien confiaba en él, sino que, además, casi nos mata a mi hermano Asdrúbal y a mí…

Ella le observó en silencio, sin lágrimas, sin sentimientos.

—Mientras seas su hija y él viva, yo nunca te podré amar, Himilce… —le espetó Aníbal algo más calmado—. De esta manera, el amor no podrá hallar cobijo y calor

entre nosotros…

—Deberías recordar que Asdrúbal *el Bello*, generoso y magnánimo como era, le perdonó la vida a mi padre…

—Lo recuerdo… Pero ahora Asdrúbal está muerto y enterrado —replicó Aníbal cortante, con una frialdad que asustaba—. Yo estoy vivo, Orisón está vivo… somos demasiados hombres vivos cuando el mejor está muerto…

Ella volvió a la carga.

—Está claro que en estos momentos tú eres el nuevo comandante cartaginés y puedes revocar la orden dada por el noble Asdrúbal… Ordena que ajusticien a mi padre, crucifícalo delante de su pueblo si lo crees justo y necesario. Muerto él, también se podrá disolver nuestro vínculo matrimonial dado que ya no será útil para los planes de Asdrúbal, puesto que está muerto también, y tampoco tendrá un contenido político en si mismo… De esta manera, como no me amas, podrás poner fin al tormento que, al parecer, supone para ti nuestra vida en común…

Aníbal se puso muy pálido y pestañeó desorientado. El tipo de proposición que le estaba haciendo Himilce era de un calado tal y conllevaba unas consecuencias tan profundas, que él nunca había imaginado que llegaran a producirse. Mientras tanto, ella proseguía.

—Esposo mío, yo dejaré de ser un estorbo para ti y no te impondré mi indeseada presencia…

—Pero…

—No te apures, volveré junto a los míos para llorar la muerte de mis seres queridos, y tú podrás romper nuestra unión y librarte de mí para siempre jamás —le terminó ofreciendo Himilce, haciendo un gesto de orgullo, pese a la tristeza sentimental que la abatía internamente.

Aníbal la miró de una manera que a ella pareció extraña, mientras comenzaba a hablar:

—Ahora que recuerdas su memoria debes saber que Asdrúbal, antes de que matrimoniara contigo, me hizo jurar ante los altares de Baal y de Tanit que renunciaría a mi venganza y que no atentaría contra la vida de tu padre si este aceptaba nuestro matrimonio… Esponsales que, como sabes, constituyen un pacto sagrado de paz entre los oretanos, otros pueblos iberos y nosotros, los cartagineses —le confesó Aníbal intentando darle a su voz el mayor tono de desdén posible—. Y como yo respeto los juramentos prestados ante los dioses, porque no soy un bárbaro traicionero, ahora no me puedo comportar como un salvaje incivilizado, tal como hizo tu padre Orisón, rompiendo nuestra unión…

Ella encajó con entereza la ofensa.

—Entonces, para ti nuestra boda solo es un acuerdo político carente de sentimientos, un pacto que te ves obligado a respetar, una conveniencia para tu estabilidad como caudillo… ¿es así, no? —le preguntó Himilce, con el corazón roto, sin perder todavía la esperanza de obtener una respuesta negativa por parte de su

esposo.

Aníbal, en cuyo interior seguían pugnando con dureza sus sentimientos encontrados, su sentido del deber y sus obligaciones contra el amor y la pasión que sentía por Himilce, no contestó.

Ante el silencio del esposo, que ella interpretó de la manera más negativa posible, Himilce se secó las lágrimas, irguió orgullosamente su talle y dijo mientras salía de la estancia y le ocultaba a Aníbal sus más que fundadas sospechas de que podía estar embarazada:

—Está bien. Volveré a Kastilo y permaneceré junto a mi hermano Cerdubeles, el actual rey oretano…

—¿Rey?… Querrás decir el actual caudillo oretano, que debe respeto, sumisión y obediencia a Kart Hadasht por la cuenta que le trae —precisó fríamente Aníbal acompañando con la mirada la marcha silenciosa de su esposa.

5

Poco después de salir Himilce entró Hannás, a quien había mandado llamar. Este era el único esclavo en quien Aníbal confiaba sin reservas porque lo acompañaba desde que ambos eran niños y jamás le había fallado.

—¿Qué ordenas, Aníbal? —preguntó Hannás.

—Como sabes, en breve partiré hacia Nueva Ciudad.[14] Cuando yo embarque quiero que viajes con gente discreta y eficaz hasta Akra Leuke. Una vez allí, deseo que hagáis justicia a la memoria de mi padre.

—¿Qué he de hacer?

—Es necesario que Orisón, el antiguo régulo oretano, deje de vivir…

—Como tú mandes.

—Hannás, esa muerte tiene que parecer un accidente para que nada pueda implicarme y, sobre todo, para que nadie pueda tener ni la más ligera sospecha de que yo estoy detrás de este acto justiciero… —le aclaró Aníbal muy serio—, porque no olvides que se trata de hacer justicia…

El siervo asintió en silencio.

—Debes actuar con la máxima prudencia, con diligencia y la mayor discreción porque te va la vida en ello…

El esclavo, que era casi de la misma edad que su amo, volvió a efectuar un movimiento de cabeza asintiendo en silencio y sin experimentar temor alguno ante las amenazas de este, las cuales achacó a los nervios y a la tensión que suponía debía experimentar Aníbal, como consecuencia de la elaboración y la puesta en marcha de un propósito tan comprometedor.

—Insisto. Como solo nosotros dos conocemos el contenido y el alcance de esta conversación y de lo que hay que llevar a cabo en Akra Leuke, te apercibo de que si alguien se entera de algo, o cualquiera llega a sospechar lo más mínimo, o recae sobre mí la más exigua implicación que me relacione, aunque sea indirectamente, con la justa acción que vamos a llevar a cabo, será tu perdición —terminó Aníbal amenazador, con el ceño fruncido y los brazos extendidos—… y morirás clavado a una cruz.

Hannás miró a su amo con una expresión divertida, mientras cruzaba los brazos y le replicaba.

—Aníbal, yo he realizado todos tus encargos con celeridad y recato desde que, hace ya unos cuantos años, me pusieron a tu servicio…

Los dos hombres se miraron sin hablar durante unos instantes.

—Mientras yo sea tu esclavo no puedo servir a otro amo. Eso significa que no soy

totalmente libre aunque me pueda casar, pueda engendrar y tener hijos con la mujer que decida, me esté permitido hacer negocios propios y ganar dinero, siempre que te entregue una parte importante de las ganancias, dado que eres mi amo y los beneficios te pertenecen a ti, al igual que yo te pertenezco… —le expuso el esclavo[15] sonriendo con toda tranquilidad, haciendo caso omiso a la actitud amenazante de Aníbal.

—Hannás, nada me revelas que yo no sepa. ¿Adónde quieres ir a parar con la sarta de obviedades que me estás soltando? —le preguntó el bárquida algo desorientado.

—Te lo explicaré si me permites proseguir —contestó Hannás sin inmutarse—. Si yo lo hubiera anhelado antes, ahora sería un hombre totalmente libre… Desde hace algún tiempo y, merced a mis acertadas inversiones en los negocios de la bolsa de Nueva Ciudad así como en los mercados financieros de los templos de Gadir, te podría haber entregado mi valor en plata ante un *sufeta*,[16] porque he dispuesto de los medios de fortuna propios y suficientes para ello… En consecuencia, si hoy puedes contar con mi lealtad y sigo a tu servicio es porque así lo quiero yo… Por lo tanto, creo que no hace falta que me hables con el tono siniestro de un amo griego o romano para que yo cumpla con mi deber… Y, menos aún, que me amenaces con ese espantoso tormento de la cruz que solo con nombrarlo hace que tiemble y que mi vello se ponga de punta… tal como si fuera un esclavo que va a ser castigado.

Aníbal sonrió con tristeza y le puso una mano sobre el hombro a Hannás, mientras asentía con la cabeza, en silencio y avergonzado.

—Deduzco que quieres que no haya testigos molestos ni se deje huella alguna cuando se haga justicia y, para ello, habrá que desterrar el empleo de espadas, estrangulamientos o actos sanguinarios similares… ¿verdad? —especificó Hannás.

Aníbal dio su aprobación con un nuevo movimiento de cabeza, sonriendo ya abiertamente.

—Entonces, mi señor, ¿se ajustaría a tus deseos el hecho de que Orisón resbalara y se precipitara al mar desde lo alto de un acantilado, con la presencia de algunos testigos con una calidad suficiente como para que, sin la menor sombra de duda, refrendaran el acaecimiento de un desgraciado accidente de esa naturaleza?

Aníbal miró a Hannás con agradecimiento. Le entregó una bolsa de cuero que contenía cuarenta shekeles de plata con la efigie del fallecido Amílcar Barca, y le contestó:

—A las afueras de Akra Leuke y a salvo de miradas indiscretas, existe un hermoso acantilado bastante escarpado… Un torturado paraje de gran belleza, mi apreciado Hannás, que considero el escenario idóneo para que se produzca tan lamentable percance…

Hannás asintió con la cabeza y preguntó con sorna:

—Amo dilecto, ¿ordenas algo más para que este torpe esclavo lo ejecute con discreción y sin traicionarte con su descuido e imprudencia proverbiales?

Aníbal rio entre dientes, le dio un puñetazo a Hannás en un hombro y le contestó:

—Cuando acabes el delicado trabajo oretano, no pierdas tiempo y desaparece. Navega desde Akra Leuke hasta Iboshim,[17] busca allí a Ahusa, el balear, nuestro antiguo compañero de correrías infantiles, y dile que vaya alistando a cuantos honderos le sea posible. Cuantos más, mejor…[18]

»Ah, otra cosa final. Cuando regreses a Carthago Nova, acudiremos juntos ante un sufeta y un sacerdote de Melkart para la formalización y registro en el templo de tu libertad… que yo pagaré para que conserves esa fortuna que, al parecer, tan acertadamente has sido capaz de hacer sin mi participación…

6

Tras despedir a su eficaz esclavo, Aníbal cenó en solitario con sus tres hermanos menores: Asdrúbal, Magón y Hannón, quienes tenían veinticinco, veintidós y veinte años, respectivamente.

—Hermanos —les dijo mientras degustaban unos exquisitos platos de legumbres guisadas con hortalizas y cordero—. Sabéis que tras la muerte de nuestro cuñado Asdrúbal, que el dios Melkart tenga en su presencia y gloria eterna, junto a nuestro amado padre, la mayoría de los oficiales del ejército me han nombrado comandante en jefe de las tropas púnicas acantonadas en Isphanya… Pese a ello, mañana me embarcaré y partiré hacia Kart Hadasht para que el Senado y los sufetas ratifiquen y legitimen mi cargo.

La Camada del León, como eran conocidos los hijos de Amílcar Barca, permaneció en silencio a la espera de las instrucciones del mayor de ellos.

—Durante mi ausencia, quiero que tú, Asdrúbal, te quedes al mando.

Este, que desde niño adoraba a Aníbal, sonrió satisfecho y orgulloso ante la prueba de confianza que le daba su querido hermano.

—Y vosotros —les indicó Aníbal a los otros dos jóvenes— debéis ayudarle a gobernar los territorios cartagineses de Isphanya con dedicación y prudencia.

—Muchas gracias, hermano. No te defraudaré… —respondió Asdrúbal emocionado, aunque prudentemente preguntó—: Pero ¿qué opinan los oficiales veteranos del alto mando?…

—Este documento con tu nombramiento está sellado por mi puño con el sello de nuestro padre, y una copia ya ha sido entregada a cada uno de los comandantes… —le explicó su hermano—. Ahora pensemos solo en mi viaje a Nueva Ciudad.

—Aníbal, ¿para qué necesitas que esa banda de viejos caducos, ociosos y avariciosos que conforman y asisten al Senado cartaginés, te ratifique en tu cargo? —le cuestionó Magón, el menor de ellos, mientras enrollaba una fina tortita de pan sobre la que había dispuesto trocitos de carne, cebolla asada y verduras—. Nosotros vivimos aquí, no en Ifriquiya, y estamos conquistando estas tierras mientras creamos una nueva raza, al matrimoniar con las mujeres iberas, tal y como quería padre. Por lo tanto, debemos tomar nuestras propias decisiones…

—Hermano, tiene razón Magón… ¿Por qué no te olvidas de Kart Hadasht y su senado, y llevas a cabo los planes del difunto Asdrúbal? —apuntó Hannón sirviéndose vino tinto de una preciosa jarra de plata, ya que para hablar con libertad habían despedido a los sirvientes, que esperaban fuera de la estancia.

Aníbal suspiró profundamente y miró a sus hermanos con severidad.

—Muerto padre, nuestro querido cuñado fue nombrado comandante supremo y el

Senado ratificó el nombramiento realizado por una tropas que estaban y siguen estando sometidas a la autoridad de Nueva Ciudad… —terció Asdrúbal apoyando a su adorado hermano mayor.

—Sí, pero estudió, de cuando en cuando, la posibilidad de convertir nuestro gobierno en Isphanya en un reino hereditario o electivo, al estilo helenístico… Un reino que fuera poderoso y fuerte —replicó Hannón, midiendo bien sus palabras para lo cual hizo pausas estudiadas—. Un feudo aliado de Kart Hadasht pero con autonomía suficiente e independiente de ella en el campo político…

Los hermanos escuchaban en silencio.

—Y, sobre todo, que estuviera gobernado por un rey que rehuyera la confrontación con Roma, sin llegar a las bajezas que ese senado de payasos y negociantes estaría dispuesto a hacer con tal de salvar sus mercaderías y riquezas… Eso se lo oímos comentar a nuestro cuñado Asdrúbal muchas veces…

—Sí, lo pensaba y así nos lo trasmitía a veces… Pero es más cierto y, así lo recordaréis, que no solo no llevó a cabo esos, digamos, proyectos ideales y pensamientos —argumentó Asdrúbal Barca—, sino que se mantuvo leal al Senado de Nueva Ciudad que, además, necesita la plata de Isphanya para poder pagar la indemnización de guerra a la Loba.

—¡Bah!, tú siempre apoyando ciega, incondicional e irracionalmente a Aníbal —le reprochó Hannón, impasible ante el movimiento bravucón y amenazante de los puños de su hermano mayor.

—Escuchadme. La situación político-militar es ahora distinta, y puede que el momento sea el adecuado para que tú, Aníbal, te corones rey y pongas en marcha esos proyectos realizables para que dejen de ser sueños… —opinó sin reservas Magón con voz acariciadora—. No olvides que Roma teme y odia Kart Hadasht. Ese sentimiento es de una dimensión brutal y asesina porque estamos hablando de su mayor rival comercial… Y en cuanto pueda, Roma volverá a atacar Kart Hadasht… Ahora bien, yo creo que en esa ocasión lo hará con la intención de acabar con todo lo púnico y la destruirá… Hasta sus cimientos… En cambio, a nosotros Roma no nos teme, ni nos conoce, ni nos odia… Y tampoco se atreverá a iniciar una guerra aquí, en estas tierras desconocidas y salvajes…

—¡Corónate rey, Aníbal! —le ofreció Hannón—. Traigamos a nuestra madre, a nuestras hermanas y al resto de la familia hasta Carthago Nova… Pactemos una paz eterna con Roma, dediquémonos a la conquista de las enormes, ricas e inexploradas tierras de Isphanya, su interior y sus extensísimas costas… vayamos hasta las Galias… Y dejemos las luchas comerciales para romanos y cartagineses… Que se disputen ellos el gran mar interior y su comercio…

—¡Dices cartagineses como si nosotros no lo fuéramos! —gritó furioso Asdrúbal.

—No me malinterpretes intencionadamente, como siempre —replicó airado Hannón—. Claro que somos cartagineses. Sí, lo somos, pero de Isphanya. Somos púnicos e hispanos. Aquí vivimos y aquí tendremos esposa e hijos y, en este

momento, disfrutamos de las enormes riquezas de Carthago Nova… —se explicó haciendo pausas para reforzar la exposición de sus ideas—. Si Nueva Ciudad y su Senado quieren rivalizar con Roma para que sus ricos comerciantes sigan acumulando riquezas, allá ellos… porque los romanos les saldrán al encuentro espada en mano… Que se maten entre ellos, como ya hemos visto hacer en alguna ocasión a dos tenderos en el mercado, cuyos puestos son vecinos y rivalizan codiciosamente para enriquecerse…

—Nunca pensé que fueras un cobarde tan arrastrado y miserable —le reprochó Asdrúbal con acritud, mientras Hannón, visiblemente ofendido y encolerizado, se levantaba amenazante, puño en alto, con intención de agredirle al tiempo que tiraba la silla al suelo, choque que produjo un enorme estruendo.

—No te equivoques, hermano. Nosotros somos valientes mílites que, espada en mano, labraremos un imperio y su destino, no serviles guardias al servicio de esos avariciosos comerciantes, plegados a los intereses del corrupto Senado de Kart Hadasht —gritó Magón mientras sujetaba fuertemente a Hannón e impedía que este se abalanzara sobre Asdrúbal.

—¡Silencio todos y sentaos!… Y tú, baja el puño que no estamos disputando en una taberna —tronó Aníbal poniéndose en pie con el rostro encendido de cólera, mientras hacía un enérgico y autoritario gesto con la mano.

De inmediato, los tres hermanos que reñían se callaron, recogieron las sillas del suelo y se sentaron de nuevo en la mesa. Tal era el respeto que les infundía Aníbal.

—Yo no nací de la sacrosanta simiente de nuestro padre, ni le acompañé en cien combates, ni lloré desconsoladamente su muerte para tomar ahora una senda distinta de la que él dejó marcada con su ejemplo… Tampoco me conduciré de una manera que contravenga sus planes ni el legado de su obra —les expuso Aníbal hablando pausadamente, pero sin dejar lugar a discrepancias—. Todo cuanto nuestro padre conquistó: riquezas, tierras y hombres, fue para mayor gloria de Kart Hadasht, nunca en su propio beneficio… Él fue leal a nuestra república, acató las decisiones del Senado y los sufetas, aunque le fueran adversas, y murió dando su vida por ella. Él tenía un ideal…

Aníbal miró a sus hermanos, que le escuchaban con toda atención, antes de proseguir:

—Si Amílcar, el León de Cartago, el más grande de entre todos los cartagineses y el hombre que jamás fue derrotado en el campo de batalla por Roma, hubiera querido ser rey… —les exhortó mirándoles fijamente a los ojos, pasando su mirada de uno en uno— no dudéis que él, espada en mano, cual nuevo Alejandro de Macedonia habría fundado su propio reino en Isphanya, habría conquistado Egipto o habría arrebatado Italia y la Galia Cisalpina a los romanos… Pero el León únicamente deseó ser el mejor general que hubiera al servicio de su república, dado que solo quiso lo mejor para Kart Hadasht y sus hijos, los cartagineses…

Los tres hermanos bajaron la mirada, para no tener que sostener la de Aníbal, y se

quedaron observando fijamente los dibujos que hacían las vetas y nudos de la madera de la mesa.

—Todo lo cual ahora se pondría en peligro si yo encabezara una secesión que privara a Nueva Ciudad de los recursos y de las tierras de Isphanya, además de nuestras espadas, nuestra lealtad y nuestras voluntades… Nuestra ciudad madre nos sigue necesitando porque Roma no descansa, como muy bien has reconocido tú, Hannon, y tal como padre nos explicó una y cien veces. El número hace fuerza…

Magón, que por razón de su edad se encontraba algo desplazado respecto de sus dos hermanos mayores, a los que siempre había visto muy unidos y alejados de él, razón por la que se sentía más identificado y compenetrado con Hannón, replicó:

—Aníbal, todo lo que dices de padre es verdad y yo lo comparto… Pero son otros tiempos y nosotros, en verdad, somos hijos de Carthago Nova y nuestra lealtad tiene que estar con nuestras mujeres iberas en estas tierras y con lo que hemos conquistado… Carthago Nova, una ciudad donde diez mil hombres explotan sus cercanas minas de plata, centenares más trabajan y fructifican el esparto de sus circundantes campos y otros tantos cuidan las salinas y conservan el pescado, fuente de riqueza incalculable e inextinguible… Y todo lo que hay todavía por conquistar más allá del territorio de los oretanos… Respóndeme, hermano, ¿para qué necesitamos nosotros Kart Hadasht, y por qué debemos unir nuestro destino al de una república codiciosa y en declive, cuyo senado no hizo otra cosa salvo conspirar, zaherir y menospreciar a nuestro amado y difunto padre?… ¿Tú crees que por ser yo más joven que Asdrúbal y tú, quería menos que vosotros a padre, o le necesito menos ahora?

Aníbal miró a su hermano calibrando sus palabras, sus sentimientos y sus miedos. Por un lado, entendía perfectamente sus razones dado que todos ellos no le debían nada a Kart Hadasht, se habían indignado con el trato que le dispensaron a Amílcar, sufrían sus desaires y habían asistido con rabia y dolor a la indiferencia de Nueva Ciudad, tras la muerte de su padre, a quien no hicieron el homenaje funerario que su figura merecía… Él mismo, ahora tenía que humillarse y someter su nombramiento al Senado. Pero, por otro lado, no podía compartir ni alentar públicamente sus seductores, aunque traicioneros ofrecimientos de autonomía, porque estaba en juego la memoria de Amílcar, a quien no deseaba traicionar, como tampoco a la reciente conducta de Asdrúbal *el Bello*, fiel y leal a la República, que fue capaz de firmar con Roma un tratado muy ventajoso,[19] el cual les permitía a los cartagineses seguir prosperando en Isphanya sin el obstáculo de los molestos comerciantes griegos, y sus continuas quejas a Roma. Ya habría tiempo para tomar decisiones distintas y poner a cada uno en su sitio, pero ahora, lo que convenía era no alarmar ni a Kart Hadasht ni a Roma y aparentar ser el inexperto y vulnerable joven hundido ante el dolor por la pérdida del padre y del cuñado dirigentes. Ahora, él precisaba que no se hiciera más ruido del necesario, le hacía falta tener tranquilidad y que nada alterara el curso de los acontecimientos, ya que bastantes enemigos y problemas tenía ya.

—Magón, te comprendo, pero ahora necesitamos ser fieles a nuestras raíces. Debemos ser leales y agradecidos a nuestros progenitores y tenemos que compartir el destino de quienes hicieron posible con su historia, su sacrificio y su evolución que ahora nosotros estemos aquí —le explicó pausadamente—. Sin Kart Hadasht no habríamos venido hasta estas tierras, ni las habríamos conquistado… Nosotros somos la continuación de lo que comenzó hace siglos… De todo lo que construyó padre con su sangre… De aquello que continuó y engrandeció Asdrúbal *el Bello*, dando también su sangre y su vida en el intento… No hemos nacido aquí por generación espontánea, ni como consecuencia de la unión de dos iberos… nuestra sangre es púnica, venimos de nuestra madre… Éramos, somos y seremos… de Kart Hadasht —le exhortó mientras pensaba, «por el momento».

7

En Roma se seguía bastante de lejos la evolución política cartaginesa o, por lo menos, eso es lo que parecía. La verdad era que sus cónsules y dirigentes no habían tenido demasiado tiempo para ocuparse de la sucesión, *mortis causa*, de los hasta el momento dos caudillos militares cartagineses más decisivos e influyentes en el enfrentamiento bélico entre Roma y Cartago: Amílcar Barca y Asdrúbal Giscón, *el Bello*. Los fallecimientos y tomas de posesión sucesivas se materializaron en la salvaje y lejana Hispania, y habían dado como resultado el ascenso al poder del hijo de Amílcar, un joven inexperto de veintiséis años de edad, llamado Aníbal. En realidad, no había sido desatención ni falta de interés en conocer lo que acontecía entre sus más poderosos y enconados enemigos, los cartagineses, algo que no podían ni debían permitirse los romanos, sino la marcha imparable de su propio proceso histórico la cual les había encaminado hacia su destino. De esta manera, toda la atención y los recursos de la república romana se habían volcado en la consecución de metas relacionadas con la reconstrucción y asentamiento del orden público tales como destinar una ocupación primordial a las sempiternas incursiones de los destructivos galos, preparar una escuadra para combatir a los piratas istrios e ilirios, en su calidad de primera potencia militar mediterránea y, por supuesto, intentar paliar la hambruna del pueblo y dirigir lo más eficazmente posible la recuperación nacional, pues Roma también había quedado exhausta tras la guerra contra la metrópoli púnica y la cuantiosa indemnización de plata que satisfacía Cartago únicamente mitigaba la gran carga que suponía la reconstrucción. A todo lo anterior, había que sumarse nuevas tareas y obligaciones tal cuales eran la administración y el gobierno de los nuevos territorios arrebatados por la fuerza a los púnicos, aprovechando su debilidad, como Sicilia, Cerdeña y Córcega.

La mañana era agradable, tibia y plácida como correspondía a la estación del año que disfrutaban los ciudadanos de Roma, la primavera, que derramaba puntualmente sus bondades sobre toda la región del Lazio donde se asentaba la *urbs* desde su fundación. En el cielo brillaba un estimulante sol que derramaba sus benéficos y suaves rayos sobre la capital. La plácida temperatura invitaba a caminar o a sentarse al aire libre. El río Tíber transcurría hacia el mar acarreando en abundancia un agua de un color fuertemente mezclado entre marrón y verde oscuro, pues el deshielo estaba en su punto álgido y el ancho curso de agua alcanzaba los límites de piedra que la mano humana había colocado, desde el tiempo de los legendarios reyes etruscos, para salvaguardar la integridad física y las propiedades de los romanos. A su

alrededor, los campos y las colinas estaban verdes y rebosaban de árboles y flores. Los pájaros se perseguían en el cielo y subían y bajaban en el aire, aprovechando las corrientes de aire que producían las bolsas de calor suspendidas en el éter.

—Fíjate bien, estimado Publio, todo cuanto nos rodea podría parecer cosa de magia o de embrujo y, sin embargo, es la naturaleza que crece y se multiplica, una vez más, gracias a los dioses que derraman sus dones sobre la tierra para que esta fructifique y nosotros con ella —opinaba ante tanta belleza Publio Cornelio Escipión, que era muy religioso como todos los romanos de su tiempo, mientras caminaba junto al río con su primo el cónsul de ese año 221,[20] llamado también como él Publio Cornelio Escipión pero que llevaba el sobrenombre de Asina, asno, que no era peyorativo, y le debía a su padre Cneo Cornelio Escipión Asina, héroe de la primera guerra contra Cartago, al igual que su hermano Lucio, el padre de quien hablaba.

—En verdad que los romanos somos un pueblo que goza de la bendición de los dioses, y les correspondemos, ¿eh?, porque somos muy devotos y cumplidores de las leyes inmortales divinas —respondió el cónsul, que iba precedido por los doce lictores[21] que le custodiaban, como correspondía a su cargo—. Hasta la naturaleza que nos rodea da testimonio de ello, ¿no te parece?… Solo hay que contemplar un día como hoy así como la campiña que rodea Roma, donde todo comenzó hace tantos siglos, es indudable que es un privilegio del que hemos gozado los romanos… Comparemos este paraíso con el norte, donde nos batimos con los salvajes galos, que es boscoso y frío, húmedo, proclive a las nieves, insano, incultivable… —Escipión caminaba a su lado y le escuchaba en silencio, nervioso, esperaba la oportunidad de intervenir sin atreverse a interrumpir, ya que su primo era el cónsul, pese a que deseaba hablarle de algo importante que no versaba, precisamente, acerca de la naturaleza y los dones de los dioses—. O esa salvaje y desconocida tierra a la que nuestros enemigos los púnicos llaman Hispania o algo parecido… Llena de tenebrosos bosques y fríos inclementes y heladores a los que siguen abrasadores calores propios del Hades…

Ese fue el momento.

—Pues de Hispania y sus acontecimientos me gustaría que habláramos y que tomáramos resoluciones importantes para la República, bien en el Senado o bien dentro del ámbito de tus atribuciones como cónsul.

Este le miró sorprendido y le animó a proseguir con un gesto de la mano, después de precisar:

—Escipión, ahora lo más importante es el problema de los istrios e ilirios, ¿no estás de acuerdo?

—Sin duda, cónsul, sin duda, en este momento la preocupación máxima son los piratas istrios, pero no podemos olvidarnos de Hispania dado que está bajo dominio cartaginés…

—Sí, claro, eso ya lo sabemos…

—Y, de entre ellos, recordarás a Amílcar Barca…

—Naturalmente, querido primo, un magnífico general que en Sicilia nos hizo sufrir en exceso merced a su talento militar, con el que impidió que mi padre y el tuyo derrotaran antes a Cartago —peroró el cónsul, que siempre se extendía hablando en exceso, deteniéndose en hechos y circunstancias sin trascendencia respecto de lo que se debatía—. Pero, afortunadamente, ahora está muerto creo recordar en virtud de una emboscada que le tendieron los bárbaros, acaecida en el interior de esa inhóspita Hispania, de la que, al parecer, quieres hablarme.

—Efectivamente, Amílcar murió y le sucedió su yerno, Asdrúbal, con el que firmamos el tratado del río Hiberus[22] quien, a su vez, también ha muerto asesinado recientemente por un esclavo celta según las noticias que me han llegado desde Emporiae,[23] la colonia griega aliada de nuestra patria, que se ubica al norte de ese caudaloso río.

—Otra vez esos dichosos griegos de Emporiae, ese hatajo de mercaderes de allí y de allá no se cansan de enredar… —se quejó el cónsul, cansado de las peticiones y exigencias griegas respecto de los pirata ilirios, cuya represión le iba a costar mucho dinero y esfuerzo a Roma—. Por culpa de sus embajadas reiteradas y cansinas, hace un año ya enviamos delegados para que se entrevistaran en Hispania con el finado Asdrúbal…

—Son aliados fieles y nos han advertido acerca del fallecimiento de Asdrúbal, un hombre de paz…

—Y bien, mi querido primo, ¿qué nos importa a nosotros esa sucesión de afortunadas muertes o asesinatos de caudillos militares de Cartago, que tanto nos favorecen?… No sé adónde quieres ir a parar…

—Verás. Todo lo que acontezca entre los púnicos nos es de vital importancia. Tenemos que ser conscientes de que los romanos no ganamos la guerra de Sicilia porque fuéramos muy superiores, militarmente hablando, sino porque los senadores de Cartago estaban deseando terminar la misma y no apoyaron lo suficiente a Amílcar…

El cónsul se acarició la afeitada cara sin decir nada.

—Al asesinado Asdrúbal le ha sucedido en el mando de los territorios cartagineses hispanos Aníbal, el hijo de Amílcar Barca, un joven de unos veintiséis años…

—Espléndido. Los cartagineses son más torpes de lo que pensábamos y se han puesto bajo el gobierno de un joven inexperto, ¿no es así? —opinó el cónsul satisfecho, engolando la voz—. Son unos imbéciles, ¿no?… Por tanto, ¿dónde está el motivo de preocupación, querido primo?

—Publio, sabes que he hablado muchas veces en el Senado sobre los cartagineses porque no me fío de ellos… Solo sabemos que llevan en esa tierra brutal, extraña e inhóspita quince años largos durante los que no han dejado de enviar gran cantidad de plata y otros minerales preciosos a Cartago. Consiguieron firmar un buen tratado que les ha permitido hacer lo que han querido en esas tierras. Han fundado ciudades.

Están conquistando territorios… Y ahora, como sucesor y en calidad de general en jefe al mando, han nombrado al hijo de nuestro más talentoso rival… —le expuso Escipión con prudencia y pasión en la voz a un tiempo, dejando un tinte de preocupación profunda en su alocución—. Por eso no me creo que sea un jovenzuelo inexperto…

—Detente ahí un momento, querido primo —le cortó el cónsul, a quien gustaba extenderse en el uso de la palabra pero se dejaba invadir por una impaciencia imparable cuando alguien hablaba con él y, a su entender, se alargaba en exceso—. Y exponme al momento tus temores y preocupaciones acerca de ese tal Aníbal Barca, si es que conoces algo vital para nuestra República, porque estamos llegando a la curia y yo tengo que reunirme con mi colega al mando, el cónsul Marco Minucio Rufo, habida cuenta de que tenemos que preparar a conciencia la expedición contra los piratas istrios e ilirios a los que acaudilla ese facineroso llamado Demetrio de Faros.

Ante la severa advertencia del cónsul, Escipión apuró sus conclusiones y peticiones.

—Publio, no tengo nada malo en concreto sobre el cartaginés, pero los años de gobierno y los de combate contra Cartago me han hecho muy receloso… Amílcar era muy belicoso y capaz, y nada hace pensar que su hijo no sea como su padre. Por eso, yo entiendo que debemos enviar observadores a Hispania para que espíen los pasos de Aníbal, y nos informen al momento de los mismos… Nuestra presencia en Hispania es imprescindible…

—No te quito la razón y comprendo que te anima tu profundo patriotismo, pero, mi querido primo, eso costaría dinero del tesoro público y, por ello, debemos proponerlo en sesión abierta del Senado —replicó el cónsul, siempre cauto y dado a no tomar decisiones por sí mismo y, menos aún, si eran de índole monetario y comprometedor en cuanto al destino de los fondos del erario.

—Publio, tú sabes que en el Senado nuestro acérrimo enemigo impediría en sesión abierta que prosperara esta moción que, por otro lado, es vital para nuestra supervivencia futura…

—¿Tú crees que Quinto Fabio Máximo se opondría a que la República costease los gastos de un equipo de informadores en Hispania, aunque ello beneficiara a la *res publica*?

—No albergo ningún género de duda. Él es enemigo declarado de nuestra familia y su orgullo y ambición no conocen límites… Yo estoy convencido de que si estuviera en su mano, Quinto Fabio Máximo impediría esta primavera y sus dones, y condenaría a todos los romanos a los horrores del invierno, de por vida, si con ello pudiera perjudicar a la familia de los Escipiones, a la que ambos pertenecemos —opinó con toda firmeza y aplomo Publio Cornelio Escipión.

—Yo creo que exageras, primo, conmigo Quinto Fabio nunca ha demostrado ningún tipo de hostilidad política, ni en público ni en privado. No sé qué pensar —opinó de manera simple y dubitativa el cónsul—. Si en verdad tú estás en lo cierto,

querido Escipión, respecto de lo peligroso que es, o puede llegar a ser ese tal Aníbal, entiendo que Fabio no se opondrá a que vigilemos sus pasos… No sé…

Publio Cornelio miró a su primo el cónsul haciendo un notable ejercicio de paciencia para contenerse, mientras pensaba: «Cómo que le respeta y no le es hostil ni en público ni en privado»… Aunque este no se diera cuenta y toda la *gens* Cornelia le avisara repetidamente, Fabio Máximo apoyaba al otro cónsul y en casi todas las votaciones salían adelante las proposiciones que postulaba Marco Minucio Rufo. Por ello, insistió con cautela:

—Cónsul, dentro de tus atribuciones y, sin necesidad de proponerlo en sesión, puedes disponer un gasto que, en ningún caso tiene que ser muy elevado, para que un equipo de gente dispuesta y de confianza preste un servicio a la República… Debemos saber de primera mano qué hacen Aníbal y los cartagineses en Hispania, qué traman, si puede perjudicar a Roma… Y todo ello sin que nuestros enemigos políticos en el Senado lo impidan, dañando a la patria, con tal de derrotarnos políticamente…

—No sé… No sé… —replicó el cónsul dudando.

—La supervivencia de Roma puede estar en peligro. Cartago hace y deshace a su antojo y dispone de tierras, hombres y riquezas sin límite en Hispania, a su libre albedrío, sin que exista ningún tipo de control por nuestra parte… A lo mejor, los cartagineses se están reforzando y se preparan para atacarnos cuando menos lo esperamos… El hijo de Amílcar no descansará hasta conseguir…

Esas frases obraron como una palanca de Arquímedes que levantara un gran peso.

Tras unos instantes de silencio meditabundo del magistrado máximo, este preguntó de manera algo tosca:

—Primo, ¿tú conoces gente preparada que sea capaz de espiar de manera discreta y barata?

—Sí, cónsul, yo puedo proporcionar un equipo, no muy costoso, de agentes que reúna las características que propones —le contestó Escipión aguantando el comienzo de una sonrisa.

8

Aníbal abandonó el pequeño camarote de la pentera[24] que le conducía desde Carthago Nova hasta la ciudad madre, tan pronto como el capitán de la galera le notificó que pronto procederían a virar para adentrarse en la ensenada y entrar en los puertos de Kart Hadasht. Él quería volver a ver su ciudad desde el mar, porque no había otra visión como aquella.

Salió presto a la cubierta de la nave con una emoción notable. En su pecho le palpitaba con fuerza el corazón porque su ánimo se veía turbado. Por un lado, le inundaba la alegría y las ganas por volver a pisar las calles de Nueva Ciudad, ver a su madre y hermanas, visitar a los viejos amigos de su padre, transitar los lugares de su infancia. Pero, por otro, un temor oscuro que no sabía bien a qué se debía, pugnaba por apoderarse de sus sentidos. Ese miedo se asentaba en lo más profundo de él, un mundo en guerra de conflictos y de resentimientos, un universo personal en el que se desarrollaba y crecía un aborrecimiento intenso contra el Senado de Kart Hadasht, que había conspirado una y mil veces contra su padre, que lo desairó cuantas veces pudo, que, después de su asesinato a manos de Orisón el homicida y sus despreciables bárbaros, no solo no le prestó el homenaje póstumo que merecía su persona y su figura histórica sino que, encima, intentó que cayera en el olvido y pretendió su desprestigio al verter veladas maledicencias y acusaciones contra su gestión política y militar, al frente de los ejércitos acantonados en Isphanya.

Todavía recordaba con toda viveza las palabras llenas de amargura de Amílcar, el mejor de los hombres, el día que fundó la ciudad de Akra Leuke,[25] la capital púnica de los recién conquistados territorios hispanos.

—Aníbal, hijo mío, nuestra República está atacada por un mal invulnerable que la corroe. Ahora más que nunca, el patrón oro y la tasa de intercambio comercial en el Mercado de Byrsa[26] son el estandarte que regula todo y el tamiz por el que pasa toda la vida social y política de Nueva Ciudad… Y todos los que no comulgan con esa nueva religión quedan apartados como apestados, cayendo sobre ellos el mayor de los oprobios…

Él escuchaba con toda atención porque se bebía siempre las palabras de su padre, que jamás decía nada carente de sentido.

—Tú fíjate en nosotros y quienes nos siguen, los hijos más válidos de Nueva Ciudad, repara en cómo se ven impelidos a abrirse camino en tierra extraña, en tanto que una banda de miserables saqueadores y medradores se han apoderado de los resortes del poder, dominan el Senado e imponen su penosa y medrosa política de sumisión a Roma para poder seguir viviendo cómodamente, al tiempo que se

enriquecen…

—Sin duda te refieres a Hannón y sus partidarios en el Senado, ¿no?

—Naturalmente, Aníbal, Hannón y esa caterva de infames que nos entregó atados de pies y manos a Roma, durante la pasada guerra de Sicilia… —precisó el bárquida con todo el odio del mundo en su tono de voz—. Esos mercachifles son los verdaderos enemigos de Kart Hadasht y no Roma, a la que se podría vencer con medios suficientes, decisión política y constancia militar. Los romanos son grandísimos guerreros pero no son invencibles y esa política de sumisión… solo traerá la destrucción y el olvido de lo púnico…

—Pero, padre, esa política propone riesgos y sacrificios —argumentó Aníbal.

—Y pérdidas monetarias… —apuntó Amílcar—. Algo que Hannón y los suyos no están dispuestos a arrostrar… Son demasiado fenicios y están tan apegados a sus mercaderías y riquezas que no han aprendido la lección que nos muestra la Historia… Solo hay que recordar qué pasó en Tiro, ante Asiria, o, en la actualidad, con los principados fenicios que están sujetos al poder del Imperio macedónico de Ptolomeo IV, el rey de Egipto, Palestina y parte de Siria… Al que, según mis informadores, no dejará vivir tranquilo Seleuco II,[27] el emperador del oriente alejandrino…

—Ptolomeo o Seleuco podrían ser excelentes aliados contra Roma, ¿no es así, padre?

—Creo que Egipto no querría pactar un tratado de ese tipo con Kart Hadasht, dado que envía de manera regular ingentes cantidades de trigo a la hambrienta Loba quien, a su vez, paga puntualmente y de manera generosa con la abundante plata que le entregamos nosotros en concepto de indemnización de guerra. Por otro lado, tanto Seleuco como su hijo Antíoco no son de fiar. Son demasiado poderosos y ambiciosos, están muy lejos de Roma como para iniciar hostilidades contra aquella y, además, deben proteger sus espaldas ya que les amenaza el poderío pujante del Imperio de los partos, que se han apoderado de grandes extensiones de lo que fue la Persia conquistada por Alejandro, y quieren fundar un imperio como fue el persa… —opinó Amílcar, haciendo una pequeña pausa, mientras ponía de manifiesto la completa e impresionante información que manejaba sobre la situación política de las grandes potencias—. En cambio, Demetrio, el rey de Macedonia y Grecia, podría ser un notable aliado, al igual que su posible sucesor, Filipo. Su reino está muy próximo a los dominios de la Loba y un acuerdo con Kart Hadasht les podría favorecer, ya que quedan muy lejos los tiempos en los que Alejandro Magno, en Babilonia, preparaba una expedición por tierra y mar para conquistar Nueva Ciudad…

Aníbal miraba embobado a su padre, mientras ambos se dirigían al lugar donde estaban situados los sacerdotes de Melkart y Asdrúbal *el Bello* para comenzar el sacrificio ritual. Le quería, le adoraba, le admiraba de una manera intensa y él creía que racional. Además de ser un gran general, el mejor que existía en el mundo, cuánto sabía Amílcar sobre política internacional. No cabía duda de que estaba

maravillosamente informado y eso le facilitaba, notablemente, las cosas a la hora de tomar una decisión.

—Padre, acerca de lo que estamos hablando… Parece como si todos esos imperios y naciones helenísticas tuvieran una enorme ventaja sobre nosotros, los cartagineses…

—Explícate.

—Como sucedió en Macedonia, en tiempos del gran Alejandro, todos esos imperios obedecen a un solo hombre y eso es una condición favorable, muy considerable, si lo comparamos con el gobierno de Kart Hadasht donde unos cuantos que defienden sus intereses económicos se imponen en un Senado, en el que mandan dos sufetas que pueden, también, estar en desacuerdo profundo. Es decir, poca unión en la toma de decisiones y, además, la posibilidad negativa de que unos cuantos consigan relegar y alejar a los mejores de las tareas de gobierno —razonó Aníbal—. De esa manera, ¿qué tipo de política se puede hacer?…

Amílcar se detuvo. Era consciente de la habilidad de su hijo para razonar y entendía claramente lo que le estaba proponiendo de manera velada. Se echó un poco para atrás su maravilloso casco ático, cuya metálica visera le tapaba parcialmente los ojos, dado que deseaba mirar detenidamente a los ojos de su hijo, para que comprendiera bien su mensaje y no hubiera malos entendidos.

—Hijo mío, yo jamás me coronaré rey de Isphanya ni atentaré contra la Constitución de Nueva Ciudad, elogiada entre otros por Aristóteles. Yo sé que tiene sus defectos pero juré ante Melkart *el Santo* lealtad eterna a la República, y ni soy un sacrílego, ni incumplo mi palabra… —le explicó pausadamente—. Tú no te preocupes porque, cuando llegue el momento, acabaremos con Hannón y su banda de miserables bastardos, derrocaremos el imperio de los mercaderes y colocaremos al frente del Senado a dos sufetas capaces y eficaces, mientras nosotros llegamos hasta Roma y la destruimos acabando con la amenaza que representa…

Aníbal volvió a la realidad y suspiró profundamente para serenarse. Con paso firme y decidido se dirigió hacia la proa del buque. Recorrió con celeridad el pasillo central de la galera birreme, donde se erguía el rotundo mástil que sostenía la vela cuadrada adornada con la figura de un caballo y la Luna en homenaje a la diosa Tanit,[28] de cuyos cabos tiraban varios marineros que iban a proceder a plegarla y sujetarla. A los lados del pasillo central y, a todo lo largo de la embarcación, se abrían paralelos dos fosos al aire libre que descendían cuatro metros hacia el interior de la nave donde, en dos órdenes y niveles consecutivos y descendentes, los remeros que propulsaban la pentera se sentaban sobre bancos dispuestos para que la boga fuera más eficaz. En el banco situado en el nivel superior bogaban tres hombres que empujaban un largo remo y, en el inmediatamente inferior, dos remeros que manejaban con vigor la otra pala. Todos ellos eran hombres libres, marineros enrolados que a la voz de mando

también empuñaban escudo y espada en defensa de la nao. Bogaban a un ritmo acompasado y constante porque todos llevaban a un tiempo el movimiento del remo, gracias a su veteranía y experiencia, y a la acción combinada de un cómitre que les marcaba el compás con un tambor.

De golpe, se empezó a dibujar nítidamente la costa cartaginesa. Aníbal alcanzó la proa y se abalanzó sobre el tajamar al cual se abrazó cuando una ola rompía por encima de su cabeza y le salpicaba. Acto seguido, miró hacia lo alto para contemplar durante unos instantes la cabeza de caballo que hacía de mascarón de proa, momento que aprovechó para rezar una oración a Tanit porque sus temores dieron paso a un pequeño y repentino ataque de pánico al pensar: «Hannón y sus secuaces me van a asesinar antes de mi investidura en el Senado».

—¡Oh, Madre y Señora!, protege la integridad de este, tu servidor, y salvaguárdalo de sus enemigos… ¡Oh, Madre misericordiosa!, no consientas que ningún mal me arrebate la vida mortal y me precipite al oscuro inframundo donde mora el reino de las lágrimas y las sombras… Y te ruego que me guíes en Kart Hadasht, y me infundas valor y sensatez para que me conduzca de una manera que sea digna de mi padre, el siervo de Melkart.[29]

9

Poco a poco, según se iban aproximando, el contorno del litoral dio paso a señas más nítidas e identificativas. Desde los elevados acantilados a las playas, desde el oleaje a la bruma. La colina Byrsa que se insinuaba en su totalidad y en cuya cima resplandecían los tejados policromados de los templos, los palacios y las basílicas mercantiles. De las murallas costeras a las murallas portuarias y, por fin, la bocana de entrada al puerto comercial.

La pentera se deslizó ágilmente sobre la espuma y las olas a golpe de remo, casi sin hacer ruido, y rápidamente enfiló la entrada del puerto comercial. Penetró por el pasillo de veinte metros de largo que estaba amurallado a ambos lados, donde se elevaban dos poderosas torres en cuyas almenas vigilaban guardias armados y desde las que se podían tender gruesas cadenas de hierro que impedían la entrada. Enseguida y mientras cortaba con ligereza la sucia agua con su espolón de bronce, dejó atrás el callejón de entrada y navegó por el medio de las aguas de un enorme y rectangular puerto rodeado por muelles, embarcaderos, almacenes, lonjas y pantalanes protegidos por altas murallas, en dirección al *cothom* o puerto militar.

Aníbal observaba las decenas de naves amarradas en los atracaderos: galeras, naves panzudas de dos puentes, grandes embarcaciones de borda alta para los viajes atlánticos hasta las Casitérides[30] y el oeste de Ifriquiya,[31] hippos —llamados así por la cabeza de caballo que constituía su mascarón de proa— apropiadas para navegar por los ríos hispanos y el cabotaje litoral, voluminosas naves cuyas bodegas rebosaban de género, etc. Las docenas de personas que atiborraban los embarcaderos y se movían incesantemente con el colorido exuberante de sus vestiduras a manera de cientos de arcos iris que se desplazaran de un lado a otro. Las docenas de animales que eran conducidos, como ovejas y corderos, bueyes, ocas… llevados en jaulas, como monos, loros, gallinas… o tirando de ellos como caballos, asnos, pequeños elefantes… Los centenares de paquetes y mercaderías que se desestibaban y se descargaban sobre los malecones. Los gritos, voces, murmullos. Los edificios oficiales, las lonjas, plazas y ágoras, las casas y templos, los palacetes y chabolas… que ascendían por las laderas de la ciudad hacia las colinas que la coronaban. Las gaviotas y charranes que planeaban por el aire y emitían sus característicos graznidos mientras caían en picado sobre las sucias aguas, cuando los marineros arrojaban algo a las mismas. El sol en todo lo alto derramando una intensa luz mediterránea que alumbraba todo cuanto tocaba. El fuerte olor a salitre, a madera mojada, a piedra rezumante de musgo y humedad, era el aroma de un puerto centenario que los envolvía. Su memoria no le traicionó, ya estaba en Kart Hadasht.

La pentera dejó atrás el puerto comercial y, a continuación, una vez que se levantó el rastrillo de metal así como la gruesa cadena que impedían el paso franco, penetró por la larga bocana que daba acceso al puerto militar. Recorrió el largo pasadizo amurallado siendo observados por los soldados que ocupaban los puestos armados que, a ambos lados y a lo largo del recorrido lo coronaban, desde los cuales les apuntaban con amenazadores escorpiones.[32] En breve desembocaron en el espléndido *cothom* que era una gran laguna con forma de elipse en cuyo centro geográfico había una isla en la que se alzaba un imponente edificio circular, dentro del cual se situaba el cuartel general del Almirantazgo, cuya parte superior se elevaba por encima de los edificios circundantes para permitir observar a sus vigías lo que sucedía en el mar, más allá de los amurallados malecones. Dentro de la isla y en todo el conjunto porticado circular concéntrico que formaba el puerto militar, había almacenes, cuarteles, atarazanas y diques secos y de carena donde llegaron a encontrar cobijo y base de operaciones doscientas magníficas penteras y galeras de combate. Aníbal contempló con pesar que, como consecuencia de la firma del infame tratado con Roma, tras la guerra de Sicilia, ahora solo había una veintena de naves.

La pentera maniobró suavemente gracias a su agilidad marinera hasta el lugar reservado para las máximas autoridades cartaginesas, donde tantas veces su padre Amílcar y su cuñado Asdrúbal habían embarcado y desembarcado, y su borda acarició con delicadeza los centenarios bloques de piedra del embarcadero.

Aníbal, sosteniendo a duras penas la fuerte emoción que le embargaba, se mantuvo a pie firme y examinó desde la borda de estribor la colección de personajes que formaban en el muelle a cierta distancia de la nave para saludarle. Esperó a que los marineros extendieran la plancha y bajó por la misma con agilidad hasta las húmedas piedras, seguido por su buen amigo Maharbal y un selecto grupo de oficiales púnicos formados en Isphanya. Acto seguido, se paró y permaneció firme y en silencio a la espera de que avanzaran hacia él y le cumplimentaran los oficiales de alta graduación allí reunidos.

Durante unos instantes, que parecieron eternos, los oficiales cartaginenses enviados por el Senado de la república permanecieron parados a distancia, mirando con arrogancia a Aníbal, a la espera de que fuera él quien se acercara hasta ellos en un afán claro por marcar diferencias y someter al joven general a su voluntad y al gobierno senatorial. Este, a su vez, permaneció quieto en su sitio y los observó con una mirada gélida, deteniéndose lentamente en cada uno de ellos, al tiempo que comprobaba con pesar cuánto le desagradaba lo que se mostraba ante él.

A los ojos de Aníbal, aparecían todos los componentes de esa recua de esperpentos y eran bastante mayores. No conocía a ninguno de ellos, ni recordaba, y él gozaba de una buena memoria, que alguno hubiera servido bajo las órdenes y los estandartes de su padre. Además, su escasa marcialidad se veía lamentablemente acentuada por la vistosidad exagerada y sin proporción de clase alguna que mostraban sus uniformes, escasamente válidos en una batalla: corazas de plata con

adornos de oro, grebas del mismo material, faldellines y tiras de seda, en lugar del tradicional y eficaz cuero, sandalias de piel suave con alzas y, para rematar el despropósito, cubrían sus espaldas con sendas y carísimas capas teñidas de púrpura en una mañana más que templada, lo que provocaba en ellos un sudor intenso. Nada que ver con la sobriedad espartana que lucían el propio Aníbal y sus hombres, ataviados con recias corazas de bronce o eficaces lorigas de escamas metálicas, todos salvo Maharbal, quien por influencia de su padre Himilcón, antiguo jefe de la caballería de Amílcar, era algo más ostentoso y lucía una trabajada coraza musculada itálica de acero bruñido y se adornaba, además, con una piel de leopardo.

Los dos grupos de militares permanecieron parados sobre el muelle pétreo del puerto militar, enfrente uno del otro. Desde la distancia se miraban quietos y en silencio, lo que permitía que solo se oyeran los lejanos, vivaces y estimulantes sonidos que provenían del puerto comercial, el rítmico paso sobre las losas de piedra de varios pelotones y escuadras de hoplitas que hacían a lo lejos los relevos de la guardia, el suave fragor de las pesadas telas de los toldos, estandartes y gallardetes de colores mecidos por el suave viento primaveral, y los graznidos de las gaviotas que pululaban por el *cothom*.

Aníbal hizo una mueca parecida a una sonrisa, se volvió sobre sus talones y, con una voz tan clara y potente que resonó por doquier, ordenó.

—¡Embarcamos en la pentera y ponemos rumbo a Alejandría!… Tenemos que entrevistarnos con el rey Ptolomeo.

Sus hombres hicieron rápidamente un pasillo para que su general caminara hacia la nave. Nada más poner un pie sobre la plancha tendida entre el embarcadero y su galera, Aníbal escuchó a su espalda el ruido que producía un grupo de personas que se movía presuroso, acompañado por un exagerado sonido metálico y de continuos e incesantes tintineos. De repente, alguien se dirigió en voz alta a él.

—¡Señor, señor, espera!

Aníbal se giró, atravesó con celeridad el pasillo formado por sus hombres y aguardó la llegada de los vistosamente uniformados hombres del Senado.

Cuando llegaron ante él, el más mayor, que llevaba el rostro pintarrajeado como una meretriz, y exhibía el uniforme más estrafalario y costoso, miró el grupo y, observando que el atuendo militar de Maharbal era el más llamativo de cuantos se mostraban a su miopía, se dirigió a este con voz nasal.

—General Aníbal, seas bienvenido a Kart Hadasht, la morada del Señor de los Altares de Incienso, la que gobierna sobre los mares, ante quien las naciones tiemblan y se doblegan, tu hogar por los siglos venideros…

—Señor, te equivocas de persona, yo no soy el hijo del León de Cartago —le explicó rápidamente Maharbal carraspeando y con el rostro colorado, mientras se hacía a un lado y señalaba con respecto hacia Aníbal—. Señor, a quien debes dirigirte es a mi general.

El viejo cortesano hizo una mueca, guiñó los ojos, pestañeó varias veces para

enfocar bien y se giró con una rapidez imposible para su edad y el extravagante uniforme que le agobiaba bajo su peso. Acto seguido, encaró a Aníbal.

—Saludo al hijo de Amílcar Barca, a quien acompañamos en el sentimiento por la pérdida del gran Asdrúbal Giscón, último comandante de nuestras tropas y ejércitos acantonados en la tierra lejana y salvaje de Isphanya.

Aníbal se puso tenso y replicó:

—Estimo que también deberías mostrar duelo por Amílcar *el Rayo*,[33] ¿no?

El viejo dudó un instante, antes de responder con voz hueca como correspondía a un cortesano de carrera.

—Naturalmente, mi joven amigo, naturalmente… Todos lamentamos profundamente el fallecimiento del gran Amílcar… allá, en la salvaje tierra de los bárbaros…

—Asimismo, considero que deberías cuadrarte ante mí y saludarme como corresponde a la milicia porque te recuerdo que yo soy, al igual que mis ilustres predecesores, el comandante en jefe de esos mismos ejércitos que dirigía Asdrúbal, los que están acantonados en la misma salvaje tierra… que se encuentra a tan solo dos días de navegación de aquí… —le explicó Aníbal con toda frialdad, intentando dar un timbre amenazador a su voz.

El anciano volvió a hacer una mueca y, mientras esbozaba una discreta sonrisa de triunfo que deformaba más aún su arrugado rostro de lagarto, contestó con un insolente e hiriente tono de sorna.

—Estimado Aníbal, por el amor de los piadosos dioses celestiales que derraman sus dones sobre la tierra de los cananeos, hablemos con propiedad…, tú podrás mandar sobre todos estos que, por el momento, te siguen…, pero tu nombramiento oficial como comandante en jefe de los ejércitos de Isphanya depende de la ratificación del Senado… Sin esa imprescindible convalidación, de nada habrán servido las maniobras electivas realizadas por los soldados acantonados en tierra bárbara, y solo serás un comandante más…

Aníbal se quedó en silencio. Parado, frío, distante. Recordaba cuánto esfuerzo costó sacar adelante su nombramiento como comandante supremo del ejército que estaba bajo los estandartes de su cuñado Asdrúbal *el Bello*. Al principio, él no estaba propuesto para el mando, ni contaba en absoluto que fuera el hijo de Amílcar Barca, ni influía que hubiera luchado como el que más, que se hubiera ganado los galones espada en mano. Muerto el padre y asesinado el cuñado, él no tuvo privilegios de clase alguna y fue uno más entre los comandantes que pugnaron por hacerse con el máximo cargo militar. Las batallas de ese tipo para alcanzar un objetivo son mucho peor que los brutales combates contra enemigos fuertemente armados, en los que te va la vida. Fueron unas jornadas de una angustia que atenazaba y amargaba hasta extremos impensables. Días de máxima tensión en los que encontraban cabida todo tipo de conspiraciones y de maniobras entre los que se postulaban para ser elegidos. Días de negociaciones eternas, de cesiones inauditas, de presiones hasta la abyección

máxima, que se compartían con promesas y entrega de dádivas, exhibición de amenazas… Desde el amanecer hasta el ocaso los celebrantes oficiaban una única ceremonia: la compra de voluntades. En definitiva, los días más terribles de su existencia. Al final y contra todo pronóstico, él consiguió imponerse a los candidatos favoritos del Senado cartaginés, a los hombres de confianza de Himilcón, el general de caballería de su padre, que ya había tenido enfrentamientos con Asdrúbal *el Bello* cuando este fue nombrado comandante supremo por el Senado, y a los influyentes y poderosos comandantes de la flota y la intendencia.

—Estimado Aníbal —volvió a escuchar al viejo cortesano, cuando volvió de su ensoñación. Este le hablaba esbozando una sonrisa incalificable en la comisura de los labios—, si en verdad quieres esa ratificación, que al parecer tanto precisas, sería muy conveniente que me acompañaras hasta el Senado, donde tendrá lugar la sesión con las máximas autoridades y la superioridad púnica, en la que se decidirá tu investidura… o no…

Ya no cabía la posibilidad de dar marcha atrás. Había llegado uno de los momentos que más temía Aníbal. Debía atravesar a pie una enorme ciudad llena de cuestas, callejuelas, rincones, ágoras de reducido tamaño… Lugares ideales para una emboscada, incluso a plena luz del día, si sus enemigos en el Senado habían decidido eliminarle.

10

Hannás salió por un portal lateral del fortificado palacio de la gobernación de Carthago Nova, donde residía junto a su amo Aníbal y su familia, en lo alto de la llamada colina de Asdrúbal. Se trataba de un espléndido y práctico edificio rectangular de tres plantas, que había sido construido alrededor de un gran patio central, y cuya situación era cercana al panteón familiar de los bárquidas. En su proximidad, había una serie de palacetes destinados a los usos domésticos de las máximas autoridades cartageneras así como un conjunto de edificios para sus servidores y los administrativos que hacían funcionar la máquina estatal púnica. En el palacio de la gobernación moraban parte de los componentes de la familia Barca y en sus dependencias estaban situados los más importantes departamentos administrativos y militares de la Isphanya cartaginesa.

Estaba a punto de amanecer y Hannás tenía que apresurarse para llegar al puerto donde se tenía que encontrar con los tres hombres que le iban a acompañar hasta Akra Leuke. Allí tenían que llevar a cabo la misión sugerida por el líder cartaginés: su suegro Orisón, el antiguo régulo de los oretanos, tenía que sufrir un accidente mortal del que no podía sobrevivir.

Carthago Nova, como capital donde se almacenaba lo más importante para abastecer al ejército cartaginés y excelente puerto, contaba con apenas siete años de edad desde que Asdrúbal la fundara como ciudad púnica sobre una aldea ibera con un excelente puerto, llamada Mastia, en el año 228. Con una rapidez asombrosa, se había ido convirtiendo en una ciudad que crecía y se extendía hasta alcanzar una población cercana a los diez mil habitantes. Su peculiar forma: una península redondeada con cinco colinas en su derredor que dejaban un amplio centro llano y despejado idóneo para edificar, le confería una capacidad estratégica defensiva inigualable porque había permitido que los cartagineses unieran con facilidad y rapidez los valles que había entre esas escarpadas colinas en círculo con altas murallas que ascendían lo suficiente por sus laderas hasta donde era preciso, con un evidente e importante ahorro de energías y materiales de construcción. El resultado era un magnífico recinto amurallado y redondeado que estaba prácticamente rodeado de agua y que dejaba en su centro geográfico una ciudad con un tamaño medio, trazada en cuadrícula según los parámetros helenísticos más modernos y al uso.

Desde su privilegiada posición, Hannás vislumbraba a sus espaldas el Almarjal, una enorme laguna de agua salada con poca profundidad cuyas corrientes permitían, conociendo bien las mismas, vadearla en algunos sitios donde con no mucha dificultad se hacía pie. A su izquierda se elevaba la colina dedicada a los dioses del tiempo, Elh, Sapas y el mismo Baal Hammon, que más tarde en tiempos romanos se

dedicarían a Cronos y Saturno por su identificación con esos dioses y la asimilación divina que se hizo de su advocación. A continuación, y siguiendo el círculo amurallado, se encontraba la colina dedicada al divinizado Aletes, que era el fenicio-ibero que había descubierto las cercanas minas donde se extraía y fluía la plata y los preciosos minerales que enriquecían la comarca. Cerrando un poco más el círculo, se elevaba la imponente colina dedicada a Kothar, el dios de la artesanía, la técnica y la fragua, donde se asentaban los hornos y forjas de los artesanos que elaboraban las famosas panoplias cartageneras: corazas de resistente bronce, armas arrojadizas de metal, espadas de temple inigualable, cascos de resistencia superior, lanzas, dagas, flechas… Era la colina que daba al istmo que unía la península con tierra firme y, por ello, contaba con la más poderosa y defendida puerta de entrada a la ciudad y donde se elevaba una de las más reforzadas y altas murallas del recinto, que en línea casi recta aunaba dicha colina con la que estaba dedicada a la advocación de Eshmún, el sanador, el dios de la salud y los cuidados médicos —equiparado al griego Asclepios y al romano Esculapio—, cuyo templo era gemelo del que estaba construido en la isla de la ciudad hermana de Gadir,[34] en el sudoeste de Isphanya. Esta última colina era la quinta que rodeaba la metrópoli y, desde la misma, se extendía poderosa y en línea recta la formidable muralla que la unía con la colina de Asdrúbal, cerrando de esta manera todo el recinto urbano. En dicha muralla se abría una gran puerta flanqueada por dos torres altas y recias, que permitía el acceso a Carthago Nova desde el grandioso puerto comercial y el fortificado puerto militar, los cuales extendían sus embarcaderos y muelles al amparo de dicha fortificación. Fuera de la ciudad, taponando en parte el istmo, se elevaba una colina dedicada al dios Melkart, cuyo culto prestaba homenaje al comercio, la navegación, los tiempos y usos agrícolas, la civilización colonizadora, la apertura de rutas, los descubrimientos… Su altura y los alrededores del templo estaban siendo fortificados para proteger también la ciudad de posibles ataques militares por tierra.

Hannás bajó con rapidez por el camino pavimentado y las escaleras que urbanizaban parte de la colina y, enseguida, desembocó al pie de la muralla que unía la misma con la colina de Eshmún. Se trataba de una amplia plazoleta formada por un descampado grande en cuyo final se levantaban las casas de un barrio en expansión que no tardaría en llegar hasta ese lienzo de la muralla. Acto seguido, caminó ligero siguiendo el contorno amurallado y entró en uno de los barrios que estaba surgiendo junto al portón de salida. Callejeó por las rectilíneas y modernas rúas y pronto llegó hasta la gran e imponente puerta de salida de la ciudad a los puertos, donde ya le esperaban sus acompañantes.

Los tres charlaban animadamente con los soldados que hacían guardia de manera relajada y estaban a punto de abrir las enormes hojas de madera de roble tachonadas con guarniciones de hierro y bronce. No estaban solo ellos, puesto que también se había concentrado un numeroso grupo de varias docenas de personas formado por los pescadores que iban a faenar y los comerciantes y marinos que pensaban embarcar

temprano, los cuales en animada concurrencia formaban una batahola tremenda pese a lo temprano de la hora.

De entre el grupo de personas que esperaban, Hannás descubrió a uno de los marineros que conocía, este era el segundo de a bordo del navío en el que iban a embarcar. Se llegó hasta él y le preguntó inquieto:

—Dimitri, ¿dónde está tu patrón?

—¿Quilón?… Ese vendrá enseguida… estoy seguro de que se estará despidiendo a su manera —respondió el aludido con sorna, haciendo un gesto obsceno con los dedos.

—Sí, pero ya están a punto de abrir las puertas. Debemos embarcar enseguida. No podemos retrasarnos… —replicó el esclavo con cara de preocupación.

El segundo oficial sonrió confiado.

—No te preocupes, Hannás. Este Quilón siempre actúa igual… tarda un poquito en las despedidas pero luego acelera. Ya verás como está aquí justo cuando los guardias comiencen a abrir el paso —le contestó con tranquilidad.

—Ya, ¿y el resto de la tripulación dónde se halla?

Dimitri se encogió de hombros.

—Supongo que estarán durmiendo por ahí o en el barco. No todos se pueden permitir pasar la noche en una hospedería lujosa… Tú ya me entiendes… con vino, comida, mujeres…

—¡Qué gente tan tranquila, por Melkart *el Santo*!

El marinero respondió con sosiego, esbozando una sonrisa que iluminó su feo y mal afeitado rostro. Era un hombre fuerte, nervoso y delgado. De estatura media, todo en él reflejaba agilidad, flexibilidad y fortaleza a un tiempo.

—Tranquilo, hombre, tranquilo… Cuando suenen las trompas del puerto y las penteras de combate salgan del puerto para patrullar, nosotros navegaremos tras su estela… Ya lo verás.

—¡Ojo rojo de Melkart!, más vale que no te equivoques o…

—¿O qué?

—Mi amo, Aníbal, es capaz de ordenar que nos claven a todos a la vez…

—Muy apretados íbamos a estar todos juntos colgados de una cruz… ¿no?… somos más de doce… No sé si cabremos…

Hannás sonrió. Aquel marinero de Siracusa le gustaba y le caía bien. Hacía bien poco que le conocía, al igual que al resto de la tripulación, pero era un hombre amable. Le había ganado la voluntad porque siempre le trataba con la deferencia debida a un hombre libre, aunque le sabía esclavo. Pese a ello, él estaba seguro de que esa circunstancia no influía en su ánimo y se relacionaba bien con él, como con una persona libre, no porque supiera que le pertenecía a Aníbal sino porque era la forma de ser de ese siracusano tan peculiar.

Dimitri, su patrón Quilón y los diez hombres que navegaban en su pequeña galera eran eficaces, discretos y no hacían preguntas. Había sido una suerte que los

conociera casualmente en el puerto de Carthago Nova unas semanas atrás, y que por un precio aceptable hubieran participado con él en varias misiones encargadas por Aníbal.

El alba comenzaba a iluminarse de rojo tenuemente, precursor de los rayos solares, y los guardias de Carthago Nova comenzaron a moverse. Primero descorrieron y levantaron los imponentes cerrojos, pasadores y barras que impedían la apertura de las dos enormes hojas. A continuación, tiraron de las mismas y dieron paso franco a quienes querían salir, haciendo esperar a los que deseaban entrar en la ciudad, ya que estos tenían que pasar por los puestos de aduanas instalados bajo el gran arco de piedra de la entrada, donde sus encargados y agentes fiscalizarían los objetos y mercancías que se pretendían introducir en la ciudad, dado que el comercio de según qué artículos tenía que pagar impuestos de conformidad con lo establecido en una tabla progresiva gravada en bronce, donde se especificaba el artículo y el importe de la contribución que se debía satisfacer. Dicha tabla se colgaba a la vista de los comerciantes y viandantes, para general conocimiento, y evitar problemas y discusiones. Aun así, las oficinas y las mesas de las aduanas eran lugar habitual de peleas, confrontaciones físicas y atropellos, hasta que intervenía la guardia urbana y ponía orden.

11

Tal y como había predicho Dimitri, en ese momento apareció el patrón. Venía tambaleándose un poco y hacía pequeñas eses al andar, pero, con todo, se conducía con paso rápido y decidido. Llevaba puesta solo una sandalia, un taparrabos de un color indescriptible y se iba metiendo por la cabeza una sucia túnica. Su aspecto era desaliñado y cómico.

—¡Por el ojo rojo de Melkart!… Fíjate como viene Quilón —bufó Hannás desolado.

Dimitri miró a su patrón, que ya estaba casi encima de ellos, y se echó a reír.

—No protestes, Hannás… Viene mejor que otras veces… Por lo menos viene medio calzado, se ha conseguido poner la túnica él solo y nos está ahorrando que contemplemos el penoso espectáculo de sus flacas piernas desnudas, y lo que cuelga ahí abajo, como ha hecho en otras ocasiones —comentó jocosamente.

—Hannás resopló de nuevo y miró a sus tres compañeros de misión secreta, quienes sonrieron de manera forzada y artificiosa sin decir nada.

Uno de ellos era un libio llamado Bhocas de unos treinta y cinco años. Uno más de entre tantos que nacían y se criaban en el norte de Ifriquiya, cerca de Kart Hadasht, en la provincia aliada de Libia, sobre la que los cartagineses ejercían una notable influencia política y cultural, y que tan pronto como tenían la edad reglamentaria se alistaban en los ejércitos de la metrópoli para formar su legendaria infantería pesada de hoplitas. Oscuro de piel sin llegar a ser negro, era alto, fuerte, con el pelo muy rizado y corto, y exhibía una poblada barba recortada y bien arreglada. Vestía una túnica corta de buen lino que le llegaba por encima de las rodillas, la cual ceñía a la cintura con un espléndido cinturón de piel y se cubría la espalda con una capa de lana teñida de azul de extraordinaria calidad. Ni que decir tiene, calzaba unas sandalias militares de una factura principesca. Y, como muchos de sus paisanos, también había sido soldado perteneciente a la infantería pesada, y durante bastantes años estuvo sirviendo por una buena paga en las falanges púnicas que combatieron en Sicilia e Isphanya, en calidad de hoplita.[35] En la actualidad, prefería alquilar su espada, su enorme experiencia y sus grandes conocimientos y dotes militares a los particulares que los podían pagar. Todas sus armas iban dentro de un bolsón de cuero crudo del que no se separaba.

El segundo era Iñurbe, un celtíbero perteneciente a la tribu de los arévacos de una ciudad llamada Nomantika,[36] más allá de los dominios cartagineses en la Península, puesto que era del norte de Isphanya y, en contra de la habitual manera de vestir de sus compatriotas y los celtas galos de más al norte, era discreto en su vestimenta. Por

ello, se ataviaba de manera muy similar al libio —una túnica y una capa—, y como concesión a sus arraigadas costumbres portaba los clásicos pantalones celtas pero sin exceso ni en los dibujos ni en los colores. Por calzado, unas botas tobilleras de excelente cuero le cubrían y protegían los pies. El pelo rojizo y crespo lo llevaba sujeto con una coleta y un enorme mostacho del mismo color adornaba su cara, bajo la gran nariz que cruzaba una cicatriz, dándole un aspecto siniestro y terrible; sensación que acentuaban la larga espada y las dos dagas que colgaban de su cinto.

El último de los mercenarios que le acompañarían era Uiro, un lusitano ya maduro de unos cuarenta años, fuerte y enjuto, que había participado en numerosas incursiones y aventuras junto con su gran amigo Kharbaal,[37] el más eficaz y experto cazador de elefantes de Kart Hadasht. Tanto Uiro como Kharbaal habían trabajado unidos en profusas ocasiones para el gran Amílcar y, cuando este murió, para Asdrúbal. El lusitano llevaba la cara afeitada y su largo pelo negro, donde se veían ya bastantes hebras de plata, estaba recogido en cuatro largas trenzas que le llegaban a la cintura. Vestía una sencilla túnica de buena lana color crema, llevaba sobre los hombres un capote encerado teñido de un indefinido color oscuro, y calzaba unas sandalias militares de tipo romano, posiblemente robadas a algún cadáver producido por su mano. De su cinto colgaban una imponente falcata y un puñal, y de su espalda sobresalían otra falcata, menos espectacular, y dos dagas.

—Quilón, ¡por la gloria de Ashtoreth, madre de la grey de los cananeos! Mira en qué estado llegas… y tenemos que embarcar y partir de inmediato.

Quilón, nacido en Neapolis,[38] más que centenaria ciudad griega ahora bajo dominio e influencia romana, esbozó una sonrisa que se convirtió en mueca mientras meditaba intentando despejar la niebla que poblaba su mente.

¿Cómo era posible que un esclavo, un no libre, aunque su dueño fuera Aníbal, el hombre más poderoso de Iberia, le pidiera explicaciones a él, un hombre libre que solo había estado divirtiéndose un poco?… ¿alguna vez había fallado él o su tripulación en alguna misión encargada por el gran cartaginés,… habían faltado acaso a lo acordado en alguna ocasión?…, pues entonces, ¿a qué venía tanta prisa y por qué tanta exigencia?… En verdad que la actitud de ese Hannás merecía un cepo y unos buenos azotes…

—Hombre del todopoderoso comandante en jefe púnico… No sufras indebidamente y sin necesidad —respondió el patrón napolitano con voz pastosa, hablando en el griego de su ciudad con los dejes propios de su tierra—. ¿No ves que ya estoy aquí? Tranquilo, que en nada de tiempo estaremos embarcados en mi espléndida embarcación, *Bahía de Neapolis*, rumbo a donde tú nos indiques.

En ese momento aparecieron tambaleándose otros dos marinos de la *Bahía de Neapolis* que saludaron alegremente a su patrón, se colocaron detrás de él y esperaron de pie las órdenes.

—Ya estamos aquí casi todos, vamos pues sin tardanza a la nave… —les exhortó muy contento Quilón para, acto seguido, tambalearse de nuevo—. ¡Canastos

embreados!, hay que ver cómo se mueve este suelo… Entonces, no quiero ni pensar como se meneará mi pequeña galera —exclamó con voz alegre comenzando a reírse, al tiempo que todos los que lo rodeaban soltaban también estruendosas carcajadas, menos Hannás.

Salieron de la ciudad en animado grupo y recorrieron el puerto comercial que ya empezaba a estar lleno de gente, donde se les unieron otros dos hombres de la tripulación.

—¡Otros dos! —soltó el napolitano con alborozo triunfal.

—Mira, Hannás, parece obra de los dioses inmortales pero a medida que nos adentramos en el puerto y Quilón respira el aire y el agua del mar… —le comenzó a explicar Dimitri.

—Bastante mal oliente, por cierto…

—Sí, Hannás, el agua huele mal como en todos los puertos del Gran Mar Interior… —precisó el siracusano irritado—. Te intentaba explicar que debes tranquilizarte dado que según le va entrando el mar en las venas a Quilón, este se va despejando, y cuando lleguemos a la *Bahía de Neapolis*, que está ahí mismo, él estará como si durante la noche no hubiera probado ni hembra ni una sola gota de vino.

En la *Bahía de Neapolis* aguardaba el resto de la tripulación, otros seis hombres, que habían comenzado a aparejar la nave.

Subieron con celeridad y agilidad por la plancha tendida desde el embarcadero a la amura de babor de la nave que resultó ser una pequeña galera griega de ocho metros de eslora con cinco remos en cada borda, un fuerte mástil en medio con una vela cuadrada, una pequeña sentina para estibar carga y en la popa una camareta de reducidas dimensiones para que durmiera el patrón o los ocasionales pasajeros que pudieran transportar.

Los tres mercenarios y Hannás se sentaron junto al mástil, para no estorbar, en tanto que los marineros procedían a las rutinarias labores de retirada de pasarela, suelta de amarras, separación de la nave del embarcadero. Una vez que la embarcación se separó del muelle, los marineros se sentaron en los bancos y se pusieron a bogar con los remos en pos de las dos majestuosas penteras de combate, que en ese momento les precedían, porque salían del puerto militar para patrullar los alrededores de la capital púnica.

Dimitri, que manejaba la pala del timón, voceó con satisfacción.

—Qué te dije, Hannás, que cuando salieran a patrullar las penteras de combate, nosotros navegaríamos tras su estela… ¡Eh!… ¿Lo dije o no lo dije, eh?

—Sí, Dimitri, sí. Lo dijiste. Aciertas en todas tus predicciones. Yo creo que deberías abandonar la marinería y buscar acomodo en la itálica ciudad de Cumas, para sustituir a la sibila, o, en Delfos, para convertirte en un adivinador tan grande como su famosa pitonisa… —soltó el interpelado con desgana pues se comenzaba a marear.

12

Aníbal y el grupo que lo acompañaba fueron cumplimentados de manera discreta, protocolaria y carente de emociones por las autoridades del *cothom* de Kart Hadasht, donde el bárquida comprobó con rabia y pena cómo los escasos compañeros de armas de su padre, Amílcar, se encontraban relegados y ocupaban puestos de inferior categoría e importancia militar de lo que les correspondía. También constató que las tropas y los guardias que custodiaban el recinto presentaban poca marcialidad, su aspecto y armamento eran notablemente mejorables y, en algunos casos, daban síntomas de poca disciplina y escasa instrucción.

Traspasaron el gran portón de madera de cedro, forrado con planchas de bronce y tachones de hierro, que daba salida desde el puerto militar a la ciudad y bajo el mismo atravesaron el imponente muro que protegía el puerto. Acto seguido, accedieron a una pequeña avenida que giraba levemente hacia su izquierda y que desembocaba en la gran ágora central donde se situaba el mercado principal de la ciudad, dada su proximidad al puerto comercial que estaba ubicado delante de la misma, a unos cuantos metros.

Enseguida llegaron al gran zoco central y como quiera que por toda la metrópoli se había corrido la voz de que, proveniente de la lejana e ignota Isphanya, había arribado a la ciudad el hijo del León, de inmediato Aníbal y su grupo se vieron rodeados por una gran multitud. Esta comenzó a hacerles un pasillo, a medida que avanzaban, mientras que coreaba el nombre de Aníbal y lanzaba al aire alabanzas para el difunto Amílcar, al tiempo que arrojaba sobre ellos una verdadera lluvia de fragantes pétalos de flores y, a su paso, disponían un lecho de tallos de olivo y ramas de palmera.

El gran bazar sí presentaba el aspecto espléndido, exótico y rebosante de todo lo imaginable que recordaba Aníbal y, por ello, seguía siendo una catarata de colores, de olores y de sensaciones que se derramaba sobre todo aquel que lo transitaba. Según avanzaban por su pasillo central, a los lados se disponían docenas de puestos bien alineados, protegidos por toldos de colores, que estaban colocados según el producto que vendían y la importancia y riqueza del mercader titular de los mismos. Perpendiculares al pasillo central se extendían, a su vez, y cada cierto espacio, otros corredores en los que se levantaban más puestos y más tiendas.

Todo cuanto les rodeaba era grandioso, ostentoso y mostraba claramente la magnificencia de Kart Hadasht, así como el espíritu de aquella espléndida ciudad de comerciantes, de navegantes, de descubridores, de colonizadores y aventureros, y que, en realidad, no era de soldados ni de conquistadores.

De esta manera, entre el bullicio de los compradores, las voces de los vendedores

que anunciaban y ofertaban sus mercaderías, y la algarabía permanente que prodigaban los seguidores de la familia Baraq, fueron discurriendo por los «barrios» en los que se dividía el gran mercado, que se distribuían en función de sus productos, y contemplaron la riqueza de los puestos atiborrados de especias, de brocados, de elegantes y delicadas manufacturas de lino, tejidos prodigiosos, ropas de fino algodón, maravillosas alfombras, vestimentas de seda, las bien protegidas tiendas que vendían espléndidas confecciones teñidas de púrpura… Pasaron sin detenerse junto a las platerías que destellaban como estrellas en el cielo nocturno, donde se ofrecían todo tipo de artesanías realizadas con los más nobles metales y las más ricas y elaboradas piedras preciosas. Más adelante, desfilaron ante los puestos donde se vendían frutos de todo tipo, desde los más habituales y vulgares hasta los más exóticos traídos desde la costa oeste de Ifriquiya. A continuación, se adentraron en el barrio de los vendedores de vino. Acto seguido fueron los tenderetes y tabernas de los comerciantes de aceite, los que hacían otro tanto con los cereales, los panaderos y sus hornos que invadían el aire con una fragancia inigualable, el gremio de los carniceros que exhibían cortes, paletillas, costillas y cabezas de cordero, de ternera, de pollo, a cuyo alrededor se formaban nubes de moscas verdes y negras a las que los esclavos y sirvientes de los puestos alejaban moviendo continuamente abanicos y flagelos hechos con pelo de caballo y de asno… Los puestos de pescado fresco. De salmueras. De encurtidos… Aquello era interminable.

—No recordaba que el Mercado Central fuera tan grande —le comentó fatigado Maharbal, apartando con la mano una nube de moscas que intentaba aterrizar sobre su frente sudorosa.

—Es enorme… Y eso que todavía no hemos llegado a la zona donde se venden animales exóticos como monos, loros y panteras —le recordó Aníbal sonriendo, mientras hacía memoria ya que su amigo y él llevaban viviendo fuera de Kart Hadasht cerca de quince años.

—Es verdad, el zoco de las fieras, ya me acuerdo… Cuánto tiempo ha pasado, y cómo nos gustaba venir a verlas vivas dentro de sus jaulas y corrales —rememoró Maharbal con ojos soñadores—. Pájaros que hablaban con un plumaje lleno de colorido, panteras negras, simios grandes que parecían personas peludas… ¿Te acuerdas cuando soltamos la puerta de la jaula de aquel leopardo?… Qué lío se montó…

—Fue una pantera —sentenció el hijo del León de Carthago—. Y lo hizo mi hermano.

Aníbal, según caminaba entre los puestos llenos de jaulas, corrales y chiqueros cuyos olores le transportaron a su infancia, comenzó a recordar la aventura a la que aludía su amigo, una mañana que habían escapado de la tutela de su preceptor, el bueno de Sileno de Calacte, un bondadoso griego que les enseñaba todo lo referente a Estrategia, Humanidades, Matemáticas, Física y Ciencia, el cual se esforzaba en las clases y las lecciones más que ellos, que eran quienes tenían que hacerlo ya que

debían aprender todo lo relativo a esas materias, y a quien su padre, Amílcar, abroncaba sin piedad ni miramientos para su estatus tan pronto como detectaba que las lecciones se apartaban de la ortodoxia cananea, la piedad divina y todo aquello que él consideraba sagrado.

—Corre, Aníbal, que el maestro se ha quedado dormido —le había gritado Maharbal bajando atropelladamente por las escaleras del palacio de su padre Amílcar, una mañana de primavera de hacía ni se sabe cuánto tiempo ya.

—Y ¿adónde nos vamos?

—Al mercado, vamos al zoco de las fieras, contemplemos los nuevos animales —le propuso con la cara colorada y congestionada por la emoción y el esfuerzo físico, mientras su hermano pequeño, Asdrúbal, se unía a ellos y gritaba: «yo también voy con mi hermano, ¿eh, Aníbal?»

Luego vino la habitual discusión porque Maharbal quería a Aníbal para él solo, sin ganas de compartirlo con nadie, y Asdrúbal se empecinaba en acompañarlos amenazando, incluso, con acudir al momento junto a su madre con el cuentito de que se habían escapado de las lecciones del preceptor. En realidad, él estaba seguro de que su hermano Asdrúbal, que lo adoraba, habría ido hasta el universo tenebroso del inframundo donde moraban los muertos y los espíritus con tal de acompañarlo y estar con él. Al final, Aníbal terciaba en la discusión y Asdrúbal les terminaba acompañando mientras recibía una lluvia de amenazas e improperios por parte de Maharbal y algún que otro capón, que también se le escapaba cuando Aníbal no miraba.

Desde el palacio bárquida, edificado en lo alto de la colina Byrsa, bajaron a los barrios portuarios de Nueva Ciudad, donde se extendía la gran ágora. Primero burlaron a los guardias de su padre, que patrullaban armados al estilo hoplita espartano, escondiéndose entre los troncos de las palmeras y sicómoros que se alineaban entre parterres, estanques y praderitas de hierba, así como a la sombra de los cipreses y frutales que adornaban y enriquecían sus jardines. Se movieron con sigilo y rapidez alcanzando en breve una de las esquinas del tapiado del recinto donde, oportunamente camuflada por la exuberante y frondosa vegetación que trepaba por los muros, se extendía una pronunciada grieta a través de la que habían salido en varias ocasiones del palacio sin ser vistos. Otras veces, escalaban por las raíces trepadoras y se descolgaban al otro lado de las tapias, merced a las enredaderas y las ramas de las hiedras que pendían hacia las calles que rodeaban la residencia de los Baraq.

Rápidamente, los tres niños abandonaron el rico barrio donde, orgullosos, se erguían los palacios, las residencias y las mansiones de los más acaudalados y pudientes de Kart Hadasht, construidos entre arbolados exóticos, calles y plazoletas exclusivas, y el maravilloso vergel que formaban sus cuidados jardines, sus rosaledas y las terrazas rebosantes de floresta. Bajaron por una estrecha calle empedrada que tenía una pendiente muy pronunciada, y desembocaron en la plaza donde se erguía el

albo edificio de la lonja del Gremio de Comerciantes y Banqueros[39] que estaba coronado por una cúpula semicerrada adornada por azulejos esmaltados de vivos colores, y hacía las veces de bolsa de cotizaciones de las sociedades de participación que constituían, así como de los intercambios de comercio exterior.

Acto seguido, bajaron por una calle menos estrecha pero también en pendiente, que era transitada por una cantidad notable de personas y jumentos cargados, la cual comunicaba la plaza de la lonja con otra más grande donde estaban situados los santuarios de las divinidades principales de la ciudad: Baal Hammon y Tanit Pené Baal. La arquitectura exterior de ambos templos era austera ya que se trataba de dos enormes edificios rectangulares de techo plano, rodeados por altas tapias almenadas que protegían un gran patio interior, un santuario y un sanctasanctórum donde hallaba su morada la estatua del dios y donde solo entraba el sumo sacerdote. Dispuestos el uno enfrente del otro, estaban edificados en piedra caliza revestida de cal y, cada uno de ellos, se erigía sobre un podio que lo elevaba del suelo un par de metros. Sus entradas principales se veían adornadas por unas sencillas columnas y, sobre cada una de las mismas, refulgían los símbolos áureos de la divinidad.

Abandonaron la atestada plaza de los santuarios bajando por uno de los callejones menos transitados por la gente dada su dificultad física, ya que sus escalones estaban más empinados, y al desembocar en una plazoleta alargada y desierta aceleraron al pasar junto al *tofet*[40] para dejar atrás, cuanto antes, su estremecedora evocación de muerte y redención.

Un rato después, tras callejear por las laberínticas, estrechas y empinadas calles de la ciudad vieja de Kart Hadasht y correr por el barrio de los tintoreros, alcanzaron los barrios modernos y más helenizados, en cuanto a su desarrollo arquitectónico, dada su mayor amplitud y la rectitud de sus rúas trazadas a cuadrícula, que se extendían delante del puerto comercial, detrás de las cuales se alzaba la imponente plaza Central.

Una vez que accedieron a la misma, se dirigieron al zoco de las fieras corriendo y sorteando a las miles de personas que lo recorrían con sus idas y venidas, comprando, vendiendo y mercadeando. Por fin, llegaron exhaustos por el esfuerzo.

13

—¡Fíjate, Aníbal!, hay monos grandes, y felinos enjaulados —exclamó alborozado Maharbal, señalando con la mano en dirección a las jaulas—. Y han hecho unos estanques llenos de agua, seguro que para los cocodrilos.

Los tres chicos se acercaron a los puestos, pasando pegados junto a ellos mientras miraban embobados a los animales.

—¡Eh, tú, aléjate ahora mismo de esa jaula!… ¿Quieres con tu imprudencia que esa fiera te arranque un brazo? —les gritó con cierto respeto en el tono de su voz uno de los oscuros y enormes libios armados que custodiaban los leopardos, ya que había observado la riqueza de sus ropajes—. Malditos críos, siempre andan enredando por donde no deben.

Rápidamente, Aníbal tiró para atrás de la túnica de su hermano, que se había acercado en exceso a una de las jaulas, en tanto que otro de los leopardos se erguía de manera amenazadora.

—Oye tú, miserable libio, somos los hijos del León de Kart Hadasht y no le tememos a una fiera enjaulada —replicó Aníbal altanero—. Ni tú debes hablarnos con esa falta de respeto…

El guardián torció el gesto, salió de entre las jaulas y se acercó a ellos, mientras los tres chicos daban un paso atrás y, a su alrededor, se arremolinaban los curiosos.

—Chico, ¿quieres que te eche a las fieras para que te devoren? —le preguntó el guardia a Aníbal, plantándose delante de los tres con los brazos en jarras y adoptando una actitud corporal muy intimidatoria.

—Y tú, miserable libio… ¿quieres que mi padre, el gran Amílcar Baraq, te mande crucificar en este mismo sitio cuando regrese de derrotar a los mercenarios sublevados? —le contestó Aníbal con la voz llena de arrogancia e insolencia—, para después de muerto arrojar tus restos a las fieras…

El libio ya no habló. Echó mano al enorme puñal ibero que colgaba de su cinturón y dio un paso adelante, mientras el círculo de curiosos se hacía para detrás y no paraba de comentar cosas y opiniones en voz alta.

—¡Quieto, imbécil!… ¿Qué pretendes con tu atolondramiento orgulloso, arruinarme la vida?… ¡Animal malo y dañino!, ¿es que no ves que es el hijo de Amílcar *el León*, el hijo del Rayo? —le detuvo de pronto el dueño del puesto, que volvía apresuradamente de la taberna donde estaba refrescando el gaznate, merced al aviso que le acababa de dar uno de los curiosos.

El libio se giró tan largo como era y se quedó en silencio mirando a su patrón, con ganas de estrangularlo.

—Vuelve ahí dentro, ¡ya! —le ordenó a gritos el mercader con voz tajante y

autoritaria, mientras el libio obedecía remoloneando y el círculo de curiosos se reía abiertamente—. No te lo quiero repetir. ¡Vuelve dentro, a cuidar a los animales!… que es donde debes estar.

La humillación que sufría el libio, víctima de las risotadas del populacho y el autoritarismo de su amo, que exageraba para sentirse superior y, además, intentar halagar al hijo de Amílcar, produjo un enorme malestar interior y un creciente desasosiego en Aníbal quien, dada su corta edad, carecía de experiencia y no había calculado las repercusiones negativas de su conducta para el guardia.

—Quiero pedir disculpas a tu guardián libio, ya que él solo quería protegernos y mi proceder ha sido impropio de un cartaginés, siendo, en cambio, la de un niño malcriado —gritó Aníbal, mientras el sorprendido libio se daba la vuelta satisfecho y emocionado, y su patrón con voz desentonada insistía.

—Distinguido niño, ilustre hijo de nuestro navarca el gran Amílcar, a quien Baal Hammon otorgue todo tipo de bendiciones y le conduzca a la merecida victoria sobre esos traidores sublevados… Tú no tienes que disculparte por ningún motivo y, menos aún, ante este sucio animal libio que no vale ni la comida que le doy —exclamó con voz untuosa y viscosa el mercader, al tiempo que hacía una reverencia que asqueó profundamente a Aníbal, mientras su amigo Maharbal y su hermano Asdrúbal permanecían callados detrás de él.

—Insisto. Perdóname, noble soldado libio. Mi comportamiento no ha sido digno de mí, ni de mi padre —se disculpó Aníbal con voz firme y sincera, dirigiéndose al guardián, ya que había adivinado que este había sido soldado mercenario, lo que agradó mucho al mismo.

Acto seguido, reconvino al mercader.

—Y tú no vuelvas a decir nada más.

El mercader miró al libio de una manera tan despectiva que este exclamó:

—Me despido, patrón. Esperaré a que vuelvan los oficiales púnicos para enrolarme de nuevo en alguna de las *syntágmatas*[41] de la falange, donde haya plazas vacantes.

—Ah, sí… Pues entonces si te vas ahora, libio desleal, no esperes que te pague nada —replicó el mercader—. Y vosotros, dejad de mirar y volved ya a vuestros puestos, todos a trabajar —ordenó con voz chillona a los otros guardias, dándose la vuelta, a continuación, para encaminarse de nuevo a la taberna.

Aníbal hurgó en su bolsa, les pidió a Maharbal y Asdrúbal que hicieran lo mismo con las suyas y, entre los tres, juntaron monedas por valor de cuatro shekeles de plata. Acto seguido, corrió tras el libio que se alejaba.

—¡Espera, por favor!

El soldado libio se dio la vuelta y sonrió.

—Por Tanit, si es el distinguido niño, el ilustre hijo del Rayo… el que me acaba de hacer perder el empleo… —le expuso con sorna.

Aníbal, avergonzado, no respondió y le tendió la bolsa donde habían juntado su

pequeño tesoro.

El libio sonrió de nuevo, tomó la bolsa de cuero con una mano y la sopesó con ojo experto.

—Gracias, noble niño, ilustre hijo del Rayo… Debe haber unos cuatro o cinco shekeles… La paga de una semana. Gracias —le expresó sinceramente, rebajando mucho la ironía del tono de su voz.

—Siento que hayas perdido el trabajo por mi culpa… pero en verdad que yo no quería… —intentó explicarse Aníbal.

—No te canses, cachorro del León, yo ya tenía pensado despedirme —le comentó el libio—. No hay quien aguante a ese miserable. Prefiero enrolarme en el ejército de tu padre antes que continuar con esta existencia tan mísera… ¿Sabes que nos daba de comer menos a nosotros que a sus fieras?

Aníbal sonrió mientras se le ocurría la realización de una maldad que cruzó rápidamente por su mente.

—Adiós, chico. En verdad te digo que eres noble y valiente. Me has defendido delante de toda esa gente, no has dejado que me humillaran y ahora me socorres con esta bolsa de dinero. Bhocas, que es mi nombre, no lo olvidará jamás —le dijo el libio emocionado, mientras se golpeaba el pecho a la altura del corazón varias veces —. Si en algún momento tú me necesitas, búscame o manda a buscarme, y Bhocas estará a tu lado para lo que sea. Los libios sí somos leales a pesar de lo que haya dicho ese miserable mercader de miseria, por eso los tuyos cuentan con nosotros para formar la falange… Porque saben que somos leales hasta la muerte…»

Aníbal vio cómo se alejaba el libio. Después volvió junto a su hermano y su amigo. Los curiosos ya se habían disuelto.

—Habría que hacer algo fastidioso para escarmentar a ese repelente mercader, ¿no? —les preguntó cuando llegó a su lado.

Los tres permanecieron un rato en silencio, pensando. Al cabo del cual, Maharbal, ingenioso como era para hacer travesuras, propuso:

—Ya lo tengo… podríamos abrir alguna jaula y liberar animales.

—Buena idea —aprobó alborozado Aníbal, que sentía ver a los animales encerrados—. Pero si me acerco yo al puesto los otros guardias me reconocerán…

—Que vaya Asdrúbal, es más pequeño y no levantará sospechas porque no se han fijado en él —sugirió Maharbal ante la mirada entusiasmada del pequeño de los Barca.

—No sé —dudaba Aníbal, temiendo por su hermano pequeño.

—Asdrúbal es valiente, decidido y puede hacerlo —sentenció Maharbal, mientras Asdrúbal asentía entusiasmado y le miraba con una adoración cercana a la que sentía por su hermano mayor.

—De verdad, no sé, no lo veo claro —seguía dudando Aníbal, mientras miraba la cara de emoción de su hermano.

—Soy valiente, decidido y puedo hacerlo —soltó Asdrúbal muy convencido,

repitiendo exactamente las palabras de Maharbal.

—Déjale intentarlo y no volveré a protestar cuando lo traigas con nosotros de correrías —ofreció Maharbal generoso, aunque pensaba seguir quejándose, por supuesto—. Además, ya se nos está empezando a hacer tarde.

—De acuerdo, inténtalo —concedió por fin Aníbal, mientras Asdrúbal ponía los ojos en blanco por la agitación y la excitación que le invadían.

—Mira, Asdrúbal, ¿ves aquella jaula donde están comiendo esos monos tan negros?…

—Sí, sí —le contestó Asdrúbal muy decidido a Maharbal, que le había pasado la mano y el brazo por encima del hombro, lo cual hacía que se sintiera como en el cielo.

—Pues ve con cuidado, acércate con sigilo, tira de esa trabilla —le explicó Maharbal señalando con un dedo el objetivo— y, en cuanto se abra la puerta de barrotes… Corres a toda velocidad hacia aquí.

Asdrúbal se acercó con disimulo, mezclándose entre los compradores, y de inmediato llegó junto al puesto de las fieras en tanto que los guardianes vigilaban de manera leve y hablaban entre ellos, comentando la injusticia que se había perpetrado contra su amigo Bhocas. El niño observó el pestillo que tenía que descorrer y, en un despiste de los guardias libios, tiró del mismo con fuerza. De inmediato, la jaula se abrió y de su interior saltaron dos enormes panteras rugiendo.

—¡Ojo rojo de Melkart, tu hermano es un inútil!… Se ha equivocado de jaula y ha soltado a las panteras en lugar de liberar a los simios que estaban al lado —exclamó alarmado Maharbal—. Lo sabía, es un estorbo.

—¡Cállate! —le ordenó imperativo Aníbal al tiempo que corría hasta Asdrúbal, lo cogía de la mano y emprendía una veloz huida en dirección a la ciudad alta, mientras el zoco de la fieras se convertía en el mayor caos que se recordaba.

Aníbal sonrió con esos recuerdos que parecía que hubieran sucedido hacía un millón de años. Siguió caminando y, enseguida, se quedó parado delante de una jaula hecha de madera pero con barrotes de hierro, desde cuyo interior una negra pantera, que estaba tendida a todo lo largo de su cuerpo, le miraba con unos ojos que a él le parecieron de una tristeza infinita. De inmediato se acordó de *Luna*, la gatita negra que había rescatado de los asesinos propósitos de una culebra que la quería devorar en la colina de Asdrúbal, en Carthago Nova; felino al que había salvado y adoptado.

Aníbal volvió a sonreír al recordar el final de la historia de la liberación de las panteras, por el error involuntario de su hermano pequeño. Cuando le relató a su padre, tiempo después, lo que había pasado en el zoco de las fieras, Amílcar, muy enfadado, le propinó una buena azotaina, ya que había puesto en peligro la vida de su hermano, dado que se había comportado con altanería y soberbia ante el pueblo de Kart Hadasht, se había escapado del palacio sin permiso, abandonando sus clases, y

había provocado tal caos en el zoco de las fieras que tardaron bastante tiempo en arreglar los destrozos… Después, le abrazó con una emoción y un orgullo conmovedores cuando le relató de qué manera había defendido al soldado libio, y cómo le socorrió con las monedas que llevaban los tres para gastar en el mercado. Aquel abrazo emocionado de su padre todavía lo recordaba, como si se lo acabara de dar. Es más, él jamás lo olvidaría y siempre lo llevaría en su memoria.

14

La pequeña galera de Quilón salió por la bocana del puerto de Carthago Nova y se deslizó a golpe de remo por la ensenada natural que protegía la urbe, siguiendo la estela que dejaban las dos imponentes penteras de combate que, a golpes de tambor, introducían y sacaban rítmicamente los remos del agua propulsando las naves y haciendo que estas avanzaran a una velocidad notable y constante.

—Cartaginés, hay que admitir que no existe un espectáculo náutico superior al de contemplar cómo navegan vuestras penteras de combate —le reconoció desde la proa en voz alta Quilón, agarrado a su mascarón, a quien parecía que se le habían pasado todos los males que la reciente resaca le había hecho padecer—. Fijaos cómo trazan, cómo ciñen, cómo se deslizan sobre el agua… —comentaba con admiración marinera mientras sus ojos no perdían el más mínimo detalle de la elegante marcha náutica de aquellas—. Parece que volaran sobre el agua… No hay nada superior… ni siquiera esos romanos copiones han sido capaces de crear algo igual… Sus trirremes son naves muy buenas y han logrado llevar el combate terrestre de sus legiones hasta el mar gracias a los *corvus*[42] que inventaron y han incorporado… pero no son tan marineras, ni tan esbeltas, ni tan distinguidas.

Hannás se sentía halagado por las palabras del napolitano y miraba hacia la ciudad que quedaba detrás de ellos, en tanto que recordaba con melancolía el día en que la fundó Asdrúbal *el Bello*. Parecía que habían pasado centenares de años y, sin embargo, no había transcurrido ni una década. Le invadía una sensación de tristeza depresiva como si presintiera el fin de algo. Y era así, no le cabía ninguna duda de que algo se estaba terminando, un mundo se apagaba y acababa. Había muerto el gran Amílcar, el León de Kart Hadasht, víctima de una añagaza que se materializó en una emboscada mortal, que le cogió por sorpresa, a pesar de que su veteranía, su sapiencia y su experiencia debían haberla imaginado y contrarrestado. Asdrúbal *el Bello* había sido asesinado de manera misteriosa y sin razón aparente. Aníbal, aunque su discurso oficial era de paz y reconciliación, se empeñaba en llevar a cabo una destructiva labor de venganza porque, después de encargarle que asesinara a su suegro Orisón, en cuanto él le informara de que el celta que había asesinado a Asdrúbal Giscón estaba escondido en la ciudad de Arse, a la que los comerciantes griegos llamaban Zakynthos y los fieros romanos Sagunto —certeza alcanzada tras varias misiones de reconocimiento—, estaba seguro de que Aníbal, una vez más, le encargaría a él y a un grupo selecto la misión de desplazarse hasta dicha ciudad portuaria, donde secuestrarían al celta y lo llevarían cautivo a Carthago Nova; y, una vez en las mazmorras púnicas, el miserable asesino sería interrogado para sonsacarle

toda la información posible, ya que Aníbal estaba convencido de que el asesinato de Asdrúbal había sido orquestado por alguien del Senado de Nueva Ciudad, para, posteriormente, torturarlo y matarlo públicamente de la forma más horrible conocida.

Recordaba cuánta ilusión y cuánta esperanza había puesto Asdrúbal Giscón en el momento de la fundación de Carthago Nova.

—Esta ciudad y su puerto serán la piedra angular sobre la que asentaremos el dominio púnico en Isphanya, mi querido Aníbal. Hermano mío, nuestro presente y, sobre todo, nuestro futuro estarán aquí —le había repetido en numerosas ocasiones—, pues estamos lo suficientemente cerca de Nueva Ciudad como para poder ampararla y auxiliarla, e intervenir si ello fuera preciso, pero a una distancia bastante como para tener mucha independencia respecto de su Senado y de sus conspiraciones y, por descontado, muy lejos de la mirada indiscreta de la Loba.

—Sí, pero qué pena tan atroz. Mi padre no ha podido disfrutar del establecimiento de esta magnífica base —le había contestado Aníbal.

Asdrúbal se mesó la cuidada y ya, en algunos sitios, plateada barba antes de replicar:

—Mi querido hermano, grande ha sido Amílcar, padre y guía para todos nosotros… Pero no te engañes, él no habría disfrutado puesto que siempre me negó la posibilidad de fundar esta Nueva Ciudad sobre la ibérica Mastia. Todo su empeño fue engrandecer y fortalecer Akra Leuke… Y su palabra era la Ley. Carthago Nova no habría pasado de ser una simple base de operaciones.

Aníbal cambió la dirección de la discusión.

—¿Qué querías decir exactamente con intervenir en el Senado, si ello fuera preciso?

—Pues eso, intervenir cuando tuviéramos evidencias de que Hannón y sus partidarios estuvieran tomando decisiones o estuvieran actuando de una manera que nos perjudicara políticamente, o fueran evidente y claramente peligrosas para Kart Hadasht.

—¿Te estás refiriendo a disolver el Senado y adoptar otra forma de gobierno? —inquirió Aníbal preocupado aunque esperanzado al tiempo, pues no sabía si Asdrúbal sostenía las tesis de su padre o pensaba como él lo iba haciendo respecto a un líder único que rigiera los destinos de los púnicos.

—Mira, hermano, los tiempos cambian. Todo el ámbito helenístico hasta los confines de los imperios alejandrinos y la frontera con la India se gobiernan de manera distinta. Solo Roma y Kart Hadasht mantienen anticuados senados que solo representan y defienden a una ambiciosa y codiciosa oligarquía… Y eligen dos cónsules o, en nuestro caso, dos sufetas que llevan a cabo la política económica y militar que le conviene a esa oligarquía mercantil de la que forman parte… —se explicó con amargura Asdrúbal.

—Consideras entonces que con este sistema estamos atados y nuestro futuro condenado, ¿verdad?

La respuesta fue ambigua, como era en numerosas ocasiones el nuevo líder cartaginés.

—Aníbal, yo estoy convencido de ello, al igual que lo estuvo tu padre. A Roma no se la derrota en los mercados sino en el campo de batalla y nosotros podemos hacerlo. Todavía estamos a tiempo. Nos va la vida en ello… Aunque, lamentablemente, dentro de poco será demasiado tarde… —opinó Asdrúbal con pasión y la mirada perdida—. Con todo, nuestro querido Senado de mercaderes gordos, opulentos, enriquecidos y… cobardes… no quiere combatir y eso nos destruirá porque… Roma afloja pero no suelta…

Tras la consagración de los límites del recinto de Carthago Nova y el establecimiento de su periferia, vinieron las libaciones y el sacrificio de animales y plantas a Baal, Tanit y Melkart. Después vinieron las labores de alisamiento del solar, los trabajos geométricos y topográficos para trazar las cuadrículas donde irían las calles y avenidas en las que se levantarían las casas. Se eligieron los lugares más adecuados para el establecimiento de los arsenales, las forjas, los cuarteles. Simultáneamente, se procedió a delimitar y empezar a colocar los cimientos ciclópeos para las murallas que, según las técnicas más modernas y los estudios más avanzados de la poliorcética, se levantarían de ladrillo y relleno de arena y pequeñas piedras para evitar los daños producidos por los arietes. Murallas que contarían más arriba de la primera altura de piedra ciclópea y muros de piedra rellenada, con varios pisos y niveles de resistente ladrillo y de madera para los guardianes… Levantar y consagrar los templos. Establecer vivencias, implantar esperanzas, avecindar todo tipo de anhelos que darían paso a frustraciones, desasosiegos… La vida en todas sus formas y maneras.

Pronto, la *Bahía de Neapolis* soltó la vela cuadrada y los marineros retiraron los remos, ciñó el viento que provenía del sur y puso rumbo norte. Como era muy marinera y adecuada para la navegación de cabotaje, enseguida enfiló con buena velocidad en dirección a Akra Leuke navegando por el golfo que había entre ambas urbes.

Hannás se sentó junto a los tres mercenarios y les informó:

—Dice el patrón que llevamos muy buen viento, que la mar está muy marinera y que, a la caída del sol, llegaremos al puerto de la capital de Amílcar, aunque desembarcaremos en una ensenada que está muy cerca pero alejada de miradas indiscretas.

Los tres escuchaban en silencio y asintieron.

—Por ahora tenéis que saber que nuestro objetivo es un acaudalado hombre oretano, que vive a las afueras de Akra Leuke, en una rica villa que está rodeada por una notable explotación agropecuaria…

—Oretanos… codiciosos y estúpidos a quienes he jugado más de una mala pasada —reconoció sonriendo Uiro mientras se acariciaba una de sus trenzas y recordaba sus correrías por Kastilo para raptar a la princesa carpetana, Lythia, de las garras de Orisón, para que se casara con su buen amigo Kharbaal.[43]

Los otros le miraron con curiosidad.

—Me refiero a los oretanos de Kastilo… —aclaró el lusitano—. Tengo buenos amigos en Baikor.[44]

La *Bahía de Neapolis* con buen e invariable viento de popa, que hinchaba con fuerza su cuadrada vela y, ayudada a ratos por los remos, mantuvo una velocidad constante y notable, lo que le permitió ir cubriendo a buen ritmo la distancia que había entre ambos puertos y, a la caída de la noche, como auguró Quilón, arribaron a una ensenada donde encontraba cobijo un pequeño puerto ibero[45] al amparo de un poblado que daba salida a los productos con los que comerciaba Illici,[46] la principal capital de la tribu ibérica de los contestanos.

Atracaron la pequeña galera en uno de los muelles y, como era una población que mercadeaba mucho con los griegos, no les fue difícil comprar agua, vino, algunos panes y varias banastas de pescado seco y pescado en salmuera para acompañar el queso, aceitunas y carne seca que tenían ellos a bordo para cenar. Después de la colación y, por motivos de seguridad y economía, decidieron pasar la noche en la *Bahía de Neapolis*.

La mañana les despertó con una hermosa e intensa luz, y una temperatura suave y estimulante como corresponde a la benéfica estación que disfrutan en esa parte levantina de Isphanya.

Después de desayunar las provisiones que les habían sobrado de la noche anterior, Hannás y su grupo, que se iban a desplazar a pie hasta su objetivo no muy lejano, se despidieron de Quilón y Dimitri.

—Supongo que en un par de días, como máximo, estaremos de regreso —les indicó el cartaginés al tiempo que les entregaba una bolsita de cuero que contenía una buena cantidad de dishekeles de plata.

—Descuida, Hannás, tú no te preocupes porque aquí te estaremos esperando, en este miserable pero sugestivo puerto —contestó Quilón con una sonrisa sardónica.

—Gastando tus monedas de plata… —precisó Dimitri enseñando los dientes en una mueca parecida a una sonrisa.

—Sabéis que hay otra bolsa igual a esta, ¿verdad?…

Los dos griegos asintieron con un movimiento de cabeza.

—A mi regreso tenemos que navegar hasta Iboshim —les recordó Hannás.

—Cómo olvidarlo, Hannás, con lo fervientes creyentes y seguidores que somos nosotros del dios Bhes,[47] ¿no es cierto, Quilón?

—Y tanto, mi amigo. No hay nada mejor para creer… Nada más alentador que la esperanza de tener fortuna en esta vida tan perra…

Hannás se quedó algo desconcertado, como le solía suceder con los griegos cuyo humor casi blasfemo chocaba con su pesimismo púnico y su severa formalidad. Se despidió de ellos, les hizo un saludo con la mano y desembarcó, seguido por Uiro, Bhocas e Iñurbe; sin tener la certeza plena de que encontraría la *Bahía de Neapolis* en ese mismo puerto al volver de la misión.

El grupo recorrió enseguida el pequeño fondeadero, en el que apenas si había amarradas una decena de embarcaciones en los atracaderos. Atravesó sus muelles, en los que estaban colocados unos cuantos puestos que se disponían como un mercado al aire libre, donde se ofrecían productos cerámicos y manufacturas de Illici, pescados, frutos y cultivos agropecuarios, y algunas armas de buena elaboración. Y transitó con rapidez la calle principal del poblado ibero en el que había poco movimiento humano a esa hora tan temprana.

Una vez fuera del mismo, la cuadrilla siguió un camino estrecho de tierra que bordeaba el litoral, que presentaba la forma de un acantilado continuo de varios metros de altura. Se adentró por la vereda manteniendo siempre a su derecha el mar y, a su izquierda, un bosque de pinos y matorrales que se extendía a lo largo del camino, según progresaba, y que le guardaba de ser visto desde el interior. Después de una hora escasa de marcha, el bosque mediterráneo se fue clareando y, desde los árboles y matojos de su final, todos divisaron una finca ganada a la floresta con una extensión apreciable dedicada a la explotación agropecuaria, en la que destacaban cultivos de olivos, parcelas con trigo y alfalfa, y bancales donde crecían frutales. Al final de la misma, con vistas al mar, y sobre un promontorio que daba al final del acantilado, donde este se elevaba algo más, se erigía solitaria una solariega casa de factura púnica, bastante grande, que estaba rodeada por una tapia no demasiado alta.

—Ahí debe vivir nuestro objetivo, como tú lo llamas, ¿no? —inquirió Uiro, pasándose la lengua por los labios resecos mientras hacía pantalla con la mano sobre los ojos, para poder enfocar y ver mejor.

—Efectivamente. Y es de esperar que no vivirá solo —contestó Hannás, que en ese momento cayó en la cuenta de que Orisón podía tener bastantes más guardias para su seguridad de los que él había pensado—. Seguro que tendrá algunos guerreros que le habrán jurado fidelidad, la famosa *fides* ibérica[48] de esta tierra.

—En ese caso, habrá que liquidarlos también a ellos —precisó el numantino—, lo cual hará subir el precio de nuestro trabajo…

—Apoyo esa propuesta —se apuntó Bhocas—. Más muertos, más plata…

—Imposible. No podemos matarlos a todos —les cortó tajante Hannás—. El rico oretano debe morir él solo, con la apariencia de haber sido víctima de un accidente mortal sin intervención de nadie y, por ello, no podemos accidentar también a cuatro o cinco personas más a la vez… eso sería demasiado sospechoso…

El libio, desorientado, se rascó la cabeza y preguntó:

—Eso de las sospechas no lo entiendo… ¿No se trataba de ajustarle las cuentas a un rico comerciante ibero que le hacía la competencia a un codicioso mercader púnico?…

—Sí…

—Pues será mejor que todos sepan lo que les puede pasar si se ponen en contra de nuestro patrón, sea quien sea, o apoyan a quien él quiera eliminar, ¿no es así?… —argumentó Bhocas.

Antes de que Hannás pudiera intervenir, pues dudaba acerca de las mentiras que tenía que contarles a sus hombres, habló Uiro con sagacidad.

—Amigo Bhocas, me temo que nuestro trabajo tiene más complicación que todo eso —apuntó con una extraña sonrisa dibujada en la comisura de los labios—. Me parece a mí que, en realidad, vamos a volver a darle fuerte a ese reyezuelo oretano que tanto empeño puso, en su día, en cazarnos… Un miserable que, al parecer, ha cambiado el cetro y la espada por el arado y el azadón, la buena mesa y el vino, las mujeres y el placer de la vida sosegada…

Los componentes del grupo miraron a Uiro, sin entender bien sus palabras.

En ese momento el lusitano clavaba una rodilla en tierra, sacaba su falcata de la funda, se hacía con la misma un pequeño corte en un antebrazo y, mientras comenzaba a gotear su sangre sobre el suelo, empezaba a entonar una letanía, que a todos les pareció una oración fúnebre.

—¡Oh, tú, gran León de Carthago, patrón y protector de mi amigo y hermano Kharbaal, yo te juro por Bandiarbariaico, mi dios de los muertos, que tu memoria será vengada, tu honor será rehabilitado y tu espíritu podrá descansar por fin en paz!

15

Después de un viaje no demasiado agitado desde Carthago Nova, pero que duró días y más días, jornadas y más jornadas largas, tediosas y depresivas, transitando por caminos llenos de barro, polvo y piedras, soportando el infernal clima primaveral del interior de Iberia, en el que se alternaron frías y torrenciales lluvias, y días muy frescos con polvorientos días de abrasador calor, la escolta y el carromato que transportaban a Himilce, la esposa de Aníbal, vislumbró en lontananza la ciudad de Kastilo.

—Señora Himilce, en lo alto de aquel cerro se halla el castro fortificado donde se ubica el palacio desde el que gobierna tu hermano Cerdubeles —le advirtió uno de los jinetes oretanos que le servía de protección y séquito.

Himilce tosió un poco del polvo del camino y asomó la cabeza. Efectivamente, en lo alto vio las murallas ciclópeas que rodeaban y protegían su ciudad natal, donde ella había pasado su infancia y adolescencia hasta que, según el pacto sellado entre su padre, Orisón, y el anterior caudillo cartaginés, el difunto y bondadoso Asdrúbal Giscón, apodado *el Bello*, matrimonió con Aníbal, el hijo de Amílcar Baraq, acuerdo que, por el momento, había respetado su esposo a su manera.

Desde el pedregoso y polvoriento camino que a lo lejos serpenteaba hacia lo alto hasta ir a parar junto al portón de entrada de la muralla, que estaba custodiado por varios guardias armados de su hermano, a los lados del mismo se extendían interminables hileras de olivos, auténtica riqueza de la zona, cuyo cultivo y comercio habían introducido años ha en la zona los fenicios y los cartagineses. Estos, al principio, cambiaron cepas y tiestos con olivos por plata, plomo y cobre. Pero ahora, también se llevaban aceite envasado en cráteras y ánforas para comercializarlo y exportarlo por todo el gran mar interior que unía las costas de Iberia con Italia, Kart Hadasht, Egipto y los confines del mismo, donde se ubicaba Tiro, la ciudad madre de donde vinieron esos comerciantes y mercaderes cananeos.

Más allá de la muralla que se veía desde el área que servía de parada al convoy, la población descendía hacia el río, un importante afluente del enorme río Baitis,[49] en cuya ribera los oretanos habían trazado y construido un importante puerto fluvial que centralizaba parte del comercio de la zona ya que comunicaba Kastilo con poblaciones tan importantes como Kart Iuba, Spali y Kaura,[50] población esta última en la que desembocaba el enorme río y punto de partida para navegar por el golfo que se abría hacia la isla ciudad de Gadir. Tal inmediatez en el desplazamiento, así como la presencia de importantes mercados en esas ciudades, era el motivo fundamental por el que se daba salida por ese rápido y eficaz sistema de transporte fluvial a los

metales de las cercanas minas de Sierra Morena, el aceite y los productos que producía la comarca.

La comitiva atravesó el valle y ascendió el suave y pequeño cerro para entrar por el portón protegido por dos torres cuadradas de piedra con cimientos ciclópeos. Al llegar ante la misma, los guardias, vestidos con unas simples túnicas de lino color crudo ceñidas con un ancho cinturón de cuero del que pendían sendas falcatas, y protegidos con un casco de bronce y un disco, del mismo material, que les cubría el pecho, cruzaron sus lanzas ante ellos. El oficial al mando del séquito les entregó las téseras de bronce y arcilla que portaban, que hacían las veces de pasaporte y salvoconducto, para que los soldados pudieran comprobar que llevaban impresos los sellos de Aníbal y el del gobierno de Carthago Nova. Poco después, los soldados descruzaron las lanzas y permitieron el acceso a la urbe de la hermana de su señor, el régulo Cerdubeles, sin pagar tasas ni impuestos.

El cortejo, formado por ocho jinetes oretanos al mando de un oficial cartaginés y el carromato donde viajaba Himilce y sus damas de compañía, penetraron en Kastilo y comenzaron a descender por la suave pendiente donde se asentaba un barrio con artesanos que fabricaban exvotos de bronce para el cercano santuario ibero del Collado de los Jardines, serpenteando por sus estrechas callejas con un traqueteo y un movimiento constante que producía un tormento insufrible a las mujeres que viajaban dentro del carromato.

Himilce, pese a los saltos, las molestas y, a veces, violentas sacudidas que daba el carricoche, iba abstraída, ensimismada y meditabunda ya que rumiaba el empacho que le habían producido las recientes y constantes discusiones mantenidas con su esposo, que él provocaba a diario, las cuales habían terminado con la insistencia de Aníbal, en forma de tajante orden, para que abandonara Carthago Nova y se instalara en Kastilo. Ella no entendía por qué tenía que dejar de vivir junto a su esposo, ni por qué debía renunciar a las comodidades de la ciudad cartaginesa, que estaba en franco desarrollo, para volver a la ciudad de su infancia donde gobernaba su hermano, con quien nunca se había llevado precisamente bien.

Qué distinto había sido todo, unos pocos años atrás, cuando llegaron a Kastilo los emisarios de Asdrúbal Giscón, el amo de la Iberia cartaginesa tras la muerte de Amílcar, para negociar con su padre los esponsales de su cuñado Aníbal Baraq con ella y sellar una alianza entre los oretanos y sus aliados bastetanos y contestanos,[51] con los guerreros meridionales.

Qué momentos de tensión había pasado, qué largas e inacabables jornadas diurnas y sudorosas vigilias nocturnas plenas de nervios, de descomponerse viva y de comerse las uñas, pensando sin parar ¿cómo sería él, la querría, la aceptaría como esposa, la repudiaría al verla, serían felices y tendrían hijos, Aníbal perdonaría la traición de su padre Orisón al emboscar y asesinar a Amílcar bajo los muros de

Heliké…?

Luego resultó que de incógnito y mezclado entre los emisarios cartagineses, pero sin comunicárselo a nadie salvo a ella, había viajado el propio Asdrúbal Giscón. Un hombretón muy guapo y educado, de carácter encantador, con unos modales y unos ademanes refinados y envolventes, que hablaba bastante bien la lengua ibérica… En definitiva, una especie de semidiós con una forma de conducirse y de comportarse que no tenía nada que ver con la de los hombres a los que estaba acostumbrada ella a tratar, y eso que vivía en un palacio, aunque fuera pequeño, en la corte de su padre, aunque solo fuera un reyezuelo ibero.

Aquel hombre cartaginés era verdaderamente único y ella nunca supo y tampoco pudo imaginar cómo se las había ingeniado Asdrúbal para conseguir verla a solas en el templo de Astarté, diosa a la que eran muy devotos los oretanos de Kastilo, y, sobre todo, que hubiera logrado quedar a resguardo de miradas indiscretas y que no se viera ni rastro de los espías de su padre, los cuales pululaban por todas partes y barrían con su presencia todos los puntos de la ciudad.

—Himilce, antes de que mis emisarios traten con tu padre los términos para tu posible casamiento con mi joven cuñado, Aníbal, porque yo, en realidad, en este momento sigo en Carthago Nova, quiero que hablemos tú y yo —le explicó con una voz, que a ella le pareció como de otro mundo, en la penumbra del templo, mientras le dedicaba una sonrisa que a sus ojos fue igual que una fila de perlas de marfil rodeadas por hermosos hilos de oro negro.

La joven ibera le devolvió la sonrisa y se estremeció al sentir de qué forma tan sobrenatural la envolvía la presencia de aquel hombre que hablaba con ese tono y ese talante, que olía de ese modo, que la miraba de esa manera y con esa intensidad…

Solo acertó a asentir con la cabeza.

—No sé si sabes bien quién soy —preguntó Asdrúbal, consciente de su encanto personal así como de la impresión arrebatadora que solía causar en las mujeres y las adolescentes.

Himilce, de nuevo, únicamente asintió con un movimiento de cabeza en tanto que su mirada se perdía en un rincón del templo, la capilla donde hallaba cobijo la estatua policromada de la diosa, la cual se vislumbraba gracias a la tenue luz que prodigaban las velas y los candiles que los fieles habían dispuesto a sus pies.

Asdrúbal, que se ocultaba a medias detrás de una columna, salió de la penumbra y se acercó un poco más a ella.

—Eres el gobernador cartaginés —soltó Himilce de golpe, poniéndose muy colorada, haciendo votos inmediatos e internos de perdón a la diosa, en tanto que sujetaba firmemente entre las manos un exvoto de bronce, con la cara de Astarté, que emitía lánguidos reflejos».

Giscón *el Bello* sonrío nuevamente, tomó de la mano a Himilce y la condujo hasta lo más recóndito del santuario al amparo de cuyas sombras se colocaron. Ella se dejó hacer, apretando fuertemente la figurita de bronce en la otra mano, mirando hacia la

parte menos oscura del templo, como si se la tragara la tierra.

—Exacto, querida niña… —concedió el cartaginés con voz grave—. Pero, además, soy una especie de tutor de Aníbal y de sus hermanos, soy quien desea civilizar estas tierras, y un hombre que, por encima de todo, desea la paz…

Ella le escuchaba como quien se encuentra en estado de trance, en presencia de un ser sobrenatural. Le daba la impresión como si Asdrúbal poseyera una áurea a su alrededor que brillara entre las sombras, lo cual físicamente no era posible porque vestía ropajes y capucha negros.

—Mi querida niña, es vital que los hombres de Nueva Ciudad alcancemos la paz con los oretanos y, de esa manera, que podamos controlar de manera conjunta la riqueza de las minas. La amistad y la concordia son realmente imprescindibles para que los cananeos podamos seguir avanzando hacia el interior de estas extraordinarias tierras de Isphanya, y llegar a conquistar sus maravillas…

Himilce tragó saliva sin saber qué decir. Por razones culturales y de tradición secular, jamás en su vida había estado a solas con un hombre, salvo con su padre. Ni siquiera con su hermano Cerdubeles. Por ese motivo, entre otros, estaba tan cohibida. Es más, él le podía hacer ahora mismo lo que quisiera. Estaba a su merced. Encima, si la descubrían a solas con un hombre y, además, dentro del templo de la diosa, ya podía prepararse para lo peor.

Por fin, se armó de valor y soltó con un hilo de voz:

—Señor, no deberíamos estar solos compartiendo oscuridad y techo, sin presencia de mis damas, mis dueñas, mis ayas… ¡Ay de mí, si mi padre se enterara!…

Asdrúbal besó suavemente una mano de Himilce antes de darle la razón. Ese acto produjo una conmoción tal en la joven que, sobresaltada, dejó caer de su mano al suelo el exvoto de metal que sujetaba, haciendo un ruido al chocar con el mármol que pareció tremendamente estruendoso en el silencio sepulcral del sombrío santuario.

Asdrúbal dio un pequeño respingo antes de intentar tranquilizar a la muchacha.

—Te comprendo, Himilce, porque también en nuestra cultura una mujer núbil no debe ni puede permanecer sola con un hombre, ni siquiera al aire libre y a la vista de todos… Pero no temas nada, solo será un momento…

—Pero, ¿qué ha sido de mis damas, por qué no están aquí conmigo, qué les ha sucedido? —insistió Himilce angustiada, emitiendo un susurro casi inaudible, tal era su tensión nerviosa interior.

Asdrúbal sonrió recordando por un momento cómo en alguna ocasión consiguió eludir los estrictos controles familiares que había tejido en el palacio bárquida de Iboshim Sapaníbal, la esposa de Amílcar, alrededor de la hija de ambos, Sofonisba, que ahora era su esposa; con la que logró verse varias veces más o menos a solas.

—Déjate ahora de damas de compañía y de dueñas, Himilce… Escucha mi proposición. Lo que yo quiero es que me ayudes a convencer a tu padre. Quiero que le hagas entender que lo primordial en este momento es un enlace matrimonial entre Aníbal y tú… Además, una vez felizmente casados ante los dioses de ambos pueblos,

Orisón tendrá que retirarse del gobierno y abdicar en favor de tu hermano Cerdubeles…

Himilce suspiró.

Asdrúbal intentó vislumbrar en la penumbra el efecto de sus palabras en el rostro de la joven, antes de proseguir:

—Naturalmente, los oretanos rendirán las armas y dejarán de combatir contra los hombres de Kart Hadasht. De esa manera, podremos compartir el control de la Oretania y alcanzaremos, de una vez por todas, la tan deseada paz… gracias a la que muchas mujeres de tu pueblo mantendrán vivo al esposo y sus hijos al padre que les da de comer…

Himilce lo miró en silencio durante unos instantes, pensando que en la penumbra del rincón del templo, donde estaban hablando, no les vería nadie que entrara en el santuario. Por fin centró sus pensamientos y le contestó:

—Habías dicho una proposición… pero me has dejado caer encima un río lleno de urgencias y de exigencias, dictadas por los hombres meridionales, para su exclusivo beneficio…

Asdrúbal se felicitó a sí mismo. Acababa de comprobar con plena satisfacción que no se había equivocado en relación con la joven. Sus informes y sus informadores habían acertado plenamente respecto del carácter y la extraordinaria disposición de Himilce. Una mujer guapa e inteligente, noble y decidida, segura y ambiciosa, que le ayudaría a encadenar a Aníbal a esa tierra hispana, donde podrían fundar un reino independiente de Nueva Ciudad tan pronto como la ocasión política se presentara, ya que solo era cuestión de tiempo y de saber esperar el momento oportuno que llegaría, sin duda, cuando maduraran las circunstancias.

—Estimada Himilce, mi proposición es única pero lleva dentro de ella el desarrollo de una serie de actuaciones indisolubles…

La joven meditó un momento antes de preguntar:

—Como una hembra que lleva en su vientre los cachorros…

—Eso es.

—¿Y qué gana esta hembra con ese pacto?

Asdrúbal sonrío pensando: «bien, ya comenzamos a negociar».

—Querida mía, tú te casarás con mi cuñado Aníbal, serás princesa de Kart Hadasht, tus hijos conquistarán o, posiblemente, heredarán un reino rico, próspero y grande aquí, en estas tierras, serás madre de reyes…

—Ya… pero y ¿si Aníbal no quiere matrimoniar conmigo?

—Él querrá… Ya lo verás…

—Ya, pero una vez casados, él me podrá repudiar y apartar de su lado… Lo dice la Ley, lo permiten las costumbres…

—No temas, Himilce. Yo lo impediré… Te lo juro por la diosa Astarté…

«Yo lo impediré», le había jurado por Astarté el noble caudillo cartaginés muy seguro de sí mismo, pleno de formalidad y severidad, investido por la autoridad y el imperio que le correspondía por su rango, su dignidad y su gobierno… Pero ahora, Asdrúbal estaba muerto y enterrado. Y Aníbal era verdad que se había casado con ella, tal como se había acordado, pero también era cierto que nada más morir asesinado su cuñado Asdrúbal, la había rechazado, repudiado y apartado de su lado, ordenándola que marchara sin dilación a vivir a Kastilo.

Al final de los acuerdos y convenios entre varones y féminas, estas últimas, las mujeres, siempre salían perdiendo en sus transacciones con los hombres.

16

Aníbal resultó ser un joven hermoso y fuerte. Con una cierta timidez, era reservado y distante. Reflexivo e introvertido pero con un don innato para saber mandar y, mejor aún, para saber hacer que le obedecieran. Una persona que no perdía oportunidad para demostrar a todos su carácter y su genio, aunque se sabía controlar en todo momento. De mirada inteligente y cautivadora, era culto y educado, y sabía ser personalmente muy encantador, sin llegar a ser tan envolvente ni tan seductor como lo había sido Asdrúbal *el Bello*, ni tan guapo, pero con todo siempre conseguía que quienes trataban con él lo adorasen. Además, era de buena presencia personal y contaba con un precioso y negro cabello rizado bien cortado y arreglado, que moldeaba su cráneo bien proporcionado. Elegante y austero en el vestir, poseía una cuidada y negra barba que le favorecía y, como remate, era el dueño de unos maravillosos y penetrantes ojos oscuros, cuyo color ella todavía no sabría decir bien cuál era. Un ser indómito e inconformista, una fuerza humana con una tenacidad capaz de todo. Un hombre especial en todos los sentidos. Sin duda, él era un hombre tocado y favorecido por la mano de los dioses inmortales de su legendario mundo.

Aníbal, su esposo, su amor, su alegría y también su tormento… al que llevaba tan dentro de ella que le sentía cada día a pesar de que estuvieran lejos el uno del otro. Su pareja y su complemento, su unión sacra a los ojos de los hombres y de los dioses, por quien ella daría la vida si fuera preciso. Su hombre, por el que ella sería capaz de todo con tal de estar junto a él, respirar el mismo aire que él exhalaba… y conseguir que esos ojos, del color que fueran, se posaran de nuevo sobre los suyos… Darlo todo para que sus manos recorrieran una vez más la piel de su cuerpo… Para que la hiciera suya… Para abandonarse de nuevo en sus brazos, echar la cabeza para detrás y no pensar más en odios, ni en venganzas, ni en los horrores y las miserias de la existencia…

Aníbal, que bebía los vientos por ella, y que la deseó con toda la fuerza de su ser, de su virilidad y de su espíritu desde el mismo instante en que se conocieron. Una pasión que hizo que se transformara en un hombre amoroso y tierno, que pasaba horas mirando sus ojos, recorriendo sus pechos, perdiéndose en su cuerpo… Inagotable amante en el tálamo consumando una y otra vez su unión. Una atracción tremenda de la que Himilce fue plenamente consciente desde el principio, con gran gozo y satisfacción íntima por su parte, pero que, no obstante ese afán e inclinación del varón hacia ella, los mismos no habían impedido que él, en este momento y llevado por un deseo ciego de odio, exterminio y venganza inhumanos que anidaban en su interior, la hubiera repudiado sin miramientos de ninguna clase enviándola lejos de su lado y de su hogar, aunque ella le amase hasta la locura y no fuera culpable de

nada perjudicial ni delictivo contra los cartagineses, ni su conducta pudiera considerarse ofensiva contra la dignidad ni el honor del esposo.

Ella recordaba cómo las negociaciones con su padre Orisón, que era un régulo ibero muy orgulloso y una persona codiciosa y muy tozuda, fueron arduas y complicadas porque el caudillo de los oretanos no deseaba ninguna alianza con los meridionales y, bien al contrario, deseaba seguir combatiéndolos hasta que los expulsara definitivamente de sus dominios.

La obstinada decisión tomada por su padre, temeraria a todas luces e inaplicable y condenada a la derrota desde un punto de vista militar, se fundamentaba y hundía sus raíces en el espejismo de triunfo y fortuna que sentía, ya que el régulo ibero vivía en un estado de euforia próximo a la embriaguez de su espíritu tras la victoria militar que había alcanzado. Orisón experimentaba una sensación interna de fuerza, equilibrio y satisfacción que le producían la impresión de ser capaz de todo al haber conseguido engañar y emboscar con sus reducidas fuerzas al poderoso ejército expedicionario de Amílcar Barca, acampado a las puertas de la ciudad de Heliké dentro del valle delimitado por el río Tader,[52] donde él y sus capitanes habían jurado entregarse a los cartagineses. Y, sobre todo, se sentía tremendamente orgulloso de sí mismo y su autoestima flotaba por el cielo ya que, después de engañarlos y rodearlos, sus tropas y sus aliados sorprendieron, desbarataron y derrotaron a los meridionales causando gran mortandad entre sus filas, y, como final de tan magna, épica y heroica jornada bélica, pudo aislar y matar a su gran general, el soberbio y altanero Amílcar, un arrogante que se creía invencible como los dioses y, por encima de todo, invulnerable ante unos simples centenares de iberos que pensaban rendirse. Por esos motivos, su espíritu y su moral estaban al alza, envalentonadas, y él se encontraba anímica y políticamente más fuerte que nunca merced a la alianza que había alcanzado, y según parecía estaba manteniendo, con parte de la nación ibera de los bastetanos y con, una menos significativa, parte de la etnia de los también iberos contestanos. Los mismos que planearon con Orisón la estrategia a seguir, durante aquel invierno nevoso, y que le ayudaron a derrotar a los cartagineses en la serranía de Heliké y enriquecerse con el saqueo de sus campamentos.

Por eso, hizo falta mucho poder de persuasión por parte de todos los que intervinieron en la redacción de los tratados, las capitulaciones, los tratos y tanteos y, también, las intimidatorias advertencias y las amenazas que se vertieron adecuadamente para que, por fin, se alcanzaran los acuerdos de lo que para ella supuso la mayor felicidad de su vida: matrimoniar con el joven cartaginés.

Por alguna razón desconocida para ella, desde que tuvo conocimiento de que tenía posibilidades de casarse con Aníbal, en virtud de la proposición realizada por Asdrúbal durante la misteriosa entrevista que mantuvo con él en el templo de Astarté, Himilce se sintió plena de un gozo y de una alegría indescriptibles y misteriosas para

ella, ya que no era capaz de explicarse a sí misma por qué la llenaban y desbordaban de aquella manera todo ese tipo de sensaciones, sentimientos e impresiones. Acaso su naturaleza ambiciosa e inconformista la empujaba a cambiar de vida, ya que hasta el momento su existencia había sido aburrida y monótona en el caserón que hacía las veces de palacio familiar en Kastilo. Siempre en manos de sus ayas. Aprendiendo a cocinar, a bordar y a coser, a poner buena cara y a no replicar… Viendo de continuo a su padre contar el dinero de sus tesoros, o conspirando con otros jefes tribales a los que reunía en el salón de audiencias, o abroncando a sus cuidadoras para que la enseñaran a ser una buena esposa, según la tradición oretana e ibérica, y, por encima de todo, órdenes reiterativas para que nunca la dejaran sola, ni un solo instante, ya que ella era, según sus palabras: la joya de Oretania.

La joya a quien quería matrimoniar de la manera más adecuadamente posible para sus intereses, dado que sus esponsales tenían que servir para que el régulo de Kastilo alcanzara las más y mejores alianzas posibles contra el creciente dominio y la expansión de los invasores, los cartagineses que habían llegado desde el sur derrotando a las coaliciones militares que los pueblos de Iberia alzaban contra ellos. Y, sobre todo, para hacer desaparecer de la faz de la tierra a ese arrogante de Amílcar Baraq, a quien odiaban incluso sus propios compatriotas. Testimonio y prueba de que los propios meridionales no le querían, fue la llegada de unos emisarios secretos enviados por su Senado, desde la lejana Kart Hadasht, los cuales ayudaron a Orisón a planificar la estrategia militar a seguir, para envolver a las tropas expedicionarias ante los muros de Heliké, y fueron el puente e instrumento indispensable para poder sobornar a varios oficiales cartagineses del ejército del bárquida, que estaban descontentos y resentidos contra el mismo, quienes, a su vez, llevaron hasta su general la engañosa y falsa promesa de que Orisón y sus oficiales se iban a rendir en Heliké, procurando posteriormente que al recorrer la distancia y llegar el cuerpo expedicionario cartaginés al valle del río Tader, este no detectara la presencia de los numerosos guerreros iberos que avanzaban y rodeaban a aquel con el objetivo primordial de acabar con Amílcar, mediante el sorpresivo, contundente y eficaz ataque que llevaron a cabo al amanecer de aquel día aciago para el padre de su esposo.

Sí, al parecer, su padre la había querido siempre mucho, sobre todo desde el instante en que murió su madre víctima de unas terribles fiebres, auténtica plaga de entonces entre las poblaciones iberas, y había estado muy pendiente de ella desde pequeña y le había colmado de mimos, cariño, caprichos… más devoto y amoroso, incluso, que con su hermano Cerdubeles que iba a ser su sucesor; lo cual explicaba en parte por qué nunca se habían llevado bien los dos.

Pero con todo, Himilce había pasado los años de su vida sin sufrir las privaciones habituales entre las sencillas gentes del pueblo llano, disfrutando con las comodidades y adelantos de los que disponía la alta nobleza ibera, pero sin tener ningún tipo de libertad ni de estímulos personales, y aburriéndose de manera

implacable. Tanto tedio se comió hora tras hora, día tras día, año tras año, que tan solo recordaba como algo muy estimulante y que había roto durante unas pocas jornadas el hastío cansino que padecía, el asalto que se produjo de noche en la casa de su padre, hacía ya unos años y aprovechando su ausencia porque estaba de caza, en el que unos desconocidos burlando a los guardias y asesinando a otros habían escalado las tapias, penetrado en los jardines, trepado al piso superior y, por fin, raptado a la hermosa y rubicunda princesa carpetana[53] Lythia, el último capricho femenino de su padre, con quien se iba a casar para establecer una alianza con una de las tribus más poderosas de los carpetanos. Al final, habían huido en barca por el río sin que pudieran darles alcance los soldados de su padre.

Por consiguiente, como su infancia y el comienzo de la edad núbil habían transcurrido de una manera tan estéril en experiencias y tan huérfana de vivencias y divertimentos, seguramente la perspectiva de casarse con un joven venido de otras tierras, desde la poderosa y legendaria Kart Hadasht, la posibilidad de viajar hasta nuevas tierras y conocer nuevas gentes y costumbres, entrar en contacto con la civilización y la cultura con mayúsculas e iniciar una nueva vida en la capital que estos estaban edificando junto al mar, unido a poder tener hijos con el futuro sucesor en el poder y en el gobierno de la Iberia cartaginesa, le encendía el ánimo como nunca antes en su vida.

Estaba segura de que Asdrúbal siempre pensó que ella solo era un instrumento en sus manos y que la había seducido, con sus elegantes maneras de civilizado y cultivado caballero meridional, para que ella se prestara a ayudarle a llevar a cabo sus proyectos de boda con Aníbal, los de abdicación del régulo oretano, los planes para desarmar y programar la rendición de su pueblo y de no sabía cuántas cosas más. Pero, en realidad, lo que él nunca supo es que ella fue verdaderamente decisiva en el momento final, cuando hubo que convencer a un muy dubitativo Orisón que se debatía entre aceptar o no las proposiciones cartaginesas. Ella fue la que esperó a que su padre estuviera maduro de verdad y, aunque él seguía dudando, ya era proclive al trato, pese a que no se había decidido del todo, tampoco se negaba tan radicalmente como al principio, pese a que su espíritu orgulloso y levantisco le impedía aceptar, tampoco abandonaba las negociaciones…

Cuando ella consideró que el pensamiento de Orisón estaba lo suficientemente maduro, le apretó y le apretó hasta que obtuvo al final de las inacabables, extensas y tediosas capitulaciones su beneplácito, su bendición y su consentimiento para la celebración de su enlace matrimonial con Aníbal. Por último, también consiguió su compromiso formal para que, después de la celebración de los esponsales, accediera a dejar el poder oretano en manos de su hermano Cerdubeles, marchando a continuación a vivir a las suaves y ricas tierras próximas a Akra Leuke disponiendo de una buena renta vitalicia en una próspera quinta agropecuaria, junto a una agradable compañía femenina, criados, servidores del agro, guardias… Únicamente tuvo que amenazarle con firmeza y sin traza alguna de duda por su parte con quitarse

la vida o dejarse morir de pena y, una vez convertida en un difunto, vagar entre la vida y la muerte, jurándole, por la memoria de su madre, que volvería en espíritu con ella desde el más allá para arrastrarlo, en vida, una noche sin luna hasta el inframundo impidiéndole cruzar con Karonthe,[54] el señor de las llamas, el río de fuego que conducía a ese mundo de olvido y tristeza, con lo que no podría salvar su espíritu que se quedaría vagando entre los dos mundos para siempre. Como su padre era tan supersticioso, se asustó sobremanera al verla hablar de esa manera tan trágica acerca de los infiernos, con esos ojos de loca que puso, y su intención de convertirse en una no muerta y, sobre todo, que quisiera venir a buscarlo desde el más allá para arruinarle la vida, precisamente ahora que se iba a transformar en una existencia que prometía ser muy dichosa y gratificante en Akra Leuke, alejado de la política y las tensiones de la vida pública; máxime cuando él ya había cumplido con creces puesto que había sido capaz de derrotar y matar a Amílcar y de abatir el orgullo de Carthago.

También es cierto que la exhibición de fuerza que realizó una parte muy destacada del poderoso ejército cartaginés, desfilando por las proximidades de Kastilo, influyó de manera notable en el ánimo de su padre… Ah, claro está, y además seguramente los sobornos que habían realizado los agentes de Asdrúbal, entre los aliados bastetanos y contestanos, quienes, muy sensibles al sonido de las monedas de plata y, sobre todo, a su estimulante y satisfactorio tacto, se habían pasado en masa al bando cartaginés.

17

Aníbal, su comitiva y todo el séquito senatorial que les escoltaba, aunque él consideraba que más bien les vigilaba, dejaron a sus espaldas la gran ágora y su mercado central y, acompañados por una multitud de ciudadanos cartagineses de las clases populares así como mercaderes y comerciantes de perfil medio y bajo, comenzaron a ascender por una de las vías principales de Kart Hadasht, la que unía el puerto comercial con la gran plaza y el edificio del Senado.

A cada lado y a todo lo largo de la empedrada y sucia vía por cuya suave pendiente iban subiendo, una de las calles más espaciosas del casco antiguo pues tenía casi seis metros de anchura, se disponían casas, bloques y edificaciones que se elevaban hasta seis plantas de altura donde, en pisos y departamentos de mayor o menor tamaño, vivían junto con sus familias los artesanos, vendedores y tenderos que tenían sus puestos en los bajos de los bloques o en la calle ya que, merced a las sustanciales ganancias de sus negocios de cosmética, podían pagar el elevado alquiler de ese barrio caro a sus propietarios: ricos comerciantes, adinerados inversionistas y sociedades de participación que invertían parte de sus fondos en la adquisición de inmuebles en ese tipo de calles prósperas y comerciales, para arrendar las casas y departamentos de su propiedad repartiendo, después, los beneficios a sus socios en función del número de participaciones que poseyeran.

En los bajos comerciales de esos bloques de viviendas que dejaban a los lados al pasar, se abrían al público, a los compradores y a los curiosos en general una sucesión de puestos, almacenes y tiendas donde se vendían los mejores productos de belleza y de cosmética de la ciudad, los más apreciados y los que tenían la mejor calidad y durabilidad. Por esa razón, ese barrio era próspero y sus tiendas estaban siempre atiborradas y un gentío notable ocupaba y transitaba la calle de una punta a la otra y de una tienda a otra, regateando y buscando el mejor precio para un afeite, una pintura, unos polvos de antimonio para los ojos…

Ese mar humano hacía que los guardias tuvieran que ir apartando a numerosas personas para poder pasar y, en consecuencia, el desplazamiento se ralentizara hasta extremos tremendos, lo cual favorecía a los seguidores de Aníbal, cuya legión se iba nutriendo cada vez más de entusiastas partidarios que se acercaban al cordón de seguridad, formado por los guardias senatoriales, y no paraban de gritar su nombre, alabarle y entonar elogiosas canciones loando sus hazañas y, sobre todo, las de su padre, Amílcar, a quien no habían olvidado.

Uno de ellos, un hombre de edad madura y espesa barba, mirada inteligente, buena presencia y hablar educado se colocó al lado de uno de los hoplitas de la escuadra de seguridad, que iba abriendo camino y permitía con ello que fueran un

poco más holgados, y se dirigió al joven bárquida con todo respeto pero con la voz entrecortada por el esfuerzo físico que suponía seguir el ritmo que marcaba el destacamento de soldados, el cual se abría paso a empujones y marcaba el paso con presteza.

—Hijo del León… Loado sea el que porta la semilla de su padre y, con su conducta, honra y magnifica su memoria y su ejemplo.

Aníbal, según caminaba, giró su vista a la derecha y miró al hombre que parecía físicamente frágil ya que caminaba a duras penas junto al soldado, sorteando a la molesta multitud.

—Señor, permite que me acerque y te hable con la palabra del pueblo, ahora que vas al Senado… Por favor, acepta ser nuestra voz… Están pasando muchas cosas y debes conocerlas.

Aníbal lo miró, pensó un instante que su figura y su contorno le eran bastante familiares y, enseguida, dictaminó haciendo un gesto de invitación con la cabeza.

—Tú, soldado, deja a ese hombre que se acerque hasta mí.

El interpelado dudó un momento.

—Señor, tengo órdenes estrictas del Senado para ir formando un cordón de seguridad y no dejar pasar a… —intentó argumentar el hoplita.

—No te preocupes. Tú permítele que llegue junto a mí. Si intenta perpetrar algún tipo de violencia agresiva contra mí, se arrepentirá en el acto —le explicó el bárquida dando a su voz un tono de gran severidad, mientras apoyaba una mano sobre el pomo de la espléndida espada que colgaba de su cinturón—. Eres un buen soldado que cumple las órdenes. Pero déjale venir junto a mí —insistió Aníbal mientras le hacía un gesto tranquilizador con la mano y le guiñaba un ojo al mílite quien, impresionado por el aplomo y la autoridad militar que emanaba de la figura de aquel general de quien había oído hablar muy elogiosamente a los compañeros que lo conocían, sin más tardanza ni resistencia consintió el paso del hombre.

Este, con una agilidad impensable dada la apariencia y el aspecto físico que presentaba, se escurrió rápidamente por debajo de la lanza que enarbolaba el soldado, a manera de barrera, y de dos zancadas se plantó junto a Aníbal. De inmediato, el hombre comenzó a expresarle con sentimiento y sin alzar nada el volumen de su voz:

—Gracias, mi señor… Tu nobleza y tu grandeza de corazón solo son comparables y equivalentes a las que adornaron a tu padre, el gran Amílcar… un gran amigo y un grandísimo militar bajo cuyas órdenes tuve el honor de servir como civil…

—Bendito sea Melkart *el Santo*, y bendito seas tú, Himílcar, gran amigo de mi padre y fiel servidor de su causa —replicó Aníbal bajando el volumen de su voz al nivel del susurro, cuando reconoció tras la barba y los ropajes de comerciante acomodado a uno de los mejores y más estrechos colaboradores que había tenido en vida, Amílcar.

—Mi señor, el pueblo necesita que seas su portavoz porque todo se encarece, los impuestos y tasas no cesan en su empeño de empobrecer el lar de los cananeos, el

comercio ya no es tan rentable, la codicia de Roma acecha y golpea —entonó en voz alta, para entre dientes y susurros proseguir—: Mi señor, Aníbal, no hemos perdido el tiempo. Tras la emboscada donde perdió la vida nuestro padre, sabes que Asdrúbal nos envió a Nueva Ciudad para que preparáramos tu retorno, aparte de que nuestro buen Kharbaal quería venir a vivir con su mujer, Lythia…

—Ah, sí, la bella carpetana de ojos como el cielo… —exclamó Aníbal sonriendo, mientras remedaba las cortesías y galanuras de Kharbaal hacia su esposa, que habían sido objeto de chanzas y burlas por parte de los amigos de su padre y de Asdrúbal, ya que tanta pasión por una sola mujer les pareció impropio de un auténtico conquistador.

—Sí, mi señor, y el cabello como un campo de trigo… —le dio la réplica Himílcar con una sonrisa.

Los dos rieron con alegría pero sin maldad, al recordar las tonterías que su buen amigo decía como un hombre enamorado.

—¿Kharbaal le ha sido fiel a Lythia todo este tiempo? —preguntó Aníbal curioso pensando en ese momento en Himilce lo cual, pese al calor reinante, le produjo un fuerte escalofrío.

—Fiel y leal como un cordero a su pastora… Tiene tres hijos con Lythia y no se despega de ellos. Recordarás que al mayor, en honor a tu padre, le puso de nombre Amílcar, y el chiquillo está empeñado en ser cazador de elefantes como su padre…

—Claro que me acuerdo. Era igualito que su madre…

—Ojos como el cielo y cabello como el trigo… —precisó con finura y buen humor Himílcar, haciendo reír a Aníbal—. Hace poco cumplió ocho años…

Al dejar atrás el barrio de los vendedores de artículos de belleza y cosmética, tuvieron que hacer un esfuerzo físico al empezar a subir hasta la plazoleta donde se erigían los antiguos templos de Melkart y de Ashtoreth. Dado el desnivel que había en alguno de los tramos de su empedrada calle, que hacía dos curvas seguidas en zigzag, las sucesivas autoridades cartaginesas habían ido disponiendo la colocación de unos anchos y escasamente altos peldaños que facilitaban notablemente la subida. Pese a ello, requería un importante y saludable esfuerzo físico al que muchos cartagineses renunciaban gustosos ya que subían las cuestas de Kart Hadasht a lomos de asnos y borricos, de los que tiraban servidores que cobraban el alquiler de sus monturas. Por esa razón, el trasiego de personas y pollinos por las calles era agobiante.

—Ánimo que ya casi estamos en la plaza de los templos —les exhortó Aníbal sudando, cuando la comitiva y la multitud que les acompañaba comenzó a desmembrarse y a fraccionarse por efecto de la orografía, el esfuerzo y las sinuosidades del trazado urbano—. Himílcar, sé por los correos que mi madre y mis hermanas están bien en su palacio…

—Sí, mi señor, están muy bien. Ayer mismo las visité para ponerlas al corriente de tu llegada —le informó Himílcar—… aunque tu hermana Sofonisba sigue cautiva

por la melancolía y solo piensa en el difunto Asdrúbal…

Aníbal se encogió de hombros y volvió a recordar a Himilce, evocación que tornó sombrío su rostro.

Himílcar observó el semblante de Aníbal pero, lógicamente, malinterpretó sus angustias y diablos interiores.

—Ahora lo importante es lo que te ha traído a Nueva Ciudad. La ratificación, por parte del Senado, de tu nombramiento como comandante en jefe de los ejércitos de Isphanya, y para ello, los hombres fieles a Amílcar hemos organizado todo. De esta manera, tienes mucha gente dispuesta y preparada por si Hannón y sus secuaces intentan algo contra ti —le explicó Himílcar, alternando la información en voz muy queda, con la pantomima que representaban en voz alta para los espías senatoriales que había cerca a buen seguro—. ¡Ve y diles a esos servidores de las empresas de Byrsa y de sus negocios y de sus dividendos que el pueblo quiere un cambio ya!

—Todos estos que nos rodean son gente tuya, ¿supongo bien?

—Bastantes de ellos sí están bajo nuestro control y el pago de nuestras monedas de plata y cobre —reconoció con sinceridad Himílcar—, pero otros se han dejado arrastrar por la ola de entusiasmo que ha provocado la llegada del hijo del León…

Cuando atravesaron la plaza de los templos de Melkart y Ashtoreth, la multitud se había transformado ya en una auténtica manifestación de fervor hacia el León de Cartago y su hijo, y se mezclaba libre y desordenadamente con los soldados enviados para formar el cordón de seguridad que hacía mucho tiempo que ya se había roto. Se produjo tal sentimiento de exaltación y ardor ferviente hacia los bárquidas que hasta los clientes y las prostitutas sagradas del santuario sagrado de Ashtoreth,[55] dejaron sus placenteras y piadosas ocupaciones y salieron a la calle para ver pasar la comitiva, uniéndose muchos de ellos a la marea humana que enfilaba hacia la gran ágora de la parte alta de la ciudad, que era tan grande como un estadio griego, y donde estaba instalado el gran bazar de perfumes y el exclusivo mercado de esclavos únicos y peculiares por sus talentos, habilidades y aptitudes.

Aníbal se dio cuenta enseguida de que dentro de la confusión desordenada y caótica, en la que se había transformado la masa humana que les seguía y arrastraba, ahora iban mezclados los amigos con no se sabía bien quién, y que él y los suyos eran posibles y fáciles víctimas para un asesino que realizara un atentado homicida y criminal, aprovechando el desconcierto. Afortunadamente para él, no fue el único en percatarse de tal circunstancia puesto que, de inmediato, Himílcar dio órdenes rápidas a sus más allegados y con toda celeridad situó su propio cordón de seguridad alrededor de Aníbal y su séquito.

Atravesar el ágora y los bazares de perfumes y esclavos excepcionales fue una odisea que se consiguió realizar merced a la consecución de verdaderos sacrificios físicos. Prosiguieron su lento y penoso transitar y al cabo de un rato desembocaron en la gran plaza donde se situaba el edificio del Senado de Kart Hadasht. Al entrar en esta se quedaron parados y boquiabiertos ya que una multitud, que hasta pavor daba

de tan inmensa como era, la ocupaba en su totalidad y gritaba acompasadamente consignas a favor de la familia Baraq.

Aníbal, Mahárbal e Himílcar se quedaron paralizados contemplando atónitos y conmovidos a los miles de ciudadanos que allí se habían congregado para recibirles, los cuales no paraban de cantar, de entonar consignas y de agitar pañoletas de colores, ramas de olivo y hojas de palma. Un mar humano que ocupaba todo el espacio posible.

Miraron hacia la enorme plaza y solo vieron un océano de rostros y cuerpos humanos, en el que únicamente destacaban las copas de las palmeras y algunas estatuas.

—Yo te puedo asegurar a ti que nosotros únicamente habíamos movilizado a la mitad de la población de Kart Hadasht…, esta otra mitad de la ciudad ha debido venir por su cuenta —le intentó explicar Himílcar con una sonrisa de lado a lado de la cara, empleando un tono jovial y en broma ya que estaba exagerando sus méritos y los esfuerzos que habían realizado para convocar a un gran número de ciudadanos de todos los estamentos sociales. Él estaba verdaderamente abrumado ante lo que veía, porque no era previsible que se hubiera podido concentrar de una manera espontánea una cantidad tan enorme de ciudadanos de Kart Hadasht, ni era de esperar una explosión popular de tal magnitud, a favor de los bárquidas y el joven Aníbal, pese a que permanecía todavía muy vivo el recuerdo de Amílcar y sus hazañas, y a que toda la familia bárquida había sido muy querida por el pueblo cartaginés.

18

Respetuosamente, la masa humana fue haciendo un pasillo en el centro para dejarles pasar en dirección a la Alta Cámara. Con lentitud lo embocaron y caminaron por el mismo hacia el Senado que era un imponente caserón rectangular, enjalbegado y rematado por una preciosa cúpula, abierta en su coronación, que se encontraba alicatada con azulejos y baldosines de vivos colores rojo sangre, crema y azul esmaltados al fuego, que resplandecían como soles, y sobre cuya entrada, que estaba flanqueada por dos espléndidas columnas de granito de Asuán de una sola pieza, dentro de un frontispicio con forma de frontón griego en el que destacaba colgado el emblema oficial de Cartago: un caballo, unas hojas de palma y una media luna enormes, símbolos de la diosa Tanit, y manufacturados todos ellos con plata pura.

Rodeados por un silencio sentido, deferente y considerado por parte de aquella multitud, llegaron hasta el portón de entrada donde fueron recibidos, cumplimentados y saludados por un piquete de los guardias de la Sagrada Banda[56] y sus oficiales al mando.

Aníbal y Maharbal penetraron en el edificio y accedieron a un gran patio porticado al aire libre, en cuyo centro había un estanque. Lo atravesaron con celeridad y llegaron ante las puertas del gran salón de plenos del Senado, a cuya derecha había un mostrador alargado de madera de caoba en el que se situaban algunos ayudantes y secretarios senatoriales.

—Que el Altísimo, el Señor de los Altares de Incienso, derrame sobre ti sus bendiciones y te colme de prosperidad. ¡Oh, tú, Aníbal, hijo del gran Amílcar! —le saludó ceremonioso y cortés uno de los chambelanes que se ocupaba del protocolo de la institución—. Ten la bondad de entregarme tu armamento. Y tú, Maharbal, hijo del general Himilcón, haz lo propio —les solicitó con cortesía mientras este último quedaba gratamente sorprendido y se ponía colorado, ya que no se imaginaba que le pudieran conocer los altos funcionarios del Senado. Enseguida notó una gratificante sensación interna de orgullo y se sintió muy honrado por el homenaje y recuerdo que hacían a su padre, con el que Aníbal había tenido algunas discrepancias y disputas, tal como le sucedió al difunto Asdrúbal *el Bello*. Sin tardanza, Maharbal desenvainó su espada y se la entregó con una sonrisa de satisfacción al mayordomo.

Tras la entrega de su armamento así como de los hermosos cascos áticos de bronce bruñido, cuyas cimeras estaban adornadas con crines de caballo teñidas de negro y rojo, el maestresala hizo una seña a los dos jóvenes para que lo siguieran, al tiempo que ordenaba a los guardias custodios la apertura de las grandiosas puertas del salón de plenos del Senado, que eran de maravillosa madera de cedro de Fenicia y

estaban forradas con planchas de oro repujado y plata, en el que destacaban bajorrelieves con escenas de la historia de Kart Hadasht. Los guardias tiraron de los pomos de bronce y las dos imponentes hojas se abrieron deslizándose, sin hacer apenas ruido, sobre los dos raíles de acero que estaban incrustados en el suelo de mármol, en cada uno de los cuales encajaba a la perfección una guía del mismo metal que estaba sujeto en la parte inferior de cada una de las hojas de las compuertas. Era un ingenioso sistema muy utilizado en el mundo helénico y púnico para abrir y cerrar los portones de los grandes edificios, palacios y cámaras de representantes que, además de facilitar el movimiento de estos, impedía que se combaran y tiraran de los goznes y bisagras.

El chambelán se quedó en el umbral y cedió el paso a Aníbal y a Mahárbal. Los dos amigos entraron en el hemiciclo. Estaban sobrecogidos ante la importancia del momento pero, a la vez, se encontraban excitados por la novedad que estaban viviendo, el entorno y las circunstancias. Miraron a los dos sufetas[57] máximos que presidían la sala y las sesiones desde sus sitiales, solicitando su autorización para entrar en el Salón de Actos. Estos hicieron un gesto de conformidad con la mano. Aníbal e Himílcar hicieron una cortés y respetuosa reverencia con la cabeza y penetraron en la sala con decisión. A continuación, caminaron al lado de los escaños de mármol donde estaban sentados los orondos y engalanados senadores cartagineses, que lucían recargados vestidos y coloridos ropajes muy del gusto fenicio-cartaginés, excesivo y nada sencillo, y se adornaban muñecas, brazos, dedos y orejas vanagloriándose y exhibiendo su poder y riqueza con todo tipo de joyas, sortijas, pendientes, collares, pulseras… de oro, de plata, de piedras preciosas, lapislázuli… y de la mejor manufactura posible en toda la cuenca mediterránea.

Ante la tribuna donde se aposentaban los sufetas sobre sillones de madera de cedro, se quedaron de pie a la espera.

—El Senado tiene el placer de acoger en su seno al hijo del heroico Amílcar —le saludó con voz engolada y falsa Hannón Magón, uno de los dos sufetas, haciendo un gesto forzado con su mano ensortijada que motivó que bailaran los pendientes de oro y pedrería que colgaban de los enormes lóbulos de sus orejas.

Solo una parte de los senadores asistentes golpeó el brazo de su sillón para homenajear al hijo del difunto general que durante tantos años defendió el honor cartaginés contra Roma. El resto permaneció quieto y a la expectativa.

Aníbal calculó mentalmente que un poco más de la cuarta parte de los senadores le eran afectos.

Hannón, que había sido contrario a los intereses de Amílcar, y le había combatido ferozmente en vida de aquel, aguardó impasible a que concluyeran los testimonios de estima y respeto que dirigían al difunto general y a su hijo, y tomó de nuevo la palabra.

—Parece que fue ayer cuando recibíamos a Amílcar Baraq, que volvía derrotado por Roma de la guerra de Sicilia, y ahora es su hijo quien comparece ante nosotros

esperando un gesto por nuestra parte.

Aníbal respiró hondo y apretó los puños para no responder a la injuriosa, mentirosa y malévola bienvenida que le dispensaba Hannón, y pensó que tendría que jugarse el todo por el todo en esa sesión de investidura si quería salir del Senado con el bastón de mando de los ejércitos de Isphanya en su poder.

El sufeta y el resto de los senadores solo vieron el semblante impasible del joven bárquida, aunque muchos de ellos, recordando las fuertes explosiones de carácter de su padre y las tremendas discusiones que había mantenido en esa misma sala con Hannón y sus partidarios, se quedaron perplejos y algo decepcionados ante la magistral lección de autocontrol que estaba dando Aníbal.

Hannón también se sintió incómodo ante el respetuoso silencio que mantenía el hijo de su antagonista muerto y permaneció algo confuso porque esperaba una incorrecta reacción furibunda y descortés, propia de un joven gallito como él, lo que le habría facilitado mucho la labor para degradarle del rango de comandante en jefe de las tropas cartaginesas en Isphanya, destitución que ya tenía planeada de antemano. La estrategia consistía en provocar al joven Aníbal para que este saltara enfurecido y le contestara de manera irrespetuosa delante de todos los senadores, ofendiendo de paso la dignidad y el rango que llevaba aparejados el cargo de sufeta máximo. Miró a Bólcar, el otro sufeta y socio suyo en más de una rentable sociedad de participaciones así como en innumerables y prósperas aventuras comerciales, pero este solo se encogió de hombros superado por las circunstancias.

«No puedo contar contigo», pensó el sufeta ante la falta de apoyo de su colega. «Está bien, me las arreglaré solo».

Si algo tenía Hannón, precisamente, era su pertinaz y obstinado carácter que no se rendía nunca ante la adversidad, virtud a la que se unía también una tenacidad inquebrantable en la consecución de sus planes y objetivos. Por ello, encajó rápidamente el cambio de escenario y volvió a tomar la iniciativa dando a su tono de voz un estilo agresivo y sarcástico.

—Compareces ante nosotros, joven e inexperto Aníbal, con la pretensión de que te confirmemos en el puesto de comandante en jefe…, grado que has obtenido por aclamación de los oficiales y generales de Isphanya aunque todavía no nos explicamos cómo ha podido suceder tal cosa dada tu edad y poca veteranía, tu falta de pericia bélica y tu escasa sapiencia militar…

Aníbal carraspeó antes de responder con voz templada y una oratoria excelente, como correspondía a la cantidad de horas que había pasado ensayando y preparando todo tipo de discursos con sus viejos preceptores: Sosilas y Sileno de Calacte.

—Sufeta Hannón, me permito llamar la atención de los augustos miembros de este Senado sobre una máxima que se ve perpetuada por la experiencia: cada hombre sirve para lo que vale.

El silencio creado ante el parlamento del bárquida era casi total. Pues los senadores esperaban ansiosos las palabras del joven general.

—Tú mismo, sufeta Hannón, dirigiste un ejército durante la maldita Guerra Inexpiable[58] contra los mercenarios sublevados pero… pese a tu edad, dignidad y dotes de gobierno, no obtuviste la victoria y, bien al contrario, las tropas bajo tu mandato tuvieron que replegarse tras los muros de Nueva Ciudad…

Aníbal se calló unos instantes ya que los comentarios de todo tipo, a favor y en contra, que gritaban los senadores, le obligaron a enmudecer.

—¡Tú no estás aquí, ante nosotros, para enjuiciar mi labor en aquella pretérita y desdichada guerra! —vociferó Hannón con el rostro congestionado, imponiéndose al estruendo que le rodeaba.

—Desdichada guerra que, por cierto, ganó Amílcar, mi padre… —precisó con voz fuerte pero con un tono muy tranquilo y controlado, Aníbal, cuando cesó bastante la batahola que formaban los senadores, quienes al comprobar que sí iba a sucederse una buena batalla dialéctica se acomodaron en sus escaños y atendieron.

—Y ¡¿qué?! —inquirió Hannón exaltado y definitivamente soliviantado por el derrotero que se temía estaba tomando el asunto.

—Que la guerra la gana un general muy experto y con pericia bélica, con una edad madura y lleno de sapiencia militar, como fue mi padre Amílcar, que en la gloria y el edén de Melkart *el Santo* esté ahora —argumentó Aníbal con parsimonia—, pero la paz la gana un general con otras virtudes más allá de las propiamente castrenses… Por eso me escogieron como general al mando los jefes y oficiales de Isphanya, para ganar la paz… ¿O es que acaso vosotros, nobles senadores y padres de Nueva Ciudad, queréis de nuevo la guerra con Roma?

Una tromba de aplausos y vítores acompañaron las palabras del joven bárquida.

Los partidarios de Hannón se movieron inquietos en sus escaños. Eso no era lo que tenían planeado.

Su líder contraatacó de nuevo alzando mucho el volumen de su voz.

—Tú, hijo de tu padre, ¿de verdad que no quieres venganza, no quieres devolver los golpes y humillaciones recibidos por los cananeos, no quieres la guerra contra Roma?

Nuevamente el Senado se convirtió en una fragorosa sucesión de ruidosos palmetazos, silbidos, gritos…

—¿Guerra para qué, para tener más viudas, para tener acaso más huérfanos, para que Roma impida que vivamos en paz prosperando gracias al comercio, los intercambios y el movimiento de mercaderías? —contestó Aníbal con toda tranquilidad, soltando su estudiado y premeditado discurso, mientras Mahárbal le miraba estupefacto como si viera hablar a un ser extraño y desconocido que hubiera llegado desde los confines de la tierra.

—Tu padre, el gran Amílcar, jamás pensó de esa manera —le reprochó a gritos un grupo de senadores adictos al difunto líder cartaginés.

—Dejad descansar tranquila la memoria de mi padre, os lo imploro —respondió con voz apesadumbrada Aníbal—. Mi padre y la guerra son pasado… pertenecen a

otra época y a otro tiempo… Yo estoy aquí para construir el futuro…, de vuestra mano. Un futuro de paz… eso es lo que piensan y quieren los honrados y valientes mílites de Isphanya que me han elegido como su jefe —les exhortó con una voz y unos ojos magnéticos.

—¡No te creo, tú tramas algo nocivo! —chilló el sufeta Bólcar, obligado por las circunstancias, apuntándole con un dedo lleno de anillos de oro y plata, con ricas piedras preciosas engarzadas, mientras Hannón permanecía sentado en su escaño, pensativo.

—No maquino nada malo contra nuestra patria. Solo deseo que me ratifiquéis en el cargo, como hicisteis con mi cuñado, Asdrúbal Giscón, para poder continuar su línea de conducta —les explicó con voz apacible y tranquilizadora el joven bárquida haciendo estudiadas pausas para observar la reacción senatorial ante su discurso—. Conquistar las riquezas y las maravillas de Isphanya, pagar a Roma su indemnización y convivir en paz con esa república… y, sobre todo, prosperar viendo acrecentar la riqueza de Nueva Ciudad y sus colonias…

—Y cuando conquistes Isphanya ¿qué harás, fundar un reino allí para ti y para tus hijos, un reino independiente de Kart Hadasht… o también nos conquistarás? —le espetó de repente con gran acritud Hannón, levantándose de su escaño, mientras arrojaba violentamente un buen puñado de dishekeles de plata con la efigie de Amílcar y de Asdrúbal, monedas que cayeron entre los senadores que se sentaban delante de él y que alguna que otra rodó hasta los pies de Aníbal.

La algarabía que produjo la inesperada reacción del sufeta máximo impidió que Aníbal continuara con su estudiado discurso tranquilizador. Hannón contraatacaba nuevamente y llevaba la iniciativa.

—Porque tanto Amílcar como Asdrúbal querían fundar un reino en esas tierras salvajes, al estilo del reino de Hierón de Siracusa, Ptolomeo y todos esos tiranos griegos tan perniciosos para su pueblo… Deseaban un reino para poder reinar… —acusó con toda contundencia el sufeta mientras muchos senadores observaban las monedas de plata y reparaban en que, efectivamente, en ellas estaban gravadas las efigies de los difuntos caudillos cartagineses.

Un silencio atento y respetuoso acompañó el parlamento de Hannón que, viendo la ocasión política, atacó a fondo.

—Hermanos cananeos, padres de Kart Hadasht, senadores elegidos por el anhelo y el mandato de nuestra Constitución, tan celebrada por Aristóteles… —les alentó el sufeta deteniendo su mirada lentamente en ellos—. Lo que digo es verdad… todo es cierto… y lo demuestran esas monedas que tenéis entre vuestras manos… Las mismas que acuñaron Amílcar y Asdrúbal durante su mandato como generales al mando, en las que se puede ver su efigie… ¡Su imagen, como si fueran reyes!… ¡Ninguno de los sufetas hemos grabado nuestras caras en las monedas de curso legal que se acuñan en Nueva Ciudad!… Pero afortunadamente, gracias sean dadas a Melkart *el Santo* y a Baal Hammon, la muerte impidió en ambos casos que se

coronaran como reyes de los bárbaros hispanos…

Esta vez el silencio dentro del senado fue más intenso todavía. Tanto que dentro de la enorme sala de muros gruesos como murallas, proveniente desde el exterior se oían con toda nitidez los cánticos de alabanza hacia Aníbal que lanzaban al aire las miles de personas reunidas en la plaza.

—Y tú pretendes que te nombremos comandante en jefe de los ejércitos acantonados en Isphanya… —le espetó Hannón, escupiéndole despectivamente las palabras, seguro de su triunfo—, ¿para qué, para acuñar también monedas con tu efigie coronada como rey de Isphanya?…

Aníbal sonrió mientras las consignas y cantos provenientes del exterior se oían cada vez más cerca y más fuerte.

—No, respetado sufeta Hannón, yo no quiero que esta noble Cámara senatorial me ratifique como general de las fuerzas hispanas para después autoproclamarme rey de Isphanya y acuñar moneda… —le respondió Aníbal con un aplomo y con un magnetismo en su mirada y en el tono de su voz que causaron un respeto absoluto entre los senadores—. Yo quiero que este sacro Senado confirme mi nombramiento como general en jefe de los ejércitos de Isphanya, al servicio de la República, porque mi lealtad es incuestionable…, y para que no tengan que hacerlo todos esos miles de ciudadanos, que están ahí fuera, coreando mi nombre, y que están deseando hacerlo… a su manera…

Libro segundo

Ifriquiya e Isphanya

19

El carromato que llevaba a Himilce se acercaba cada vez más al palacio principal donde había pasado toda su infancia, ya que acababa de dejar a sus espaldas el muro que rodeaba el puerto fluvial de Kastilo. En su interior, la esposa de Aníbal iba sobrellevando, de la mejor manera posible, el molesto y doloroso zarandeo que producía su desplazamiento por las mal empedradas y desiguales calles; aunque más allá de la incomodidad física que soportaba, padecía una desagradable sensación de angustia interior. Cada metro que avanzaba el carruaje incrementaba esa áspera impresión de opresión e inquietud que sufría, ante el hecho de su inminente reencuentro con su hermano Cerdubeles, el actual gobernante, con quien nunca se había llevado bien y ella, encima, volvía a su casa como una exiliada forzosa por órdenes de su esposo. Para compensar tal estado de ansiedad tan lacerante, comenzó a evocar el día de sus esponsales con Aníbal, que ahora recordaba como una experiencia onírica muy gratificante, sucedida hacía miles de años. Un sueño etéreo hecho realidad envuelto por una vaporosa neblina temporal.

Toda la ciudad de Kastilo estaba muy engalanada, llena de flores cuyos abiertos capullos y pétalos esparcían sus maravillosas fragancias. Se encontraba recién barrida y regada por lo que olía a tierra limpia y mojada. Con sus buenas gentes vestidas con lo mejor que tenían atestando calles, callejones y plazas, dispuestas a ver a su princesa, la hija de su régulo Orisón, el vencedor de los cartagineses, esos mismos que ahora venían hasta su capital para matrimoniar al hijo del difunto y derrotado Amílcar con su Himilce, la joya de Oretania.

Qué colorido tan extraordinario presentaban sus calles plenas de personas contentas que las transitaban con una alegría desbordante, llenándolas de risas y cantos, mientras hacían cola ante los abarrotados puestos callejeros de comidas, bebidas y golosinas donde, hambrientos y felices, consumían con deleite y generosidad cuanto había a su alcance ya que el precio de sus productos estaba parcialmente subvencionado por su caudillo Orisón, y no todos los días se podían degustar aquellas maravillas culinarias. En otros lados, grupos de personas se aplicaban y afanaban en los tenderetes que vendían artesanía y objetos de manufactura griega y cartaginesa, regateando precios, artículos y cantidades, por el mero placer de negociar… En otros, se cerraban ventas de todo tipo de mercaderías… En otros, solo se miraba con admiración… En verdad que parecía un hermoso día de feria, solo que la mercancía principal y, al parecer, la más valiosa era ella misma.

La plaza donde se celebró la boda estaba presidida por el templo de Astarté, el

mismo donde había tenido lugar la entrevista secreta con Asdrúbal, unos meses antes. Para la ceremonia, los sacerdotes de la diosa y sus ayudantes habían adecuado el austero frontispicio del santuario adornándolo con ramos de olivo y coronas de flores, y habían instalado mástiles con gallardetes y banderolas de colores que se mecían al viento. Además, en homenaje a Aníbal y como señal de respeto y acatamiento a Asdrúbal, habían colocado en sus paredes grandes medallones de bronce con los símbolos de Kart Hadasht, facilitados por los meridionales.

Delante del templo, en el podio de piedra enlosado con un mármol traído de tierra de los bastetanos, que se extendía apenas un par de metros desde el portón principal del santuario de la diosa, se había situado un altar con los símbolos de Astarté y una estatua policromada de tamaño natural que la representaba, de manufactura fenicia y muy antigua. A cada lado del ara, se erigía un enorme pebetero de bronce lleno de una exquisita mezcla de incienso y mirra, que se quemaba pausadamente, y cuya combustión esparcía por doquier un aroma y un humo blanquecino extraordinarios. Tanto fue así que uno y otro ahuyentaron los habituales enjambres de moscas y mosquitos que, con su pertinaz picadura, vuelo rápido y zumbido molesto, castigaban de manera frecuente e inmisericorde a la población oretana. Ante el altar se colocaron los sacerdotes y oficiantes portando sus sagradas vestiduras, junto con un pequeño coro de músicos con cantantes, flautas y tambores. Ella estaba vestida con una túnica de lino bordado que le llegaba hasta los pies, la cual ceñía a la cintura con una cadena con anchos eslabones de oro que había sido de su madre, y cuyas mangas y escote cuadrado estaban ribeteados con una banda estrecha teñida de púrpura. Calzaba unas suaves sandalias de piel que unos artesanos griegos le habían vendido unos días atrás. Sobre la cabeza y cubriéndole la cara portó un velo del mismo color que el traje de bodas, que apenas le dejó ver la ceremonia nupcial. Unas pocas joyas de oro en forma de pendientes, un collar de eslabones y unas pulseras le prestaron la distinción necesaria a una princesa ibera.

Aníbal, sencillamente deslumbró. Guapo, radiante, vistiendo el uniforme de gala que consistía en una coraza musculada de bruñido bronce con apliques de oro, que hacía juego con las grebas que llevaba sobre las espinillas. Una capa enteramente teñida de púrpura, una falda blanca de un tejido parecido al lino pero más fino, y unas espléndidas sandalias militares de piel con adornos de oro. Todo en él resplandecía, desde su armadura hasta su tímida sonrisa. Desde el fulgor de sus ojos a los anillos y muñequeras de oro que llevaba. Desde la funda de oro de su espada pasando por las hebillas de sus sandalias militares.

La ceremonia para ella fue como estar en la morada de los dioses más allá de las nubes, del sol, de la luna y de las estrellas. Estuvo como ausente, flotando, como si aquello tan maravilloso no le estuviera sucediendo a ella. Por esa razón, ahora tan solo recordaba sensaciones, olores, colores… Sí, que se cogieron de las manos, que los sacerdotes entonaron letanías, que les enlazaron las muñecas con un cordón suave y maravilloso de un material llamado seda, más valioso que el oro, que ungieron sus

manos con óleos bendecidos, y depositaron unas coronas de flores y laurel sobre sus cabezas que después intercambiaron, y más oraciones y cánticos. Que su padre estaba muy nervioso, que Asdrúbal, vestido y conduciéndose como un semidiós, no paraba de dar órdenes en voz baja y de corregir cosas… Que se dijeron discursos y se lanzaron al aire promesas, juramentos y todo tipo de compromisos… El olor del incienso traído por los meridionales. El aroma de los óleos sagrados con los que les ungieron. El intenso hedor de la sangre de los corderos sacrificados. El no menos desagradable que producía la leña quemando sus cuerpos… Los sacerdotes manipulando con las manos las repugnantes vísceras para encontrar signos con los que realizar los auspicios correspondientes. Esas mismas manos sangrantes que les hacían signos sagrados en la frente y las mejillas… La cegadora luz del sol de Iberia inundándolo todo… Calor y luz, y luz y calor… El murmullo y las risas de felicidad del embelesado pueblo oretano que asistía a la boda llenando hasta rebosar la plaza, que lo miraba todo y no se perdía detalle… Y ella, mientras tanto, flotaba, al tiempo que se convertía en la esposa de Aníbal, su amor, su tormento, al que llevaba tan dentro… Por encima de todo, de lo que más se acordaba ahora era de las manos de Aníbal, unas manos masculinas y fuertes que la tuvieron cogida durante todo el enlace matrimonial con respeto, con firmeza y con deseo. Manos que le transmitían un calor humano que la envolvía, y una sensación de protección y de seguridad como si ella hubiera retornado al claustro materno…

Su padre, Orisón, no paró quieto ni un momento y estuvo nervioso y en tensión durante toda la ceremonia, lo que le indujo a equivocarse varias veces cuando le tocó recitar las frases y oraciones que le correspondieron. Estuvo todo el tiempo como si temiera algo. Desconfiado por naturaleza como era y extremadamente cauto cuando las circunstancias así lo aconsejaban, no había dejado casi nada al azar y, de esta manera, todos los guardias y soldados de su ejército estuvieron armados y dispuestos a lo largo de las almenas de la línea de fortificación, otros permanecieron a pie firme en sus cantones y recorrieron con regularidad sus puestos y sus puntos de patrulla, piquetes armados y bien atentos, al mando de sus oficiales, guardaron los portones de entrada de la ciudad, retenes expectantes y vigilantes patrullaron sin descanso los muelles y la muralla del puerto fluvial. Es decir, toda la guarnición se encontró en armas y en estado de máxima alerta para poder defenderse ante un hipotético ataque proveniente por parte de los cartagineses; una agresión que los oretanos consideraban como algo muy factible.

En ese momento los púnicos y los iberos de Kastilo estaban estableciendo un pacto de alianza, por razón del matrimonio político entre Himilce y Aníbal, pero como habían sido enemigos declarados hasta hacía bien poco tiempo, era lógico y natural pensar que los cartagineses podrían aprovechar la ocasión de fiesta y relax entre los oretanos para atacarlos y aplastarlos definitivamente, haciéndose con el control de sus minas de plata. Se trataría de una ofensiva sorpresiva y traicionera, pero en absoluto impensable y nada descartable que ellos mismos, los oretanos,

habrían llevado a cabo contra los meridionales, sin dudar lo más mínimo, si se les hubiera presentado la ocasión y la oportunidad para realizar un aniquilador ataque por sorpresa contra los cartagineses.

Ahora bien, en realidad los soldados de Kastilo estuvieron ojo avizor no solo por causa de los posibles asaltos cartagineses, sino porque temían más aún y estaban más preocupados por repeler las posibles agresiones, traiciones o rapiñas que podían dirigir contra ellos sus odiados y odiosos vecinos y rivales de Baikor,[59] a los que detestaban hasta límites insospechados e increíbles, siendo correspondidos con un nivel igual de aborrecimiento y animadversión por parte de los habitantes de esa ciudad oretana; como correspondía al carácter y a la idiosincrasia de los pueblos de Iberia que, cuanto más cerca vivían geográficamente, más inquina, aversión y rencor se tenían desde tiempo inmemorial, y mayor era su rivalidad y su afán de destrucción y exterminio del vecino, o, por lo menos, de avergonzarlo lo más posible y hundirlo moralmente. Por esa razón, la mayor afrenta y la máxima vergüenza colectiva que podían sufrir los oretanos de Kastilo, y era lo que más temían, era que los aborrecidos oretanos de Baikor fueran hasta su pueblo, lo asaltaran por sorpresa, se burlaran de ellos y mancillaran su honor ridiculizándolos el día de los esponsales de su Himilce, la joya de la Oretania, y todo ello ante los pomposos y arrogantes cartagineses.

Hasta en eso el día de su boda fue perfecto. Ni atacaron por sorpresa los hombres de Asdrúbal, que nunca habían planeado perpetrar una acción tan insensata para sus intereses en Iberia a medio plazo, ni tampoco lo hicieron sus denostados vecinos y rivales de Baikor seguramente porque sus espías, mezclados entre el alegre gentío, les habían disuadido de ello al informarles de que los hombres de Orisón estaban preparados y en sus puestos, listos para repeler cualquier ataque que se intentara contra su ciudad por parte de los de Baikor, bien por tierra o a través del río.

Como todo se desarrolló dentro de lo planificado y en paz, no hubo ataques agresivos por parte de sus enemigos y los ritos matrimoniales se llevaron a cabo y se formalizaron de conformidad con la tradición y las pompas protocolares, sin ninguna adversidad, un orondo y orgulloso Orisón cogió a su hija entre sus brazos, cuando terminaron las ceremonias y boatos, y se la llevó a solas hasta su trono. La sentó sobre sus fuertes rodillas y la colmó de ternuras y de besos, como venía haciendo desde que era una chiquilla.

—Mi niñita querida, mi joya, mi estrella de los cielos…

Himilce se acurrucó entre los brazos de su padre y se dejó mimar, una vez más.

—Hijita, ya estás casada con tu príncipe extranjero, ¿eres feliz? —le preguntó Orisón con la voz ronca y los ojos llenos de lágrimas.

Ella asintió en silencio y se abrazó aún más a su padre, que sonrió dichoso y triste a la vez.

—Hija, ya sé que un príncipe ibero como yo no debe hablar de esta manera ni

demostrar semejante debilidad humana, indigna de un hombre que empuña la lanza y ciñe la espada… Pero yo no puedo luchar contra este sentimiento que tengo desde que naciste y te fui conociendo poco a poco… Hija, yo te amo con todo mi corazón y te quiero por encima de todo… Te quiero más que a mi propio reino, mucho más que a mis minas de plata, tan deseadas por los meridionales, más incluso que a mis soldados y a mis mujeres…

Himilce sollozaba abrazada a su padre, con la cara pegada contra su pecho, porque sabía que en breves fechas se separarían y Orisón viajaría hasta Akra Leuke para vivir en los alrededores de dicha ciudad y ella se desplazaría para iniciar una nueva existencia en Carthago Nova y, probablemente, los cartagineses no les dejarían volver a verse nunca. Solo si ella le daba hijos varones a Aníbal, era más que posible que le convenciera para que este permitiera a su padre viajar desde su retiro forzoso para conocerlos, pero como pariera solo hembras…

Orisón suspiró profundamente con la mirada perdida hacia el infinito.

—Estrella mía, dentro de mí se rompe algo que me hará sufrir internamente de por vida porque sé que te veré pocas veces en lo que me resta de existencia… Pero si eres feliz, todo lo que pierdo hoy lo doy por bien empleado…

—Querido padre… —exclamó Himilce mientras pensaba que quería ser pequeña de nuevo, en aquel tiempo antes de que los meridionales invadieran sus tierras, deseaba que todo volviera a ser como era, pero enseguida se dio cuenta de que entonces no conocería a Aníbal.

—¿Tú amas al meridional, le quieres de verdad?… aunque no hayáis tenido demasiado tiempo para haceros el uno con el otro.

—Sí, padre mío, yo amo a mi esposo Aníbal con tanta intensidad como tú me amas a mí… —contestó Himilce devastada por una guerra fratricida que se desarrollaba en el interior de su alma, y cuyos combatientes eran el dolor inhumano que sentía por separarse de su padre para siempre y la inmensa alegría que experimentaba por razón de su matrimonio con Aníbal.

—Entonces, ya que has tenido la inusual fortuna de haber podido elegir por ti misma tu destino, y yo tengo la dicha de haberte ayudado a conseguirlo… disfrútalo y sé feliz —le exhortó su padre con menos tristeza en su tono de voz.

—Pero todo esto es injusto… La vida en sí misma es injusta —protestó Himilce sin demasiado énfasis en la inflexión de su voz.

Orisón, de la misma manera que otros régulos iberos que se habían enfrentado antes que él al poder de Kart Hadasht, recapacitaba tarde.

—No es injusto, mi niñita, es la consecuencia natural de mis actos… Yo lo quise de esta manera… Si me hubiera sometido al superior poder militar de los meridionales, ahora yo seguiría siendo el caudillo de Kastilo…

—Sí, padre, pero entonces tú ya no serías el Orisón que yo conozco, y Amílcar Barca seguiría vivo… —opinó Himilce con la mirada perdida.

—Tienes razón, hija mía, y ese bastardo jamás habría consentido la boda de su

hijo Aníbal contigo, mi dulce niñita, y eso te habría roto el corazón en mil pedazos, como una crátera griega estrellada contra el suelo de un salón de banquetes… Todo tiene un precio en esta vida… —reconoció pensativo el régulo oretano—. Todo es como un círculo de fuego que se cierra sobre sí mismo. Nosotros prendemos los troncos del principio y las llamas van recorriendo su camino y ganando lentamente el resto hasta que todos los leños del círculo están encendidos y, al final, se unen las llamas del inicio con las de los últimos troncos formando un único anillo de fuego sin principio ni final…

20

De repente, una voz femenina le sacó de su mundo de ensoñación, y la hizo volver a Kastilo en el tiempo presente:

—Mi señora, ya hemos llegado. Himilce, niña, ya estamos en casa de tu padre —le indicó una de las mujeres de compañía que viajaba con ella, cuando el carromato paró en seco delante del portón de entrada del caserón-palacio de su padre, desde el que ahora gobernaba su hermano Cerdubeles.

Himilce se asomó a través de la lona llena de polvo que protegía el espartano interior, levantó la vista y se reencontró con el noble solar paterno de su infancia. Delante del portón, que estaba custodiado por dos soldados armados al estilo cartaginés, lo que constituía una novedad entre los oretanos, le sonreía Agenor, el viejo mayordomo fenicio de su padre.

Ella también sonrió, pero porque recordó en ese momento cómo había hecho sufrir Orisón al pobre Agenor cuando sucedió el rapto de Lythia, la princesa carpetana de Konbouto.[60] Hay que ver, cuánto le mortificó posteriormente, de qué manera tan pertinaz le restregó al infeliz que habiendo reconocido a uno de los posteriores raptores en Kastilo, no lo hubiera detenido y ajusticiado, aquel cartaginés que estuvo cortejando a la carpetana y que, en castigo por dicha afrenta, su padre le condenó a trabajar en las minas de plata de la sierra, de donde consiguió escapar y volvió a Kastilo para llevársela consigo a Kart Hadasht.[61] Una historia de amor pertinaz que merecía triunfar, aunque su padre nunca lo quiso ver bajo ese prisma.

—Mi joven dueña vuelve al lar de su padre hecha una mujer —le dijo Agenor a modo de saludo, con verdadero y sentido cariño, y un marcado acento púnico en su voz.

Himilce se apeó del carruaje, ayudada por sus damas, y de inmediato sintió unas brutales punzadas de dolor que le recorrían todo el cuerpo sin previo aviso. Calambres de intensidad insoportable la surcaban desde el cuello a los pies. Pinchazos como latigazos se extendían sin piedad desde las piernas hasta la espalda. El dolor de riñones le resultaba sencillamente insoportable. Los brazos y las manos le dolían como no hubiera sido capaz de suponer, tanto como si ella hubiera conducido el carromato desde Carthago Nova y hubiera estado luchando todo el trayecto tirando de las riendas, para poder dominar y sujetar a las tercas mulas. De pronto se sintió desfallecer. Las piernas no la sostenían. Se sentía aturdida por la penetrante y aguda ola de dolor que la recorría y torturaba todo su cuerpo concienzudamente. Le dolía todo, hasta el pelo. En ese momento, se habría dejado caer allí mismo, rendida, al suelo. No obstante, disimuló como pudo sostenida por un anhelo: tomar un baño de

agua caliente con sal bebiendo una ardiente infusión de hierbas calmantes y después dormir echada en una cama, con el cuerpo horizontal, estirado todo él sobre suaves y limpias sábanas de lino fresco.

Agenor estudió su rostro y las contracciones musculares que efectuaba sin querer, por causa de la fatiga nerviosa y muscular que la afectaba, y, en el acto, lo comprendió todo.

—Mi niña llega agotada y consumida tras un viaje tan largo y extenuante… —la consoló con voz dulce y envolvente—, pero Agenor ya tiene preparada la tina de mármol con agua caliente, hierbas y raíces sanadoras y reparadoras, al estilo de Kart Hadasht y Gadir, para el relax y la recuperación del cuerpo y el espíritu…, que tanto te agrada… —le ofreció creando un clima tan familiar para ella, que facilitó que Himilce retrocediera en el tiempo, cuando era una niña, y Agenor la mimaba tanto como su padre.

Himilce esbozó una sonrisa y fue consciente en ese momento de que realmente se encontraba extenuada, fatigada al máximo, casi al borde de perder las fuerzas y derrumbarse. Hizo un gran esfuerzo y se cogió del brazo del mayordomo fenicio, quien la acompañó al interior del casón mientras varios ayudantes de Agenor disponían el traslado de sus enseres y equipaje a sus antiguas habitaciones.

Según avanzaban, Himilce notó que había pocos cambios en la decoración. El mismo pasillo umbrío que llegaba hasta el enorme patio central, a cuyo alrededor se disponían las dependencias administrativas, donde se afanaban los encargados del Tesoro, de la Cancillería, del Ejército y el gran salón del trono y audiencias, donde esperaba sentado su hermano.

—Pero, mi querida niñita, antes de ese gratificante baño en la alberca de mármol… Tenemos que cumplimentar a tu hermano Cerdubeles, ya que en la actualidad es el régulo de Kastilo, por orden del difunto Asdrúbal, que su espíritu goce y se regocije en los verdes jardines de Baal —le indicó Agenor con voz sosegada, que la envolvía y rebotaba en su interior.

Ella asintió con un movimiento afirmativo de su cabeza.

Después de atravesar el patio por en medio, pues así lo prefirió ella en lugar de bordearlo a la sombra del pórtico, pese al inclemente sol que lo castigaba, para poder acortar algo el trayecto, entraron en el salón de audiencias. Este era una habitación grande, de unos cuarenta metros cuadrados, con un banco corrido a lo largo de las cuatro paredes que estaban pintadas de color rojo muy oscuro, en las que se abrían cuatro ventanales de considerables dimensiones y donde destacaban los estandartes de Kastilo que colgaban de las mismas, representaciones de diversos dioses iberos y el trono de madera, recubierto con láminas de oro y plata, con cabezas de toro en los brazos del mismo.

Himilce miró a su hermano que, medio tumbado sobre el trono, no se levantó para saludarla ni cumplimentarla como mandaba la tradición y el protocolo. Le encontró envejecido pese a ser un hombre de unos treinta años, ya que su largo cabello negro,

ceñido en la frente por una diadema griega de oro, se veía surcado por innumerables hebras de plata, y su cara estaba recorrida por incontables arrugas, como si fuera la palma de la mano. Además, su cuerpo alto y, a sus ojos, excesivamente delgado, estaba algo encorvado y más parecía un viejo cheposo que un rey ibero. Dirigió su mirada hacia la de su hermano y encontró unos ojos tristes, sin brillo, como sin vida.

Mientras ella avanzaba entre los cortesanos de su hermano, que abrían un expectante pasillo a su paso, Cerdubeles la observaba circunspecto y realizó una mueca extraña que dejó sus dientes al descubierto, un gesto que intentó ser lo más parecido a una sonrisa.

—Cuánto honor recibir a mi pequeña hermana, Himilce, la favorita de mi padre, el gran Orisón, la favorita del dios Endovelico y la diosa Ataecina, la favorita de la Oretania… pero, al parecer, la no demasiado favorita de su esposo Aníbal —le espetó hiriente, aunque en realidad desconocía por qué su cuñado Aníbal había mandado a su esposa a Kastilo, ni con qué intenciones, ni qué había detrás de esa conducta tan poco habitual.

Himilce dedicó a Cerdubeles una mirada altiva y provocadora. Estiró y enderezó lo más que pudo su dolorido y agotado cuerpo y, aislándose como mejor supo del ruido creciente de las voces y comentarios de las personas que la rodeaban, permaneció en silencio, desafiante.

Ante esa reacción tan orgullosa y digna, que él no se esperaba, Cerdubeles se quedó callado, desconfiado y mohíno durante unos instantes, antes de proseguir con tono burlón, arrancando risas y jolgorio entre los asistentes a la recepción.

—Supongo que tu esposo, el gran Aníbal Barca, no te habrá enviado junto a mí para que rememoremos nuestra infancia de bárbaros y se estrechen nuestros lazos fraternales… ¿verdad?

Himilce sintió el látigo de la humillación con toda su intensidad. Todas esas caras sonrientes, alguna muy conocida para ella, que la rodeaban. Las burlas. El desprecio. Tenía que aparentar que no pasaba nada, con un sentimiento de soledad y abatimiento total en su propia casa.

—No te habrá enviado con intención de espiarme… ¿no?… ¿O acaso, es que tu esposo te ha repudiado?… —dejó caer Cerdubeles desorientado, esperando la respuesta en la expresión facial de su hermana, que le decepcionó al instante pues esta no movió ni un solo músculo de la cara, tal y como había visto hacer en innumerables ocasiones a Aníbal.

Himilce fue pasando lentamente una mirada fría como el acero a su alrededor, deteniéndose especialmente en las caras conocidas. A continuación, miró a su hermano de una manera verdaderamente glacial y respondió con toda la sequedad de la que fue capaz, intentando dar a su voz un tono muy amenazador como, asimismo, había visto practicar a su cónyuge.

—Mi retorno al lar de nuestro padre obedece a unos propósitos políticos muy estudiados e importantes, que han sido previamente proyectados y trazados por mi

esposo, el gobernador cartaginés,… de los que tendrás conocimiento cuando llegue la ocasión…

Ante la gravedad de sus palabras, el silencio que se hizo en el gran salón de audiencias fue total. Ya no había risas, ya nadie se burlaba ni hacían chanzas acerca de su persona. Por el contrario, todos los asistentes escuchaban con toda atención lo que la pequeña Himilce estaba diciendo.

—Esos planes podrán ser ciertamente favorables y beneficiosos para ti o, de otra manera, te postrarán y perderás la posibilidad de seguir gobernando a los oretanos… De ti dependerá… —prosiguió Himilce con voz profunda y estudiada, soltando poco a poco todo lo que ella misma había fabulado e ideado, a manera de defensa contra Cerdubeles y sus secuaces. Una misteriosa historia política de conspiraciones, premios y castigos cartagineses que había ideado y preparado durante el infernal viaje desde Carthago Nova, para poder responder a los ataques y acciones que pudieran tomar contra su persona. Una trama en la que ella tenía un destacado e inventado papel principal, a las órdenes de Aníbal, que la ensalzaba ante sus paisanos y se suponía que la protegería de estos.

Con su conducta, había logrado despertar entre los asistentes una expectación máxima, como ella nunca había vivido ni había sido capaz de estimular en nadie, en toda su corta vida. Todos la miraban. Todos atendían. Nadie hablaba ni interrumpía. Ni siquiera tosían ni carraspeaban. Por un momento sintió un alivio consolador y se olvidó de los lacerantes dolores físicos que le recorrían el cuerpo de arriba abajo, y prosiguió disfrutando con la obra que estaba representando.

—Cerdubeles, hijo de Orisón, de la casa de Orisos, régulo de los oretanos, por el momento únicamente te puedo revelar que cada movimiento que hagas, respecto de mí sangre, cada paso que des, la manera como me trates, y tu conducta en general hacia todo lo cartaginés y sus intereses políticos y comerciales, pues yo ahora represento aquí a mi esposo, Aníbal Baraq, comandante en jefe de los ejércitos púnicos en Iberia, así como el poder de Carthago… serán meticulosamente analizados, medidos y pesados en su balanza por los cartagineses… —le conminó, imitando el protocolo y las retóricas fórmulas púnicas aprendidas al lado de Aníbal, mientras hacía estudiadas pausas para poder espiar la reacción que producían sus palabras en los rostros de cuantos la rodeaban—. Los laureles del triunfo para tu beneficio y ensalzamiento… o la punición que llevará aparejada tu caída y tu perdición… Insisto, estimado hermano mío, de ti… y de todos vosotros, los cortesanos que lo rodeáis y aconsejáis… —Himilce hizo un movimiento con la mano señalando con el dedo a su alrededor—, depende el resultado final de esos proyectos tan ambiciosos y lucrativos que tanto pueden favorecer a todo aquel que se haga acreedor de los mismos mediante una conducta apropiada…

21

—Ese viejo Orisón está hecho un auténtico avaricioso. He realizado mis averiguaciones en la taberna del pueblucho, donde ese codicioso y ruin oretano se abastece de todo lo necesario, y allí me han contado que es un amo explotador. Un hombre mezquino y un probado avariento miserable…

Bhocas, Hannás e Iñurbe dejaron sus ocupaciones en el campamento que habían improvisado cerca de la casona y la finca donde vivía su objetivo, al amparo de un bosquecillo, y se sentaron junto al pequeño fuego que les servía para calentarse y cocinar, con intención de escuchar los informes de su compañero lusitano a quien Hannás había enviado para enterarse de lo último respecto de Orisón. Sus movimientos, las entradas y salidas de la finca, las idas y vueltas de los guardianes, las relaciones con la gente del pueblucho…

—Al parecer, para que su granja sea lo más productiva posible tiene trabajando al mínimo imprescindible de personas para hacer las faenas. Además, paga poco y mal, mata de hambre y de labor a sus granjeros y, cuando tiene bajas entre los trabajadores, siempre contrata el menor número posible de aparceros para ahorrarse todos los gastos que pueda… Lo dicho, un innegable avaro —les resumió con más detalle Uiro a sus compañeros de misión.

Hannás, que llevaba varios días dando vueltas al plan de ataque, le preguntó:

—Uiro, ¿sabes si Orión en este momento tiene necesidad de más manos para trabajar?

El lusitano sonrió enseñando unos dientes amarillos y sucios, y respondió:

—Efectivamente, Hannás, acaban de despedirse unos cuantos hombres de su finca y necesita reponer mano de obra… pero barata.

—Pues estamos de suerte. Loados sean Tanit y el Señor de los Altares de Incienso, que ellos nos colmen de bendiciones, dones y dádivas. —Exclamó Hannás aliviado, soltando parte de la enorme tensión que acumulaba desde hacía varios días, ya que no terminaba de dar con la estrategia adecuada para poder entrar en la bien guarnecida granja de Orisón.

—¿Cómo que «estamos de suerte»?, explícate mejor, Hannás —se interesó vivamente Bhocas, el antiguo mercenario libio, temiéndose lo peor, y ante la mirada expectante de Iñurbe, el numantino, que no entendía bien por dónde iba el asunto.

—Llevamos varios días observando los movimientos de entrada y salida de la finca, ¿no es cierto? —preguntó el esclavo cartaginés.

Todos respondieron afirmativamente.

—Y estamos de acuerdo en que tenemos muy complicado poder acceder a la granja sin tener un motivo válido para ello —siguió argumentando el esclavo

cartaginés con la aprobación de sus compañeros—, y como tampoco podemos entrar a sangre y fuego en la propiedad de Orisón…, estoy pensando que si somos capaces de hacernos pasar por trabajadores del campo y conseguimos el trabajo, los guardianes del oretano nos permitirán entrar, y cuando…

—¡Zas!… y cuando esté descuidado ese Orisón, nos lo cargamos —anticipó el lusitano con otra sonrisa de lobo.

—Bien dicho, amigo mío. Esto es lo que tiene este oficio nuestro, se hace de todo, es lucrativo y se conoce gente distinta… Ah, y no queda demasiado tiempo para el aburrimiento —opinó con buen humor Iñurbe—. Ahora vamos a ser granjeros.

Sus compañeros sonrieron ante la verdad de las palabras del numantino.

—Pero no tendremos que trabajar de verdad, tirando de azadón, conduciendo mulas tras un arado, doblando el espinazo para destripar terrones… ¿verdad? —inquirió el libio con cara de preocupación, ya que las labores del campo le parecían deleznables e impropias para hombres de armas.

—Me temo que sí, Bhocas —le desilusionó Hannás—. Es más, si no trabajáis bien y no os rompéis la espalda para producir en la finca… os llevaréis más de un latigazo por mi parte.

Los tres mercenarios miraron desconcertados a Hannás, el único hombre no libre de los cuatro, que hablaba de dirigirlos, hacerles trabajar de firme y azotarlos, y esperaron una explicación más concreta.

Este los miró con su cara seria antes de comentarles su plan:

—Yo me haré pasar por vuestro capataz y jefe… Seré un cruel hombre de negocios meridional, como nos llaman por aquí a los hijos de Kart Hadasht, seré codicioso e implacable y me dedicaré, entre otros negocios, a alquilar la fuerza de trabajo de mis cuadrillas de peones por un precio barato, en las granjas y campos donde necesiten aparceros temporales y paguen poco las peonadas —les desgranó poco a poco su ocurrencia con un guiño y una mueca parecida a una sonrisa, arrancando aspavientos, alharacas y risotadas entre sus compañeros de faena.

Un día más tarde, Hannás se entrevistaba con Orisón en la tabernilla miserable del pueblucho cercano a su explotación agropecuaria, tomando un vaso de un espantoso vino de no se sabía dónde, y sentados en una mesita de madera miserable y sucia a más no poder.

—Según el tabernero, que me mandó recado ayer, tienes una cuadrilla de jornaleros que está libre… una circunstancia que podría ser de mi conveniencia —se interesó el antiguo reyezuelo ibero.

—Así es, señor.

—Tus hombres… ¿son libres o esclavos?

—Yo únicamente trabajo con hombres libres, es más beneficioso —le aclaró Hannás, carraspeando ligeramente.

—Por Bodo, el dios celta guerrero del norte, no es que se trate de una conducta desacostumbrada ni mucho menos, pero me resulta cuanto menos sorprendente tratándose de un negociante fenicio y cultivado como lo eres tú —le confesó Orisón, pensando en algún tipo de sensiblería por parte de su interlocutor, ya que había sofistas griegos y helenísticos que estaban en contra de la esclavitud y difundían ese tipo de mensaje conciliador y dañino—. No será por una cuestión de…

—No, no, nada de lo que piensas. Es fácil de entender, señor. Yo voy haciendo un itinerario a lo largo de la costa visitando granjas y alquerías. Donde son necesarios y me pagan adecuadamente, contrato a mis aparceros, te confieso que no suelo llevar nunca más de dos o tres a la vez, y allí los empleo durante el plazo de tiempo que acuerdo con los encargados de esas fincas y regadíos que me los pagan, y los hago trabajar como si fueran cinco o seis —le explicó Hannás haciendo una mueca feroz.

—Interesante manera de actuar.

Hannás sonrió y prosiguió:

—Si trabajan bien y aceptan mis condiciones, los peones siguen conmigo y nos vamos a otra granja a seguir ganando…, pero si me crean problemas… simplemente me deshago de ellos… Y ellos saben que yo tengo muchos y muy buenos contactos con todo tipo de dueños, capataces y encargados de explotaciones…, por lo que a mi lado tienen asegurado el trabajo y el sustento…

—Ya entiendo. Pero ¿nunca te han atacado o agredido o robado?

—¡Jamás! —zanjó Hannás sin el menor atisbo de duda en su voz—. Conmigo viene un lusitano armado que ha sido mercenario en Sicilia, aunque no ha sido necesaria su intervención, más allá de soltar algún puñetazo por aquí, un bofetón por allá o algunos bastonazos bien dados de vez en cuando, ya que siempre llevo hombres dóciles y muy desesperados… El miedo, el hambre y la necesidad doman y someten hasta a los más rebeldes…

—Ya entiendo.

—Yo dispongo de una eficaz red de informadores distribuidos por muchos lugares. Estos trabajan bien para mí y, después de rastrear como sabuesos, me advierten e informan acerca de las zonas deprimidas y de los lugares donde los braceros son más pobres, donde hay una mayor abundancia de ellos y donde necesitan con más urgencia hacer cualquier trabajo y a cualquier precio —le siguió embaucando Hannás sonriendo con crueldad—. Al llegar a esas miserables aldeas el mensaje que les damos es bien sencillo: si tú no lo haces, otro lo hará en tu lugar. Si no quieres ese salario, otro lo aceptará… No quieres esa comida…

—Otro la comerá en tu lugar y sobrevivirá —finalizó la frase Orisón, cada vez más convencido.

—Tú ya lo ves claro. Eres listo.

—Por tanto, es evidente que no les interesa sublevarse contra ti, ni intentar hacer nada malo en tu contra —consideró Orisón, cada vez más interesado en ese mezquino mercado de personas necesitadas y sin trabajo.

—Es fácil. Ellos tienen que trabajar para comer…

—Sigue explicándome bien todo este negocio —le pidió Orisón con amabilidad, mientras advertía al tabernero, con malos modales tirándole una patada, para que se llevara aquel vino asqueroso y les trajera del bueno, de ese que traían los comerciantes griegos de Emporio en las ánforas pequeñas de color tierra rojiza.

—Pues verás —continuó Hannás cuando se marchó el mesonero—, yo cobro del dueño de la finca un precio razonable que no sea muy elevado para él pero tampoco ruinoso para mí, y a mis braceros les pago un salario lo más bajo posible. Es un gran negocio porque, además, ellos se alimentan por sí mismos a su costa… Para lo cual, en el carro que llevamos yo suelo acarrear alimentos que les vendo a un precio moderado —le explicaba Hannás comenzando a reír—. Una comida que yo no echaría de comer ni a los cerdos impuros…

Los ojillos codiciosos de Orisón brillaron ante esta nueva forma de explotar a los seres humanos, y soltó varias carcajadas.

—Hazme caso, los proletarios salen más baratos que los esclavos… No tienes que comprarlos, ni que enseñarlos, ni que alimentarlos… ni tienes por qué aguantarlos si caen enfermos o se ponen viejos, o trabajan mal y son protestones… Te los quitas de encima y problema resuelto… fuera y asunto concluido… —le detallaba Hannás a Orisón—. Se trata de una lucrativa manera de ganar muchos dishekeles de plata, ases de oro, incluso buenos cobres con poco riesgo.

—Ya veo…

—Los hombres libres y pobres, en numerosas ocasiones a lo largo de su vida, se suelen encontrar en verdaderos apuros… —prosiguió el esclavo cartaginés—. Solo hay que esperar el momento…

—Y cuando este llega aprovechar la ocasión… Es verdad, los hombres libres y pobres tienen más apuros económicos y de todo tipo que los esclavos, a quienes cuidan, aguantan y alimentan sus amos… Sin embargo, los peones pobres aunque libres están solos en la vida y para comer o alimentar a una familia serían capaces de trabajar de manera extenuante, como burros, y cobrar muy poco —recapacitó en voz alta Orisón, con un brillo de avidez en los ojos, y una sonrisa de oreja a oreja—. Y encima se pagan ellos lo que comen…

—Eso es, Orisón. En verdad que eres un hombre muy perspicaz e inteligente. De inmediato has cogido al vuelo dónde está la esencia y la ganancia de este negocio —le estimuló Hannás con voz aduladora—. Además, hay que pensar que mientras ganamos honradamente nuestro elevado margen de beneficio, les estamos haciendo un favor a esos pobres braceros libres…

—Es verdad… Sin nosotros morirían de hambre —pluralizó Orisón con ojos soñadores—. Y a los dioses les gusta que hagamos buenas acciones…

—Buenas obras, gratas a los ojos del cielo… Y, asimismo, muy rentables para las bolsas de sus piadosos ejecutores…

Tras esta última precisión, Hannás dejó que Orisón se embelesara durante unos

instantes con las enormes posibilidades que tenía ese negocio, así como con el lucro tan notable que se podía obtener del mismo.

El caudillo oretano, a su vez, efectivamente meditaba y se convencía de que esa ignominiosa trata de jornaleros era un asunto muy rentable y que, bien organizado, podía ser una fuente inagotable de riqueza habida cuenta de que todo el litoral estaba lleno de fincas y granjas. Si entraba en ese negocio, él podría obtener enormes ganancias que podrían servirle, en un futuro próximo, para contratar mercenarios que le ayudaran a reconquistar su trono en Kastilo o, mejor aún, plata abundante para acudir a Roma donde podría solicitar ayuda contra su indeseable yerno Aníbal. Si todo fuera como debía, él volvería a reinar sobre Oretania y el hijo de su odiado enemigo, Amílcar, sería quien vendría a vivir a Akra Leuke.

Al cabo de unos minutos, Hannás prosiguió con su plan que, en parte, iba improvisando sobre la marcha.

—Ya que nos entendemos tan maravillosamente y eres un hombre tan preparado y salta a la vista que tienes experiencia, don de mando y mucho mundo… Yo estaba pensando que podíamos asociarnos…

Orisón volvió rápidamente de su ensoñación y muy receloso, como era, empezó a recular desconfiado y en guardia.

—De verdad… ¿tú quieres que nos asociemos?… Pero… ¿tú sabes ciertamente quién soy yo… qué y quién he sido antes de vivir aquí, cerca de Akra Leuke, como un rico terrateniente dueño de una explotación rústica?

—Claro que sí, sé que eres Orisón, un rico hacendado edetano que tiene una espléndida granja, la mejor de los alrededores a decir de quienes le rodean, que está situada en un emplazamiento privilegiado entre los dominios cartagineses de Carthago Nova… —le contestó Hannás poniendo cara de inocencia y la voz más convincente que supo y fue capaz de poner—. Una hacienda que cuenta con una excelente posición de cara a la realización de lucrativos negocios de explotación agropecuaria, a gran escala, en las tierras de más allá del río Iber que ahora dominan los griegos de Rhode y Emporio y, en el futuro, los romanos, cuya pujanza es irresistible… incluso para Kart Hadasht…

—Me admira tu sinceridad. Tú crees que los tuyos no podrán vencer a Roma cuando esa potencia venga a combatir a Iberia. No eres un meridional engañado por las apariencias ni te dejas arrastrar por los tuyos, eres un púnico extraño y distinto de todos esos altaneros y arrogantes meridionales que consideran que Iberia es suya… y eso me agrada sobremanera… —opinó Orisón con una complacencia y una satisfacción internas muy grandes.

—Soy cartaginés, vivo en estas tierras desde que nací y quiero mucho a mi ciudad, Kart Hadasht —le explicó Hannás intentando dar un tono emotivo y sincero a su voz—. Pero Nueva Ciudad está muy lejos, a varios días de navegación, y yo quiero enriquecerme y ganarme una posición social y económica adecuada… antes de que griegos y romanos se apoderen de Iberia, como tú la llamas.

—Parece que no confías en los tuyos.

—Francamente no. —En ese momento, Hannás bajó mucho el volumen de su voz y miró a ambos lados antes de proseguir—: Ese jovenzuelo inexperto que se ha hecho con el mando de los ejércitos de su padre, vete tú a saber de qué manera y haciendo qué sé yo… No vale mucho y con su ineptitud conseguirá que los romanos conquisten fácilmente todos los territorios que se extienden cerca de estas costas, que son bastante próximas a Arse, ciudad aliada de ellos.

Orisón experimentó una sensación interna de satisfacción total. Hasta los cartagineses pensaban que su yerno era un incapaz y un inútil y que los romanos invadirían y conquistarían con facilidad esa parte de Iberia. Por consiguiente, si él se movía con inteligencia podría enriquecerse y posicionarse cuando llegaran los romanos, y podría recuperar Kastilo… Y casar a Himilce con algún noble romano. Todo menos seguir viéndola casada con el hijo de su despreciable y muerto enemigo.

Hannás deducía que Orisón daba vueltas internas al asunto, por ello persistió con nuevas informaciones.

—Mira, Orisón. Mis informadores me cuentan de qué manera explota Roma sus nuevas conquistas: Sicilia, Cerdeña, Córcega… Entrega lotes de tierras a sus legionarios veteranos retirados… Y aquí será igual… —Hannás observaba las diversas expresiones del rostro del oretano y, según iban siendo, realizaba pausas en su parlamento—. Y ahí estaremos los que nos preparemos ya.

—¿Dónde estaremos y quiénes? —preguntó Orisón que se había perdido un poco en la explicación.

—Pero hombre, debes atenderme. Los legionarios tendrán lotes de tierras, en premio por sus servicios militares. Con esos lotes montarán granjas, haciendas y fincas. Necesitarán peones y jornaleros… Nosotros tendremos las mejores cuadrillas, las más preparadas… las más baratas…

Orisón se rascó la cabeza. Dio un buen trago a la jarra de vino bueno que le había traído el mesonero. Chasqueó la lengua y se quedó pensativo.

—Conviene posicionarse ya —insistió Hannás.

El antiguo régulo oretano seguía dando vueltas. Su codicia y afán de venganza le empujaban a asociarse con ese cartaginés. Su recelo le frenaba. El hombre le agradaba pero no conocía de nada a ese meridional. Aunque lo que le proponía tampoco era muy arriesgado. Con no poner mucha plata al principio del negocio.

—Kart Hadasht terminará abandonando sus sangrientas conquistas de Iberia, y volverá a sus tierras más allá del mar —dejó caer Hannás.

«Si invierto poco a poco y voy controlando el negocio… Además, estoy rodeado de mis seis valientes que darían la vida por mí. Si este meridional me la intenta jugar, o quiere engañarme o pretende apropiarse de mi beneficio o de mi riqueza… Ellos me ayudarían a ponerle en su sitio —pensaba el oretano, y quería darse prisa en concluir sus meditaciones para acordar algo cuanto antes—. Pero si Carthago se retira y llega Roma como nueva potencia a nuestras tierras, solo los que hayan sido capaces

de adelantarse al momento y se hayan posicionado adecuadamente ganarán grandes riquezas con los invasores que se convertirán en los nuevos amos… Unos indeseables, pero por lo menos ya no serán estos odiosos cartagineses».

—Yo estoy dispuesto a labrar y trabajar las tierras que les otorguen como lotes de premio a los legionarios retirados… —confesó Hannás muy convencido y convincente—. Qué sabrán entonces esos soldados licenciados de sacarle provecho agropecuario a la buena tierra, después de treinta años sirviendo en el ejército… Qué sabrán esos…

—Cartaginés, lleva mañana tu cuadrilla a mi hacienda, allí hablaremos más tranquilos y podremos cerrar acuerdos favorables para los dos —concedió Orisón alzando su copa de barro cocido llena de vino, mientras Hannás sonreía de verdad por primera vez desde que los dos habían comenzado a negociar—. Incluso, es posible que formemos una lucrativa sociedad…

22

Después del éxito momentáneo que había obtenido Aníbal ante Hannón, en el Senado cartaginés, el bárquida disfrutó durante unas jornadas de la quietud y el goce de una estancia en la residencia familiar, algo que él añoraba desde hacía mucho tiempo, tal vez demasiado. Fueron unos días de descanso y solaz, de recobrar antiguas sensaciones, instantes para deleitarse con pequeñas dichas, las comodidades de un palacio bien dirigido por la mano de una mujer, como su madre, donde la servidumbre atendía con pulcritud y celeridad todo lo necesario e imprescindible para que la comodidad y el confort fueran máximos. Momentos casi olvidados por Aníbal de esparcimiento y recreo, de disfrutar con sus hermanas y con la familia, sobre todo con su madre Sapaníbal, y un tiempo para tejer planes antes de emprender viaje hasta la cercana Numidia,[62] donde tenía pensado entrevistarse con el viejo aliado de su padre, Naravas, el príncipe de los masilios orientales, así como con su hijo primogénito, Narva, ya que estaba sopesando la conveniencia que supondría matrimoniar al joven príncipe heredero con una de sus hermanas; con el objetivo de estrechar aún más la alianza que su padre Amílcar forjó con esas tribus beréberes y númidas tan importantes y belicosas, de cara a sus futuros planes militares contra Roma, a quien nunca perdía del horizonte.

—Madre, ahora soy yo quien toma las decisiones familiares, soy el hombre, y estoy convencido de que estoy decidiendo de una manera adecuada y justa… Estoy seguro de que se trata de una resolución buena y que favorece a mi hermana Alahía —exclamaba vehemente Aníbal, irritado ante la tenaz oposición que su madre mantenía puesto que ella estaba acostumbrada a ordenar y a organizarlo todo, en el plano familiar, económico y social, sin contar con el concurso ni la autorización de un hombre, más allá de la tutela nominal que ejercía alguno de sus ancianos tíos o alguno de los familiares varones de su difunto esposo, Amílcar. Por su parte, Aníbal estaba ciertamente hastiado y desencantado ya que, determinadas personas que se relacionaban estrechamente con él, pensaban que por ser joven y ostentar el poder desde hacía poco tiempo podían discutir continuamente sus órdenes e indicaciones, fuera en el ámbito que fuera: militar, político, familiar… Y eso que él pensaba y sopesaba todo bien antes de tomar una decisión, la cual, una vez tomada, él deseaba que se llevara a cabo sin dilación y sin discusiones de clase alguna.

—Mira, hijo mío, no tengo nada en contra de ese príncipe númida tuyo… incluso le deseo toda la felicidad posible, pero que se case con una de los suyos o de Isphanya o de Libia… la que él quiera menos con mi hija, una cartaginesa aristócrata de sangre noble —insistía Sapaníbal tajante y sin querer entrar en mucho debate—.

Porque tienes que reconocerme que tu padre selló una alianza provechosa y duradera para Kart Hadasht, con esas tribus de magníficos jinetes, y no le hizo falta casaros a ninguno de vosotros con uno de ellos.

Aníbal resopló antes de replicar:

—Madre, han cambiado los tiempos, las circunstancias han variado…

—No veo en qué han cambiado, hijo mío. Nosotros somos los cartagineses, una fuerza colosal, una raza que desde Nueva Ciudad domina los resortes culturales de su entorno, desde cuyos puertos nuestras naves surcan los mares, la metrópolis donde nuestra riqueza es proverbial, nuestros dioses son magnánimos y terribles… y ellos… ellos son únicamente unos puñados de jinetes nómadas, valiosos, eso sí… pero inferiores a nosotros en todo… inferiores, hijo mío…

El bárquida movió la cabeza negativamente en señal de desacuerdo.

—Madre… Los númidas forman la mejor caballería ligera que puedas imaginar.

Sapaníbal se encogió de hombros y replicó con una sonrisa irónica en los labios, que no dejaba dudas sobre lo poco que le importaban a ella las razones estratégicas y militares que su hijo argumentaba y lo que pensaba acerca de ello, ya que se trataba de matrimoniar a una hija suya con un bárbaro.

—Vaya una cosa… Hijo mío, la mejor caballería ligera del orbe, vaya una razón de peso para una persona como yo, que no soy militar, ni general, una madre que tiene que casar a una hija… —le reprochó sin contemplaciones—. Tu padre, que en la paz de los dignos y merecedores del bien esté disfrutando del edén de Tanit y Melkart, era el militar… el general, el navarca… ¿recuerdas?

Aníbal torció el gesto.

—Hijo, en los tiempos que corren yo ya imagino que será muy importante para ti tener una caballería ligera tan magnífica, pero supongo yo que no hasta el punto de que uno de esos valiosísimos jinetes nómadas harapientos y polvorientos empariente con nosotros… que descendemos de la reina Elyshat.[63]

—Narva es un príncipe, madre… un hombre muy principal entre los suyos, de sangre muy noble y heredero del gobierno de su padre —matizó Aníbal muy serio—. Y, por cierto, nosotros no descendemos de Dido, una mujer cuya vida constituye una leyenda para niños.

—Mil disculpas, hijo mío. Rectifico, pues. Una caballería no tan importante como para que el príncipe de esos desarrapados nómadas, hijos de una yegua, con polvo y estiércol entre los dedos de los pies, comedores de cordero y bebedores de leche de oveja… empariente con nosotros, los Baraq —precisó su madre con una amplia sonrisa irónica enarcando las cejas—. Y, por cierto, sí somos descendientes de Barcas, uno de los capitanes que navegó con la reina Dido, con quien estaba estrechamente emparentado.

Aníbal se echó a reír y dejó la copa de vino que estaba tomando sobre una mesa baja, realizada en una deliciosa marquetería de palisandro traído desde la costa oeste de Ifriquiya.[64] Se levantó del diván sobre el que descansaba tumbado entre mullidos

cojines forrados con fino lino y exquisito algodón tejido y teñido con vivos colores, y se acercó a la balaustrada de una de las terrazas del palacio bárquida, donde estaba platicando con su madre. Se apoyó en la barandilla y desde lo alto de la colina Byrsa observó cómo se extendía la ciudad a sus pies, las lomas circundantes, el puerto comercial, el puerto militar.

—No creas que tu momentáneo y silencioso interés por las hermosas y únicas vistas de Nueva Ciudad, desde esta azotea, me harán callar —prosiguió implacable Sapaníbal—. No me gustan este tipo de enlaces matrimoniales porque únicamente traen problemas. Van contra natura…

Aníbal se giró y se quedó mirando a su madre, temiendo lo que se le venía encima.

—Sí, sí, hijo mío… Estas bodas con los bárbaros no creas que traen nada bueno…

—Sin embargo a padre le parecían muy bien —intentó replicar y argumentar el joven bárquida sin demasiado énfasis—. Porque él estaba conforme con las creencias e iniciativas que Alejandro de Macedonia puso en práctica en Persia, de fusión y matrimonio entre los pueblos persa y macedonio; y las quería llevar a cabo en Isphanya para revitalizar la raza cananea.

—Fíjate tú qué bien… Un imperio mestizo de cananeos y de salvajes bárbaros… ¿Dónde se ha visto una cosa igual? —prosiguió implacable Sapaníbal, mientras su hijo se retraía ligeramente sobre sí mismo—. Las ideas de tu padre… y menos mal que no llegaron a tanto como las de tu cuñado Asdrúbal… Que el Señor de los Altares de Incienso le tenga en su gloria, y le haga morar eternamente junto a él.

Aníbal, que intuía por donde venía su madre, guardó silencio a la espera de que pasara la tormenta.

—Sí, sí, Asdrúbal, tu cuñado, el difunto marido de tu hermana Sofonisba… Que no descansó hasta que te casó con aquella salvaje ibera… ¿Cómo se llamaba?

—Se llama Himilce, madre, y es mi esposa ante los ojos de los dioses y de los hombres cananeos —contestó Aníbal presa de una turbación tremenda, mientras sentía la soledad inmensa y atenazadora que le tenía preso y desasosegado por estar lejos de su esposa, cuyo recuerdo le atormentaba continuamente—. Y no es una salvaje ibera… Es la princesa de los oretanos, un pueblo rico y aguerrido que dominaba el centro de unos territorios estratégicos, que nos interesan mucho, y que además controlaba unas riquísimas minas de plata.

Sapaníbal hizo un mohín gracioso y una reverencia.

—Ah, bueno, esto es distinto… Fíjate tú qué maravilla de parientes nos vamos a echar, son ricos, quiero decir, inmensamente ricos, son belicosos, son los dueños de productivas minas… —contestó la madre con la voz cargada de ironía y sarcasmo—. Hijo mío, no falla, en todos estos casos de bodas con bárbaros indocumentados e inferiores a nosotros, siempre nos encontramos ante príncipes riquísimos y poderosos, cuyos reinos son como un espejo humeante de prodigios… —Sapaníbal

hizo una pausa y observó con sus negros ojos a su hijo, mientras este se rendía ante la todavía imponente presencia y el empaque de su bella madre, por quien parecía que no pasaba el implacable tiempo puesto que su aspecto era impecable. Sapaníbal llevaba su negrísimo cabello sin canas recogido en un moño, vestía una estola de lino color rojo vino de magnífica factura y ribeteada con una franja de púrpura, que le llegaba hasta los pies, la cual estaba sujeta a la cintura mediante unos cordones trenzados de algodón de brillantes colores, a modo de cinturón, que realzaban su aún espléndida figura. Por último, en sus muñecas, cuello y orejas destacaban las joyas precisas y preciosas: pendientes, pulseras y un collar de oro y perlas nada ostentosas pero de gran valor y suficientes para darle una apariencia realmente fascinadora, donde todo destilaba sencillez y elegancia, buen gusto y belleza—. Mira que si esos salvajes tan acaudalados, tan pudientes y tan babilónicos no quieren emparentar con unos pobres cananeos menesterosos como nosotros… A pesar de que descendamos de la reina Elyshat y de su primo Barcas…

Aníbal volvió a reír ante las ocurrencias de su madre, aunque bien sabía él que ella hablaba totalmente en serio. Por esa razón, decidió cambiar de estrategia.

—Madre, yo creo que lo importante en las bodas es lo que los cónyuges aportan al matrimonio. —Sapaníbal asintió con la cabeza en señal de conformidad, mientras miraba nerviosa la hora que se representaba en una clepsidra[65] que estaba instalada en la terraza a su lado, ya que había preparado en sus salones una espléndida recepción para su hijo durante la que deseaba presentarle a Saphanbaal, la hermosa primogénita de una de las mejores, más antiguas y más nobles familias de Kart Hadasht, con la que ella deseaba establecer lazos muy estrechos desde hacía bastante tiempo; y, en breve, debía bajar y tomar las riendas del gobierno de su casa para que todo estuviera en su punto—. Qué más da si son cartagineses, iberos, númidas, griegos… —De repente, Aníbal se frenó en seco y con cara de enfado, espetó irritado —. ¡Madre querida, tú no me estás haciendo a mí ni el más mínimo caso!

Sapaníbal puso cara de circunstancias, enarcó las cejas y poniendo el tono de voz más inocente y convincente que pudo, replicó:

—Naturalmente que te estoy haciendo caso y te escucho con toda atención, qué cosas tienes Aníbal… es más, estoy totalmente de acuerdo contigo. Los cónyuges tienen que aportar mucho a según qué tipo de matrimonio… Tú, por ejemplo, estarías mucho mejor casado y te favorecería en todos los ámbitos de tu vida, si matrimoniaras con una mujer de nuestro entorno, una hermosa cananea perteneciente a la aristocracia cartaginesa más noble…

Aníbal resopló contrariado. Su madre seguía llevando el timón de su plática y guiaba la discusión a los terrenos que ella deseaba.

—¿Qué andas maquinando, querida madre?

—¿Yo?… nada de nada… hijo mío, que Melkart *el Santo* me libre a mí de la tentación de tramar y urdir nada en mi propia casa y en beneficio de todos mis hijos… —contestó Sapaníbal con voz dulce esbozando una sonrisa encantadora que

embelleció aún más su hermoso rostro, como muy bien conocía ella desde que era tan solo una niña. Una faceta de su atractivo personal que Sapaníbal sabía explotar muy bien, ya que su sonrisa solía resultar irresistible para los demás—. Hijo mío, únicamente estoy exponiendo que tú podrías continuar casado con la bella Himilce, un enlace que nos garantiza el control de la Oretania y sus minas, lo cual nos permite de paso el acceso a las riquezas del interior de Isphanya… Indispensable para armar ejércitos y seguir manteniéndonos fuertes ante Hannón y su jauría de hienas… y, desde luego, frente a la loba romana…

Aníbal observó y escuchó con todo interés y atención a su madre quien, pese a aparentar una postura frívola ante los problemas que tenían, sin ningún género de duda estaba perfectamente informada del valor estratégico de la Oretania y de la necesidad de emprender la conquista del interior de Isphanya, así como de la conveniencia de acordar y cerrar sin demora un vínculo estable y duradero con los númidas.

—Pero, además —proseguía Sapaníbal, consciente de que había despertado el interés de su hijo, y de que ahora era cuando de verdad iban a negociar y a cerrar un acuerdo ciertamente importante—, podrías desposarte con una de los nuestros… Una hermosísima y noble dama cartaginesa, lo cual nos posibilitaría establecer una importante alianza con una de las familias más poderosas e influyentes de Kart Hadasht, y con sus clanes tributarios. Un vínculo que, unido al que aún conservamos con la familia Giscón de tu fallecido cuñado y sus deudos, nos ayudaría a mantenernos en una privilegiada categoría social y económica… y, sobre todo, sería la catapulta para acceder a una destacable e invulnerable posición política…

Aníbal asintió en silencio, mientras su madre terminaba su exposición.

—Todo lo cual nos blindará y protegerá contra las insidias y las acechanzas de nuestros enemigos en el Senado… No olvides que tu padre, que en la gloria de Melkart esté y goce junto a Él de sus dádivas, murió asesinado como un héroe mas su recuerdo en Nueva Ciudad solo se mantiene vivo entre los hombres de los círculos más populares y humildes… justamente los que no gobiernan, ni deciden, ni producen vínculos provechosos y convenientes en ningún ámbito.

Aníbal miró a su madre y se sintió muy orgulloso y satisfecho por lo que veía. Ante él se erguía firme y orgullosa una mujer fuerte, inteligente, dotada de un gran sentido del humor, muy práctica y con una única e innata habilidad para tejer estables y leales relaciones humanas, para alcanzar provechosas alianzas políticas y para conseguir la mayor seguridad posible para su familia, en todos los ámbitos.

—Y yo me imagino que esa noble y bella dama vendrá esta noche a la gran fiesta que has preparado para mí, ¿cierto?

—Cierto…

—Y hasta tendrá nombre…

—Y muy hermoso, por ventura…

Aníbal preguntó con la mirada y un gesto de su cara.

—Se llama Saphanbaal… de la familia de los Jhanto…

—Ya veo, Saphanbaal Jhanto, y, a buen seguro, la casamentera ya habrá visitado su casa y a su madre… ¿verdad?

—Verdad, hijo mío… ¿Cuándo me has visto tú a mí perder el tiempo o dejar las cosas importantes sin la atención que merecen? —inquirió Sapaníbal sonriendo, aunque cauta en su alegría ya que todavía no había obtenido el consentimiento por parte de su hijo, que era obstinado y se negaría en redondo si se veía acosado o sospechaba que algo que le concernía muy directamente se hubiera decidido sin su autorización—. Únicamente hemos ido dando los pasos necesarios, que la tradición preceptúa, pero naturalmente todo el enlace queda a expensas de tu estudio, análisis y aceptación.

Aníbal volvió a reír.

—Madre, que no se trata de examinar y convenir un tratado de paz con Hierón, el tirano de Siracusa. Estamos ante un asunto de corte más personal, ¿no?, se trata de mi boda con esa tal Saphanbaal —ofreció como parte del trato que él pensaba llevar a cabo.

—Efectivamente, y cuánto me alegro de que le des ese tratamiento tan familiar y tan humano…

—Pero, ahora que recuerdo…, nosotros estábamos hablando y considerando la posible celebración de otro matrimonio…

Sapaníbal sonrió mientras Aníbal continuaba.

—Estábamos discutiendo sobre la necesidad de que mi hermana Alahía se desposara con el príncipe númida Narva…, el adalid de los valiosos jinetes masilios…

—Lo recuerdo perfectamente, hijo mío… —reconoció Sapaníbal, negociadora astuta, perspicaz y tenaz.

—Madre, tú te oponías con toda firmeza a ese enlace —le recordó Aníbal.

—Eso podría cambiar…

—Siempre que Saphanbaal Jhanto y yo…

La madre movió levemente la cabeza en prueba de conformidad.

—Yo creo que podríamos celebrar dos espléndidos enlaces. Dos bodas que reforzarían y consolidarían el poder de los bárquidas —le propuso Sapaníbal, mientras seguía ocultando a su hijo que tanto ella como su hija Alahía ya conocían al príncipe Narva, y les gustaba mucho como persona y como futuro esposo, ya que este vivía en un palacete edificado en uno de los cerros de Kart Hadasht, educándose y asimilando toda la cultura cartaginesa, por decisión de su padre Naravas, como hacían tantos nobles y príncipes númidas y libios que enviaban a sus hijos a la metrópolis para que se instruyeran con los mejores maestros y se empaparan de todo lo mejor de la avanzada civilización cartaginesa.

—Madre querida, si tú me apoyas e impulsas la boda de Alahía con el príncipe Narva… yo aceptaría gustoso casarme con Saphanbaal de la familia de los Jhanto,

siempre que ella no me desagrade físicamente en exceso —propuso muy orgulloso de sí mismo Aníbal, pensando que esa vez había logrado ganarle la partida a su madre.

Sapaníbal sonrió con dulzura y honda satisfacción mientras pensaba que su hijo se estaba convirtiendo en un hombre maduro, que ya tomaba decisiones trascendentes pensando más en un bien común y en el beneficio de su familia antes que en sus propios deseos e intereses. También se sentía dichosa porque tenía la intuición de que tanto Narva como Saphanbaal harían felices a sus dos hijos y, además, traerían consigo las alianzas y los compromisos políticos y militares que más necesitaban los bárquidas en ese momento.

—Muy bien, mi querido Aníbal, celebraremos los esponsales según la tradición… Y ahora ve a bañarte y a vestirte adecuadamente porque dentro de bien poco conocerás a la que será tu esposa, cuyo aspecto físico no te va a resultar, precisamente, desagradable…

—¿Tan bella es Saphanbaal Jhanto?

—Tú mismo podrás decírmelo más tarde, después de que alce su velo ante ti… Y ahora el tiempo apremia, ve a bañarte sin demora.

—Y dentro de bien poco tú, mi querida madre, tú conocerás a tu futuro yerno dado que yo he invitado a la fiesta al príncipe Naravas y a su hijo Narva —le anunció con voz de triunfo Aníbal mientras su madre volvía a sonreír puesto que todos los príncipes y los nobles númidas con peso financiero e influencia política en sus tribus y naciones, que residían en Kart Hadasht, figuraban desde el principio en la lista de invitados que ella había confeccionado y manejado con su mayordomo y sus ayudantes. Invitaciones que ya se hicieron llegar en su momento a sus destinatarios, y que estos habían confirmado muy satisfechos y orgullosos su presencia en el festejo.

—Sí, hijo mío, pero tal vez Naravas se haya sorprendido un poco al recibir una segunda invitación a la fiesta cuando ya me había confirmado su asistencia…

23

La ciudad de Kart Hadasht se había ido edificando dentro del contorno de una península que estaba rodeada casi en su totalidad por el mar Mediterráneo, y cuya parte meridional estaba delimitada por un enorme lago que bañaba sus muros. En esta parte baja y llana se habían edificado los barrios sureños de la ciudad, con casas de una planta con jardines y zonas llenas de huertos y de pequeñas granjas donde se cultivaban frutos y hortalizas que abastecían, en parte, las necesidades de una población que casi alcanzaba los cuatrocientos mil habitantes. En estos barrios limítrofes con el gran lago también se habían ido instalando y asentando numerosas familias de pescadores que hacían del lago su campo natural de capturas.

Para salir de la metrópoli hacia el istmo y el interior del continente africano, había que atravesar su sofisticado sistema de defensa y fortificación. Este estaba formado por una triple línea de murallas paralelas que tenían una anchura de hasta diez metros, en las zonas donde se habían instalado los establos para los elefantes de combate, y cuya altura en algunos tramos alcanzaba los quince metros. Las tres líneas de murallas contaban con imponentes torres cuadradas que se elevaban hasta los veinte metros y que estaban construidas a lo largo de los muros, a intervalos de sesenta metros, y contaban con cuatro pisos en su interior. Era un sistema eficaz y magnífico, pues a todo esto se añadía una red de muros, de pabellones armados y de fuertes que unían los recintos amurallados, dotando a todo el conjunto de una fortaleza y de una comunicación interior más que notables para la defensa.

—¿Te parece prudente visitar el recinto amurallado en este momento, y encima acompañado por unos jinetes númidas?, ¿no se lo tomará el Senado como una provocación por tu parte, después de lo que pasó el día de tu nombramiento con todo aquel gentío entonando cánticos a tu favor? —le preguntaba Himílcar a Aníbal, con la máxima prudencia para no contrariarle, según llegaban cabalgando a la primera línea de murallas de las inexpugnables defensas de Kart Hadasht.

—Mi querido Himílcar, en este momento yo tengo la necesidad y la obligación de conocer todo lo referente a la situación militar de Nueva Ciudad… Su armada, su ejército de tierra, su línea de fortificaciones… —le contestó su amigo y superior jerárquico—. Ya viste cómo estaba el *cothom*, seriamente desatendido, con apenas veinte o treinta galeras de combate, los diques de carenado y las atarazanas con una actividad escasísima, los guardias con poca disciplina…

Himílcar se quedó en silencio. De repente fue consciente de que en casi nada de tiempo y con un simple vistazo, Aníbal se había percatado de la muy mejorable situación militar de la ciudad, algo que a él le había pasado casi desapercibido, lo cual le produjo gran vergüenza.

—Recordarás las lecciones que Sileno y Sosilas nos impartían de niños y de jóvenes, ¿verdad? —prosiguió Aníbal ante la mirada expectante de su amigo—. Nuestra capital tiene una Constitución que es la admiración del mundo helénico. La misma estableció el Consejo de los Cien, formado íntegramente por senadores en número de ciento cuatro, ante el que los generales debemos rendir cuentas después de las campañas militares o, en nuestro caso, después de las conquistas de territorios como hicieron mi padre y Asdrúbal, que ambos gocen de las bendiciones y los dones de Melkart *el Santo*.

Himílcar asintió con la cabeza.

—Ese Consejo impide que los generales le perdamos el respeto a la autoridad del estado cartaginés cuando estamos en tierra extraña o en ultramar, pretende impedir pronunciamientos militares o que los generales se conviertan en tiranos como en el mundo helénico acrecentando su poder sobre la base de la lealtad de sus tropas mercenarias… Y en muchos casos, incluso castigaron severamente los abusos y los graves errores bélicos de algunos generales, con la crucifixión de más de uno.

—Me acuerdo, sí, desde luego que sí —confesó Himílcar con poco afán, ya que no era demasiado estudioso.

—Pues ante ese Consejo de los Cien, en el que casi todos los senadores que continúan en el cargo fueron apoyados y colocados por Amílcar y por Asdrúbal, yo ya me he reportado, el mismo ha supervisado y ratificado mi nombramiento y, además, sus senadores me han autorizado a visitar e inspeccionar las defensas de la ciudad para que las compare con las que se han edificado en Carthago Nova… —le explicó mientras descabalgaban—. Así que puedes estar tranquilo porque no incumplimos ningún protocolo ni estamos provocando ninguna reacción indeseada por parte de las autoridades del Senado… Así que vamos a ello.

En la línea defensiva fueron recibidos y cumplimentados por los oficiales al mando, que les acompañaron durante la visita de inspección.

Aníbal iba sobrecogido por la emoción que le producía ese momento. Él recordaba vagamente cómo había jugado alguna vez que otra por el recinto amurallado, cuando era un niño, pero ahora era distinto, ahora se trataba de efectuar un recorrido de reconocimiento y de supervisión del perímetro defensivo, en calidad de comandante en jefe del mayor ejército cartaginés en activo.

—Señor, ven por aquí —le invitó a pasar al interior de una de las largas murallas un ingeniero jefe militar que estaba encargado del mantenimiento y mejora de una parte importante de la línea de defensa. Este era un hombre de fuerte complexión, de origen griego, y se llamaba Koré—. Como podrás comprobar, esta primera parte y más baja de la muralla está formada por un doble muro paralelo de recia piedra que cuenta con un vano en medio de unos seis metros de ancho, que está rellenado con arena y piedras pequeñas, lo cual le da una gran capacidad elástica de resistencia…

—Supongo que para frenar los golpes de los arietes —opinó Aníbal.

—Efectivamente, señor —contestó el ingeniero griego muy satisfecho—. Las

últimas técnicas estudiadas e inventadas por los helénicos dieron como resultado este tipo de muro…

—Que según nuestra Historia, los fenicios y cananeos copiamos de las murallas hititas para resistir los arietes de los asirios. Sistema que mejoramos y exportamos por el gran mar interior hasta llegar a Sicilia —precisó Aníbal con orgullo en la voz —. Nuestros padres fundadores, llegados desde Tiro, levantaron las primeras murallas de Kart Hadasht utilizando esa técnica.

El ingeniero militar carraspeó y continuó su explicación, ahora con todo cuidado y respeto, midiendo bien sus palabras mientras accedían al piso inmediatamente superior dentro de la muralla.

—Señor, subamos por esta escalera. Como muy bien conoces, sobre el primer y más sólido muro doble de piedra y relleno, que dejamos a nuestros pies, se levantan otros dos pisos de muralla, huecos también por dentro, levantados con una pared doble de fábrica de ladrillo cocido y endurecido en el fuego de los hornos y un techo firme. Ello permite que nuestros soldados puedan circular a lo largo del pasillo que se forma en las líneas defensivas, sin ser vistos por el enemigo, lo que les permite disparar flechas y hostigar al enemigo a través de estas aspilleras.

Aníbal recorrió con sus acompañantes el pasillo formado entre las dos paredes de ladrillo, golpeando las mismas para comprobar su dureza.

—Se mueven algunos ladrillos y se caen —constató el bárquida, mostrando una gran contrariedad en el tono de su voz, mientras empujaba el escombro con el pie.

—Cierto, señor. Yo ya lo he expuesto muchas veces en la Junta de Defensa y de Fortificaciones… En ese cuerpo y en la asamblea de los Ciudadanos tienen muchos informes míos así como del resto de mis colegas ingenieros y arquitectos militares, porque hay muchos tramos de la triple línea de murallas que precisan de un mantenimiento adecuado y, en muchos casos, urgente.

—¿Y no lo arreglan?

—Me temo que no, señor… Al parecer, no hay dinero para mantener en perfectas condiciones la triple línea defensiva —le explicó el arquitecto militar, mientras alguno de sus ayudantes corroboraba esa información.

—Entonces, la última planta de la muralla y sus almenas… —esbozó Aníbal apuntando hacia el techo con un dedo.

—Están razonablemente bien… Pero hay que realizar actuaciones de mejora y conservación… Al igual que con los fosos del perímetro, que deberían ser limpiados ya para sacar toda la arena que los vientos del desierto han depositado dentro de los mismos, hay que clavar estacas endurecidas al fuego, colocar ramas de espino…

—La respuesta supongo que será siempre la misma: no tenemos dinero para ese tipo de obra pública y estamos en paz con Roma… —apuntó Aníbal con una sonrisa triste dibujándose en sus labios.

—Sí, y además en este momento no hay enemigos que acechen el bienestar de Nueva Ciudad, que prospera con el comercio y la paz, y no con la guerra y la

violencia que solo favorece a los militares —remató el ingeniero jefe provocando la risa entre todos los allí reunidos. Acto seguido, uno de los oficiales sacó una bota llena de vino, de no se sabe dónde, y se la ofreció a Aníbal. Este palmeó la espalda del veterano oficial, la tomó con una mano y la separó de su boca, como había visto hacer a su padre tantas veces, y se echó un buen trago bebiendo con agilidad y avidez del chorrito rojo color sangre que caía a presión dentro de su boca sin salpicar ni derramar ni una gota.

Ese acto tan simple y castrense, que demostraba veteranía y experiencia en el manejo de la bota, fue muy celebrado por el resto de los oficiales quienes, de inmediato, se unieron a la celebración, hablando enseguida de sus hazañas bélicas en tanto que se quejaban de lo poco que les apreciaban los senadores, y recordaban enseguida la figura gloriosa de Amílcar.

—Nuestro problema como militares profesionales —opinaba Aníbal mientras todo el grupo se desplazaba hasta uno de los sectores de la muralla donde se ubicaba uno de los parques y establos para los elefantes de guerra—, reside en el hecho de que los ciudadanos de Kart Hadasht están exentos de prestar un servicio militar, como hacen los romanos, y por ello no pueden adquirir conciencia sobre lo esencial que es en la vida la solidaridad y el apoyo mutuo, es decir, la camaradería y la ayuda que nos prestamos los soldados en campaña, sacrificios y socorros que crean un vínculo de cohesión social del que carecemos los cartagineses en general…

—No tenemos conciencia social ni política de pertenecer a algo común —opinó otro oficial.

—Exactamente… Porque los cartagineses somos muy apolíticos respecto de otras repúblicas y reinos, donde hay facciones políticas y estilos de gobierno que luchan para conseguir el poder —dictaminó con valentía y las mejillas encendidas un joven oficial, que parecía muy educado y preparado.

Aníbal se lo quedó mirando pensativo.

—Nombre, rango y destino —le solicitó con celeridad y una sonrisa que invitaba a sincerarse.

—Mi nombre es Gisco, de la familia Magónida, soy oficial ingeniero de fortalezas, y sirvo en esta línea de defensa —contestó el militar estirando el cuerpo y acomodando la coraza de lino prensado que llevaba, para adoptar un aire lo más marcial posible—, donde no hay mucho que hacer, mi general, ni mucho que aprender…

Sus compañeros rieron, incluido Aníbal, que le ofreció un nuevo destino.

—¿Te gustaría cambiar este aburrido y, al parecer, árido destacamento y venirte conmigo a combatir a Isphanya?… Donde a buen seguro no te faltará acción y un mundo entero por descubrir y donde aprender.

Gisco sonrió halagado y aceptó de inmediato el ofrecimiento de Aníbal, aunque le recordó que su traslado dependía de la autorización de su comandante, el jefe del sector de defensa al que estaba asignado.

—Vayamos pues a tramitar tu pase a las tropas de ultramar con tu comandante —le ofreció el bárquida.

—Está aquí mismo, a tu lado —le indicó Gisco, ya que se trataba del ingeniero militar de origen griego.

Aníbal se giró hacia este y le preguntó:

—Koré, buen amigo, ¿tienes algún inconveniente para que Gisco se una al ejército de ultramar?

—Ninguno, mi general, yo te sellaré en persona el cambio de destino siempre y cuando me lleves a mí también con vosotros —le contestó el ingeniero jefe, desatando las risas y carcajadas de todo el grupo.

—A este paso, Kart Hadasht se va a quedar sin ingenieros ni arquitectos militares al cuidado de las murallas —consideró con gracia Himílcar.

—Yo me ocupo de que mis secretarios tramiten vuestros traslados al ejército de Isphanya —les comunicó el bárquida cuando entraban en uno de los establos para elefantes, donde la muralla que solía tener seis metros de ancho se ensanchaba y llegaba hasta diez para acoger esa estructura.

—Señor —les saludó con desgana un oficial muy oscuro de piel y muy mayor, que llevaba una coraza rota de cuero, unas sandalias sin atar y una falda blanca demasiado corta y demasiado sucia—, me habían advertido de tu visita…

—Compruebo que no te han debido advertir lo suficiente, a la vista de tu deplorable aspecto —replicó Aníbal con sequedad, mientras el oficial de los elefantes se encogía de hombros y hacía un significativo gesto con los dedos dando a entender que había falta de dinero.

Aníbal miró la cuadra, con capacidad suficiente como para alojar diez elefantes pero donde solo dormitaban dos de ellos.

El viejo oficial, que ya estaba curado de espanto, informó al bárquida:

—Toda la línea de defensa tiene establos y parques para poder acoger a trescientos elefantes de guerra con sus cuidadores, conductores y lanceros…, pero en la actualidad no creo que pasemos como máximo de cuarenta paquidermos repartidos a lo largo de la triple fila…

—No me digas más… No hay dinero y estamos en paz con Roma, ¿verdad?

El viejo y renegrido oficial sonrió sardónico a Aníbal y movió la cabeza en sentido afirmativo, mientras se rascaba la cabeza cuyo canoso pelo cortado al cero producía un sonido curioso.

—Por lo que veo, tampoco hay dinero… ni a ti te llega la paga para ir limpio y aseado, para coser y arreglar tu coraza y para atarte las correas de las sandalias según ordena el reglamento ¿no? —le reprochó Aníbal con severidad y acritud.

El viejo, cuya piel se parecía mucho a la de sus mal cuidados elefantes, resopló y sonrió con un cinismo impertinente y ofensivo enseñando unos espantosos dientes de un color amarillento oscuro indescriptible. A continuación, se encogió de hombros como si con él no fuera ni la disciplina ni las ordenanzas militares.

Aníbal gruñó por lo bajo y apretó los puños para lograr controlarse, porque su primer impulso en ese momento era pegarle un puñetazo en la nariz a ese insolente indisciplinado, y estrellarle contra sus horribles elefantes.

—Ya veo. Desde que mi padre embarcó para Isphanya, aquí se ha relajado la disciplina militar hasta extremos intolerables y no hay castigo para este tipo de conductas —sentenció de manera calmada. Acto seguido, se giró y se dirigió al grupo de oficiales que le acompañaba, preguntando al que tenía mayor rango de ellos—. ¿Serviría de algo mandarlo azotar severamente ante la tropa?

—No, mi general… No serviría de nada —respondió el interpelado moviendo negativamente la cabeza, con un tono de desilusión enorme en su voz—. Tan solo conseguiríamos desgastar y estropear el cuero del flagelo contra la piel renegrida de cocodrilo de esta sabandija.

Aníbal se dio media vuelta sin contestar y salió de la cuadra al exterior seguido por el resto de oficiales, salvo el viejo que se tumbó tranquilamente sobre un pequeño montón de paja a la vista de todos, y sin ningún disimulo por su parte.

—Señores, creo que ya he visto suficiente…, y ni mi paciencia ni mi estómago soportan más —les anunció Aníbal con mucho pesar.

—Pero, entonces, ¿ya no vamos a visitar las cuadras de caballería que hay instaladas a lo largo de la triple línea, que se hallan situadas en los dos primeros pisos de las murallas? —preguntó decepcionado Himílcar, oficial jefe de una de las alas de escuadrones de la caballería de Isphanya, a quien obviamente le interesaba vivamente todo lo relacionado con esa arma, y más todavía si era en la capital y ciudad madre.

—Pues no, mi buen amigo… ¿para qué vamos a desplazarnos, subir escaleras, entrar en cuadras malolientes, salir decepcionados, bajar más escaleras… y sudar sin parar, Himílcar? —razonó negativamente el bárquida—. De verdad, ¿para qué?… Para oír lo mismo, para que nos expliquen que no hay dinero… para que nos cuenten que en las cuadras y en los cuarteles caben hasta cuatro mil caballos, dato que ya conocemos… Y nosotros comprobemos indignados que solo hay doscientos jamelgos sin adiestrar ni ejercitar, flacos y comidos por las pulgas… Todo eso ¿para que yo me enfurezca hasta donde no te puedes ni imaginar?…

Los oficiales cartagineses, que sufrían con impotencia esa situación de dejadez y de abandono de los recursos y suministros imprescindibles para la defensa, desde hacía bastante tiempo, miraron con mucha simpatía al hijo del León de Cartago en tanto que alguno de ellos se ofrecía diligente.

—Llévanos a todos contigo, ¡oh, hijo del León!… ¡oh tú, hijo del Rayo!… No tendrás oficiales ni hombres más profesionales y ejemplares.

—Gracias, mis queridos compañeros de armas y de indignación… Tengo que reconocer mi abatimiento. Es desolador, mis queridos amigos… Se me encoge el ánimo hasta límites incalculables, me falta el aire, queridos camaradas de armas… —les expresó en voz alta Aníbal, muy dolido y con una amargura infinita en el tono de su voz—. No hay penteras de combate y el *cothom* se cae a pedazos… Las murallas

se deshacen ante el simún del desierto… Hay cuatro elefantes mal nutridos en los establos cuartel, los oficiales se tumban, los pocos caballos escarban los ladrillos de sus cuadras para comer algo y no se ejercitan…

—¡Amigos, marchemos con Aníbal y conquistemos un imperio que vaya hasta los confines de la misteriosa Isphanya!… ¡Vayamos con él hasta donde acaban sus tierras legendarias y se eleva su costa verde y brumosa, batida por el cielo y el mar! —propusieron varios de los oficiales más jóvenes con pasión y vehemencia.

Aníbal, ante una demostración de camaradería tan espontánea como sentida, y en función de un posible traslado de efectivos a las bases hispanas que estaban bajo su mando, les habló con emoción y sentimiento:

—Amigos y compañeros, bajo mis banderas se puede alistar como oficial todo aquel cartaginés honrado, leal, solidario y desprendido… que no ame su vida por encima de todo porque antes quiera defender Kart Hadasht de nuestro verdadero enemigo, que en verdad os confieso que no es Roma…, compañeros de destino. Nuestro auténtico enemigo es tenaz y lo tenemos aquí mismo, dentro de Nueva Ciudad, minándola como una escuadra de zapadores que horada bajo las murallas para hacerlas caer…, preparando y, sin darse cuenta, allanando el camino que, sin dudar, recorrerá muy ufana la feroz loba romana cuando venga desde Italia para devorarnos… Por eso, antes de que ese Moloch exterminador se cierna sobre nosotros, nosotros tendremos que salirle al camino a la sanguinaria loba para abatirla sin piedad…

24

Los cartagineses fueron los mejores agricultores del Mediterráneo, quienes mejor explotaron de una manera intensiva y no exenta de calidad los recursos agrícolas tales como los cereales y las plantas gramíneas, los viñedos, los frutales, los olivares… Tanto fue así, que sus tratados de agronomía, como el escrito por Magón, y sus ingenieros agropecuarios fueron famosos en toda esa cuenca mediterránea. Incluso, años más tarde, los romanos los consultarían, seguirían y pondrían en práctica para sus cultivos y la explotación que llevaron a cabo en los latifundios que fueron creando, todo ello tras estudiar, copiar y adaptar al mundo grecolatino todos los libros y ensayos de agronomía cartagineses; después de destruir Cartago, claro está. Por esa razón, entre otras muchas, el viaje desde Kart Hadasht hasta los territorios dominados por los númidas masilios era un regalo para la vista.

Al salir de la metrópoli atravesando su triple línea de murallas y sus fosos defensivos, por el área que protegía el istmo, se dejaba atrás la misma y teniendo a la vista y a la derecha el cercano mar Mediterráneo, se entraba en otro mar, inmenso y verde. Ese mar lo surcaba el viajero, cual si fuera un barco, puesto que a ambos lados de la calzada que llevaba hacia Utica, se extendían millas y millas de plantaciones agrarias de todo tipo. Hasta donde alcanzaba la vista, había océanos de verde trigo que se mecían por efecto del viento, formaban remolinos y olas cuyo envolvente movimiento hipnotizaba a quienes se quedaran mirando durante el tiempo suficiente. Unos océanos a los que seguían otros formados por sus hermanas gramíneas, campos rebosantes de cebada, espelta, centeno…, inmensas extensiones vegetales de verdor incomparable que estaban salpicadas, por doquier, por el rojo de las amapolas y por los mil y un colores del resto de flores que crecían al amparo de esos mares de cereales en proceso de maduración. A continuación, se disponían mediante plantaciones perfectas, desde un plano geométrico, bancales llenos de viveros compuestos por hileras infinitas y atinadamente formadas de árboles frutales. En otros sembrados, había ejércitos de olivos en posición de firmes que extendían sus filas rectas hasta el horizonte, donde ya se perdía la vista. Más cercanos al Mediterráneo, para aprovechar su salina humedad, se sucedían campos cultivados llenos de parras y cepas que se doblaban bajo el peso de los hermosos racimos de uvas oscuras, verdes y amarillentas. En una palabra, el paraíso cananeo en la tierra.

Era un vergel tan rico, exuberante y productivo en una magnitud tal, que los hombres de veinte siglos más tarde no podrían imaginar ni entender que hubiera podido existir algo así en tierras tan aparentemente áridas y resecas. Esa edénica vega era el producto de la riqueza de la tierra, de la adecuada mano humana así como de la utilización de las más avanzadas técnicas agrarias, los cuidados apropiados que se

empleaban en cada cultivo, el sol y la temperatura mediterránea y la sabia y eficaz utilización del agua que caía del cielo así como la que se canalizaba desde los ríos como el Bagradas y sus afluentes y tributarios, cuyas ricas aguas rebosantes de un limo nutritivo bajaban desde las estribaciones del Atlas, dado que las lluvias eran las habituales en ese tipo de clima mediterráneo: escasas en verano, de moderadas a fuertes e imprevisibles en primavera y otoño, y algo más abundantes y regulares en invierno. Y todo ello teniendo en cuenta que el desierto del Sahara avanzaba de manera inexorable hacia el norte, con intención de tragarse y de aniquilar toda la fertilidad, el verdor y la humedad que disfrutaban los territorios cartagineses norteafricanos, como consecuencia de una actividad consecuente y productiva para ganárselo a lo largo de los siglos.

Aníbal cabalgaba al frente del grupo que lo acompañaba por la calzada hacia el territorio de los númidas masilios, donde tenían acordado oficiar y celebrar los rituales tribales y sagrados, para el enlace de su hermana Alahía con el príncipe Narva, pese a que la ceremonia nupcial, propiamente dicha, se llevaría a cabo primero en el templo de Tanit en Kart Hadasht. Además, tenía previsto solemnizar con los númidas los ceremoniales que renovarían y perpetuarían el tratado de amistad y de alianza, entre esa nación beréber y la poderosa metrópoli, que estaba en vigor desde que Amílcar Baraq mezclara la sangre de su antebrazo con la del príncipe Naravas una noche ante una hoguera, en el desierto.

—Querido Kharbaal, me satisface enormemente que hayas consentido venir con nosotros hasta la tierra de los númidas —le agradecía el bárquida al antiguo amigo de su padre, en presencia de Himílcar que cabalgaba en silencio a su otro costado.

El interpelado sonrió de medio lado y puso los ojos en blanco, antes de contestar con la sinceridad que le caracterizaba.

—Tampoco me quedaban demasiadas opciones, Aníbal… Tú eres el comandante en jefe del mayor ejército cartaginés en activo, te desplazabas a la tierra de los númidas y, a la vuelta de esos territorios, deseabas realizar una expedición a los bosques donde cazamos los elefantes… y deseabas que yo te acompañara… En consecuencia, no me podía quedar en Nueva Ciudad porque los bosques de los elefantes quedan algo lejos de la metrópoli, teniendo en cuenta que los mismos se encuentran a mitad de camino viniendo desde el territorio númida a nuestra capital.

Aníbal sonrió ante la sinceridad de Kharbaal, un hombre al que siempre había admirado, desde que era un niño, por su fortaleza, su ingenio, su carácter decidido para arrostrar y salir de mil y un peligros, y la capacidad innata que aquel tenía para ser capaz de seguir a los elefantes durante días y cazarlos sin hacerles daño; una cualidad que desde siempre le había parecido propia de un semidiós. También Amílcar había admirado y contado con él por sus habilidades y, siempre que quiso saber la verdad sobre algo o necesitó una opinión sincera, nunca dudó en preguntar al

explorador y cazador de elefantes, dado que le había querido mucho y se había fiado ciegamente de su criterio; cariño y confianza que también tuvo y demostró con creces a Himílcar.

—Y tú, Himílcar, ¿qué opinas de esa respuesta tan desvergonzada? —inquirió Aníbal aguantando la sonrisa que le producía la estimulante alegría que le invadía y que le hacía sentir muy bien por estar con aquellos dos hombres, a los que siempre había admirado tanto pero que, hasta el momento, él había tenido que tratar indirectamente a través de su padre o de su cuñado Asdrúbal, siempre desde un plano de inferioridad como consecuencia de su corta edad y del rango que tenía cada uno. Por ello, qué bien se sentía ahora que ese tiempo había pasado y su relación era distinta.

—¿Esa respuesta tan insolente?… Que es propia de un hombre libre, arrogante y deslenguado que dice lo que piensa aunque no piensa lo que dice… pero que no suele mentir —contestó el elegante consejero de su difunto padre, a su vez amigo íntimo de Kharbaal, con quien había corrido numerosas aventuras.[66]

Aníbal sonrío satisfecho y emocionado. Se sentía pletórico porque iban los tres juntos, se comunicaban directamente y ellos le trataban como a un hombre, con el respeto que le debían dada su posición jerárquica, pero como a un igual. Ya no le veían como al hijo de Amílcar, un niño o un muchacho que estaba creciendo y madurando, ni tampoco como al joven e inexperto cuñado de Asdrúbal que colaboraba con él en las tareas militares, siempre bajo su supervisión. En este momento él era un hombre, un general en jefe con quien ellos se podían relacionar de igual manera a como lo hicieron con su padre, Amílcar, con confianza y respeto o con el compañerismo y la camaradería con la que se comportaban ante Asdrúbal.

—Kharbaal, comprendo que te podrá parecer una cabezonada propia de un mozo inexperto mi insistencia en viajar a los bosques de los elefantes… —argumentó Aníbal—, pero, en el ámbito militar, he encontrado Kart Hadasht muy desatendida… Incluso, diría yo, en un estado de abandono lamentable. No tenemos penteras de combate, el puerto se cae a pedazos, la triple línea amurallada es una vergüenza, la caballería carece de monturas y equinos, de los escuadrones de elefantes mejor ni hablar…

Kharbaal miró con simpatía y cariño a Aníbal.

—Tú no tengas cuidado conmigo. Eres el comandante en jefe y no te tienes que justificar ante mí, aunque yo te agradezco la intención, porque no hay nada peor que la petulancia de los jóvenes generales cuando estrenan cargo y destino… y casi ni han cogido una espada en su vida ni han dirigido una syntágmata —le tranquilizó el aventurero con una cálida sonrisa—. Que no es tu caso porque has combatido valerosamente en Isphanya tanto a las órdenes de Amílcar como a las de Asdrúbal.

El bárquida casi se cayó del caballo de felicidad, después de escuchar a Kharbaal.

—Es más —terminó este—, sé que te preocupas por los cartagineses y que encuentras lamentable cuanto ves a tu alrededor.

Aníbal le agradeció el gesto con un golpe seco de su puño en el hombro del explorador.

—En todo caso, yo creo que Hannón y sus secuaces en el Senado se mueven y quieren hacer creer a los espías de Roma, que son legión y andan husmeando de aquí para allá, que Nueva Ciudad únicamente se preocupa por el comercio, por enriquecerse, y que desdeña cualquier gasto o gestión que pueda suponer o aparentar una conducta de rearme o un acto beligerante contra la Loba —opinó Himílcar, limpiándose el sudor que corría por sus sienes y mejillas con un pañuelo de exquisito algodón, mientras acompañaba con el cuerpo el acompasado ritmo de su caballo.

—Pues ahí reside el mayor peligro para los cananeos, mis queridos amigos, porque tanta desidia, tanta holgazanería y tamaño abandono degenerarán en un desinterés generalizado, por parte de la ciudadanía cartaginesa, que ya es de por sí muy dejada en los asuntos políticos y carece de una adecuada cohesión social, como tienen los romanos… Todo lo cual nos hará más vulnerables aun ante la implacable y sanguinaria Loba —reconoció Aníbal con una tristeza infinita en la voz, mientras iba sintiendo cómo le invadía una pesadumbre que le ganaba el ánimo y una aflicción creciente le deprimía enormemente, produciéndole una angustia tremenda.

Kharbaal e Himílcar sonrieron a su joven y apreciado general. Se parecía tanto a su padre… Esas palabras tan acertadas y sentidas les recordaron a ambos a su fallecido amigo y general, Amílcar, sus anhelos, sus frustraciones, sus confrontaciones con el Senado cartaginés y la retirada de Sicilia ante el ímpetu bélico de los romanos por falta de apoyos, así como todas las inolvidables vivencias y momentos pasados junto a él.

—No obstante, no nos vamos a rendir de antemano ¿verdad? —apuntó Kharbaal muy serio y con el ceño fruncido, pues era un luchador nato y la mera idea de rendirse ante Roma lo descorazonaba.

—¡Ay, Melkart *el Santo*!, cómo dejas sueltos por ahí a estos cazadores sin cerebro… —entonó burlón Himílcar la letanía con una irritante sonrisa de superioridad en los labios—. ¿Por qué crees tú, cabeza de yunque, que Aníbal viaja a tierra de los númidas, y por qué consideras que quiere ver cómo se cazan elefantes, y por qué ha inspeccionado cómo están las defensas y murallas de Kart Hadasht?…

Kharbaal torció el gesto y contestó con insolencia:

—Himílcar, no creas que soy tan tonto… o de lo contrario no tendría a un gran amigo como tú.

Aníbal soltó una carcajada espontánea y, de repente, se le pasó de golpe toda la congoja y la tribulación que le atenazaban, y se sintió de nuevo feliz y pletórico. Él era más joven que su difunto padre y era tan astuto como Asdrúbal. Por tanto, estaba seguro de que le daría tiempo para formarse e instruirse y para preparar a los cartagineses de cara a la guerra que inevitablemente mantendrían contra la Loba sanguinaria.

—Aunque parezca una petulancia por mi parte, dada mi juventud, yo sé que si

nos preparamos adecuadamente, si nos ejercitamos como corresponde y si adiestramos bien a nuestras tropas y a la ciudadanía… los cananeos podremos hacerles frente a los romanos cuando llegue el momento… —les expuso con pasión Aníbal pese a que se trataba de un asunto que él llevaba tiempo estudiando y madurando.

—Bien dicho, ¡por Melkart!

—Es más, mis queridos amigos —prosiguió Aníbal con el rostro encendido—, a pesar de que estuviéramos abocados al fracaso porque los hados nos fueran adversos… yo creo que los cartagineses deberemos luchar hasta el final, hasta la victoria o hasta nuestra destrucción… aunque veamos todo perdido, aunque sea combatir para morir porque no tengamos ninguna posibilidad de ganar y esté perdida toda esperanza de victoria… de esa manera tendremos que comportarnos, tal y como hicieron los espartanos en las Termópilas…, con honor, con dignidad y con valor a pesar de que ellos sabían que todos iban a morir… pues de igual modo combatiremos nosotros los cananeos porque con Roma no hay término medio… y nuestro próximo enfrentamiento será definitivo y una de las dos potencias dejará paso a la otra.

Tras estas palabras cargadas de melancolía y premonición de un futuro incierto y funesto que se cernía sobre la nación cartaginesa, los tres cabalgaron en silencio durante unas cuantas millas, admirando el océano de belleza vegetal que les rodeaba.

—Nosotros dos y todos los que ya hemos alistado, a los que llevamos tiempo instruyendo, como tuviste ocasión de comprobar ante el edificio del Senado, vamos a ayudarte en esa tarea —le anunció Himílcar intentando dar a su voz un tono convincente, ya que él no era militar y estaba convencido de que otro enfrentamiento bélico con Roma sería el último y supondría la destrucción de Kart Hadasht.

Aníbal guiñó los dos ojos y efectuó una mueca con la cara en señal de gratitud y reconocimiento.

—Yo os lo agradezco con mi corazón y con el de Kart Hadasht, pero dentro de esa inestimable colaboración que me brindáis… ¿estaríais dispuestos los dos a circunnavegar las costas de Isphanya por poniente hasta la tierra de los kalaicos?[67]

Kharbaal resopló mirando hacia el suelo, mientras el bárquida proseguía:

—Necesitamos saber si en esas misteriosas tierras verdes y brumosas, donde acaba la tierra y se pone el sol, hay estaño suficiente para fabricar el mejor bronce, o lo traen de más lejos, de las Casitérides…

—Deduzco que si los kalaicos tienen abundancia de ese mineral, tu intención sería avanzar por tierra, desde Carthago Nova, antes de que la Loba descubra las riquezas de este nuevo mundo, ¿verdad? —consideró Himílcar.

Aníbal sonrió ante la perspicacia e inteligencia de su amigo y le explicó lo que llevaba tiempo planificando.

—Tienes razón. Debemos aprovechar que la repulsiva Loba anda enzarzada en un conflicto bélico con los galos y los celtas que habitan en el norte de Italia, y le disputan la hegemonía en la zona, así como con los piratas ilirios. Por eso, tenemos

que movernos con rapidez y en varios frentes. Hay que cerrar acuerdos definitivos con los númidas. Hay que dejar gente preparada, encargada de cazar elefantes. Debemos descubrir la amplitud de las tierras de Isphanya, que parecen inmensas… Quiero conquistar el interior, si ello es posible, para tener acceso a las riquezas minerales de los kalaicos y, de esta manera, tener un acceso directo a este nuevo mundo, como tú lo denominas, a través de una tierra conquistada y controlada por Kart Hadasht…

—En ese caso, yo debería viajar hasta el interior de Isphanya para contactar con mi buen amigo y compañero de aventuras, Mádriz… —propuso Kharbaal, deseando de paso librarse de embarcar en Gadir con dirección a Olissipo[68] y las tierras galaicas, ya que aborrecía profundamente la navegación aunque fuera fluvial.

—Ya me acuerdo, el carpetano que huyó contigo de las minas y que te ayudó a raptar a Lythia, ¿cierto? —preguntó Himílcar.

—Ese mismo, Mádriz, que se ha convertido en jefe de su tribu y puede ayudarnos dado que los carpetanos son un pueblo numeroso, fuerte, belicoso y domina las tierras y los pasos que conducen hacia poniente…

—Tu suegro también es carpetano y un régulo principal, ¿no es cierto? —le preguntó con sorna Himílcar, recordando a todos que su esposa Lythia era la hija del régulo de Konbouto, y que se habría casado con Orisón, con quien estaba prometida para sellar una alianza entre los carpetanos y los oretanos, si Kharbaal no la hubiera raptado con ayuda de Mádriz y Uiro, el lusitano.

—Entiendo que, en beneficio de todos, será preferible eludir a tu suegro y a los suyos —intervino Aníbal de excelente humor.

—Indudablemente. Por el momento, lo prudente y recomendable sería que nos abstuviéramos de viajar por los territorios que domina el padre de Lythia desde Konbouto…[69] O por lo menos yo, dado que allí mi cabeza todavía tiene puesto un precio elevado…

25

Hannás, a lo largo de las dos semanas que llevaba trabajando con su equipo en la finca de Orisón, había conseguido ganarse totalmente la voluntad de este quien, al ser bastante miserable, se había entusiasmado con la idea de contratar y pagar solo a dos labriegos que realizarían el trabajo de cuatro aparceros, que se habían despedido. En este caso, a Bhocas y a Iñurbe les tocó ser los agricultores y doblar bien el espinazo ya que Uiro, dada su mayor veteranía y experiencia, representó el papel de guardián del rebaño. Otro de los motivos de la repentina amistad residía en que Orisón era un hombre solo que carecía de amigos o familia y, como una gran mayoría de los hispanos de su tiempo, a decir de los geógrafos e historiadores griegos que los visitaron y estudiaron, era ingenuo, bastante crédulo y muy devoto y fiel a la relación de amistad, que él tenía en una alta consideración en su caso acuciado seguramente por la soledad.

—Amigo, cuánto me alegro de nuestra sociedad que supongo va a ser muy beneficiosa para ambos, ¿no es cierto? —le confesaba el antiguo régulo oretano al esclavo de Aníbal, con quien se había encariñado sobremanera y con quien creía que congeniaba bien, mientras ambos caminaban por una de las terrazas de la casona, donde vivía, desde donde se dominaba bien el trabajo de los labriegos más próximos, a pesar de que la terraza estaba casi a ras de suelo por estar elevada tan solo sobre tres escalones.

—En verdad que no hay nada mejor que la amistad y las sociedades lucrativas para estrechar los lazos entre los hombres como nosotros —contestó Hannás haciendo un esfuerzo por mantener el tipo.

—Exacto, pero ¿cómo son las personas como nosotros? —inquirió curioso Orisón, feliz por mantener conversaciones inteligentes con alguien sofisticado.

Hannás le miró poniendo cara interesante y trascendente, y le contestó en función de las carencias afectivas y humanas que llevaba varios días descubriendo en el carácter y en el día a día del oretano.

—Pues verás…, mi querido amigo, yo creo que nosotros somos dos hombres honrados y trabajadores… Leales y generosos con los amigos pero duros e implacables con los enemigos…, justos aunque rigurosos con nuestros subordinados… y muy familiares y generosos con los nuestros a los que entregamos el corazón… Aun así, nos toca sobrellevar una soledad muy intensa que nos atenaza como el yugo hace con el cuello del buey… Amamos con pasión a los nuestros pero estamos muy solos en la vida…

El cartaginés, aunque se había encariñado con el oretano dada la afición e inclinación que este le demostraba a diario y lo bien que se llevaban, espió raudo la reacción de su interlocutor ante sus palabras y se quedó mirando el rostro de Orisón, que estaba congestionado por la pena. De inmediato, visualizó cómo dos gruesas lágrimas bajaban expeditas por sus mejillas, mientras sus oscuros ojos marrones fabricaban muchas más, las cuales anhelaban ser liberadas para regar sin oposición el cutis rasposo del oretano.

—Hablas como un sabio, Hannás… Efectivamente, así somos nosotros… y es más, repara en lo solo que estoy yo —le confesó Orisón con una tristeza profunda como revelaba el intenso tono de su voz—. Mi hijo Cerdubeles se sienta en mi trono y gobierna en mi lugar, por un convenio con el difunto Asdrúbal que tu compatriota Aníbal, que me odia intensamente, ha confirmado, y ni siquiera me manda mensajeros a caballo para saber cómo estoy, si necesito algo, si le puedo ser de alguna ayuda en las tareas de gobierno…

Hannás sintió una punzada fuerte en el corazón y se debatió en su interior entre varios sentimientos encontrados. Por un lado, odió con intensidad tener que llevar a cabo la terrible misión que le había encargado Aníbal, cuyo cumplimiento no podía eludir dado su estatus social carente de libertad. Por otro, lamentaba profundamente la muerte de Amílcar, al que había querido mucho en vida, y que Orisón fuera el causante de la misma aunque comprendía que dicha muerte había tenido lugar en el transcurso de un conflicto armado, mientras el régulo oretano defendía su tierra, su trono y su libertad.

—Y ahora ya me ves… exiliado, abandonado por todos, solo y sin disfrutar de la compañía de mi hijita Himilce, mi estrella, mi joyita de la Oretania… —proseguía el oretano con voz abatida mientras gruesos lagrimones rodaban sin cesar por sus mejillas.

Hannás, apesadumbrado, se vio en la obligación moral de intentar alentar al anterior régulo oretano.

—Vamos, vamos, arriba ese ánimo, hombre… Amigo Orisón, no nos pongamos tristes, ya verás cómo lo pasamos tú y yo en Gadir con sus bailarinas…, y qué negocios tan prósperos haremos nosotros en su Casa de Comercio y en el templo de Melkart… Allí fletaremos naves que recorrerán el poniente de Ifriquiya y volverán cargadas de objetos exóticos y caros, como monos, frutas, marfil, vistosos tocados de plumas… Mientras que otras penteras viajarán a las islas del estaño… y otras comerciarán con la Isphanya que no controlan los míos ni los griegos… Ya lo verás, fluirá la plata hasta nuestras bolsas y lo celebraremos con el mejor vino que haya y con las más bellas y lascivas bailarinas gaditanas… Y se acabará la lacerante soledad que nos aflige… Solo diversión y felicidad.

Ante estas esperanzadoras palabras, Orisón cambió radicalmente. Se le pasó la melancolía, olvidó momentáneamente que estaba exiliado en esa finca junto al mar y que no podía abandonarla. Se le iluminó el rostro y sonrió al pensar en las bellas

gaditanas y sus sensuales bailes, dado que era muy aficionado a las mujeres y ya estaba harto de las malolientes aldeanas de los alrededores y de las sucias prostitutas que le traían sus hombres, de vez en cuando, desde Akra Leuke para el disfrute de todos. Por un momento se vio a sí mismo como si fuera un alto y refinado financiero cartaginés, en Gadir, bebiendo buen vino turdetano, abandonándose entre los brazos esbeltos de esas bellas e impúdicas mujeres. La ensoñación fue tan vivida e intensa que hasta sufrió una erección instantánea.

—Si no matamos pronto a ese cabrón de Orisón, que nos está observando con su sonrisa cruel de hombre ido, él nos va a matar a todos nosotros —refunfuñaba por lo bajo resoplando Bhocas, mientras tiraba de azadón y trazaba un surco bastante recto y profundo para poder plantar las hortalizas que un sudoroso y jadeante Iñurbe llevaba en un enorme capacho de paja entrelazada.

Uiro sonrió de medio lado y le contestó a media voz.

—Vamos, libio, no te quejes… que estás aprendiendo gratis un buen oficio… Aprovéchate que cuando seas viejo y ya no te puedas ganar la vida tirando de espada, siempre podrás hincar el lomo y trabajar la tierra…, sin duda, una muy noble ocupación.

Esa broma enfureció a Bhocas de una manera brutal. El libio llevaba varios días trabajando sin descanso. Estaba roto y al borde del agotamiento, haciendo el trabajo de dos hombres y no veía que liquidaran el asunto matando a Orisón, ni veía intención alguna de hacerlo. Levantó la vista, enderezó el cuerpo y se quedó mirando al lusitano con aire desafiante.

—Vamos, libio, no seas imbécil y vuelve al trabajo… que nos está mirando el oretano de una manera extraña… Uiro te hablaba en broma y no había nada despectivo ni ofensivo en sus palabras —le intentó aclarar el numantino agachado a su lado, en tanto que plantaba hortalizas en el surco recién abierto por Bhocas—. No eches a perder el plan y las ganancias.

El lusitano le miró con mala cara y, blandiendo el bastón que llevaba en la mano, le explicó con toda la calma del mundo, enseñando sus amarillentos dientes:

—Libio, de verdad, yo hablaba en broma… Pero ahora tengo que representar el papel de capataz implacable ante Orisón, y no voy a dudar ni un solo segundo en hacerlo bien… Si no te pones a cavar con ese maldito azadón, inmediatamente, dentro de breves instantes pienso arrearte un bastonazo en el brazo a la altura del hombro que te va a dejar señalado varios días.

Los dos hombres, corpulentos y fuertes como eran, se quedaron parados el uno enfrente del otro. En silencio. Desafiantes.

Iñurbe intentó aproximarse a sus compañeros de misión para interponerse y hacerles entrar en razón, pero antes de llegar junto a ellos el sonido estremecedor y el movimiento de un bastón cayendo brutal sobre el brazo del libio le frenó en seco.

Bhocas apenas se movió un milímetro, pese al tremendo bastonazo que acababa de recibir y que había resonado como cien latigazos. Firme como una estatua. Capaz de dejarse matar a palos antes que reanudar las tareas de labranza.

Uiro miró la marca que le acababa de dejar al libio en la parte superior del brazo, torció el gesto, no dijo nada y levantó de nuevo el bastón.

Orisón observaba complacido la escena, a distancia y acompañado por Hannás, que sudaba abundantemente y seguía el desarrollo de los acontecimientos con ojos desorbitados, temiéndose lo peor.

Iñurbe, rápido y ágil, se interpuso entre los dos y masculló:

—¡Por Lug!,[70] yo también quiero matar a Orisón ahora mismo, pero si queremos cobrar lo acordado, tenemos que actuar tal y como nos ha ordenado Hannás.

—Sí, claro, ese miserable esclavo que nos da órdenes a nosotros, hombres libres… que le podríamos hacer pedazos en un instante si quisiéramos —exclamó Bhocas fuera de sí, escupiendo las palabras.

El lusitano miró al libio de una manera rara pero decidida. A continuación, sacó la falcata de la vaina que pendía de su cinturón y, apuntando con ella hacia el libio, les advirtió a los dos en voz baja:

—Yo de aquí salgo con la faltriquera llena de plata y el trabajo terminado… No me obligues a matarte, Bhocas… Eres un buen camarada y te tengo aprecio… Pero no dudaré ni un instante en quitarte de en medio.

—¡Por Epona!,[71] hazle caso, libio, y deja de hacer chiquilladas —le pidió, casi implorante, Iñurbe.

Bhocas estaba aturdido y no sabía cómo reaccionar. Estaba desconcertado, agotado y humillado por tener que realizar trabajos manuales, los cuales se consideraban muy serviles entre los suyos. Él no era ni un campesino ni un destripaterrones, era un guerrero, uno de los mejores combatientes de los ejércitos cartagineses a decir de sus oficiales y suboficiales. Había formado parte de una syntágmata luchando escudo con escudo dentro de una falange, en varios campos de batalla de Sicilia bajo las banderas de Amílcar Baraq. En este momento, estaba harto y no quería seguir con aquella idiotez. Había que matar ya a Orisón, terminar el trabajo y cobrar como había hecho siempre. Tiró el azadón al suelo y permaneció allí parado, provocador e impertinente.

El numantino prosiguió con su labor de intentar calmar y apaciguar al libio, y hacerle entrar en razón.

—Bhocas, por la camaradería que hemos alcanzado estos días, recoge el azadón y reanudemos la tarea… Y, sobre todo, no llamemos la atención. Yo te comprendo a la perfección… También entre los míos se considera oprobioso el trabajo en el campo…

—Llevamos casi media luna arando, destripando terrones, plantando estas mierdas —exclamó dándole una patada a la esportilla que contenía legumbres y vegetales—. Ya no aguanto más. Estrangulo a ese oretano y nos largamos…

El lusitano dio una paso al frente hacia él, amenazador, cuando de repente, una

estruendosa algarabía que provenía de la entrada de la finca, producida por una mezcla de voces que se unían a los gritos entrecortados de alarma que profería uno de los guardias federados de Orisón, que llegaba a la carrera, llamaron su atención.

—¡Señor, mi señor!… ¡Nos asaltan, nos atacan!… Desde la entrada principal de tu dominio está irrumpiendo una banda de piratas y de bandidos, que ya ha matado a dos de los nuestros… Esos facinerosos han desembarcado en la playa que hay acantilado abajo, se puede ver desde aquí su hippo[72] varado… Y ahora se abalanzan sobre tu finca con el propósito de robar tus riquezas, la plata y el oro que acumulas en los sótanos de la casa grande… ¡Todo, quieren robarte todo!

Los allí presentes miraron a lo lejos, hacia el camino de tierra que venía desde la entrada de la finca y, de inmediato, vieron cómo se aproximaba a la carrera una partida de vociferantes bandoleros, armados con espadas y puñales, que blandían sobre sus cabezas de una manera muy amenazadora.

Hannás dejó a Orisón, echó a correr y se llegó junto a sus compañeros.

—¿Qué hacemos, Hannas? —le preguntaron tan pronto como estuvo a su lado, olvidando al momento la rencilla que mantenían tan solo unos instantes antes.

—Defenderemos a Orisón de los asaltantes.

Los tres mercenarios le miraron con cara de no entender nada.

—No es momento para bromas… —soltó Iñurbe enfadado.

—Por la diosa Madre… Ahora es el momento de liquidar el trabajo —protestó el libio.

—De eso nada. No podemos permitirnos el lujo de que alguien crea o se imagine que estamos aconchabados con esos bandidos… —rechazó enérgico Hannás—. Es muy sospechoso que unos días después de llegar nosotros a trabajar a esta finca, la asalte una partida de bandoleros.

—Y dale con las sospechas… —protestó de nuevo Bhocas.

—Rápido, ¿qué hacemos? Porque esos se nos echan encima —preguntó apurado el lusitano, que era disciplinado en el combate y esperaba una decisión para entrar en acción.

—Nos unimos a Orisón y los suyos —zanjó tajante Hannás, mientras Bhocas e Iñurbe torcían el gesto contrariados.

Los cuatro guardias oretanos que quedaban vivos, pues dos de ellos habían sido muertos por los piratas junto a la entrada, llegaron corriendo y rodearon con sus escudos y espadas a Orisón, con quien tenían contraído el sagrado lazo de la *fides* ibérica, en cuya virtud los cuatro estaban dispuestos a dar su vida defendiendo a su jefe para cumplir con el sagrado juramento que habían pronunciado ante sus dioses.

Hannás y sus tres hombres también se unieron rápidamente al grupo formado para la defensa.

—Estimado socio… Aquí estamos, a tu lado, para pelear juntos —le dijo Hannás a Orisón, al llegar junto a él.

El régulo oretano se emocionó. Abrazó al esclavo cartaginés y le dio dos sonoros

besos. Acto seguido, les indicó:

—Vamos hacia la casona, allí hay armas y más allá se extiende un acantilado alto y escarpado y, entre medias, tenemos unos bancales hechos de piedra y unas cercas altas hasta la cintura hechas con guijarros, fáciles de defender.

El grupo siguió a la carrera al oretano, que resoplaba por el esfuerzo. Los primeros alcanzaron el objetivo, pues los bandoleros, que les superaban en número al ser catorce asaltantes, rodearon hábilmente al resto de elementos e interceptaron la huida fragmentando la unidad del grupo. Enseguida se generalizó el combate.

Rápidamente se dio la voz de alarma dentro de la casa grande y tres servidores del oretano junto con su mayordomo salieron a la parte trasera de esta, llevando varias falcatas y alguna lanza que entregaron a Hannás y los suyos.

Tomaron rápidamente las armas, mientras Orisón les daba a sus sirvientes órdenes para que se encerraran y atrancaran las puertas para defender la casa grande.

—¿Has combatido alguna vez? —le preguntó preocupado Orisón al cartaginés, poniéndose un coselete de cuero a través de la cabeza, después de comprobar que tras cerrar bien las puertas sus servidores, por el momento, sus tesoros, que estaban adecuadamente escondidos en el sótano de su casa, estaban a buen recaudo.

—Nunca —contestó este, cogiendo una falcata sin saber ni cómo se defendía uno de los mandobles de un adversario.

—Pues quédate detrás de mí para estar protegido. Lamento no tener otra coraza de cuero para ti. —Se disculpó Orisón, que dejaba de ser un pobre hombre retirado, solitario y deprimido en una finca de labor levantina, y volvía a ser el caudillo de guerreros que una vez derrotó al gran Amílcar en la sierra del río Tader, a los pies de Heliké.

Los bandidos, que eran una banda de mercenarios desertores de alguna antigua unidad cartaginesa y piratas de Deniu,[73] fueron rodeando a Orisón y su pequeño destacamento, el cual se vio empujado hacia el acantilado.

El combate era duro y tanto un bando como el otro no cejaba, ya que ambos eran hábiles y expertos en el manejo de la falcata y el puñal.

Bhocas, antiguo combatiente hoplita, se hizo fuerte tras una cerca de piedra y mantenía a raya a sus dos atacantes, a los que acosaba sin tregua con una lanza. Uno de los cuatro oretanos que guardaban a Orisón cayó atravesado por una espada y este inició un rápido repliegue aunque reculando peligrosamente hacia el acantilado, con Hannás a su espalda que iba haciendo movimientos con la espada en forma de molinete. A su vez, Iñurbe y Uiro se sostenían firmes formando una buena pareja espada en mano y, combatiendo juntos hombro con hombro, impedían que cuatro de los piratas que les atacaban avanzaran más, haciendo morder el polvo a uno de ellos merced a un certero espadazo de Uiro.

—Nos estamos acercando demasiado al precipicio —le advirtió alarmado Hannás a Orisón, cuando cuatro bandidos les iban empujando hacia el mismo, a él, al régulo oretano y a uno de sus guardias.

En el transcurso del combate, la unidad inicial había quedado fragmentada y merced a las terrazas de tierra y los corralitos de piedra que había detrás de la casona, Bhocas y uno de los guardias oretanos, que se le había unido, se habían quedado aislados y eran atacados a la vez por tres bandoleros. Iñurbe y Uiro se enfrentaban a espada a otros cuatro piratas, defendiéndose bien gracias a su posición más alta subidos sobre uno de los bancales.

—¡Ánimo que ya quedan menos piratas y con un poco más de empuje nos cargamos al resto! —les arengó exultante Orisón cuando vio cómo caía al suelo otro de los agresores, atravesado por uno de sus guardias, aunque la realidad es que les estaban ganando terreno, en un último intento por derrotarles.

—¡A por este!, que es el amo de la finca y sabe bien dónde están los tesoros escondidos… no vamos a volver a Deniu con las manos vacías —gritaron los que rodeaban al grupito de Orisón, al tiempo que se les unía uno de los que peleaba con Uiro, y los otros redoblaban sus esfuerzos combativos ya que comprobaban que su asalto estaba siendo rechazado y era su última oportunidad.

Tan cerca estaban del acantilado, como había avisado Hannás un poco antes, que en uno de los últimos envites, Orisón paró un mandoble pero resbaló sobre las piedras del borde, perdió pie y se cayó.

En ese momento, el guardia que lo custodiaba, atravesó al pirata que había atacado a su patrón, y Uiro, Bhocas e Iñurbe, que habían hecho huir a sus rivales, corrían hacía Hannás, mientras los otros dos bandidos daban un rodeo y emprendían a la carrera una veloz fuga escapatoria, hacia la salida de la finca.

Hannás, con el corazón encogido, se acercó al borde del acantilado para ver los restos mortales de Orisón. Se asomó apesadumbrado pero, para su sorpresa y alegría, se encontró con que este estaba muy mal herido, sangrando abundantemente, pero se sujetaba con ambas manos a unos matorrales que sobresalían, y estaban a quince metros de altura sobre un lecho de puntiagudas rocas y farallones, en caída libre, contra las que rompían con fuerza las olas del mar.

Los dos guardias supervivientes de Orisón junto con Hannás y sus compañeros, se arrodillaron en el borde del acantilado y observaron la precaria situación del antiguo régulo oretano.

—¿Qué hacemos? —preguntó Bhocas de manera retórica, en la idea de que lo dejarían ahí colgado hasta que Orisón no pudiera más y se precipitara contra los agudos y tremendos farallones pétreos que tenía bajo sus pies, produciéndose el desenlace esperado, ya que la bajada hasta los matojos a los que se sujetaba milagrosamente Orisón era muy complicada y sumamente peligrosa.

—Vamos a bajar a rescatarle —ordenó Hannás ante la mirada de estupefacción de sus hombres, y la de alegría por parte de los dos guardias oretanos—. ¡Orisón, amigo mío, aguanta un poco, que vamos a bajar con cuerdas a salvarte!

Rápidamente, los dos guardias oretanos se llegaron a la casona, de donde salieron los sirvientes y el mayordomo con cuerdas y lo necesario para intentar salvar la vida

de su amo. Acto seguido, corriendo y saltando como corzos, alcanzaron al grupo de Hannás, que seguía gritando para dar ánimos a Orisón.

—¿Quién baja a por él? —preguntó Bhocas, pensando que si descendía él, tan pronto como llegara hasta el antiguo régulo, le ayudaría, pero a caer y precipitarse contra el mortal acantilado.

Hannás le miró y, como si adivinara sus pensamientos, negó con la cabeza y se dirigió a Uiro.

—Lusitano, tú eres fuerte, ágil y noble… Tú lo traerás de vuelta, sano y salvo. Nosotros te ayudamos a descender con esta cuerda que sujetaremos y que iremos largando poco a poco. Coge esta otra y llévala sujeta para atársela a la cintura a Orisón cuando llegues a su lado. En el momento en que los dos estéis seguros y atados convenientemente, nos haces un gesto y zarandeas esta cuerda, y de inmediato nosotros tiraremos de ambos y os izaremos hasta aquí, poniéndoos a ambos fuera de peligro.

Bhocas e Iñurbe torcieron el gesto y ambos se pasaron una mano por las pobladas barbas.

Uiro los miró de reojo, hizo un gesto afirmativo con la cabeza a Hannás, mientras se anudaba una magnífica cuerda a la cintura, y los hombres y sirvientes de Orisón aprovechaban para preparar con unas maderas y varios palos gruesos una especie de trípode, fuerte y robusto que, acto seguido, clavaban en el suelo, al borde del acantilado, ya que pretendían efectuar el acarreo de las dos cuerdas a través del mismo, para facilitarse la tarea.

—¿Alguna pregunta? —inquirió Hannás.

Uiro negó con la cabeza, miró a sus compañeros, tomó la segunda cuerda que también sujetó a su cintura y les dijo sonriendo, mientras comenzaba a bajar de espaldas por el acantilado:

—No me soltéis, ¿eh?… Que todavía tengo en mucho aprecio mi miserable pellejo de mercenario… y soy un hombre fuerte, ágil y noble…

26

Aníbal meditaba dentro de una de las tiendas que los masilios habían preparado y dispuesto, en su campamento nómada, para que él y sus acompañantes convivieran con ellos durante las jornadas de celebración de los rituales nupciales y los que iban a establecer nuevos vínculos entre cartagineses y númidas, así como los que servirían para perpetuar los ya existentes. Era una de las mejores carpas pero, aun así, en el alojamiento no tenía lujos de clase alguna ni los deseaba, ya que él era austero por naturaleza y la vida en los campamentos militares de su padre, en los que había pasado casi toda su vida, no le hacía en absoluto proclive al exceso ni a la necesidad de disfrutar de comodidades, demasiado confort o delicadezas que debilitaban el cuerpo y el espíritu; cuántas veces había dormido él al raso, directamente en el suelo, envuelto simplemente en una manta y en un buen capote militar al lado de los soldados de la unidad bajo su mando.

Todo el mobiliario que disfrutaba en la tienda de campaña se limitaba a unas pocas alfombras que le aislaban del suelo de arena, unos cuantos cojines con vistosos colores de fina lana tejida, una especie de catre de madera con un colchón y unas sábanas limpias, pero pobres, de una austeridad tal que ni los militares más humildes de Kart Hadasht las habrían utilizado en campaña, una mesita baja y vieja de marquetería muy gastada, un arcón de madera y cuero, medio desvencijado, que le servía para meter sus cosas y, por último, una palangana de barro cocido y esmaltado con una jofaina de bronce con agua, para lavarse, y un bacín de barro vidriado, alto y cilíndrico, para recoger los excrementos.

Para él era más que suficiente y todo el conjunto le resultaba extremadamente confortable, teniendo en cuenta que sus condiciones eran peores cuando estaba en campaña contra los celtíberos, y que en ese momento pasaban casi todo el día fuera, cabalgando y visitando a los jeques y caudillos de las tribus menores, tributarias del príncipe Naravas, en cuyos asentamientos comían agasajados por los dirigentes de dichos aliados, los cuales se esmeraban al máximo y se empeñaban en atiborrarles de comida, vino de palma y todo cuanto tenían a mano para ofrecerles, en una cantidad tan descomunal que más parecía que estaban deseando que reventaran en las tiendas comunales, donde tenían lugar los banquetes y homenajes, que en proporcionarles los alimentos precisos para satisfacer sus necesidades.

En realidad, Aníbal solo disponía de su tienda para dormir y eso, exclusivamente, cuando no se tumbaba junto a la puerta para dormir viendo el grandioso cielo estrellado, cuya cúpula le sobrecogía como pocas cosas en la vida, sensaciones que le traían recuerdos de las noches pasadas al raso en Isphanya, durante alguna de las campañas militares junto a su padre. El mismo frío, intenso y helador. El mismo

brillo limpio y rico de las estrellas. La misma sensación de pequeñez ante la inmensidad y la grandiosidad de la naturaleza y de ese techo azul oscuro tachonado de luces brillantes. Un mundo lleno de astros, que los astrólogos de Kart Hadasht conocían y estudiaban desde lo alto de sus observatorios, y sobre cuyos brillos, movimientos y formas ellos decían que podían ver el futuro de los hombres.

La verdad es que él se encontraba muy bien entre los masilios, gente pequeña pero dura que se conformaba con muy poco. Le gustaban mucho y disfrutaba a su lado. Le agradaba sobremanera la sufrida y estoica existencia que llevaban los mismos, con una sonrisa en los labios. Una vida donde conseguir la supervivencia diaria era el auténtico lujo que se ofrecía en esas latitudes. Tener agua, poder obtener y consumir alimentos, encontrar pastos y bebida para sus rebaños de corderos y de cabras, mantener en perfecto estado a sus caballos,[74] pequeños aunque muy resistentes y rápidos como el viento. Notaba cómo los númidas eran felices con muy poco y, en su ingenuidad de gentes sencillas, les veía reír y disfrutar con cualquier cosa. Además, los masilios no padecían enfermedades graves y estaban por lo general muy sanos, seguramente por el tipo de vida que hacían, el alimento frugal que comían, la sobriedad y moderación de sus vidas. En Kart Hadasht y las ciudades bajo su influencia, había demasiados hombres obesos, grasientos y rollizos como ocas cebadas, que enfermaban de tanto comer. En cambio, los númidas se parecían a los hispanos y, en consecuencia, eran esbeltos, fuertes, ágiles y de apariencia fina; y, desde luego, no había gordos entre ellos, ni siquiera los príncipes o los ricos comerciantes.

Esos norteafricanos aguantaban el calor tórrido, el frío helador de las noches, la escasez de comida, la exigüidad del agua, la ausencia de comodidades y todo ello sin lamentarse. Fuertes, nervosos, audaces, valientes, ágiles y temerarios, nadie montaba a caballo como ellos, ni siquiera los magníficos jinetes celtíberos, ya que, desde bien pequeños, los númidas aprendían a montar y a dominar a sus caballos únicamente con la presión de sus rodillas, con los golpes de sus talones, con las indicaciones de sus pies, habida cuenta de que montaban a pelo y no ponían frenos ni riendas en la boca de sus equinos.

Aníbal se levantó de los cojines sobre los que descansaba tumbado. Se acercó a la entrada de la tienda, alzó la cortina y, protegido por la sombra que esta le proporcionaba, miró a lo lejos. El desierto le gustaba mucho. Le atraían esas inmensas y terribles soledades, esas extensiones como mares de arena calcinadas por el sol, donde la puesta del astro rey y la llegada de la noche ponían fin al sofocante infierno que se padecía, para dar paso inmediato a la venida de un riguroso invierno que duraba hasta la mañana siguiente, ya que con el sol matutino retornaba el verano. Le fascinaba la inclemente dureza del desierto, lo implacable que resultaba ser para los humanos ya que un paso en falso por parte de estos, un error por pequeño que fuera o la falta de conocimientos acerca de sus peligros verdaderos, significaba la muerte sin remedio. Le maravillaba su inhumana belleza, austera y pobre, pero a un

tiempo magnífica y majestuosa. Él había contemplado valles en Isphanya muy verdes, con ríos y grandes arboledas, rodeados por montañas nevadas, con una serie de cambiantes colores a su alrededor, de una belleza inconmensurable, pero que no se podía comparar a la hermosura del desierto. A esos valles hispanos le prestaban su beldad los ríos, los árboles, las montañas blancas que los rodeaban. En cambio, el desierto tenía su propia belleza y nada le podía prestar ni un ápice de hermosura porque no había nada. El desierto, que parecía tener vida propia, que parecía que se movía y avanzaba hacia las zonas verdes, ricas, arboladas y pobladas, como si quisiera engullirlas para siempre. El desierto, donde Aníbal deseaba morir.

Echó la cortina, salió de la tienda y caminó lentamente por el campamento. Enseguida reparó en el príncipe Gaia, el hermano de Naravas, que estaba sentado sobre una espléndida alfombra delante de su tienda junto a un muchacho que tendría unos quince años, y resultó ser su hijo Masinisa.[75]

—Salud, noble cartaginés, ¿quieres compartir nuestro pan y nuestra sagrada hospitalidad? —le invitó Gaia en tanto que su mujer, que estaba detrás de él en cuclillas, sonreía hospitalariamente y colocaba tortas finas y redondas de harina de trigo, que aplastaba y hacía con sus manos, sobre una gran teja curva de barro cocido debajo de la que ardía un enérgico fuego, que ella alimentaba de continuo introduciendo ramitas secas y bosta.

—Será un honor para mí, Gaia —aceptó Aníbal sentándose con las piernas cruzadas sobre la alfombra, al lado de su anfitrión, por quien sentía una franca simpatía desde el primer momento en que cabalgaron juntos.

De repente se quedaron sin saber qué decir.

Al cabo de un momento, Aníbal, que observaba cómo se cocían las tortas, dijo para romper el silencio:

—Veo con agrado que las tejas grandes que fabricamos en Kart Hadasht para los tejados de los palacios y de los templos tienen una utilidad más práctica y vital, porque ayuda a que los númidas coman bien cada mañana.

Gaia iluminó su oscuro y curtido rostro con una sonrisa, antes de reconocer:

—Además de valiente y noble, el hijo del León es sabio.

Aníbal, orgulloso, le devolvió la sonrisa mientras que la esposa del númida ponía delante de ellos una fuente llena de tortitas de trigo recién cocidas, y unos cuencos para beber la leche de cabra recién ordeñada, que portaba en una gran calabaza seca y vaciada.

—Mujer, tráenos también queso y carne seca de cordero en tiras.

Ella se levantó y se metió dentro de la tienda.

—Tu hospitalidad llena mi corazón de alborozo —le dijo Aníbal, recordando las palabras que le había oído repetir a su padre.

—Ese regocijo tuyo me congratula y place —le respondió el príncipe—. Pero más me alborozaré yo si te llevas a mi hijo Masinisa contigo para que aprenda tu lengua y tu cultura, para que observe, estudie y asimile la extraordinaria manera de combatir

que solo vosotros los cartagineses sabéis desarrollar.

Aníbal tomaba nota en silencio sin saber todavía qué le iba a proponer Gaia.

—Quiero que Masinisa conozca Kart Hadasht y las grandes ciudades de su influencia, para que aprenda que son exclusivamente un nido de corrupción, de placeres mundanos y de molicie que estropea y debilita a los hombres…, y, de esta manera, ese aprendizaje le podrá servir para darse cuenta de que la vida en estos páramos es más sana y preferible…, y que nos mantendrá fuertes y combativos a los númidas cuando los romanos vengan a conquistar nuestras tierras —terminó de manera seca y concisa.

Aníbal terminó de masticar la tortita que tenía en la boca, la tragó mientras meditaba en silencio, bebió un largo trago de un cuenco de leche y, cuando Gaia parecía perder los nervios por la espera, contestó:

—Parece como si desearas entrenar a Masinisa para las tareas de gobierno…

El príncipe le miró circunspecto. No parecía un cartaginés. Aníbal había adoptado los ropajes de los númidas, se había dejado la barba como ellos, y llevaba el pelo sin arreglar, al igual que ellos. Hasta se adornaba con plumas clavadas en el cabello hirsuto y sucio, como hacían los jinetes de las sabanas y desiertos norteafricanos. Concluyó que era una persona especial, con un magnetismo incluso superior del que hacía gala su padre Amílcar. Con todo, él desconocía por qué se conducía Aníbal de esa manera dado que el resto de los cartagineses de su comitiva llevaban sus ropas y uniformes, sus cascos y calzado. No sabía si Aníbal lo hacía por halagar a sus anfitriones, si era por comodidad, acaso por esnobismo ante los suyos… El caso es que parecía un númida más y eso agradaba mucho a los hombres que formaban los escuadrones de jinetes que habitualmente lo escoltaban y acompañaban, turnándose, de la misma manera que provocaba pugnas y riñas entre los hombres del campamento porque todos querían cabalgar a su lado, y los que aún no lo habían hecho protestaban y contendían con los demás por formar parte del escuadrón de escolta.

Gaia miró al cartaginés a los ojos y declaró:

—Sé que has venido hasta nuestros campamentos para concertar la boda de tu hermana con mi sobrino, pero…

—Te parece mal —concluyó precipitadamente Aníbal.

—En absoluto, nada de eso. Mi hermano y mi sobrino son más mundanos que yo. Por eso prefieren los placeres y atractivos de Kart Hadasht. Yo, en cambio, me decanto por la vida menos emocionante y luminosa de nuestros campamentos nómadas, así como por las travesías de los bosques, las cabalgadas a través de las sabanas, bordear y penetrar en el desierto y sus misterios…

Aníbal escuchaba en silencio y con toda atención, intentando ahondar y llegar hasta el fondo del alma de su interlocutor.

—A tu hermana Alahía le irá mejor en la vida casada con Narva —le confesó Gaia mientras Masinisa se movía inquieto y hacía una mueca de enfado y rechazo—. Es más como ella…, es más… digamos que cartaginés… Narva rechaza la dureza de

estas tierras, la falta de lujos, la ausencia de fiestas deslumbrantes en los palacios de Kart Hadasht… ¿me comprendes?

A Aníbal no le había pasado desapercibida la reacción de enfado y celos que Masinisa acababa de poner de manifiesto, ni lo que parecían conspiradoras palabras por parte de su padre, el hermano menor del príncipe Naravas.

—¿Consideras, acaso, que deberíamos organizar otro enlace matrimonial más? —le preguntó el bárquida de manera excesivamente directa.

—¿Tantas hermanas tienes? —le respondió sonriendo el númida.

—Aún me queda alguna, junto a mi madre —contestó el cartaginés haciendo un significativo gesto en dirección a Masinisa.

Gaia sonrió y meneó la cabeza en señal de rechazo.

—Aníbal, gracias, pero por ahora no te preocupes por su soltería… Aunque sé que a Masinisa le encantaría matrimoniar con una cartaginesa de sangre noble, como tu hermana Alahía, en este momento yo me estoy refiriendo a una vertiente distinta del asunto —le comenzó a explicar el príncipe, mientras Masinisa volvía a hacer un mohín de contrariedad y cruzaba los brazos sobre el pecho con cara de enfado.

Aníbal miró simultáneamente al padre y al hijo, siguió devorando tortitas, que le encantaban, y esperó pacientemente a que el beréber destejiera su proposición, a su ritmo.

—Hijo del León… Creo que puedo confiar en ti… Escucha con atención lo que voy a confesarte… —comenzó a exponerle el númida haciendo pausas—. Mi hermano Naravas está enfermo y yo, a no mucho tardar, le sucederé como caudillo de los masilios… Mi sobrino Narva, a quien amo como a un hijo, no es proclive a asumir sus responsabilidades, ni tiene inclinación hacia las tareas de gobierno ni, menos aún, quiere sacrificarse e imponerse políticamente a los rudos jinetes númidas… Por esas razones, él me insistirá para que, siguiendo la tradición, yo, como hermano del príncipe fallecido, me encargue de dirigir los destinos de los nuestros…

—Y él se instalará con mi hermana en Nueva Ciudad a vivir…

—Como un príncipe rico con las rentas que yo le enviaré, que serán abundantes porque amo a mi sobrino y no pienso escatimar nada para su confort y bienestar, ni, por supuesto, el de tu noble hermana… —reconoció con una sonrisa franca en los labios.

Aníbal sonrió también. Esa revelación que le acababa de participar Gaia le parecía sincera, dado que había encontrado muy apagado y melancólico a Naravas, y cambiaba el escenario político, echaba por tierra todos sus planes y preparativos, y todo ello constituía una seria contrariedad.

—Aun con todo, mi querido hijo del León, todo está bien y no tienes que cambiar nada de lo que hayas proyectado ni organizado —le anunció Gaia como si le estuviera leyendo el pensamiento, haciendo un gesto tranquilizador con su oscura mano—. Tu hermana Alahía se desposará con mi querido sobrino, y tú contarás con la alianza de los masilios encabezados por mi hermano Naravas y tu cuñado, el futuro

príncipe reinante…, y yo estaré al lado de los dos, apoyando esa alianza… Al mismo tiempo, mi hijo Masinisa, que será quien terminará gobernando como rey a muchas tribus númidas, se irá educando y formando a tu lado… ¿Con quién mejor que con el futuro Alejandro Magno?…

Aníbal se sentía incómodo y pesado. Una desagradable sensación parecida a la embriaguez le apabullaba. Ese príncipe númida le estaba envolviendo en su red de seda como hace una araña con sus víctimas. Le estaba comparando a él nada menos que con Alejandro de Macedonia, el mayor estratega de la historia, y, a la vez, le estaba liando con una serie de soliloquios que le tenían desorientado. Ese Gaia, un norteafricano inculto y bárbaro, no paraba de hablar en un griego fluido y convincente como si fuera ateniense.

—Cuando mi hermano Naravas tenga que descansar eternamente, que por desgracia sucederá pronto, yo estaré a su lado y tomaré las riendas del gobierno… Y mi alianza con Kart Hadasht… o, mejor dicho, mi vínculo contigo, seguirá siendo igual de fuerte y unido… —le expuso con voz firme, clara y aparentemente sincera —. Años más tarde, Masinisa ocupará mi lugar y seguirá siendo tu mejor aliado, ya sabes que no existe mejor caballería ligera que la númida… Y tú le apoyarás y ayudarás a unificar las tribus de Numidia sobre las que él reinará… No como un jefezuelo más, ni como un caudillo cualquiera… Él será el primer rey de los númidas…

—Gaia, Kart Hadasht no permitirá nunca un reino númida fuerte y unido bajo un solo mando unificado, ostentado por un hombre capaz y fuerte… y, menos aún, si ese rey ha sido instruido y formado por generales cartagineses —le aclaró Aníbal—. Eso sería demasiado peligroso para la integridad territorial y militar de Nueva Ciudad…

—Lo sé, Aníbal… Por eso quiero que tú lo apoyes y le des un reino dentro de tu imperio…

—¿De mi imperio?, ¿yo emperador? Hablas como si esto fuera Persia o Macedonia, ¿qué estás diciendo, en qué estás pensando? —replicó extrañado el bárquida.

—Aníbal… Mi hermano y yo predecimos el futuro de personas muy allegadas a nosotros, personas a las que nos unen lazos inmortales y especiales… Recordarás cómo mi hermano Naravas predijo la muerte del León, de la misma manera que no habrás olvidado que se estableció que dicha muerte se produciría por medio del agua…

—Como así fue, ahogado en las aguas rabiosas de aquel río torrencial, crecido y endemoniado, que unas horas antes apenas si era un arroyo… —reconoció Aníbal impresionado, como si estuviera pensando en voz alta.

—Pues yo he visto en las arenas del desierto dibujos y señales que hablan de ti y revelan muchas cosas.

Aníbal dejó de masticar y miró fascinado al príncipe númida. Estaba subyugado e hipnotizado por sus palabras y revelaciones.

El númida continuó hablando.

—Yo he visto cómo te alzas contra una gran ciudad, que es el nido de una loba sanguinaria…, he contemplado de qué manera atravesabas ríos, montañas llenas de agua blanca con elefantes, delante de miles de hombres que hablaban ciento y una lenguas distintas, y que te seguían como los macedonios siguieron a Alejandro hasta los confines del mundo… Hombres blancos, negros, oscuros, morenos, rubios, pelirrojos, vestidos con pieles, con corazas de bronce, desnudos… Todos te seguían como a un dios…

Aníbal casi ni respiraba, sobrecogido como estaba ante lo que estaba escuchando sobre su futuro.

—Y también he visto el dolor y la desesperanza en tus enemigos, les he visto muertos y aplastados por millares, y todavía más millares de ellos caídos por el suelo, derrotados, y todavía más millares desorientados… Me he solazado contemplando la sangre de tus enemigos que desbordaba ríos, lagos, mares… He contemplado sus rostros desesperanzados, plenos de lágrimas de terror y dolor, que formaban océanos al caer a la tierra… Y sobre todo ello, como un nuevo Alejandro, te erguías tú, creando un mundo nuevo y sin par que asombrará a las generaciones venideras…

27

La muerte de Orisón causó una honda impresión y un sentido sentimiento de dolor en todo el orbe ibérico asentado en el sureste peninsular. Le lloraron los bastetanos, los contestanos y sus vecinos los edetanos, los turdetanos, los bástulos… y, por supuesto, casi toda la nación oretana. Era la consecuencia natural, habida cuenta de que el régulo oretano se convirtió en el héroe del sitio de Heliké al ser el único caudillo ibero que, al frente de un ejército de guerreros aliados, consiguió no solo derrotar a los cartagineses sino que, además, fue quien dio muerte a Amílcar, el soberbio general de Cartago que pretendía sojuzgar a la grey ibérica.

Esas razones motivaron que la pena y el dolido sentimiento ibérico se produjeran por la pérdida de todo aquello que el régulo oretano había representado en vida. Desde un primer momento, Orisón se había convertido en un símbolo de la resistencia al invasor meridional y, tras su caída e injusto destierro a la ciudad de Akra Leuke, en un ejemplo y un baluarte contra quienes pretendían apoderarse de las riquezas ibéricas y, por encima de cualquier cuestión o rencilla política entre etnias y pueblos, en un modelo para los que aún desafiaban el poder de los cartagineses. Muchos iberos consideraron a Orisón un estímulo y un camino a seguir para resistir y rechazar a los meridionales, para no entregarse a Aníbal, el hijo del fallecido León de Cartago, y nuevo jefe militar de los conquistadores, así como para proseguir con una conducta de férrea oposición a todo lo púnico y, cuando llegara el momento, iniciar un decidido levantamiento militar ibérico para que el bárquida no pudiera apoderarse del interior de Iberia.

El cuerpo de Orisón, estrellado fatalmente contra los afilados farallones de piedra del acantilado que se extendía a los pies de su granja, por el que se precipitó mientras luchaba contra una partida de piratas de Deniu que llevaban varios días asolando el litoral levantino, y que había asaltado su propiedad, fue rescatado por sus hombres ayudados por las gentes de los alrededores. Una vez devuelto el mismo a su casona, fue lavado, cosido, ungido y embalsamado como correspondía a un noble ibero que había llegado a ser el régulo de los oretanos de Kastilo y, con todo respeto, fue trasladado hasta su ciudad natal portando sus mejores ropajes, insignias y armas, tendido sobre un carro de cuatro ruedas tirado por cuatro bueyes blancos.

La marcha del cortejo funerario se fue tornando interminable ya que centenares de iberos salieron al camino para decirle adiós y prestarle su último homenaje, otros con intención de colocar manojos de flores en el carro según pasaba, o depositar exvotos junto al cuerpo o, simplemente, para tocar tenuemente con la mano las ruedas o un trozo del carro funerario cuando este quedaba a su alcance. De esta manera, el desfile mortuorio se fue convirtiendo en una larga peregrinación hasta Kastilo donde

el cuerpo de Orisón fue entregado a sus hijos: Cerdubeles e Himilce.

La reacción interna y las sensaciones de cada uno de los hermanos ante el cadáver de su padre fueron tan distintas como lo eran sus respectivos caracteres, naturalezas y sentimientos.

Cerdubeles experimentó una profunda sensación de libertad personal y de alivio. Se sintió pleno, poderoso, seguro, consolidado en el gobierno. Él, desde el primer momento en el que le entronizó el difunto Asdrúbal, tuvo la sensación de que era un monarca interino que se sentaba en el sillón del salón del trono de su padre, de una manera provisional. Por este motivo, cada día que había pasado al frente de los suyos él había estado muy inquieto temiendo el regreso de su padre, al frente de un ejército de guerreros, con la consabida derrota de los cartagineses y la humillante entrega del poder, por su parte, devolviendo a Orisón su cetro y su trono. Como lo conocía bien, Cerdubeles creía capaz de todo a su padre y, en consecuencia, mantuvo de cuando en cuando gente de su confianza próxima a la granja levantina para espiar todos los movimientos de aquel, las visitas que recibía, las entrevistas que mantenía con los caudillos de los bastetanos y contestanos. De esta manera, Orisón se vio espiado y controlado por los cartagineses y por los agentes de su hijo. Afortunadamente, ahora todo había terminado y, en principio, podía seguir siendo el rey de la Oretania si los cartagineses no disponían otra cosa. Una vez liberado del tormento que suponía el recuerdo inquietante del retorno de su padre, comenzó a relajarse por primera vez en mucho tiempo y empezó a creer que podía disfrutar con las tareas de gobierno, dado que tenía muchos planes beneficiosos para su pueblo el cual debería aprender a convivir con los cartagineses, y aprovechar su mayor desarrollo cultural y su tecnología superior para prosperar en paz.

Por su parte, Himilce experimentó una sensación muy intensa de soledad y de abandono. Intentó que su hermano cogiera su mano durante la ceremonia fúnebre, pero este la rechazó. Entonces, se sintió muy sola en la vida. Un vértigo nauseabundo se le agarró al estómago como un ave rapaz. Se sintió huérfana y desamparada en lo más profundo de su ser, como cuando murió su madre de fiebres siendo ella una niña. Su querido padre, la persona que más cariño le había dado en su vida, había muerto de una manera trágica y brutal. Él era su esperanza para salir del estado de postración en el que se encontraba y ya no sería posible que la auxiliara, o que se la llevara consigo a Akra Leuke. Su esposo Aníbal la había desterrado a vivir a Kastilo, en la corte de su hermano, seguramente como un paso previo al temido hecho de que la repudiara y pusiera fin a su matrimonio. Todavía era la esposa del hombre más poderoso de Iberia, pero volvía a estar sola y abandonada. Bueno, exactamente sola no.

Himilce, con todo disimulo, miró a su alrededor y observó a las personas que les estaban acompañando en las exequias fúnebres de Orisón, a su hermano Cerdubeles y a ella, y, con todo cuidado para que nadie se percatara, se pasó una mano suavemente por el vientre, despacio, recreándose con esa nueva emoción. Con lágrimas en los

ojos, acarició con dulzura justo por encima del hogar donde latía una nueva vida, el hijo de Aníbal que, lenta pero inexorablemente, iba creciendo y desarrollándose en lo más recóndito de su cuerpo. De pronto, un coraje y una fuerza de una magnitud como no había experimentado antes surgió dentro de ella, y se impuso al sentimiento de pena y desamparo. Su hijo estaba creciendo y empezando a vivir en su interior y ella no podía abandonarse a un sentimiento paralizante de aflicción y autocompasión. Debía ser fuerte y decidida para proteger esa nueva vida que dependía enteramente de ella.

Miró con todo cariño el cadáver de su padre, que estaba tendido delante de los asistentes al funeral sobre un lecho de madera de pino y encina[76] elevado apenas metro y medio del suelo, el cual estaba a la espera de que le prendieran fuego, y, de golpe, tuvo la certeza de que ella, su hija, era la continuación de Orisón. Estaba segura, tenía plena certeza de esa aseveración que la sentía dentro de sí como si fuera una iluminada por una revelación de la diosa Astarté. Su padre no había muerto para siempre, reventado contra las piedras del acantilado donde se estrelló, porque seguiría viviendo en la medida en que viviera ella, de la misma manera que su hijo iba a ser la continuación de su ser y de su existencia. La sensación de soledad y de orfandad, que de manera terrible la había oprimido y abrumado desde que llegó el cuerpo sin vida de Orisón, unos días antes, parecía que quería dar paso a un nuevo sentimiento, más estimulante y vital, de responsabilidad y de amor hacia el hijo que crecía dentro de lo más íntimo de ella, el cual dependía enteramente de su decisión y fortaleza para arrostrar los acontecimientos y sobrevivir, ya que estaría aún más desamparado que ella si no reaccionaba con fuerza y vigor, y se sobreponía a sus miedos y fantasmas.

Arrasada por las lágrimas y por un sentimiento desolador, Himilce volvió a mirar el cadáver de su padre pero esta vez lo hizo con unos ojos distintos, unos ojos de agradecimiento y no solo de pena y de desamparo. Estaba comenzando a dejar de pensar únicamente en sí misma. Sentía gratitud hacia Orisón por haberle dado la vida que, a su vez, ella estaba trasmitiendo a un nuevo ser, su nieto, que sería el sucesor y continuador de su extirpe aunque la muerte hubiera impedido que lo conociera. Sentía gratitud por todo el cariño que Orisón le había dado sin escatimar durante toda su vida. Ella no era ajena a la realidad de que su padre, en cuanto a que había sido un aristócrata ibero y el rey de Kastilo, se había conducido como correspondía a la más alta dignidad política entre los oretanos y, en consecuencia, en ocasiones se condujo de una manera muy cruel y brutal con sus rivales y enemigos. Pero ella, en ese momento, se circunscribía al ámbito doméstico y al de sus relaciones personales, los cuales recordaba como una fuente constante de amor hacia ella, de seguridad y de felicidad.

Himilce miró a su hermano y este, por primera vez en mucho tiempo, no la rechazó y, al contrario, le devolvió una mirada en cuyos ojos ella creyó ver una muestra del afecto de antaño. Animada por ese gesto, se cogió de su mano, como cuando eran niños, y esta vez Cerdubeles la sujetó con firmeza y le transmitió algo

parecido a la ternura.

Acto seguido, y cogidos de la mano, los dos hermanos fueron entregando a cada uno de los dignatarios presentes una copa de artesanía griega elaborada en barro vidriado, bellamente decorada, mientras un copero traía una crátera que contenía vino muy poco rebajado con agua para proseguir el ritual funerario tras la cremación del cadáver de Orisón, mediante las libaciones protocolarias y abundantes del vino que traían los mercaderes cartagineses y, en menor medida, los griegos de Emporio y Rhode, colonias situadas mucho más arriba de Arse, en el nordeste de Iberia, junto a la costa y cerca del territorio de los ilergetes.

El último de los dignatarios que se presentó ante ellos fue el que tenía mayor rango de todos, ya que se trataba de Asdrúbal Barca, el cuñado de Himilce, que había cabalgado con su escolta desde Carthago Nova tan pronto como le advirtieron del fallecimiento de Orisón; y ello a pesar de la enérgica oposición de sus hermanos Hannón y Magón Barca, que entendían que no era preciso ni conveniente que el gobernador de los territorios cartagineses en Isphanya, durante la ausencia de su hermano Aníbal, se desplazara al funeral de un enemigo declarado que, encima, había sido el asesino de su padre.

El corazón de Asdrúbal latía como el de todos los hombres vivos, y sus pulsaciones, como el de muchos de ellos, también se veían sometidas a la tortura de los sentimientos encontrados. Por un lado, aborrecía a Orisón con toda la intensidad de su alma, dado que él había estado junto a su padre Amílcar durante el transcurso de la batalla en la que cayó muerto como resultado de la traicionera añagaza de Orisón y sus hombres, arrastrado por las aguas del Tader, aquel río maldito por siempre ante los hombres y ante los dioses; y eso era algo que nunca podría olvidar, ni el dolor tan intenso que padeció al ver cómo las aguas se lo tragaban junto a su caballo, ni la rabia, ni la impotencia, ni el desamparo al perder al padre y al general.

Pero por otro lado, la muerte de su odiado enemigo le alegraba sobremanera, y le servía de pretexto para poder volver a ver a Himilce, a quien no veía desde que su hermano Aníbal la deportara a vivir a Kastilo. Era la esposa de su hermano, a quien adoraba más que a nadie del mundo, pero él ya no podía luchar más consigo mismo y no había sido capaz de exterminar y acabar con el sentimiento tan fuerte de amor que sentía hacia ella. Le remordía la conciencia con una fuerza inusitada, pero si su hermano Aníbal pensaba repudiar a Himilce, él creía que nada impedía en las leyes ni en las costumbres que él la tomase como esposa; y si era objeto de reprensión o condena, estaba decidido, si ella aceptaba, a llevársela hasta el interior de Iberia para vivir, o al oeste, o adónde fuera. Por eso, cuando entró en el recinto funerario al aire libre donde estaba dispuesta la pira con el cuerpo de Orisón, y reparó en Himilce, el corazón le dio un vuelco de emoción y comenzó a latir con una fuerza tan tremenda, dolorosa y alegre a un tiempo, como un escuadrón de caballería númida al galope. Tanto, que supuso y temió que todos los asistentes comprobarían cómo se movía su coraza de bronce a la altura de su pecho.

—Os saludo a los dos y os doy mis más sinceras condolencias en nombre de Kart Hadasht —les dijo a los dos hermanos, mientras tomaba una mano de cada uno de ellos y sentía un escalofrío intenso y gustoso al sentir el roce de la piel de la mano de su cuñada.

Himilce también notó cómo un estremecimiento extraño y arrebatador le recorría el cuerpo, al rozar la mano de su cuñado, pero quiso considerar que el mismo no tenía nada que ver con ese contacto ni con la penetrante y magnética mirada que este le dedicaba, sino que traía causa de su debilidad corporal, las emociones y los agotadores sentimientos de esos días, los descubrimientos que había realizado así como consecuencia del propio funeral. Aunque bien sabía ella de qué manera tan intensa y amorosa la había mirado su cuñado Asdrúbal, desde que lo conoció. Siempre que podía estaba junto a ella, la seguía, la escoltaba, incluso su esposo Aníbal le encargó más de una vez que la acompañara de paseo por los alrededores de Carthago Nova. Por todo ello, se quedó pensativa.

Cerdubeles, por su parte, estaba muy satisfecho en su calidad de régulo así como en su condición de hijo del difunto, por la presencia en el funeral de Asdrúbal Barca, pero, a la vez, se sentía temeroso ante la posibilidad de que el gobernador cartaginés no le confirmara en el cargo de rey de Kastilo. En este intrincado y complejo mundo de sentimientos, el oretano salió con una respuesta inesperada y por donde menos convenía por causa de los nervios que le atenazaban en ese momento, ante la mirada sorprendida de su hermana.

—Honorable Asdrúbal Barca, gobernador cartaginés de Iberia, te agradecemos profundamente que hayas hecho tan largo camino desde Carthago Nova, pero más aún te habríamos agradecido que los cartagineses nos hubierais autorizado a levantar una torre funeraria en honor de mi padre fallecido, en concordancia con su rango y su nobleza, como se ha hecho con otros caudillo iberos fallecidos…[77]

Asdrúbal miró con perplejidad al hermano de su cuñada, dado que ese reproche era lo último que esperaba oír en esas circunstancias, y, a continuación, dirigió su mirada hacia el monumento que habían edificado los iberos en homenaje a Orisón en el interior de la necrópolis donde solo la aristocracia de los oretanos podía enterrar y guardar los restos mortales de los suyos.[78]

Desde fuera, que es donde estaba situada la pira funerario de Orisón, Asdrúbal detuvo su mirada durante unos instantes en el cementerio nobiliario ibero, un recinto circular de dimensiones notables que estaba rodeado y delimitado por una tapia de piedra, en cuyo centro habían erigido una tumba cuadrangular de piedra caliza, una mastaba de dos metros de lado por dos de alto en cada una de cuyas cuatro esquinas se había cincelado un león, que simbolizaba el poder regio y que, a la vez, protegía el sepulcro. Todo el conjunto estaba coronado por una estatua ecuestre policromada que representaba a Orisón como un héroe ibérico, un príncipe caballeresco y épico de acuerdo con los cánones míticos de la cultura ibérica que perpetuaban sus leyendas, desde antaño, acerca de los heroicos caballeros nobles iberos que vivían una vida

dedicada a la caballería andante. El conjunto no era demasiado grande ni vistoso, por imposición de los cartagineses que no deseaban un símbolo de la resistencia que fuera objeto de culto y peregrinaje, pero sí lo suficientemente destacado y digno en comparación con el resto de panteones y tumbas de los nobles allí enterrados.

Asdrúbal repiqueteó con los dedos sobre el bruñido bronce del espléndido casco ático que llevaba en la mano, apoyado sobre el antebrazo, y no dijo nada; advirtiendo de inmediato la mirada de alivio y agradecimiento que le dedicó Himilce, detalle que alegró y emocionó mucho a su corazón.

Enseguida, los oficiantes tomaron el protagonismo que les correspondía. Prendieron las antorchas y, cantando salmos y letanías, se acercaron a la pira funeraria.

Se callan las estrellas
ya no habla la luna
de ti nada quedará
salvo tus reliquias…
Se acaba la vida
y se llega la muerte
que es la consorte
de tu podredumbre…
Llegaste solo y solo te irás
adonde la vida no puede morar
estéril inframundo sin habitar…
Te vas a una lejana morada
de soledad, sombras y frío
tras un lago de fuego y un río
que con Karonthe cruzarás…

Acto seguido, sus deudos acercaron los hachones a la leña y le prendieron fuego y, mientras las llamas comenzaban a lamer golosamente la madera y devoraban el cadáver enjoyado de Orisón, arrojaron sobre el fuego puñados de incienso, manojos de flores y redomas con aceites consagrados.

En poco tiempo, la hoguera se adueñó de la pira y todo el conjunto ardió de manera uniforme e intensa, al tiempo que una densa cortina de humo blanco ascendía libre hacia el cielo de forma limpia y ordenada, lo cual fue interpretado por los sacerdotes como un buen augurio y señal inequívoca de que Orisón se reunía con los dioses y con los espíritus protectores de las naciones ibéricas.

—El cuerpo se ha purificado y ya está dispuesto para ser acogido por la madre tierra —anunciaron los oficiantes unos minutos más tarde, comenzando a apagar las llamas para impedir que consumieran todo el cadáver y se convirtiera en cenizas.

En ese momento, comenzaron las libaciones rituales entre los participantes a los

ritos fúnebres. Otros nobles asistentes al entierro, que habían combatido en vida junto a Orisón, colocaron las falcatas del difunto encima de las ascuas incandescentes donde se acababa de calcinar el cadáver. Después de estar un rato sometidas al fuerte calor de las brasas, sacaron las falcatas de las mismas y comenzaron a doblar sus aceros para darles muerte, y poder enterrarlas junto a su dueño.

Los restos, los huesos, las joyas y las demás partes purificadas de Orisón fueron introducidos dentro de una gran urna de barro cocido. Esta, mediante dos varas recias de madera de pino que se introdujeron a través de sus brazos, fue levantada del suelo por cuatro de los guerreros más destacados de cuantos sirvieron bajo su mando, quienes la portaron en volandas y la llevaron en sacra procesión hasta el interior de la necrópolis, propiamente dicha, seguidos por todos los asistentes que desfilaron al son de unos flautistas que soplaban flautas de barro y de tamborileros que acompañaban las letanías de los sacerdotes oficiantes, y los gritos y lloros de las plañideras.

Una vez ante la tumba, penetraron con cuidado en su interior y depositaron la urna dentro de un gran agujero excavado en el suelo. A continuación, entraron los aristócratas guerreros que habían doblado y matado sus falcatas y las colocaron dentro del hueco, junto a la urna. Después, el resto de asistentes bebieron las copas de vino y las fueron arrojando dentro de la tumba. Por último, sus hijos penetraron y depositaron partes de sus tesoros y bienes más preciosos. Cuando salieron Himilce y Cerdubeles, se colocó la piedra más pesada que tapaba el agujero funerario haciendo de lápida y, a continuación, la piedra que encajaba en el hueco que cerraba el pequeño mausoleo donde descansaría en paz el que, en vida, había sido azote de los cartagineses.

28

Hannás y su grupo, después de liquidar la misión en Akra Leuke, se desplazaron hasta la isla de Iboshim[79] donde mantuvieron varias entrevistas con Ahusa, el amigo de la infancia de su amo Aníbal, y varios jefezuelos de las aldeas cercanas al puerto donde los cartagineses todavía mantenían el dominio político sobre la isla. Tras varios días de negociaciones, tiras y aflojas, ofertas y demandas, Hannás pudo contratar dos centenares de mercenarios hábiles y duchos en el manejo de la honda, muy abundantes entre los baleares, que formarían en las filas de la infantería ligera cartaginesa en Isphanya para llevar a cabo las labores de escaramucear en el desarrollo de los combates.

Para él había sido muy emocionante retornar a Iboshim, donde había pasado parte de su infancia, y volver a contemplar el poblado que estaba próximo al palacio de gobierno, el tipo de vida de los baleares, la habilidad que estos tenían en el manejo de la honda, la cual adquirían desde niños porque sus padres les ponían premios, golosinas y comida en lugares estratégicamente buscados, en lo alto de peñas, sujetos a la ramas de los árboles, sobre los tejados; un botín que era para los niños cuando estos acertaban un número determinado de pedradas. De esta manera, entre juegos y risas, fomentando la rivalidad entre competidores, explotando la necesidad de alimento, el afán por obtener golosinas y superar a sus adversarios, y la competencia tradicional entre los chiquillos baleares, estos se iban convirtiendo en los mejores honderos de esta parte del Mediterráneo y encontraban una salida para sus vidas, nutriendo las filas de los ejércitos cartagineses.

La despedida en el puerto fue entrañable pese a que Ahusa se había convertido en un hombretón y en un líder entre los suyos, ya que con la honda en la mano hacía gala de una puntería muy superior a la de sus paisanos.

—Vendrán varias penteras a buscaros cuando la luna se llene de nuevo —le anunció Hannás mientras caminaban por el muelle hacia la galera de Quilón—. Desde aquí os transportarán hasta Carthago Nova, donde desembarcaréis. Allí os uniréis al ejército de tu buen amigo…

—¿Cómo está, Aníbal? —le preguntó el balear con el semblante alegre ante la perspectiva de reencontrarse con el buen amigo de la infancia, que ahora se había convertido en el general al mando del ejército cartaginés. También sentía una emoción intensa porque iba a ser la primera vez que se iban a encontrar, después de más de diez años sin verse, y ya convertidos ambos en hombres.

Hannás esbozó una tímida sonrisa antes de contestar:

—El general está muy bien. Está pletórico. Ahora se encuentra en Kart Hadasht

negociando con el Senado, ya que tiene planes…

—Si los baleares participamos de los mismos y obtenemos botín, mejor para todos —opinó Ahusa con alegría.

Hannás le miró con detenimiento y le advirtió.

—Todo eso se cumplirá… pero debes saber y recordar que Aníbal ya no es el chiquillo con el que jugabas de niño… Ahora es el hombre que está al frente de los territorios que su padre conquistó en las tierras de los iberos… Él ha cambiado porque tiene una carga sobre sus hombros muy pesada…

—Sus amigos le ayudaremos a llevarla…

—Ahusa, no quiero que te confundas —le reprendió Hannás con un tono muy severo en la voz—. Aníbal en este momento no tiene amigos…

Ahusa, sorprendido ante esa confesión, enarcó las cejas extrañado ya que creía que mucho tenía que haber variado el carácter de Aníbal, para que este ya no considerara amigos a sus amigos, ni tuviera amigos con los que compartir su carga.

—Ahora el general tiene leales servidores que cumplen sus órdenes sin tardanza, y sin cometer equivocaciones…

Los dos hombres se miraron a los ojos durante unos instantes.

—Ya… Pero los amigos de siempre, leales y entregados, ¿no pueden llevar a cabo sus órdenes con celeridad y eficacia? —argumentó Ahusa, dueño de un ingenio natural muy desarrollado, así como de una inteligencia y unos recursos para afrontar situaciones críticas más que notables.

Hannás sonrió porque había olvidado la facilidad que siempre había tenido el balear para discutir, y de qué manera Sosilos y Sileno, los maestros de los hermanos Barca, habían trabajado con él, cuando niños, asombrados anta la agudeza mental del pequeño bárbaro.

—Ahusa, tú prepara bien a tu gente, que vayan provistos de hondas, cantos y glandes en abundancia —le dijo Hannás a modo de despedida, mientras subía por la plancha a la galera de Quilón—. Estate presto el día acordado. Elige y nombra buenos oficiales. Embarca con tus doscientos honderos para Cartago Nova y, una vez allá, te verás con Aníbal… Actúa ante el general como siempre lo has hecho, condúcete tal cual eres… Yo estoy seguro de que él volverá a encontrar en ti al amigo de su niñez, al amigo de siempre, el leal y fiel Ahusa, el compañero inseparable de aventuras infantiles, el que salvó a su padre Amílcar de la muerte cierta que se cernía sobre él, cuando los piratas de Arse le tendieron aquella trampa mortal…[80]

Parecía como si hubiera transcurrido una eternidad desde que partieron del puerto de Iboshim pero, en realidad, solo era el segundo día de navegación que hacían con rumbo al puerto de Arse,[81] destino que tenían fijado tras las jornadas pasadas en la isla balear contratando honderos.

Hannás, acodado en la amura de estribor de la *Bahía de Neapolis* la pequeña

galera de Quilón, contemplaba las olas que se alzaban y crecían merced al viento y las mareas. Iba pensativo, profundamente triste y muy abatido. Su conciencia y los remordimientos no lo dejaban tranquilo. El mismo pensamiento y la misma pregunta le torturaban una y otra vez: ¿cómo era posible que él hubiera confraternizado tanto con el oretano Orisón, hasta el punto de poner en peligro la misión que le había encomendado Aníbal? No le cabía la menor duda de que la soledad que sentía interiormente le había jugado una mala pasada, así como el afecto que había llegado a tomar al oretano, dadas las muestras de cariño que este le había dispensado desde el momento en que trabaron conocimiento. Todo eso era una atenuante a tener en cuenta, pero de ahí a hermanarse con la persona a la que tenían que asesinar, hasta el extremo de intentar salvar su vida cuando este se había despeñado y estaba a punto de morir estrellado contra las rocas del acantilado, sin que nada ni nadie les hubiera podido incriminar ni relacionar con dicha muerte, era lamentable, era una muestra de debilidad propia de la conducta y la condición de un esclavo como él, y constituía, además, una traición a la confianza que Aníbal había depositado en él de una proporción tal que no había perdón posible.

Oyó un ruido de pasos a sus espaldas y se giró, avistando al momento como Uiro, el lusitano, llegaba hasta la proa de la *Bahía de Neapolis*.

—No te tortures más, hombre, déjalo ya… Hasta cierto punto era comprensible y hasta humano lo que pretendiste hacer —le intentó animar el lusitano mientras se acodaba en la borda junto al esclavo cartaginés.

Este se encogió de hombros desconsolado, mientras Uiro proseguía:

—Yo no soy de muchas palabras, pero por un camarada de armas habría actuado como tú.

Hannas le miró con agradecimiento, en tanto que el lusitano terminaba su alocución con una mueca parecida a una sonrisa.

—Eso sí… Nunca habría dejado la vida de un amigo en manos de un tipo como yo…

Hannás sonrió con tristeza antes de replicar:

—No sé… Por un momento pensé que ibas a sujetar a Orisón con la cuerda, y que lo íbamos a izar entre todos hasta nuestra posición…

Uiro le devolvió la sonrisa con una especie de mueca que mostraba sus dientes amarillos de lobo, se agarró bien a la borda ya que la galera cabeceaba bastante en ese momento, y una ola rompía por encima de sus cabezas y les mojaba.

—Nosotros fuimos a la finca del oretano para asesinarle, para eso nos pagaron —sentenció con simpleza.

—Y yo me hice su amigo…

El lusitano se encogió de hombros y se pasó la mano por la cara mal afeitada quitándose el agua que chorreaba por la misma, mientras miraba el mar que subía y bajaba con el balanceo de la nave.

—La amistad, el amor y el odio surgen donde menos se piensa y de manera

rápida.

—La realidad es que yo me encariñé con él como un niño… —reconoció Hannás mientras les volvía a caer más agua encima.

Uiro pensó que la mayor desgracia de un hombre era perder su libertad, sentirse solo y a merced de otros, y simpatizó de nuevo con el esclavo cartaginés.

—No le des más vueltas, hombre. Lo importante es que el trabajo está terminado a satisfacción del que paga y sin sospechas, que era lo que más te obsesionaba.

Hannás le miró con cara de fracaso.

—Tranquilo, que el que paga no va a saber nada de lo que sucedió en aquella finca —le explicó Uiro para tranquilizarle—. Fuimos, lo matamos y nos volvimos.

Hannás miró con cara de envidia al lusitano. Qué simpleza tan maravillosa. Sin el menor atisbo de remordimiento por la muerte de un ser humano, ni rastro de una tortura interna por sentimientos enfrentados. Llegó, lo asesinó y se volvió. Así de sencillo era aquello.

—No hay que dar vuelta a las cosas. El trabajo se ha hecho bien, al igual que la contratación de los honderos baleares… Todo se ha zanjado según quería el que paga y manda… —reiteró Uiro con cara de satisfacción por el deber cumplido.

—Pero… ¿en ningún momento pensaste en salvar a Orisón, cuando te descolgamos acantilado abajo con las sogas? —insistió el cartaginés, con un tono de esperanza en la voz—. Pese a que yo te lo pedí, incluso te lo ordené…

Uiro hizo una mueca, se rascó la cabeza y respondió con toda tranquilidad y una sinceridad absoluta.

—Desde que me eché la cuerda a la cintura y comencé a bajar hacia el oretano que colgaba asido de aquellos matorrales, en mi cabeza solo había un pensamiento: «hete aquí una magnífica oportunidad para deshacernos de este hombre, que no debemos desaprovechar. Si no se ha caído él solo cuando llegue a su lado, yo lo ayudaré a despeñarse»…

—Pero llegaste a enlazar una cuerda alrededor de su cintura…, y parecía que lo ibas a ayudar a subir… —habló Hannás, como si reflexionara en voz alta, sujetándose a la borda de la *Bahía de Neapolis*, que se movía sin parar.

—Teníamos un trabajo por hacer y había que hacerlo… Para eso nos pagan…

Hannás le miró de una manera rara, mientras Uiro le confesaba lo que había ocurrido realmente en el acantilado.

—Efectivamente, yo rodeé su cintura con una cuerda… pero dejé la lazada que subía hacia vosotros lo suficientemente floja como para que…

—Al tirar nosotros de él hacia arriba, enseguida se soltara el lazo debido al peso de su cuerpo… —ató cabos el cartaginés en voz alta con la mirada perdida—. De esta manera, pareció como si Orisón hubiera dado un traspié, resbalando en las rocas, perdiendo el equilibrio…

—Y a consecuencia del resbalón, dio la impresión de que el oretano se precipitaba él solo hasta el acantilado… a la vista de todos… con la cuerda a la

cintura… —precisó el lusitano mientras Hannás le miraba con reprobación, sobre todo porque le denominaba «el oretano» en vez de utilizar su nombre—. Y eso a pesar de que intentamos ayudarle y bajamos a rescatarlo…

Tras estas aclaraciones, los dos hombres permanecieron en silencio durante un rato.

—Y ahora su cuerpo estará incinerado y enterrado en Kastilo —dijo Hannás con tristeza, para romper el hielo.

Uiro le miró con sorna y replicó:

—Viéndote tan afectado y dolido, cuando murió pensé que íbamos a asistir a sus funerales en la capital de los oretanos…

Hannás se giró hacia él escudriñando su rostro, ya que no sabía bien si hablaba en serio o estaba bromeando. Al cabo de un instante, le puntualizó con voz muy grave:

—No podíamos ir hasta Kastilo acompañando el cadáver. Himilce, la esposa de Aníbal, está allí desterrada por mi amo, me conoce bien y nuestra ilógica presencia en Kastilo habría levantado los naturales recelos, y ella habría sospechado que estábamos detrás de la muerte de su padre, a quien mi amo Aníbal detestaba hasta límites insospechados…

—Otra vez las sospechas —se quejó el lusitano con una sonrisa, reparando en que el posible mercader cartaginés que les había contratado para liquidar a Orisón, por cuestiones de rivalidad comercial, podría ser, en realidad, nada menos que Aníbal.

—Hay que ser cautelosos —se repitió Hannás, como tantas veces antes.

Uiro hizo una mueca guasona.

—Oye una cosa, y en Arse… ¿haremos algo sospechoso también?

Hannás, furioso y herido, se separó con violencia de la borda y caminó hacia la popa, aunque le costaba trabajo guardar el equilibrio dado que la *Bahía de Neapolis* se movía mucho impulsada por un buen viento, que hinchaba su única vela, y hacía innecesaria la utilización de remos para propulsarse.

Al llegar al lado de Dimitri, que manejaba en ese momento la pala que hacía las veces de timón, se quedó a su lado apoyando su espalda contra el mascarón de popa, en tanto que se agarraba a un cabo con ambas manos.

—No terminas de congeniar con los tuyos, ¿eh? —le dijo el griego mientras luchaba con el enorme y ancho remo que hacía de timón, para enderezar el rumbo de la galera, que escoraba demasiado a babor y se alejaba de su posición.

—Tenemos nuestras diferencias…

—Tú ya sabes que puedes contar con mi amistad y mi compañía… y la de Quilón también, porque te tenemos mucho aprecio.

Hannás le miró sin saber qué pensar. ¿Cómo iban a tener aprecio a un esclavo, aunque lo fuera del hombre más poderoso del orbe cartaginés? Ellos, que eran griegos y de cuando en cuando comerciaban con hombres privados de libertad, que traían contra su voluntad desde el interior de Isphanya y de mucho más al norte.

—No pienses. Pégale un buen trago a la bota y acércamela para que yo también

me caliente el estómago —prosiguió el griego, como si tal cosa—. Nada hay mejor que el vino… Divino Dionisos…

Unas horas más tarde, cuando el sol ya se ponía, atracaban en el puerto de Arse. Este se situaba en una ensenada natural y protectora a unas pocas millas de la ciudad fortificada. La plaza fuerte se escalonaba ganando las alturas de una colina que se elevaba unos trescientos metros sobre el nivel del mar. Su acrópolis se recogía sobre sí misma dentro de una segunda línea de imponentes murallas que seguían los contornos de la meseta que se extendía en la cima de la colina, que era plana y apaisada, y contaba con una superficie interior bastante notable ya que tenía cerca de mil quinientos metros de largo por doscientos de ancho en los tramos más amplios. Se trataba de una fortaleza poderosa y alargada que se alzaba sobre unas muy empinadas, verticales y escarpadas paredes de piedra caliza, a manera de acantilados, con escasa vegetación y muy poca superficie horizontal donde apoyarse. Su presencia, recortándose contra la luz del sol poniente, impresionaba.

—Como viene siendo ya costumbre, nos tenéis que esperar en el puerto porque nosotros tenemos que contactar con unas personas dentro de Arse, ciudad a la que vosotros denomináis Zakynthos, para llevar a cabo un importante negocio —les explicó vagamente Hannás a Quilón y a Dimitri.

Estos se mostraron de acuerdo con un movimiento de cabeza, no hicieron preguntas porque ya sabían más o menos a lo que iban y comenzaron a ocuparse de las tareas náuticas necesarias para atracar la *Bahía de Neapolis*.

—No creo que tardemos demasiado. Un par de días a lo sumo. Cuando regresemos nos acompañará un hombre al que tenemos que conducir a Carthago Nova… —especificó brevemente Hannás.

Los dos griegos asintieron.

—Pero no os creáis…, que no nos acompañará de buen grado —aclaró Iñurbe haciendo una mueca socarrona, ante la mirada reprobatoria del cartaginés.

La embarcación atracó sin problemas en un muelle. Hannás y su grupo desembarcaron con celeridad y, enseguida, caminaron hacia una de las tabernas del puerto. En la entrada de la misma un hombre de aspecto sucio y lamentable les esperaba. Hannás se apartó algo de sus compañeros y se dirigió al hombre.

—Griego… ¿lo has localizado? —le preguntó en voz baja.

—Sí, está aquí, en Arse… Sodalis, el asesino de Asdrúbal *el Bello* —respondió el hombre dando detalles, sin alzar en absoluto el volumen de su voz.

Hannás arrugó la nariz ante el hedor que despedía aquel individuo e hizo un gesto imperativo con la mano.

—No menciones su nombre. Solo dónde para, qué vida hace, adónde le podemos localizar y neutralizar…

El hombrecillo hizo un guiño dando a entender que comprendía perfectamente lo

que se le preguntaba, y amplió datos:

—El objetivo es un olcade natural de Segóbriga,[82] que vive dentro de la ciudad de Arse rodeado por tres paisanos suyos, que lo suelen acompañar y le protegen…

—¿Se ha metido en líos?

—En alguno que otro. Por eso sé que en tres tabernas se ha montado bronca y los otros olcades le han echado una mano o, más concretamente, una falcata.

—¿Este hombre, vive arriba del todo en la acrópolis de Arse?

—No, no, allí solo tienen acceso los guerreros edetanos de élite, así como el Senado edetano, su caudillo y los principales; y únicamente se refugia allí parte de la población y un número mayor de guerreros cuando combaten contra sus vecinos, lo cual no sucede casi nunca desde que son aliados de Roma —le puntualizó y detalló el hombre cuyo aspecto era desolador—. Antes de llegar a la parte más alta, se extiende la ciudad media que se protege dentro de la primera muralla. Allí está quien buscas…

Hannás sacó una bolsa de cuero con monedas. Extrajo de su interior cuatro shekeles de plata y los puso sobre la palma extendida del espía griego, que se mostró solícito y servicial.

—Yo te conduciré hasta él…

—¿Nunca viene al puerto? —preguntó Hannás, que prefería no tener que subir y callejear por Sagunto.

El maloliente y sucio griego sonrió dejando ver una negra boca desdentada, y señaló con un dedo hacia una taberna vecina en cuya fachada se apoyaban varias prostitutas muy pintarrajeadas y de aspecto inquietante.

—¿Viene a menudo?

—Suele venir todas las semanas aunque no trabaja en nada, ni desarrolla industria lucrativa alguna, ni recibe limosna… —especificó el espía—. Yo no sé de dónde saca la plata, porque tener la tiene en abundancia…

Hannás concluyó mentalmente que el tal Sodalis debía contar con una bolsa llena de monedas de plata cartaginesa, que seguramente le habría entregado algún agente del Senado de Kart Hadasht para que asesinara a Asdrúbal *el Bello*. Plata que le serviría, una vez perpetrado el magnicido, para desaparecer y esconderse. Y ¿dónde mejor que en una ciudad fuera del ámbito de influencia cartaginesa y, al mismo tiempo, aliada de Roma?

—Está bien, mañana comenzaremos las labores para investigar, seguir y atrapar a nuestro hombre —sentenció Hannás.

El espía asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Dónde podemos pasar la noche?

El sucio agente volvió a sonreír.

—Seguidme, os voy a llevar a un sitio que os va a entusiasmar…

29

Aníbal se encontraba muy feliz. Llevaba unos días en los que se sentía muy bien porque disfrutaba, como no había podido imaginar, mientras realizaba a pie la dura ruta que atravesaba los extensos bosques que se extendían durante kilómetros y más kilómetros, a lo largo de las laderas de los altos montes[83] que se ubicaban al sur de Nueva Ciudad. Su dicha era total ya que formaba parte de la expedición que encabezaba y dirigía su amigo Kharbaal, con el objetivo de encontrar elefantes de bosque, safari que se completaba con un grupo de cuatro expertos exploradores.

Vivía en un estado de enorme satisfacción personal y su humor era excelente porque estaba percibiendo y estudiando *in situ* tal cantidad de maravillas, de paisajes y de animales como nunca antes en su vida. Todo aquello era parte de lo que había leído y aprendido con sus maestros Sileno y Sosilos, durante los años de estudio infantil y juvenil, solo que ahora la formación y el aprendizaje se hacían de manera tangible y en persona mediante el análisis y la observación directa, experimentando, tocando, sintiendo. A la vez, estaba viviendo un sinfín de experiencias personales que, aunque requerían de un gran esfuerzo físico y de una concentración colosal, eran extraordinarias. Todo lo cual elevaba su espíritu al máximo, fortalecía su mente y le procuraba una experiencia de valor incalculable.

Durante días se habían internado en unas tierras altas que, entre otras razones, gracias a las masas de árboles que las cubrían gozaban de una suave temperatura mediterránea bastante constante durante todo el año, así como de una pluviosidad notable. Por esas circunstancias, su rica vegetación herbácea servía de pasto a numerosos herbívoros como venados, antílopes, gacelas, jabalíes, asnos salvajes… y, de manera muy destacada, los elefantes de bosque que eran los animales a los que habían ido a estudiar. Esa masa boscosa, que se extendía hacia el oeste y llegaba casi hasta el océano Atlántico y hacia el este, hasta las montañas de Etiopía, también albergaba numerosas familias de felinos que se ocupaban de mantener el equilibrio natural del ecosistema. De esta manera, entre sus arroyos y manantiales, los mares de hierba que crecían en sus claros, sus altos árboles y las extensiones de matorrales señoreaban los leones del Atlas, algo más pequeños que sus parientes de las sabanas africanas, pero tan peligrosos y feroces como ellos, hasta el punto de ser los depredadores superiores, estar en lo más alto de la cadena alimenticia y ser los auténticos reyes de la selva —*rex silvae*—,[84] como siglos más tarde serían denominados por los romanos que los cazarían de manera intensiva, junto con los leones asiáticos, para nutrir sus anfiteatros, pero sin llegar a exterminarlos. Junto a los reyes, cohabitaban los leopardos, los linces y los servales, que se repartían amplios

territorios de caza, dentro de una sanguinaria rivalidad existente entre todos ellos, que llevaba incluso al asesinato continuado de los cachorros de las demás especies felinas, en un afán impulsado por el instinto animal que impelía a todos ellos a eliminar a sus competidores. Así, los leones asesinaban cachorros de leopardo, lince y serval. Los leopardos eliminaban cachorros de león, de lince, de serval. Estos aniquilaban cachorros de león, lince, leopardo. A su vez, los linces masacraban a los del leopardo, del serval…

En ocasiones, desde el suelo no se divisaba con claridad el cielo porque este se veía cerrado a la vista por las altas y espesas ramas de millares de árboles que eran el hogar de centenares de monos y de simios que poblaban sus copas, que se aprovechaban de los frutos y que bajaban a los claros de los bosques para beber agua y coger comida y huevos de pájaros, aves y reptiles. Esas mismas ramas y copas se veían pobladas por millares de pájaros cuyos cantos y trinos a veces resultaban especialmente estruendosos, y se veían surcados por enormes serpientes constrictoras, como las pitones, y algunas especies más pequeñas y venenosas, como las víboras y las cobras que alternaban las alturas arborícolas con las emboscadas terrestres, agazapadas bajo los mantos de hojas secas que cubrían los suelos y los pies de los árboles y matorrales.

A Aníbal le estaba resultando sorprendente y admirable comprobar cómo aquella maravilla de la naturaleza, que él estaba recorriendo, se extendía a lo largo del espacio que había entre las ardientes arenas del inmenso desierto, que se expandía hasta donde la vista se perdía, y las espaciosas tierras de cultivo que explotaban los habitantes de Kart Hadasht, cerca de la costa en la zona civilizada de predominio cartaginés a lo largo de millas y más millas tanto al este como al oeste. Le asombraba que aquellos bosques y sus colinas, un área de vida propia y salvaje con unas características físicas tan peculiares, existieran de manera tan natural y espontánea, por obra de la madre naturaleza, entre dos hábitats tan distintos y opuestos a ellos como eran los campos de labor ganados a la tierra gracias al sudor de los hombres y al ingenio cananeo, y las tierras terribles, mortales e inmensas del desierto creadas por los dioses para que en ellas solo sobrevivieran los más dotados, como los númidas —aunque estos únicamente vivieran en sus límites—, y los nómadas y hombres azules que lo atravesaban mediante caravanas para llevar sal y productos manufacturados cartagineses hasta la tierra y las selvas de los hombres negros, de donde traían fuertes esclavos, oro, plumas, marfil, animales singulares y todo tipo de artesanías exóticas.

—Hicimos bien en enviar a Himílcar a Gadir para que se dedique a explorar por mar la costa oeste de Isphanya. Él es más de viajar con comodidades en una buena pentera, de anotar cuanto ve, de negociar y convencer a los indígenas, de disfrutar teniendo una higiene diaria y de ciertos lujos…, que de andar panza al suelo sudando

todo el día por estos bosques. —Le decía con una sonrisa a medias Kharbaal a Aníbal en voz baja, mientras seguían en fila de a dos por una senda practicada dentro del espeso bosque que atravesaban, a cuyos lados se elevaban acacias, todo tipo de matorrales, pinos marítimos, sicómoros, alcornoques, palmeras, robles carrasqueños, encinas, alerces y cipreses, y pinos carrascos mezclados todos ellos entre sí.

Aníbal le golpeó suavemente el hombro, guiñó un ojo y, sonriendo, le dijo plenamente convencido:

—Tienes razón, y ahora me apena en parte cuánto le hicimos sufrir cuando le insistíamos en su obligación de acompañarnos a los bosques, durante las jornadas que pasamos en los campamentos númidas.

—Sí, sí, qué pálido se ponía el pobre Himílcar porque al ser tan formal para los asuntos de estado que considera de su responsabilidad, él ya se veía trotando, llevando a cabo enormes esfuerzos físicos, sudando todo el día, arrastrándose por estos bosques, sin bañarse, sufriendo con todo tipo de incomodidades… —reconocía entre risas discretas el cazador—. No cabe duda, lo suyo es otra cosa, es hablar y discutir, pactar y llegar a acuerdos…

—Porque es un diplomático nato y en esos menesteres Himílcar es un maestro. Para encontrar su mano y su buen hacer solo hay que leer y estudiar los pactos que hemos alcanzado con los númidas masilios —reconoció Aníbal—. Verdaderamente hay que reconocer que los tratados son unas obras de arte que van a conseguir que los escuadrones se alineen a nuestro lado al primer tañido de trompa.

—Y… todos esos jefezuelos mercenarios que acaudillan las cuadrillas de jinetes y que, según tú, acudirán al primer toque de corneta…, ¿crees que son de fiar, de verdad piensas que respetarán los tratados que hemos firmado con ellos? —inquirió Kharbaal abriéndose paso con un machete, ya que la foresta ganaba de nuevo el espacio de la senda gracias a la humedad, las lluvias que solían caer y la benignidad del sol que no era tan abrasador como más al sur.

—Hasta el momento, podemos asegurar que en relación con los pactos suscritos con los númidas, estos han respetado su parte, en la medida en que Kart Hadasht ha cumplido con las obligaciones que le correspondían. De hecho, dentro de unos días Masinisa se nos unirá en Nueva Ciudad y, después de una breve estancia en la capital, viajará con nosotros hasta Isphanya donde pasará una buena temporada a nuestro lado para hacerse un hombre de provecho. En esas tierras nosotros forjaremos su espíritu militar y le ayudaremos a convertirse en un buen guerrero. Para ello, le enseñaremos nuestras técnicas bélicas y nuestras tácticas de combate, y le pondremos al frente de algunos escuadrones de jinetes númidas cuando luchemos contra los iberos rebeldes… —le explicó Aníbal ante la atenta mirada de Kharbaal—. ¡Ah!, y también enseñaremos a Masinisa a gobernar, a tomar decisiones políticas acertadas, y le formaremos para que sea un buen estadista ya que su padre quiere que se convierta, en un futuro próximo, en rey de los númidas…

—Rey de los númidas, nada menos… —silbó entre dientes de manera suave

Kharbaal—. Sí que es ambicioso su padre, Gaia…

—Sí… Tal vez en demasía…, Masinisa… primer rey de los númidas… —repitió Aníbal con voz seria.

—No sé… Puede que no se trate de exceso de ambición y que Gaia tenga razón. Es posible que una monarquía competente y eficaz sea la mejor solución para todas esas tribus nómadas desperdigadas…

—Pues esa misma opinión es la que tiene exactamente el príncipe Gaia. Él cree que una monarquía dispuesta y capacitada es lo más apropiado para los númidas si estos quieren convertirse en un estado fuerte y centralizado, que pueda hacer frente a sus enemigos —le explicó Aníbal según la información y el conocimiento que había recabado después de las largas conversaciones que había mantenido recientemente con el hermano de Naravas.

—Qué casualidad…, dadas las circunstancias actuales, yo estoy seguro de que esa misma forma de gobierno sería la idónea para Kart Hadasht… —dejó caer Kharbaal como si meditara en voz alta.

Aníbal reflexionó durante unos instantes y decidió eludir el espinoso, controvertido y recurrente asunto sobre la conveniencia de una fuerte monarquía de tipo helenístico para Nueva Ciudad.

—Kart Hadasht no permitirá la creación de un reino númida fuerte y centralizado en el corazón de sus dominios y, menos aún, por parte de unos aliados a los que suele manipular con éxito, explotando sus debilidades —opinó Aníbal—. Nueva Ciudad lleva demasiados años aprovechándose de la desunión de esas bandas de jinetes intrépidos, libres como el viento, pero indisciplinados y divididos como solo son capaces los hispanos…

—Tienes razón, pero el peso de los acontecimientos y la voluntad de un solo hombre a veces son suficientes para cambiar lo que ha permanecido inmóvil durante siglos…

Aníbal se quedó en silencio, cavilando. Al cabo de un momento, su amigo tomó de nuevo la palabra y le soltó con una risita:

—Pero antes de ir a Isphanya… Masinisa primero asistirá a tus nuevos esponsales, ¿no?

El joven se sintió picado y dolido por la broma de Kharbaal porque creyó entender que había un insolente tono de burla, por parte de este, como cuando era un niño, junto con un reproche implícito en la inflexión de su voz, como queriendo dar a entender que su madre, Sapaníbal, lo dominaba y le matrimoniaba con quien ella quería. Por esos motivos, permaneció en silencio muy contrariado.

El cazador de elefantes, aunque no era demasiado sutil, se dio cuenta enseguida de la circunstancia e intentó arreglar el malentendido ya que no había intención por su parte en molestar ni en picar al joven bárquida.

—Pues a propósito de tu boda… yo creo que has acertado de pleno al escoger a la dama Saphanbaal, de la que cuentan que es de una belleza sin par, que es mujer

discreta y recatada, que está adornada con todas las virtudes más tradicionales de los cananeos…, ya lo verás, vas a matrimoniar espléndidamente con ella… ¡Ah!, y al mismo tiempo vas a emparentar con los Jhanto, la mejor familia posible de Kart Hadasht, salvando claro está a los Baraq… ¡Qué afortunado!, parece como si te hubiera tocado la mano de Melkart *el Santo*.

Aníbal sonrió satisfecho al oír aquello y se le pasó el enfado al momento.

—La posición social y la seguridad de mi madre y de mis hermanas en Nueva Ciudad, requerían que el hombre de la casa, el cabeza de familia, tomara una decisión adecuada que, de paso, garantizara su serenidad y su estabilidad mediante una alianza matrimonial con la familia Jhanto…

Al final de la senda se llegaba a un claro en el bosque. Se trataba de una llanura de proporciones notables que estaba delimitada por una serie continuada de cerros y por la gran arboleda que la rodeaba. Desperdigados por la misma y acosados por ejércitos de mosquitos y de moscas azules, deambulaban manadas de ciervos rojos que pastaban tranquilamente en el mar de hierbas verdes, frescas y sabrosas que se ofrecía a sus voraces bocas, numerosos grupos de gacelas que correteaban y saltaban alrededor y por el medio de un campo inmenso de lavanda y pacíficos rebaños de antílopes que bebían agua con las patas dentro de un arroyo ancho y caudaloso que discurría por el medio de la sabana formada en el claro; un curso de agua que, en un tramo determinado del mismo, desaparecía bajo tierra y se transformaba en un barrizal, posteriormente en una zona arenosa y húmeda, a continuación en un área seca y cuarteada y, un par de millas más allá, el agua del arroyo volvía a correr de manera bastante fluida.

—Venid, seguidme sin hacer ruido —les indicó en voz muy baja Kharbaal a los componentes del grupo, mientras comenzaba a caminar rápido y agachado—. Vamos a escondernos entre aquellos matorrales que crecen en ese alto —les dirigió señalando un cerro—. Caminamos en fila de a uno. Me seguís, y ahora siempre nos ponemos de cara al viento para que no puedan olernos los animales que tenemos delante de nosotros.

La cuadrilla, como si fuera un solo hombre, le siguió de uno en uno con celeridad y sin hacer ruido. Atravesaron el claro del bosque con presteza, bordeando uno de sus extremos donde clareaban mucho los árboles, y se dirigieron sin detenerse hasta un grupo de nutridos matorrales muy espesos que crecían a lo largo de una pequeña elevación del terreno.

—Aquí estaremos muy bien y podremos observar la manada de elefantes cuando llegue, dado que nuestro olor corre en dirección contraria a los animales y estos no podrán olernos —cuchicheó Kharbaal poniéndose detrás de un tupido grupo de arbustos engalanados por proteas, que exhibían un intenso color rojizo, y de un conjunto de brezos compactos que estaban entrelazados por preciosas flores cuyos

elegantes cálices presentaban la forma de campanitas de tonos violetas y blancos.

Los cuatro batidores acompañantes más Aníbal tomaron asiento y se acuclillaron en silencio entre los matorrales, a la espera de los elefantes. Con todo cuidado y sin hacer ruido, dejaron detrás de ellos la impedimenta pero mantuvieron las lanzas, las hondas, los escudos y los arcos y flechas a mano, en previsión del ataque de alguna fiera.

—¿Cómo sabes que estamos de cara al viento y que nuestro olor se va en dirección contraria a la de los animales que pastan? —le preguntó entre susurros Aníbal a Kharbaal, ya que estaba soplando una brisa prácticamente imperceptible.

Este señaló con un dedo hacia la herbosa llanura y con dos dedos de la otra mano se pinzó la nariz.

—Observa hacia donde se inclina el mar herbáceo, aunque solo sea unos milímetros, fíjate bien en el movimiento que hace todo el conjunto de tallos adelante y hacia atrás… Mira adónde cabecea siempre al principio. Es como un baile que tiene un inicio, y ese comienzo marca el lugar desde donde viene el viento…

Aníbal asintió con la cabeza. Estaba realmente admirado ante el despliegue de agudeza visual que hacía el curtido cazador, que prosiguió susurrando sus expertas opiniones.

—Y ahora, mira bien adónde se colocan la mayoría de los animales que pueden servir de alimento a los leones y a los leopardos si llegaran… Repara en eso y en el tufo de animales y de excrementos que viene de cuando en cuando, junto con los aromas de la lavanda, el olor a lodo que es intenso, el del agua y los insectos, el polvo de la tierra… El viento viene hacia nuestra posición y no desde nuestras espaldas…, si soplara al revés, hacia allá, nuestro olor ya habría ahuyentado a los rumiantes.

El bárquida miró a su amigo con verdadera consideración, ya que estimaba mucho sus extraordinarias cualidades. A la vez, el despliegue de veteranía, destreza y maestría que realizaba en todas sus acciones el experimentado cazador le hacía pensar, con envidia y tristeza, si él sería alguna vez un general tan diestro y avezado en las artes bélicas como lo era Kharbaal en las cinegéticas y exploratorias.

30

Después de pasar unos días en Kastilo, Asdrúbal Barca ordenó a sus oficiales que advirtieran a los ciento cincuenta hombres que lo escoltaban y que constituían un poderoso escuadrón de caballería, que se dispusieran para partir. Enseguida y haciendo gala de una extraordinaria disciplina y de una preparación militar encomiable, todos los hombres acudieron dispuestos a la plaza mayor de la ciudad y formaron montados y en perfecto estado de revista. Asdrúbal pasó revista a las tres unidades de cincuenta jinetes cada una que formaban el escuadrón. Primero inspeccionó la que estaba compuesta por célticos arévacos. A continuación, pasó delante de la que conformaban iberos edetanos y, por último, la que configuraban ágiles númidas. Cuando el escuadrón estuvo preparado para partir a las órdenes de sus oficiales, se dio la orden de marcha hacia el interior continental de Isphanya, donde el bárquida quería obtener una alianza con algunas tribus de guerreros carpetanos.

Tuvieron que cabalgar durante varias jornadas para encontrarse con aquellos pueblos y clanes que no estaban vinculados con tésera de amistad, ni estaban bajo la influencia y el dominio del régulo de la ciudad de Konbouto, enemigo declarado de los cartagineses después del rapto de su hija Lythia por parte de Kharbaal y el posterior matrimonio y residencia de esta en Kart Hadasht.

Asdrúbal se había desplazado hasta Kastilo para asistir a las exequias funerarias de Orisón, el gran enemigo de la familia Barca aunque, en realidad, había viajado hasta la capital de los oretanos no para cumplimentar ni honrar la memoria del odiado régulo fallecido, sino como consecuencia de un irresistible y arrollador impulso interno que le había arrastrado hasta la ciudad oretana para poder ver de nuevo a su cuñada Himilce.

Por ello, su posterior expedición al interior de Isphanya tuvo una doble función: por un lado, intentó demostrar a todos que, en realidad, el viaje y la parada en Kastilo solo habían sido una escala técnica lógica y necesaria en el largo camino que iba hasta la Carpetanía, para acallar algunas voces que le habían criticado por acudir a los funerales de Orisón abandonando Carthago Nova, donde era el gobernador interino de los territorios cartagineses hasta el retorno de su hermano Aníbal. Por otro lado, simplemente se impuso la realidad práctica porque, con independencia de la poderosa fuerza de atracción que sentía hacia Himilce, era cierto que él había planificado el viaje hasta el territorio donde moraban los clanes que acaudillaba Mádriz, antiguo amigo de su padre Amílcar, y compañero de aventuras de Kharbaal y el lusitano Uiro con el objetivo de alcanzar pactos y tratados de amistad con los carpetanos, de cara a la futura expedición cartaginesa que se iba a emprender hacia las tierras de los

vetones y de los vacceos, regiones que se encontraban en la ruta que llevaba hasta los dominios de los kalaikos, tribus célticas que controlaban el rentable y necesario comercio de estaño.

Una de las tribus carpetanas que buscó más en concreto Asdrúbal, era la acaudillada por Mádriz. Estos clanes habitaban y pastoreaban a lo largo y ancho de una comarca en alto rodeada de bosques de madroños, de robles y de encinas que, según contaban los exploradores, poblaban osos y jabalíes en abundancia amén de corzos, venados y gamos. Unas arboledas que les protegían y eran atravesadas y regadas por arroyos y un río pequeño[85] y no muy caudaloso, que bajaba desde unas altas y nevadas montañas que se dibujaban en lontananza. Esa corriente de agua también se aprovechaba para regar unas vegas bastante feraces donde los carpetanos de la zona plantaban y recolectaban abundante trigo, centeno y alfalfa, lo que implicaba un comercio activo con los griegos o sus intermediarios, ya que aquellos proveían las semillas de esta última planta que servía, fundamentalmente, para alimentar a los asnos, mulas y caballos. Otras tribus de su interés se ubicaban cerca de Konbouto[86] y una de las más poderosas de todas ellas dominaba Toletum, un importante castro bien fortificado que estaba situado en lo alto de una amplia meseta amurallada que descansaba, en parte, sobre unas paredes de piedra caliza bastante escarpadas que estaban rodeadas por un amplio meandro del río Tagos.[87]

La expedición en sí misma fue un éxito porque se alcanzó el objetivo previsto, aunque tuvo un desenlace inesperado y muy poco grato. De esta manera, desde el primer encuentro el caudillo de los guerreros de Toletum se mostró muy interesado en firmar un tratado con los poderosos cartagineses, sobre todo teniendo en cuenta que las bases y el centro del núcleo de poder de estos se encontraban lejos, al sur, entre los oretanos, y se expandía más allá hasta las tierras de los turdetanos. Como correspondía a la idiosincrasia nativa, los guerreros de Toletum eran rivales acérrimos de los clanes y familias de Konbouto y también de otro poderoso castro llamado Konsabura. Por ese motivo, además del peso específico de los regalos y los ricos presentes cartagineses, el odio enorme y la rivalidad con los complutenses influyeron considerablemente en el ánimo de los toledanos. Como consecuencia de lo cual se firmó un pacto de hospitalidad y alianza entre los cartagineses y los carpetanos de dicho castro, que se selló mediante el sacrificio de un caballo, animal que todas las etnias y naciones celtas y celtíberas tenían en la más alta consideración posible. El tratado recogía el compromiso de los toledanos mediante el cual estos permitirían el paso a los meridionales para que pudieran atravesar sus tierras. Además, al primer requerimiento cartaginés, los auxiliarían y les proporcionarían alimentos, soldados mercenarios y paso franco a los manantiales, ríos y pozos para aprovisionarse de agua fresca. A su vez, los cartagineses les entregarían buenas monedas de plata, armamento de primera calidad y productos manufacturados y de lujo, joyas y ropajes suntuosos a los que eran muy aficionados esos celtíberos; además de apoyo bélico para combatir a los guerreros de Konbouto y del otro gran rival, los guerreros del

poderoso castro enemigo, Konsabura,[88] si cualquiera de ellos les atacaba.

Firmado el pacto, desde Toletum los cartagineses viajaron hasta las tierras dominadas por los clanes que acaudillaba Mádriz, teniendo buen cuidado de cabalgar lo suficientemente lejos de Konbouto y su zona de predominio. Mádriz les agasajó con todo cariño y dedicación, y junto a él pasó Asdrúbal unas jornadas memorables dedicadas a la caza del oso y del jabalí, que como ya se ha dicho antes, abundaba en los espesos bosques que circundaban la aldea de estos carpetanos.

Asdrúbal le explicó a Mádriz los pormenores de la expedición que iban a organizar los cartagineses cuando su hermano regresara de Kart Hadasht, y la necesidad de emprenderla por tierra para poder llegar hasta los territorios gallegos donde querían hacerse con el control del estaño, imprescindible para la elaboración del bronce y, como consecuencia del mismo, la fabricación de las panoplias de ese metal tan celebradas y demandadas en toda la cuenca mediterránea. Una marcha hacia el oeste cuyo resultado final sería la pacificación y control del centro de Isphanya y la conquista de la tierra de los kalaikos dominando, de paso, los territorios de los vetones y de los vacceos, vecinos de los primeros. Por consiguiente, era esencial la alianza con los carpetanos que dominaban el centro geográfico hispano, ya que por esas comarcas tendrían que transitar e ir y venir los cartagineses, sus correos, sus suministros, los carros de la intendencia, habida cuenta de que la orografía de Isphanya era demasiado inhóspita, dura e inaccesible como para transitarla sin aliados, siempre expuestos a los peligros de una emboscada en cualquiera de los centenares de desfiladeros, quebradas, colinas, cerros arbolados, arroyos, bosques, sierras… que había en esa feroz tierra. A su vez, Mádriz le advirtió de que, aunque estaba más al este y en principio no constituía un peligro cierto dada su lejanía y el área de influencia de esa tribu, sería muy conveniente enviar una embajada de amistad a una de las ciudades más importantes de los territorios dominados por su etnia, el castro fortificado de Kontrebia Karbika,[89] ya que era la fortaleza más grande de los carpetanos. El joven cartaginés siguió los consejos del carpetano y envió una delegación compuesta por cincuenta jinetes y dos oficiales cartagineses de alto rango, con regalos y presentes para el caudillo de dicho castro. Al cabo de unos días, la comisión retornó con una declaración de amistad por parte del consejo de ancianos de esa población carpetana, así como de su caudillo militar, dado que no tenían un régulo como era habitual en otras poblaciones celtibéricas.

Los pactos con los carpetanos se sellaron y con ellos la posibilidad de realizar las próximas expediciones y marchas hacia el interior. Se cerraron alianzas para el futuro con Mádriz y los suyos, que garantizaban unos vitales puntos de abastecimiento y el apoyo imprescindible de unos aliados para poder transitar por esos territorios con ciertas garantías. Por último, se obtuvieron guías, provisiones y agua para la vuelta.

El camino de regreso a Carthago Nova fue bueno y Asdrúbal y su comitiva no tuvieron incidentes hasta casi abandonar las comarcas cercanas a Konbouto, donde fueron atacados por sus guerreros. Los exploradores cartagineses no fueron capaces

de detectar las bandas guerreras que, provenientes de Konbouto, les habían ido siguiendo desde que abandonaron las tierras de Mádriz. Por ello, aprovechando la neblina que se levantaba desde el río[90] junto al que se encontraban los cartagineses, que era el mismo que regaba Konbouto y sus contornos, los carpetanos de esta ciudad atacaron en gran número a los cartagineses cuando el sol caía por la tarde y estaban montando su campamento fortificado. El resultado de dicha acometida y el asalto del acuartelamiento cartaginés por parte de los complutenses fue la pérdida de una docena larga de jinetes cartagineses, el robo de una veintena de sus caballos y parte de la impedimenta y, cuando los feroces carpetanos eran rechazados y se retiraban hacia su capital, un certero lanzazo de uno de sus jefes guerreros hizo que un *soliferrum*[91] volara con exactitud militar y se clavara en medio del muslo del comandante del contingente cartaginés, tirándolo por tierra e inutilizando su capacidad de mando. Los aullidos de victoria de los atacantes, cuando se retiraban con el botín obtenido, orientaron a una parte del escuadrón arévaco que salió en su persecución, pese a los gritos desfavorables de sus oficiales cartagineses, que no lo permitían y les gritaban que regresaran de inmediato. Una hora más tarde, volvieron veinte de los veinticinco arévacos que desobedecieron las órdenes de no hostigar a los fugitivos, llevando numerosas cabezas cortadas de enemigos complutenses, colgadas de las bridas de sus caballos y de cuerdas alrededor del cuello de estos, en el momento en que los dos cirujanos del contingente cartaginés, naturales de Kart Hadasht y Pérgamo, conseguían extraer limpiamente el soliferrum del muslo de Asdrúbal haciendo unas incisiones mínimas, cosían sus dos heridas, las lavaban con agua de vinagre y mostaza, las untaban con miel y una cataplasma hecha con hierbas curativas y corteza de sauce, y envolvían todo el muslo herido y curado con limpias vendas de blanco lino.

Habían transcurrido varios días desde el ataque de los complutenses, y Asdrúbal, que iba tumbado con la pierna vendada sobre un palanquín de madera y cuero que estaba sujeto y era llevado por dos caballos, iba cavilando taciturno camino de Kastilo y de Himilce. Su ánimo se alteraba sobremanera ya que ahora, precisamente, se veía obligado a regresar a esa ciudad oretana para descansar y curar bien la herida producida por el lanzazo carpetano, ya que los dos físicos que le atendían insistían de manera unánime en la necesidad perentoria que había de parar y reposar, sin los traqueteos y el polvo del viaje, para impedir que el orificio de entrada del soliferrum pudiera infestarse ya que no tenía buen aspecto. De lo contrario, ambos galenos también eran coincidentes en su diagnóstico: la inevitable amputación de la pierna a la altura de la cadera.

Asdrúbal resopló agitado, iba a Kastilo y pasaría una buena temporada junto a Himilce, mientras se reponía de su lesión. Se estremeció y su corazón comenzó a latir excitado. Se acomodó como pudo en el palanquín y volvió a ensimismarse en sus

recuerdos y, fundamentalmente, en la última conversación que había logrado mantener a solas con Himilce, antes de partir de Kastilo, como si la estuviera viviendo de nuevo en ese momento, con la misma intensidad e igual emoción:

«—Lo que me acabas de revelar, Asdrúbal, me deja sumida en una profunda consternación… —le confesaba Himilce con una angustia infinita en el tono de su voz presentando un estado de ánimo muy turbado, mientras ambos paseaban por un pórtico del palacio oretano de Kastilo—. ¿De verdad que mi esposo Aníbal va a tomar una nueva esposa?

»—Sí, querida Himilce, de esta manera tan clara y terminante me lo ha notificado mi madre por correo urgente llegado desde Kart Hadasht —le reiteró su cuñado—. Mi hermano se casará con Saphanbaal de la familia Jhanto…, una de las más importantes y poderosas de entre los cartagineses, cuando él regrese a Nueva Ciudad ya que en estos momentos se halla en tierras de los númidas sellando alianzas de amistad… —le explicó Asdrúbal dando a su cuñada un exceso de datos y de información sin interés alguno para ella, porque los nervios de estar a su lado le habían soltado la lengua.

»Himilce se restregó las manos con preocupación e inquietud y, acto seguido, de manera subrepticia, se paso una mano por el vientre.

»—Y… ¿no habrá alguna posibilidad de que se anule ese enlace, o de que Aníbal se arrepienta, o podría suceder que esa familia tan notable dé marcha atrás por presiones políticas o por…?

»—No, mi querida Himilce, me temo que no —zanjó su cuñado sin paliativos—. Si mi madre Sapaníbal está detrás de esa boda, y yo estoy seguro de que ella ha sido la instigadora y la organizadora de ese compromiso nupcial, por razones obvias…, tú puedes estar segura de que esa ceremonia se celebrará…, aunque los romanos desembarquen y asalten Kart Hadasht, aunque Baal Hammon descargue sus rayos destructivos contra la ciudad, a pesar de que el mar saliera de sus profundidades y anegara sus calles y se tragara los templos…, el matrimonio de mi hermano con Saphanbaal se llevará a cabo y se consumará…

»Himilce sintió pánico. Un vértigo imparable se apoderó de ella. Se sujetó el vientre con una mano y con la otra se agarró al brazo de su cuñado, para no caerse al suelo, e intentó serenarse. Él, solícito y conmovido, la tomó entre sus brazos con una mezcla de vigor, protección y ternura a un tiempo, que la sorprendió mucho.

»—Ahora lo entiendo todo…, por eso me envió desterrada a Kastilo sin razón aparente… —sopesó ella con un hilo de voz mientras se colocaba una mano sobre la frente.

»Asdrúbal calibró sus palabras antes de responder.

»—No… En aquel momento nada relacionado con esta boda se había puesto todavía en marcha… Por eso, para todos fue una verdadera sorpresa que te repudiara…

»—Pero… ¡¿es que Aníbal me ha repudiado como esposa?! —preguntó muy

agitada Himilce poniendo los ojos en blanco del susto, mientras el corazón le palpitaba como un caballo desbocado, de una manera tan dolorosa que la alarmó aún más.

»—Verás, en realidad he querido decir que te desterrara de Carthago Nova y te obligara a venir a vivir a esta pocilga… —aclaró Asdrúbal, ya que el repudio equivalía a la disolución del vínculo matrimonial, y ese paso no lo había dado su hermano ni se tenía noticia de que deseara darlo.

»—Asdrúbal…, el palacio donde yo nací, donde me crie, el hogar de mi padre… en el que he sido tan feliz…, no es una pocilga —protestó muy ofendida Himilce con lágrimas en los ojos.

»—Perdóname, mi querida Himilce…, no sé lo que me digo… —se disculpó de inmediato con sinceridad y dolor en la voz Asdrúbal, ya que se sentía muy mal por haber ofendido y hacer sufrir de esa manera a su cuñada—, yo… en realidad… yo quería expresar que tú…, que tú te mereces mucho más que este palacio, mucho más que este castro fortificado…, tú… Tú te mereces todo lo mejor del mundo… Un palacio en Kart Hadasht, o en Alejandría o en Babilonia… Lleno de comodidades y de lujos, y joyas… Y miles de personas que se ocupen de ti y estén pendientes de tus más mínimos deseos… Tú te mereces todo… Tú te mereces ser la mujer más feliz… y la más amada de este mundo… —terminó expresando con pasión y la voz ronca, mientras bajaba la mirada al suelo.

»Himilce se quedó muy sorprendida por las palabras tan apasionadas de su cuñado, así como por el sincero dolor que le había transmitido con sus disculpas. La verdad es que ella, en ese momento, se sentía envuelta y embriagada por los sentimientos tan fuertes que él le declaraba, y una señal de alarma se encendió en su interior.

»—Kastilo no es una pocilga… pero reconozco que estaba mejor en Carthago Nova —admitió Himilce con dulzura y melancolía, secándose las lágrimas que salían de sus hermosos ojos de color miel oscura.

»Asdrúbal alzó la mirada y resopló.

»—Desde luego que no es una pocilga… pero me gustaría mucho que pudieras vivir en Carthago Nova… Tenerte cerca me haría muy feliz… —prosiguió Asdrúbal con apasionamiento.

»Himilce se quedó en silencio, calibrando por primera vez el alcance de las palabras y de los sentimientos que le estaba revelando su cuñado. Al cabo de un instante solo acertó a balbucear:

»—No obstante… aquí estoy, desterrada en Kastilo.

»—Una barbaridad… Ninguno pudimos entender que Aníbal te alejara de su lado…, y yo el que menos… —le confesó con la voz ronca su cuñado, bajando de nuevo la mirada al suelo y armándose de valor—. Porque yo jamás me separaría de una mujer como tú… No podría…

»Himilce, sorprendida y agitada, volvió los ojos hacia su cuñado y se lo quedó

mirando. Él levantó la vista del suelo y sostuvo la mirada de ella. Era la primera vez, desde que se conocían, que ambos se miraban de esa manera. Y así estuvieron un buen rato. Parecía como si hubiera pasado una vida entera, en el transcurso de la cual los dos cuñados solo se hubieran mirado a los ojos.

»De repente, Himilce descubrió en sus ojos y en esa mirada un hombre distinto, como si Asdrúbal fuera otra persona. Ante ella se mostraba un hombre apasionado y tierno que la miraba como nunca antes lo había hecho otro hombre. Siempre, desde que tan solo era una niña, los hombres la habían mirado con deseo, otros con arrobo, otros con ganas e interés, pero Asdrúbal era distinto; él le declaraba su amor con los ojos. Un amor pleno, inabarcable, profundo, inacabable… A Himilce le hizo sentir bien la declaración de ese sentimiento y se sintió muy halagada ante la intensidad de ese amor tan fuerte hacia ella, porque era la primera vez en su vida que era consciente de que fuera capaz de despertar en un hombre una pasión de esa naturaleza, tan noble y tan limpia como aquella. Respiró agitada y, de pronto, se asustó ante lo que significaba aquella mirada y, sobre todo, lo que conllevaba un sentimiento de amor tan fuerte como el que le estaba revelando su cuñado con los ojos. De inmediato, ella comprendió por qué había viajado Asdrúbal desde Carthago Nova hasta Kastilo… Ahora era evidente para ella que no había sido para asistir a los funerales de su padre Orisón, al que tanto odiaba toda la familia Barca… Entonces, se dio cuenta de que Asdrúbal siempre estaba a su lado. Se percató de que siempre le sonreía, en todo momento era amable y tierno con ella. Su mano siempre estaba donde ella la pudiera tomar para apoyarse. En todas las discusiones o peleas siempre se puso de su lado, incluso llegando a discutir con su venerado hermano Aníbal… Él siempre la había amado, desde que la vio por primera vez… Himilce respiró hondo, su pecho se agitaba, su alma se convulsionaba… La quería el hermano que ella no quería que la quisiera… aunque no la perturbaba ni la molestaba en absoluto que Asdrúbal la quisiera de esa manera…, es más, quería que la siguiera queriendo con esa intensidad y que la mirara de esa manera como lo hacía… Ese sentimiento era muy fuerte y perturbador, pero a la vez la satisfacía y la envolvía… y ella ya no estaba segura de querer que solo la quisiera Aníbal… Aquello era un lío pero no podía pensar de otra manera… No le molestaba ni la ofendía que Asdrúbal la mirara de esa manera ni que la amara así… pero ella estaba casada con su hermano… que, por cierto, la había alejado de su lado, se iba a casar con otra mujer y, seguramente, a ella la repudiaría… Sí, todo aquello era un verdadero lío…

»Asdrúbal también se percató de la reacción que habían despertado en su cuñada la intensidad de su mirada, la expresión de sus ojos y la pasión que él sentía por ella. Él quería declararle su amor pero era la esposa de su hermano, al que adoraba y no lo quería afrentar… Él quería hacerla feliz y borrar de su cara aquella expresión de tristeza y de sufrimiento… Él quería verla dichosa y riendo… Él quería bailar con ella encima de las nubes… Él quería quererla y si su idolatrado hermano no la quería, él quería que ella quisiese que él la quisiera… Pero adoraba a su hermano Aníbal y le

quería más que a nada y a nadie en este mundo. Así había sido desde que él nació… Pero ahora él quería a Himilce con todo su ser y ese amor le desgarraba porque la quería y quería ser correspondido… A él nunca le había importado que ella fuera la hija del odiado Orisón, el asesino de su padre, al que reverenciaba… Él siempre se sobrepuso al dolor que sentía por el asesinato de su padre Amílcar porque la quería y quería quererla… A su hermano sí le importaba y mucho, por eso levantó un muro de rencor entre Himilce y él. En cambio, a él no le importaba que ella fuera la hija del asesino, y no le afectaría volver a vivir aquella noche de terror en la que perdió a su amado padre, muerte cuyo recuerdo tanto le había hecho padecer durante años, con tal de estar con ella y de que le quisiera… Él la amó desde la primera vez que la vio, cuando su difunto cuñado Asdrúbal *el Bello* preparó la boda de ella con su hermano Aníbal… Cuánto deseó entonces haber sido el hermano mayor. Nunca antes él había querido ser el mayor, siempre había aceptado gustoso ser el segundo y estar a las órdenes de Aníbal, pero ese día deseó con todas sus fuerzas ser el hermano mayor… incluso llegó a pensar en la posibilidad de que Aníbal estuviera muy lejos de allí, o muerto, o que muriese por un accidente o por una enfermedad… y a Asdrúbal *el Bello* no le quedara más solución que casarle a él con Himilce… Por eso había rezado tanto a Ashtoreth, para que le perdonara por tener esos pensamientos tan criminales contra su idolatrado hermano… Por eso su amor por Himilce le asustaba, porque era tan intenso e incontrolable que no podía combatirlo y este era capaz de hacerle querer el mal para su adorado hermano Aníbal… Por eso cada vez que pensaba en ella se sentía muy bien y muy mal, a un tiempo, porque su conciencia le hacía sufrir y padecer, y su memoria le hacía gozar recordando a la mujer amada… Y todo ello no podía evitarlo ni impedirlo… La quería, y quería que ella quisiese que él la quisiera…

31

—Así que nos ibas a llevar a un sitio que nos iba a entusiasmar… ¿eh? —le recriminaba Hannás al espía griego que les iba a conducir hasta Sodalis, el asesino de Asdrúbal *el Bello*—. Esto es peor y más asqueroso que una cochiquera, esto es una cuadra inmunda.

El espía sonrió enseñando las pocas piezas dentales que le quedaban, que estaban enmarcadas por una boca sucia y apestosa, unos labios cortados, un rostro surcado por numerosas cicatrices, una barba mal afeitada; y contestó:

—Únicamente he velado para que no mengüe tu bolsa llena de monedas de plata cartaginesa, para que todos disfrutéis con la selecta compañía y las bellas mujeres que nos rodean y, además, porque se trata de un albergue de los más limpios y discretos como seguramente habrás podido comprobar.

Uiro resopló y le tiró una piedra que encontró en el suelo de tierra apisonada de la lóbrega habitación que compartía con el espía, con Hannás, con Bhocas y con Iñurbe.

El hostal era realmente pobre, sucio e infame, pero garantizaba a los integrantes del grupo un anonimato total y les proporcionaba la posibilidad de pasar desapercibidos entre la calaña del tipo de personas, de todo pelaje y catadura, que allí se hospedaban y que pululaban por la zona: matarifes, mercenarios, prostitutas, descuideros, ladrones y delincuentes… Además, la fonda se encontraba situada dentro del recinto amurallado más alto de Arse, a los pies de la acrópolis saguntina, lugar por el que solía transitar y residir el traidor Sodalis, que era el objetivo del grupo pues su misión era secuestrarlo y conducirle preso a Carthago Nova, donde sería interrogado por Aníbal y sus verdugos para confirmar las sospechas que aquel tenía acerca de quién estaba realmente detrás del magnicido.

—Sabandija… Tú encuentras adecuada esta pocilga porque a saber dónde moras habitualmente —sentenció sonriendo el libio.

El sucio agente asintió con un movimiento de cabeza.

—En verdad que llevaba mucho tiempo sin dormir bajo techado…

—Tampoco importaba gastar algo más de dinero, con tal de alojarse en una cuadra menos asquerosa que esta, ¿no? —opinó Iñurbe.

El griego volvió a realizar una mueca parecida a una sonrisa.

—Ese dinero que ahora ahorramos en el alojamiento… vendrá muy bien para poder sobornar a los guardias de la acrópolis… y para pagarme a mí con algo más de generosidad… —les indicó el mugriento confidente—. Porque yo supongo que querréis visitar el interior de la ciudadela fortificada, ver sus defensas, su fábrica de armamento…

—¿Has arreglado nuestro acceso a la acrópolis de Zakynthos? —le preguntó

Bhocas utilizando el vocablo griego que se refería a Sagunto.

El soplón se encogió de hombros e hizo un gesto afirmativo entornando los ojos varias veces.

Hannás se lo quedó mirando fijamente y sentenció:

—Nuestro primer objetivo es Sodalis…

—Ese pez ya está en la red —respondió el delator griego—, y por un poco más de plata, podréis espiar para vuestro amo cómo es la ciudadela fortificada de ahí arriba…

—¿De qué amo hablas? —preguntó Uiro.

El hediondo griego soltó una serie de risitas molestas y desagradables.

—Pues quién va a ser… Aníbal, el hijo del León de Cartago…

El lusitano se lo quedó mirando mientras pensaba: «qué gusto me va a dar rebanarte el cuello cuando acabemos la misión»; aun así, le dedicó una encantadora sonrisa de lobo.

—Suponiendo que nos interesara conocerla…, ¿cuándo podríamos subir y qué costaría? —se interesó Hannás.

El agente volvió a realizar una mueca que pretendió ser una sonrisa, extendió la mano y respondió:

—Por doce shekeles de plata… Ya mismo…

Iñurbe, que estaba junto al mísero ventanuco que daba a un callejón y que ventilaba algo la estancia, les comunicó:

—No faltará mucho para que se ponga el sol.

El espía griego se levantó del suelo, donde reposaba sobre una manta realmente asquerosa, y dijo:

—Ahora es el momento.

Hannás sacó de la bolsa la cantidad solicitada por el espía y se la entregó a este, quien, a su vez, colocó la mitad dentro de una bolsita de tela vieja y sucísima, y se guardó el resto.

Como un solo hombre, los componentes del grupo se levantaron y siguieron al desaliñado soplón. Salieron de la paupérrima hospedería a una callejuela flanqueada por casitas bajas de piedra y barro seco, con tejados cónicos de paja y alguna con tejas, tomaron a mano izquierda y caminando dejaron el barrio de la ciudad media donde se encontraba su hostal. Con buen paso iniciaron la ascensión hacia la meseta amurallada donde se ubicaba la parte más alta de Arse, subida que iba teniendo algún que otro tramo más duro como consecuencia de los desniveles que se iban produciendo entre las callejuelas. En uno de los miradores naturales, que se abría en una curva un poco más ancha, y que enfilaba directamente hacia la acrópolis, pararon un momento para dejar paso a unos guardias saguntinos que conducían a la carrera una cuerda de prisioneros turboletas[92] y edetanos, que llevaban sujetos por el cuello con sogas corridas y con las manos atadas a la espalda.

—¿Y esos? —preguntó en voz baja Uiro.

El espía esperó a que se alejaran aún más los guardias y respondió:

—Unos son seguramente de Edeta,[93] la capital de los edetanos, y los otros son turboletas, una tribu que vive en unas sierras fronterizas extrayendo de ellas un hierro de la máxima calidad con el que los iberos forjan sus falcatas… A la fuerza, son proveedores en exclusiva de los edetanos de Arse quienes intermedian y venden una parte de ese mineral a la ciudad de Massalia,[94] a través de Emporio, para su distribución a los mercados griegos, y otra parte, se la venden directamente a Roma…

—Y esa exclusividad ha provocado el enfado de Edeta, ¿no? —intervino Bhocas.

—Claro. Es la capital y se está quedando fuera de ese comercio y de sus enormes ganancias —contestó el confidente griego.

Hannás comenzó a pensar que Aníbal era un elegido de los dioses cuya mente iba más allá que la del resto de los cartagineses. Por eso les había enviado a Arse, no solo para atrapar al traidor Sodalis, sino para que acopiaran información estratégica y militar de sus enemigos y las relaciones entre ellos y, sobre todo, sobre los saguntinos, habitantes de una urbe que mantenía un vínculo demasiado estrecho y provechoso con romanos y griegos en Isphanya, como para ser tolerado y admitido por los intereses geopolíticos y económicos de Kart Hadasht.

—Ahora los de Edeta y los turboletas mantienen conflictos armados con los saguntinos y con sus mercenarios griegos, por esa causa…, porque Arse es la ciudad más rica y puede pagar el mejor ejército… —terminó de explicar el mugriento espía —. De cuando en cuando, los saguntinos y sus mercenarios griegos atacan a los turboletas y a los de Edeta… Al final, tendrá que intervenir Cartago…

Hannás meditó durante unos instantes dado que el alcance de la última frase del griego era significativa: «Al final tendrán que intervenir los cartagineses». Desde el rellano que ocupaban, observó, debajo de donde estaban ellos, cómo se extendían los barrios de la parte media y baja de la ciudad, algunos ya extramuros, que iban creciendo a ambos lados del río Palancia en dirección al cercano puerto y la barriada que se había ido levantando a su alrededor; y concluyó que se trataba de una ciudad no muy grande pero muy difícil de conquistar, incluso por un formidable ejército como el de Aníbal, y eso sin contar con las defensas de la ciudadela fortificada que aún no conocía.

A una señal del espía, caminaron tras la cuerda de presos y llegaron hasta la puerta de entrada de la ciudadela, que de tamaño reducido se abría en la muralla en la parte más escarpada de la ciudad. Allí les paró uno de los oficiales de los guardias que iba muy uniformado con una vistosa armadura de esparto que le cubría el pecho y la espalda, sobre la que el armero había cosido una protección hecha con escamas de bronce superpuestas. La armadura le caía sobre una falda de cuero que le llegaba a las rodillas. De su costado derecho colgaba un tahalí del que pendía una falcata dentro de una funda de madera y cinchas de hierro. Se tocaba la cabeza con un casco del mismo metal que la loriga, que estaba coronado con una cimera adornada con crines de caballo teñidas de rojo ocre. El soldado que acompañaba al oficial les detuvo y les

cerró el paso poniendo delante de ellos un escudo céltico, grande y oval, adornado con dibujos geométricos iberos de vistosos colores, y un soliferrum.

El agente se adelantó un poco y, disimuladamente, le entregó al oficial la bolsa con monedas mientras le guiñaba un ojo. Este la sopesó con mano experta y asintió.

—Está bien, podéis pasar para entrevistaros con los armeros de falcatas, pero dejad vuestras armas en el cuerpo de guardia y no tardéis mucho porque la ciudad fortificada se cerrará dentro de un rato —les indicó el oficial saguntino en voz alta para que le oyeran los otros guardias.

En ese momento, Hannás receló, reculó y preguntó entre susurros a los suyos:

—¿Qué hacemos?

—Pues dejar las armas como nos han dicho y pasar al interior de la fortificación —le respondió con toda tranquilidad Uiro—. Aunque entremos armados, no podríamos defendernos si nos atacan y detienen ahí dentro…

—Vamos, ¿a qué esperáis? —les instó el espía griego—. Nos aguardan los armeros y dentro de poco apagarán los fuegos de las fraguas y marcharán a casa…

Hannás hizo una seña y avanzaron hasta una pequeña garita donde dejaron los puñales y falcatas que colgaban de sus cinturones. Acto seguido cruzaron el umbral de la portezuela que daba acceso a la acrópolis de Sagunto.

Cuando accedieron a la misma, vieron una meseta alargada rodeada por una línea continua de muralla ciclópea al estilo ibérico, como las murallas de Ullastret y Kesse, [95] con algunas torres a lo largo de la misma. A su izquierda se levantaba un edificio grande de piedra, con techo de tejas que era el Senado saguntino. A su lado había una serie de casas bajas enjalbegadas con techos de paja y otras de tejas. Hacia la otra punta del baluarte estaban los cuarteles de las unidades de élite que custodiaban la acrópolis, dos templos y, hacia el final, se encontraban las forjas y hornos de fundición más importantes de Arse, donde se fabricaba todo lo necesario para la mejor defensa de la ciudad.

De aquí para allá, pululaban guerreros que subían a lo alto de las murallas o bajaban de las mismas, algunos comerciantes que vestían a la manera griega, y varios ancianos relativamente bien vestidos, con túnicas albas y limpias, que eran senadores de la ciudad.

—Vamos hasta el final, para que veáis el resto de la fortificación.

—De subir a la muralla…

—Ni hablar. Se supone que sois comerciantes y que venís para ver y comprobar la calidad de las falcatas y los puñales que se hacen aquí, con idea de comprarlas y exportarlas a Egipto y Siria… —les explicó el griego.

Caminaron por el centro de la acrópolis, una calle rectilínea de un par de metros de ancha que unía los dos extremos del bastión, a cuyos lados se apiñaban edificios de dos alturas, casas bajas y pequeñas herrerías y armerías. Llegaron hasta el final de la ciudadela, con el propósito de hacerse una idea de todo el perímetro defensivo, y, siguiendo las indicaciones del espía griego, penetraron en una pequeña armería cuyos

amos estaban debidamente advertidos por él. El taller estaba situado donde terminaba el recinto, al pie de la parte final de la muralla que cerraba todo el imponente recinto defensivo.

—Aquí se puede apreciar la calidad de la fabricación de las mejores espadas, puñales y falcatas de Sagunto y de toda Iberia —les dijo el agente griego al penetrar en lo que parecía la tienda de la armería, cuando salía a recibirlos uno de los dueños—. Si el armamento es de vuestro agrado, se puede negociar un precio razonable, ¿verdad?

—Naturalmente… —contestó el armero saguntino con una sonrisa contenida—. Si me acompañan al interior, les explicaré someramente nuestra técnica de forjado que, básicamente, consiste en el martilleo en frío de tres planchas de metal de hierro turboleta…, a continuación, se coloca la empuñadura del material que escoja el que va a adquirir y esgrimir la falcata…

Los componentes del grupo siguieron al saguntino hasta el interior del taller donde contemplaron la técnica descrita. Allí, sobre un enorme yunque, trabajaban tres herreros. Uno de ellos sujetaba con una tenaza lo que ya iba pareciendo una espada, y los otros dos, con un sólido martillo en cada mano, la golpeaban sucesivamente siguiendo el ritmo del repiqueteo del metal. El sudor de los tres hombres les empapaba y sus gotas, como una lluvia, resbalaban por todas las partes de sus cuerpos. Siguieron caminando unos pasos y vieron las forjas y los hornos donde se reducía a metal el mineral de hierro. Posteriormente, contemplaron cómo colocaban las empuñaduras según la riqueza y posibilidad de quienes adquirían las espadas, pues unas, las más, eran de hierro y cuero, otras se adornaban con marfil, y otras, incluso con oro y plata.

Al finalizar el recorrido, salieron al comercio por donde habían entrado. Allí les mostraron las virtudes de su producto principal: la falcata. Uno de los vendedores tomó una de las que estaban terminadas y pendientes de entrega, y se la puso sobre la cabeza. Acto seguido, con las dos manos la dobló tocando simultáneamente la empuñadura un hombro y la punta el otro. Para finalizar la demostración de calidad y la bondad de su forja, soltó las dos manos de golpe y la falcata, como si tuviera un muelle en su interior, se enderezó y voló hacia arriba. El maestro armero, con mano experta la cogió al vuelo según caía.

—¡Prodigioso! —exclamó Hannás exagerando un poco su expresión para halagar a sus interlocutores, mientras proseguía dando al tono de su voz una inflexión de comerciante experimentado—. Si todas vuestras falcatas tienen esa dureza, esa flexibilidad y ese filo… creo que podremos hacer muy buenos negocios…, y obtener pingües beneficios…

Los armeros saguntinos sonrieron satisfechos y acordaron con Hannás que se entrevistarían al día siguiente para concretar el pedido, su importe, el plazo de entrega y todas las cuestiones relativas a esa transacción; que podrían formalizar y documentar en uno de los templos en ibero y en griego, ya que los edetanos tenían

escritura propia, la común a toda la etnia ibera.

Se despidieron con apretones de manos y Hannás recibió una tésera de barro cocido con el sello del taller, para que al día siguiente le permitieran el paso a la acrópolis.

Poco después, el grupo caminaba deshaciendo el camino cuando el sol ya se ponía y las sombras comenzaban a ganar lentamente la ciudad. Cuando llegaron junto al edificio del Senado saguntino, cerca de la puerta de paso de la muralla, vieron cómo el traidor Sodalis salía del mismo, bajaba los cuatro escalones de la escalera que elevaba del suelo la edificación, y se reunía con un rufián de aspecto violento que le estaba esperando armado al pie de aquella, el cual echaba a andar detrás de él.

Uiro reaccionó con presteza y tomó la iniciativa, dada su mayor experiencia y que era el líder natural de los otros dos mercenarios, siempre, eso sí, supeditado a las instrucciones de Hannás.

—Vamos, vivo, tras él.

Sin esperar más el grupo apretó el paso y salió en pos de Sodalis y su guardaespaldas. Atravesó la puerta de salida de la muralla, a escasos pasos del traidor y, mezclados con las personas que abandonaban el último baluarte saguntino, le siguieron calle abajo caminando con prontitud por las callejuelas y curvas por las que descendía la urbe saguntina.

—Este va al puerto, ha debido cobrar y se dirige a gastar el dinero en las casas de placer —les indicó entre susurros el espía griego.

A una seña de Uiro, Iñurbe se quedó en el cuerpo de guardia para recuperar el armamento que habían dejado a la entrada.

—Si vamos a detenerle, debemos esperar a Iñurbe, porque sin armas… —opinó el cartaginés.

—¿Quién ha dicho que no llevemos armas? —preguntó Uiro con cara de inocencia y una mueca burlona en la boca, mientras extraía un puñal de generosas dimensiones de una faltriquera que llevaba bajo la ropa.

Hannás iba a protestar porque les podían haber detenido los guardias en la ciudadela saguntina, pero tuvo que sonreír y callar cuando observó cómo sacaba Bhocas una enorme daga de entre los pliegues de su ropa, mientras caminaba con rapidez, y otra más reducida de las ataduras de su bota, que le llegaba hasta la rodilla. Uiro sonrió, y en un momento sacó de su espalda otra daga, que llevaba alojada bajo el ancho cinturón, pegada a los riñones.

Sodalis y su guardaespaldas bajaban hacia el puerto casi al trote.

—Pues sí que esos dos tienen ganas de aliviarse con las prostitutas —exclamó Iñurbe resoplando, en tanto que llegaba junto a ellos, casi a la carrera, entregando las falcatas que llevaba en las manos a sus propietarios.

Dejaron atrás la plazuela donde se situaba la mísera hospedería donde habían pernoctado esos días.

—Iñurbe… tú sí que dejaste todo tu armamento en el cuerpo de guardia antes de

entrar en la acrópolis, ¿verdad? —le preguntó esperanzado Hannás, mientras bajaban por una calle en curva, con casas adosadas a los lados, y bastante pendiente.

El arévaco negó con la cabeza y sonrió.

—Bajo la túnica siempre llevo un pequeño tahalí sujeto al costado, debajo de la axila, con un buen puñal que me traje de la guerra de Sicilia… Ligero y flexible, es mortal en distancias cortas…

Hannás resopló.

Pronto salieron del recinto de la ciudad media. Pasaron bajo una de las puertas de su poderosa muralla y comenzaron a descender por una calle, con casas a los lados, que iba hacia el puerto. En esta parte baja de la ciudad, extramuros, las construcciones eran más escasas y estaban menos apiñadas ya que la urbanización se limitaba a poco más de un par de barrios, a los lados del río Palancia. Cruzaron el puente junto con las docenas de personas que se dirigían hacia el puerto, sin perder de vista a Sodalis y su escolta.

Al poco de adentrarse en el barrio portuario, apenas unas docenas de casas a lo largo de una calle, y varios edificios y almacenes, el traidor Sodalis y su acompañante se acercaron a una casa con luces rojas en su entrada, delante de la que había un grupo de meretrices muy pintarrajeadas, y que enseñaban unos pechos generosos, caídos y con los pezones pintados con carmín de un rojo intenso; mientras cantaban en voz alta las excelencias de sus cuerpos, sus virtudes amatorias y los precios tan asequibles que cobraban.

—¡Qué tacaño tan miserable!… Se ha venido solo con un guripa para no tener que invitar a putas a todos sus protectores, que son otros tres… —exclamó entre susurros el sucio agente griego.

—Pues a lo mejor, con un poco de suerte, tampoco le va a aprovechar a él la faena —opinó Iñurbe con una sonrisa que hasta pavor daba.

Sodalis caminó directamente hacia una de las prostitutas. La cogió de la mano y se dirigió con ella al interior de la taberna. El guardaespaldas se quedó esperando junto a la puerta, apoyado contra la pared, mientras el resto de las meretrices volvían a su ocupación de anunciar sus habilidades en los lances del amor mercenario.

—Siempre escoge a la misma… Una griega de Massalia… o eso dice ella que es… —les informó babeando el griego, con cara de envidia.

—Se habrán hecho novios… —soltó sarcástico Uiro—. Muchachos, vamos a ello, según hemos planeado cien veces en la pocilga de ahí arriba.

Mientras Hannás y el espía griego se quedaban esperando, en una taberna de enfrente, Uiro e Iñurbe rodeaban el edificio, y Bhocas entraba en el lupanar detrás de Sodalis y su «novia».

La pareja pasó por la estancia principal, un garito con una especie de barra y mesas donde bebían, gritaban y se sacudían de lo lindo cerca de veinte hombres y otras tantas mujeres, y se introdujo en un pasillo, al fondo, donde había cuatro habitáculos para que se llevaran a cabo los satisfactorios y correspondientes

encuentros corporales.

Bhocas, pese a su envergadura y a lo imponente de su figura, consiguió entrar en el pasillo tras ellos, sin que nadie del garito le importunara, y los vio pasar a uno de los cubiles, el que estaba más al fondo. Se acercó a la puerta y esperó.

Uiro e Iñurbe espiaron las dos primeras ventanas que había en la casa, levantando un poco la cortinilla de cuero que quitaba luz, frío y proporcionaba algo de intimidad. Dieron la vuelta y, al subir un poco la cortina de la siguiente ventana, encontraron lo que buscaban.

Sodalis ya estaba colocado detrás de la profesional, quien a cuatro patas sobre el mísero jergón que hacía de tálamo le ofrecía las partes más estimulantes de su anatomía. Tan enfrascado estaba el traidor en el cuerpo de ella y en los movimientos de empuje que estaba haciendo, que no se percató de la entrada de Iñurbe por la ventana, quien se dirigió a ellos con la falcata en la mano.

—Un solo grito, ruido o alarma y os rajo a los dos aquí mismo —les amenazó casi sin alzar la voz.

La prostituta se separó rápidamente de la coyunda y se quedó sentada en la cabecera de la cama, hecha un ovillo y sin decir ni palabra; en el momento en que Uiro, resoplando, entraba por la ventana.

—Qué mierda… estoy mayor, lo que me ha costado entrar… —rezongó por lo bajo.

—Tú te vienes con nosotros, tenemos que preguntarte un par de cosas —le dijo entre dientes Iñurbe a Sodalis, ante la mirada incrédula de este, que no los conocía e ignoraba qué podían querer de él.

—Si no nos das problemas, enseguida volverás con tu «novia» y podréis continuar lo vuestro —le indicó Uiro, mientras le apuntaba con la falcata sobre la espalda, detrás del corazón.

Sodalis recogió su túnica del suelo, en silencio, y se la puso al tiempo que Iñurbe con toda rapidez le amordazaba la boca con fuerza.

—Es por tu bien…, para que no tengas tentaciones perjudiciales para tu salud… —le indicó el arévaco atando sus manos a la espalda.

—Chica, quédate la bolsa hasta su vuelta —le dijo Uiro lanzándosela después de arrancarla del cinturón de Sodalis, mientras ella la cogía al vuelo y hacía tintinear su contenido con una sonrisa, e Iñurbe daba cuatro golpes en la puerta para que Bhocas supiera que la misión iba según lo planeado.

Entre los dos mercenarios sacaron al traidor por la ventana, y ya desde la parte de atrás de la casa los tres se encaminaron sin tardanza, campo a través, hacia la parte del puerto más a oscuras, donde los esperaban Quilón y Dimitri embarcados en la *Bahía de Neapolis*, para navegar rumbo a Carthago Nova.

Bhocas salió del lupanar, observó que el escolta había comenzado a timarse con una de las meretrices de la entrada, porque seguramente Sodalis le habría prometido pagarle un buen servicio con una de ellas, y con celeridad se encaminó a la taberna de

enfrente donde le esperaban Hannás y el griego; aunque solo el cartaginés iría con él hasta el puerto saguntino una vez que el espía hubiera cobrado lo que se le adeudaba.

Sin percances y amparados por las sombras de la noche, todos los componentes del grupo fueron llegando hasta la *Bahía de Neapolis*. Quilón dio orden de prepararse para zarpar, pese a la oscuridad, según tenía acordado con Hannás. Metieron y ataron en la bodega a su «huésped», y la embarcación comenzó a separarse del muelle deslizándose sobre las negras aguas a golpes suaves de remo.

—Misión cumplida, Hannás —exclamó Bhocas sonriendo mientras la galera enfilaba la salida del puerto y los marinos desplegaban la vela cuadrada.

—Efectivamente, amigos, únicamente nos queda llegar a Carthago Nova con Sodalis vivo, entregarlo a los verdugos, y la misión habrá sido todo un éxito…

32

Himilce llevaba unos días muy inquieta, se veía turbada por una zozobra que la desasosegaba sin darle apenas respiro. Por la noche, durante el reino de la oscuridad, cuando todo invitaba al relax y al abandono del espíritu en los brazos de los dioses nocturnos que, con su embrujo, hacían perder el sentido y la conciencia a los humanos, ella no podía descansar bien porque su sueño se veía alterado por una continuada sucesión de ensueños y pesadillas muy inquietantes. Tampoco el sosiego llegaba a su espíritu cuando el sol reinaba, después de ganar su batalla diaria matutina a las sombras, porque este la encontraba alterada dado que era entonces cuando rememoraba lo soñado, intentaba encontrar explicación a las imágenes sufridas y luchaba contra sus fantasmas.

Durante los últimos días, de manera repetida y recurrente, había soñado con su esposo Aníbal. Este se encontraba en tierras extrañas y lejanas, rodeado por un grupo de soldados y de jinetes que lo acompañaban. Parecía como si estuviera buscando alguna cosa o a alguna persona que ella desconocía. Una parte de sus acompañantes era completamente ajena a él, mientras que el resto del grupo lo formaba una amigable escuadra compuesta por un círculo de los más allegados a su persona, como amigos íntimos y familiares directos.

Ella contemplaba cómo Aníbal cabalgaba a lo largo de una serie de sendas tortuosas que se abrían camino a través de unos cerros boscosos de color vino oscuro, cuyo suelo pantanoso era de lodo y barro pegajoso y nauseabundo por el que se deslizaban chapoteando serpientes, lagartos de gran tamaño y toda clase de reptiles asquerosos y dañinos. Esas tierras estaban pobladas por matorrales densos y espinosos, y unos árboles enormes de color morado oscuro en cuyas ramas de color negro anidaban enormes pájaros, del tamaño de los buitres, pero que trinaban como los gorriones.

Repentinamente, se levantaba desde el suelo putrefacto y hediondo una densa niebla lechosa que envolvía a los hombres y cuanto les circundaba que impedía ver con nitidez. En ese momento, ella comenzaba a sentir una desagradable sensación de peligro inminente que le oprimía el pecho impidiendo su respiración normal. Un desconsuelo y un desasosiego imparables la ganaban, mientras su esposo Aníbal seguía avanzando solo ajeno a la amenaza inaplazable que se cernía sobre él, y un miedo insuperable se apoderaba de ella, la atenazaba y la paralizaba de terror.

Entonces, Himilce intentaba gritar para advertir a su esposo acerca de una presencia amenazadora que presentía que lo iba a perjudicar y a lastimar sin duda, y de hecho gritaba con todas sus fuerzas hasta desgañitarse, pero de su garganta magullada no salía ningún sonido pese a su desesperación y a las lágrimas que se le

saltaban por el dolor causado por el gran esfuerzo físico que realizaba. Himilce sufría intensamente, como si estuviera despierta, sentía un gran dolor como si estuviera viviendo realmente aquello, pero estaba paralizada, no podía moverse y no podía hacer nada. Ante esa impotencia, una gran desesperanza, una aflicción enorme y una sensación de orfandad infinita se abatían de nuevo sobre ella. Desesperada, se echaba a llorar sin que su sufrido y sentido llanto hiciera ruido, desmadejada, hundida y abandonada.

Pese a la niebla y a las inquietantes sombras y fantasmas que lo envolvían, Aníbal seguía avanzando sin escuchar las voces de los suyos, que lo llamaban, se separaba definitivamente de amigos y desconocidos y se encaminaba hacia un claro que se abría en el repelente bosque, en cuyo centro se alzaba una especie de templo de piedra escalonado, tan extraño como ella no había visto nunca, en lo alto de cuyas gradas, que estaban tenuemente iluminadas por antorchas, le aguardaba la figura de un sumo sacerdote, o un chamán o un druida. Tal vez fuera un rey… Ella nunca sabía qué era ni quién era aquel hombre, únicamente sabía que no era bueno.

Aníbal se bajaba del caballo, caminaba por el repulsivo suelo enlodado con los brazos en alto y las manos a la altura de su cara, para protegerse de las tinieblas, mientras apartaba los girones de la tenebrosa niebla que lo cercaba, y se dirigía hacia el pie de la escalinata que ascendía hasta la cúspide del templo. Una vez allí, miraba hacia lo alto, un cielo negro sin nubes, ni estrellas, ni pasado, ni futuro, y comenzaba a subir las escaleras de piedra con gran dificultad, dado que los escalones eran muy empinados y estrechos, y estaban cubiertos por una nauseabunda alfombra de sangre oscura, viscosa y resbaladiza.

En un momento dado, de una de las gradas del templo se abría un nicho y aparecía una figura de apariencia humana y amenazadora, en cuya mano ella podía ver la presencia de una lanza toda de hierro, dañina, peligrosa, asesina. Mientras tanto, Aníbal seguía ascendiendo dificultosamente por los escalones y, como sudaba tanto y se esforzaba tan notablemente, para aliviar su sacrificio y su esfuerzo comenzaba a desprenderse de los hábitos de su protección militar. De esta manera, tiraba el casco y se quitaba la coraza de bronce, que arrojaba escaleras abajo. Nada se quedaba que le pudiera socorrer en el combate ni le salvaguardara de sus enemigos. Y así, desnudo, desarmado y osado seguía subiendo hacia la cúspide.

De repente, otro ser espectral se mostraba desde otro nicho abierto en medio de otra grada de piedra. También de apariencia humana pero pernicioso y horripilante. También con una lanza enteramente de hierro, de una sola pieza. Aníbal le miraba y aquel, sin mediar palabra ni provocación corporal, ni advertencia, ni reconvención, a una señal secreta del misterioso dirigente de la cúspide le lanzaba el venablo al corazón con fuerza e intención homicida.

Aníbal, ágil y fiero, se revolvía con prontitud y la lanza de hierro no alcanzaba su corazón pero se clavaba en medio de su muslo, dejándole inválido, a merced de sus enemigos. Entonces, su esposo comenzaba a caer rodando por las escaleras, herido,

sangrante, inerte.

Ella recobraba su movilidad y corría con todas sus fuerzas y sus ganas hacia su esposo, aunque en realidad el lodo viscoso la atrapaba y la obligaba a desplazarse con la velocidad de una tortuga de jardín, haciendo un esfuerzo inhumano, mientras contemplaba desesperada e impotente cómo el esposo se precipitaba hacia abajo, deslizándose por la escalera, mientras se golpeaba y se laceraba la cabeza y el cuerpo con los pétreos escalones.

Por fin, ella conseguía alcanzar el cuerpo herido y derrotado de su esposo que yacía al pie del templo, inmóvil y sin dar señales de vida, y cuando llegaba junto al mismo y le tomaba con ternura la cara entre sus manos, descubría que era la cara de su cuñado Asdrúbal; un hallazgo que le provocaba el mayor de los sufrimientos, una angustia que la abatía y la zozobra más insalvable.

Debatiéndose en sus pensamientos retorcidos y torturados se encontraba Himilce, encerrada sobre sí misma. Estaba dentro del palacio real de Kastilo, sentada sobre un banco de piedra en uno de sus patios interiores, cuando la sacó de su ensimismamiento la voz de Agenor, el viejo mayordomo fenicio de su padre, que seguía ocupándose de la llevanza del gobierno económico, la hacienda y el cuidado y gobierno de la casa del rey, que ahora era su hermano Cerdubeles.

—Mi querida niña, tu hermano, el rey, quiere verte enseguida —le informó con dulzura y una sonrisa tierna.

Himilce le devolvió la sonrisa a Agenor, a quien adoraba desde niña correspondiendo a los ríos de amor y cariño que este le había proporcionado desde su nacimiento, y pensó, con cierta alegría, que su relación con Cerdubeles había mejorado bastante desde que habían asistido juntos a los funerales de su difunto padre, Orisón.

—Entiendo, mi querido Agenor, que ese «enseguida» no admitirá demora, ¿verdad? —le consultó Himilce resoplando, dado que en ese momento no tenía ánimo ni ganas de mantener una entrevista.

—Efectivamente, mi adorada niña, me temo que Cerdubeles te está esperando en el salón del trono porque tiene un asunto muy importante que, en tu condición de princesa oretana, quiere hablar y discutir contigo…

—¿Es un asunto grave? —preguntó ella preocupada.

—Vamos a ver al rey —contestó Agenor sin dar más explicaciones.

Ambos, sin tardanza, salieron del patio, recorrieron un pequeño pasillo, atravesaron el gran patio central que estaba ajardinado, y penetraron en un corredor no muy largo que desembocaba en el salón del trono, donde aguardaba Cerdubeles con tres de sus consejeros de pie alrededor de una mesa llena de documentos. Este, al verla llegar, la saludó:

—Hermana…

—Hermano… —respondió Himilce haciendo una ligera reverencia.

—Quiero que, en tu calidad de princesa de Kastilo, te ocupes de un problema importante y grave que se nos presenta, del que tenemos que salir bien parados —le comenzó a explicar el régulo oretano, denotando gran nerviosismo en el tono de su voz.

Himilce, alarmada ante esas palabras y alterada por sus sueños, dio un respingo sonoro.

Cerdubeles notó la inquietud extrema en el semblante pálido de su hermana, y la intentó sosegar:

—Estate tranquila que no es algo que afecte a los nuestros directamente. Todos están bien. Se trata de una responsabilidad que derivará en un problema político que nos puede perjudicar mucho o, por el contrario, beneficiar en demasía…

Himilce, alterada y nerviosa, reaccionó exasperada.

—Por la diosa Astarté, dime ya de qué se trata.

—Está bien… Acaba de llegar un mensajero a caballo desde las tierras de los carpetanos. Traen a un herido del más alto rango al que debemos cuidar hasta que se cure y sane por completo —le explicó Cerdubeles nervioso, sin precisar nada.

—Pero, ¿quién es ese herido que tiene tanta importancia, y por qué tenemos que cuidarlo nosotros? —preguntó Himilce sintiendo una gran inquietud y desasosiego en su interior.

A un gesto del régulo oretano, que estaba ciertamente nervioso y descompuesto, Agenor tomó la palabra e intentó aclarar todo a Himilce.

—Después de los funerales de tu padre Orisón, que los dioses lo tengan en su gloria…

—¡Agenor! —berreó Himilce sin control.

El mayordomo reaccionó con presteza.

—El hermano de tu esposo, Asdrúbal Baraq, actual gobernador de la Iberia cartaginesa, ha sido malherido en el transcurso de una emboscada sufrida en la tierra de los carpetanos de Konbouto, y sus hombres lo traen aquí, a marchas forzadas, para que se cure y no muera desangrado… —le explicó apresuradamente el fenicio—. Habida cuenta de que, en su actual estado, no llegaría vivo a Carthago Nova…

Himilce, pálida como una muerta, se sujetó con las manos al borde de la mesa. «Asdrúbal estaba malherido y podía morir». De golpe, un torbellino de sensaciones y de sentimientos se abatió sobre ella y la rodeó y la golpeó por todos lados, como si un furioso e impetuoso torrente de las montañas, muy henchido por las lluvias torrenciales de primavera, la hubiera arrastrado, aguas abajo, sin control, sin principio, sin final.

—Mi querida niña, tampoco es menester que sufras ni que te inquietes de esa manera, todavía —le dijo el mayordomo fenicio malinterpretando la intranquilidad y la palidez cadavérica que presentaba Himilce—. Ya lo verás, lo cuidaremos muy bien, sanaremos a Asdrúbal Barca y, no solo eludiremos la furia vengativa de tu

esposo, sino que nos ganaremos su amistad y su gratitud…

Cerdubeles asintió con repetidos movimientos de su cabeza, con simplicidad y con todo convencimiento. Él, desde la muerte de su padre Orisón, se había vuelto un hombre optimista. Por eso pensaba que todo saldría bien y que esa era una gran oportunidad para ganarse el favor de los dos hermanos Barca. Pero su hermana, como princesa de Kastilo, debía atender y cuidar en todo momento a su cuñado, para que su esposo, Aníbal, supiera de qué manera tanto ella como la Casa del rey se habían desvivido por su hermano. Ella, la mujer de más alto rango de entre los oretanos de Kastilo, no cualquier mujer, ni cualquier sanadora. La hermana del régulo de Kastilo, y en su persona, representado él y su corte.

—Himilce, tendrás cuanto precises para atenderlo y cuidarlo… —le prometió Cerdubeles temblando ligeramente, bastante nervioso—. Todo, sin límites…, sanadoras, curanderas, hierbas medicinales, plantas, medicinas griegas, lo que sea… Se hará lo que sea menester sin reparar en gastos… Pero Asdrúbal Baraq no puede morirse aquí, en Kastilo…, o la venganza de tu esposo Aníbal caerá como un rayo devastador sobre todos nosotros… y nos hará desaparecer de la faz de la tierra…

Todos escucharon con atención a su régulo, y recordaron en silencio una terrible campaña de castigo que había emprendido y dirigido Aníbal, hacía poco tiempo, contra una población fortificada de los bastetanos cuya feroz resistencia a su gobierno, el quebranto de la palabra dada y la muerte de uno de sus emisarios, desató la implacable cólera del bárquida quien, al frente de sus tropas, arrasó el castro bastetano hasta sus cimientos y no tomó prisioneros. A cuantos supervivientes cayeron en sus manos los mandó cegar. Después, la muerte atroz para todos ellos. Aníbal decretó, sin que le temblara el ánimo ni se apiadara de sus súplicas, que algunos fueran empalados por el ano con gruesas estacas y a otros ordenó que los crucificaran. Ninguno tuvo una buena muerte.

Momentos más tarde, Himilce meditaba alterada y emocionada en la soledad de su alcoba: claro que cuidaría a Asdrúbal y este no podía morir… porque si eso sucedía, ella también moriría, pero no a manos de su esposo, sino de pena… ¿Cómo iba a permitir ella que muriera quien le había hablado de aquella manera, quien le había hecho sentirse amada solo con su mirada, quien le había confesado su amor con aquella pasión…? Aníbal podría mandar crucificar a quien no salvara la vida de su hermano… y qué, los dolores y sufrimientos de la cruz ella los soportaría gustosa si con ello salvaba la vida de Asdrúbal… Pero no era miedo al tormento lo que ella tenía, sino a la posibilidad de perder a su cuñado, a no volver a verlo jamás, a que ya no la volviera a acariciar con su mirada de aquella manera, con esa pasión y esa ternura a un tiempo…

De repente, fue consciente de lo que estaba pensando. Ella estaba casada con Aníbal, y estaba deseando ver a su cuñado… Bendita emboscada que le traía, aunque

fuera herido, al hombre al que más ganas tenía de ver y con quien rabiaba por estar a su lado… Pero, ¿no había estado ella tan enamorada de Aníbal, no había suspirado por él, no se enfrentó incluso con su padre, Orisón, para poder matrimoniar con el mayor de los Barca?… ¿No había sufrido, acaso, lo indecible cuando Aníbal la apartó de su lado y la envió a Kastilo?… Y entonces ella se sintió desamparada y abandonada… Y todo eso había cambiado por una mirada, por unos ojos oscuros, por un amor… «Dioses misericordiosos… Santa y divina Astarté, ¿qué me está pasando que no lo entiendo?… Suspiro por mi esposo y para que me acoja de nuevo en su seno, pero estoy deseando ver a su hermano y estar junto a él…»

Himilce se percató de que su corazón, y su estómago, y sus nervios, tenían vida propia. Ella pensaba que Asdrúbal estaba de camino a Kastilo y que pronto se verían, y su corazón latía desenfrenado, su estómago se convulsionaba con pequeños calambres como si tuviera mariposas dentro del mismo, y sus nervios no la dejaban parar tranquila ni un solo momento.

Asdrúbal estaba llegando a Kastilo, y pronto estarían juntos.

33

Los días de caza, andanzas y aventuras vividos en los bosques que se extendían al sur de Kart Hadasht tocaban a su fin. Aníbal, Kharbaal y los cuatro batidores que les acompañaban estaban apurando las últimas jornadas antes de volver a Nueva Ciudad, ya que Aníbal tenía que contraer nupcias con Saphanbaal, la mujer que su madre había escogido para que fuera su esposa, habida cuenta de que ella consideraba el enlace de su hijo con la ibera Himilce únicamente como un interesado negocio político, con el objetivo de pacificar a los rebeldes iberos y poder controlar y retener las minas de plata del interior de Isphanya, pero carente de transcendencia en el plano personal sobre todo pensando que su hijo era el hombre más importante del orbe cartaginés, y ella solo era la hija de un bárbaro, un jefezuelo ibero un poco más poderoso que cualquier capitán de una partida de mercenarios ibéricos.

Los seis hombres, bastante cansados ya a esas alturas, llevaban un tiempo siguiendo una manada de elefantes, dirigidos por una matriarca madura, sobre la que Kharbaal estaba seguro, dada su veteranía, que terminaría retornando al enorme claro del bosque donde ellos habían estado esperando y acechando durante dos días.

—Estos elefantes volverán en breve a esta pequeña sabana, estoy plenamente convencido de ello —le confesaba el curtido cazador a un agotado Aníbal.

Este, tumbado detrás de una fila de matorrales que escondía a todo el grupo de la vista de los animales, maleza que se extendía en lo alto de un pequeño cerro, resopló en silencio con el rostro colorado, exhausto, y tan fatigado que casi no podía hablar.

—Aníbal, estoy impresionado y preocupado a la vez… Estás dándote una auténtica paliza física desde que volviste de la tierra de los númidas… De verdad, ¿por qué has querido hacer este safari? —le preguntó Kharbaal al percatarse del estado físico de su amigo—. Llevamos unos cuantos días recorriendo esta selva, en pos de los elefantes, con poca agua, una notable carestía de alimentos y gran escasez de sueño y reposo; todo lo cual constituye un esfuerzo físico duro y excesivo para quien no está acostumbrado a explorar esta comarca boscosa…

El joven bárquida volvió a resoplar. Bebió agua de la cantimplora que le ofrecía el experimentado explorador, se limpió los labios resecos con el dorso de la mano y respondió apoyándose sobre un codo.

—De niños, nuestro maestro Sosilos nos decía que todo sacrificio es poco en aras a obtener un resultado positivo y loable… A su vez, el maestro Sileno nos explicaba que para conocer el valor de las cosas hay que ganarlas, y para poder calibrar correctamente el esfuerzo de los hombres hay que realizar ese mismo esfuerzo…

—En este caso, tú estás aprendiendo por experiencia propia lo que cuesta seguir y cazar un elefante, para destinarlo a la guerra, y el esfuerzo y el sacrificio físico que

eso conlleva —reconoció Kharbaal.

—Sí… Y lo hago gustoso porque es mi obligación… —le contestó muy serio el joven caudillo cartaginés.

Kharbaal le miró intrigado y enarcó las cejas a manera de pregunta, que rápidamente aclaró Aníbal:

—Mi querido amigo, es mi ineludible deber porque soy el general al mando de los ejércitos cartagineses en Isphanya. Por lo tanto, en el campo de batalla tengo que conocer en profundidad el valor de todos los elementos y unidades que componen mis fuerzas, para poder disponer su utilización más óptima y no desaprovecharlos ni desperdiciarlos —le explicó ante la mirada de admiración del cazador y la de los hombres que lo acompañaban, que escuchaban con toda atención—. Además, para exigir esfuerzos y sacrificios a los hombres que están bajo tu mando, antes hay que hacer esos mismos esfuerzos y sufrirlos para poder valorarlos y calibrarlos en su justa medida…

Kharbaal asintió con la cabeza, sin contestar, y le señaló en silencio con la mano el claro del bosque. Aníbal se incorporó sobre sus rodillas y observó fascinado cómo un grupo de leonas aparecía por uno de los lados de la sabana, se arrastraba sin hacer apenas ruido a través de un mar de altas hierbas amarillentas y rodeaba lentamente a un grupo de búfalos, que pastaban en la pradera y bebían tranquilamente en el riachuelo que atravesaba la misma por su parte central.

—Fíjate bien. Ahora las leonas seleccionarán al que consideren más vulnerable y atacarán —le explicó el cazador entre susurros—. Con una maniobra envolvente lo separarán del resto de la manada… y, desde ese momento, ese búfalo estará irremediablemente perdido…

Aníbal asistió maravillado a la perfecta maniobra de estrategia que las leonas llevaron a cabo. Todas corrieron en grupo detrás de los búfalos y, como se habían escalonado a lo largo del recorrido, el bárquida pudo ver cómo se desarrollaban los relevos a la carrera de las felinas durante la persecución, de tal manera que el ejemplar escogido, un búfalo grande y mayor, más lento, pesado y torpe que el resto de la manada, pronto se encontró aislado de aquella y, poco después, daba con su corpachón por tierra hundido bajo el peso, las zarpas y las fauces de tres de las cazadoras que se agarraban a la boca, a los cuartos traseros y al lomo del pobre herbívoro que mugía aterrorizado y desconsolado previendo su cercano final.

Pocos momentos más tarde, las leonas arrastraban con la boca el cadáver hacia el comienzo de la espesura donde esperaban los cachorros, el resto de las leonas y el león, dueño y señor de la camada y de las hembras.

Kharbaal y los batidores habían visto muchas veces esa escena de caza y no les impresionó tanto como a Aníbal, que era la primera vez que asistía al ataque de los grandes felinos.

—Ha sido sublime. Nunca había visto nada igual. Qué manera tan eficaz de conducirse han mostrado las leonas. Ahorrando fuerzas y esfuerzos, coordinadas,

solidarias entre ellas, formando una sola unidad han alcanzado el objetivo con la mitad de sacrificio que si hubiera atacado solo una de ellas, o lo hubieran hecho sin esa disciplina, ese derroche de aptitudes y una eficiencia como la que han demostrado. Magnífico… —opinó Aníbal deslumbrado y magnetizado por las leonas, como si pensara en voz alta, mientras recordaba a la gatita *Luna*, que había salvado una noche en Carthago Nova de una serpiente, cuyos movimientos le recordaban al de las felinas superiores; y no pudo por menos que sonreír con añoranza—. Lo que daría yo por tener un ejército con ese grado de preparación, de disciplina, de cohesión en todas sus líneas… Amigos míos, muchas gracias por facilitarme un momento como este…

Kharbaal y los batidores sonrieron satisfechos ante las palabras de gratitud de Aníbal, que les llegaban muy adentro. Él nunca se quejaba y, por el contrario, todo le parecía bien, hacía continuos comentarios elogiosos, alababa cuanto veía y vertía opiniones gratificantes que conseguían que todos olvidaran el agotamiento diario, a la par que les proporcionaba una placentera sensación de bienestar. Aníbal era un hombre que se hacía querer y se ganaba de una manera muy natural y sencilla el respeto y el aprecio de cuantos le rodeaban. Por eso, a los exploradores les gustaba oír decir al bárquida cómo disfrutaba, lo agradecido que les estaba por compartir esas jornadas con él, y cuánto valoraba y apreciaba los esfuerzos que estaban haciendo para que él se encontrara a gusto y para que todo saliera perfectamente. Y todo ello compartiendo sin quejarse las privaciones, el cansancio enorme, el hambre y la sed, el frío nocturno, la humedad y el calor diurno…

De nuevo la pequeña sabana retornó a sus rutinas y Aníbal se dejó caer al suelo abatido por la fatiga y el tedio, y comenzó a dar vueltas en su cabeza la idea de dejar la selva y poner ya rumbo a Nueva Ciudad, dado que los elefantes no eran visibles pese a su tamaño y sus denodados esfuerzos. «¿Cómo era posible que unos animales tan grandes desaparecieran de la vista de los hombres y fuera imposible dar con ellos?… Qué misterios tenía la naturaleza y qué listos eran esos animales que sabían lo que les esperaba si los atrapaban los hombres…»

De repente, Kharbaal se incorporó sin hacer ruido y se puso en cuclillas. Les hizo una seña con las manos para que se estuvieran quietos. Acto seguido, puso una de estas detrás de una de sus orejas y, de esta guisa, permaneció sin moverse durante unos instantes al cabo de los cuales comenzó a sonreír mientras seguía haciendo señas con las manos para que no se movieran y permanecieran en silencio.

Poco después, los barritos de una veintena de elefantes rompieron el silencio de la sabana, que fueron acompañados de inmediato por los chillidos de los monos, los trinos de los pájaros y los quedos rugidos de los leones.

A una señal de Kharbaal, los componentes del grupo se levantaron y, de rodillas, se asomaron a través de las ramas y las hojas de los matorrales para observar la llegada de la manada de elefantes, que venía precedida por una matriarca de buenas proporciones.

Aníbal miraba entusiasmado, agradecido y feliz. Veía cómo los elefantes grises, de un tamaño que alcanzaba los dos metros y medio de alzada en los ejemplares más grandes, ya que eran más pequeños que los elefantes indios que llegaban hasta la cruz a los tres metros y medio, penetraban en la sabana y se dirigían hacia la parte más embarrada del arroyo mientras que el clan de los leones comenzaba prudentemente a retirarse con su captura hacia el boscaje, y las gacelas, búfalos y ciervos abrían paso y se apartaban discretamente.

El bárquida miró a su amigo. Sus ojos estaban plenos de admiración, de asombro, de fascinación.

—Lo sabías…

El cazador asintió con la cabeza, sonrió y le mostró con la mano la sabana, gesticulando en silencio con la cara.

Aníbal se giró y comprobó cómo algunos elefantes hurgaban y excavaban en el barro. Enseguida, comenzaron a sacar con las trompas algo parecido a piedras de color gris oscuro que, de inmediato, se llevaban a la boca y lo masticaban.

—¿Comen barro y piedras? —preguntó susurrando extrañado el cartaginés.

—No… Los elefantes hace tiempo que encontraron ahí una mina de sal… —le explicó en voz baja el curtido explorador—. Esas bolas son porciones de sales minerales que extraen de debajo del suelo embarrado y degluten golosamente.

—Comen sal… como hacemos nosotros… Es asombroso…

—Esos animales son asombrosos —opinó con todo cariño Kharbaal.

Poco después, los elefantes se dieron un buen baño de barro y agua en la parte en la que el arroyo había formado una charca con una cierta profundidad. A continuación, forrajearon durante un rato y, cuando el sol comenzaba su declinar, fueron desapareciendo uno detrás de otro entre las ramas y los árboles del bosque, por una de las esquinas, precisamente por la que un observador humano jamás habría imaginado que pudieran pasar los imponentes paquidermos.

Nada más irse los colosales proboscidios, docenas de monos y de simios salieron de la jungla y bajaron desde las ramas, y corrieron a los montones de bosta que acababan de evacuar los gigantes del bosque para extraer de las entrañas de las boñigas frutos a medio digerir, semillas, pulpas, hojas…

—Todo se aprovecha en el bosque, ¿no?

—Sí, Aníbal… Como sabes, yo no creo en los dioses, pero sí creo que la tierra y la naturaleza tienen una disposición y un orden lógico, casi divino, para que todo funcione —opinó Kharbaal mientras bandadas de ruidosos pájaros también caían sobre los excrementos para aprovechar lo suyo—. Y la verdad es que todo funciona muy bien dentro de un equilibrio casi perfecto. Elefantes, simios, pájaros…, y semillas de árboles y frutos que irán en los estómagos de estos animales y que caerán vete tú a saber dónde, ayudando a repoblar y a extender los bosques con las lluvias de los cielos…

Aníbal le observó con admiración, y llevado por su afán de aprender, preguntó:

—Acabas de decir, «un equilibrio casi perfecto»… ¿pues, qué falla?

Kharbaal le miró con tristeza en los ojos y un rictus de amargura en la boca.

—Nosotros, mi querido Aníbal,… nosotros…, los humanos somos los que fallamos… No respetamos las reglas de la vida… Únicamente llevamos muerte y destrucción a todo cuanto tocamos.

Aníbal resopló impresionado.

—Fíjate en los elefantes. ¿Consideras que hay algo más noble, más poderoso, más magnífico en el reino animal…?

El bárquida negó con la cabeza en silencio, ya que no deseaba interrumpir el argumento de su amigo.

—Y nosotros los cazamos, los sacamos de sus bosques y junglas, donde son los reyes indiscutibles y deben ser dichosos, y nos los llevamos con nosotros lejos de su estado natural, para destinarlos a la guerra…, para que sufran…, para que mueran…

Aníbal reparaba en las palabras de su amigo. Tenía razón. Pero todo lo que decía, en realidad, demostraba que los hombres eran los más grandes de la tierra ya que eran capaces de cazar y dominar a unos animales que les superaban tanto en tamaño, como en fuerza y en poder si les cogían desprevenidos y sin el armamento adecuado. Aun así, prefirió no llevarle la contraria ni discutir, porque él pensaba seguir utilizando los elefantes en sus ejércitos y su idea era hacerlos más útiles y eficaces mediante la disciplina y el entrenamiento adecuados, para preservar su vida y que no sufrieran, pero llevándolos al campo de batalla.

A la mañana siguiente, después de recoger el campamento y aprovisionarse de agua y frutas, el grupo abandonó el claro del bosque y emprendió la vuelta a Kart Hadasht.

Aníbal caminaba en medio de la partida e iba pensando en todo lo que había hecho desde su llegada a esas tierras. Había logrado un acuerdo muy importante con los númidas masilios. Había conocido los bosques, la vida que se desarrollaba en ellos y a los elefantes, lo cual le había proporcionado la vivencia más placentera que recordaba en los últimos años. Ahora se dirigía a Nueva Ciudad. Allí consolidaría su posición en el Senado y la alta sociedad cartaginesa mediante el matrimonio con Saphanbaal, a través de los ritos y la ceremonia nupcial por la que emparentaría con la poderosa familia Jhanto.

Media ciudad de Kart Hadasht le había demostrado su adhesión y su rival Hannón había sido testigo de esa muestra de poder. Es verdad que se había conseguido mucho, pero ahora él debía continuar y no pararse a ensoñar con lo logrado. Había que seguir adelante sin descanso. Tenía que conquistar el interior de Isphanya. Debía llegar hasta el origen del estaño. Circunnavegar esos territorios y viajar más allá de Olissipo. Estaba impaciente por conocer el resultado de la misión en Akra Leuke, y el final de Orisón. Y si en Carthago Nova le esperaba Hannás con el traidor que asesinó a Asdrúbal, estaba deseando encargarse de él. Su mente no descansaba mientras caminaba por el sendero selvático, detrás del batidor que le precedía. Y todo ello con

un fin último, seguir su preparación para aniquilar Roma.

Bibliografía

ALCAIDE, José A., *Los mercenarios españoles de Hannîbal*, Almena Ediciones, 2010.

ANDERSON, James M., *Guía arqueológica de España*, Alianza Editorial, 1997.

ASIMOV, Isaac, *La República Romana*, Alianza Editorial, 1981.

BLÁZQUEZ, J. M. y Tovar, A., *Historia de la Hispania romana*, Alianza Editorial, 1975.

BLÁZQUEZ, J. M y otros, *Historia de España 2. Colonizaciones y formación de los pueblos prerromanos (1200-218 a.C.)*, Gredos, 1989.

CABRERO, Javier, *Escipión el africano*, Alderabán, 2000.

CONNOLY, Peter, *Aníbal y los enemigos de Roma*, Espasa-Calpe, 1981.

ESLAVA GALÁN, Juan, *Yo, Aníbal*, Planeta, 1988.

ESTRABÓN, *Geografía III, Iberia*, Gredos, 1984.

FIELDS, Nic, *Roma contra Cartago*, Osprey, 2007.

FIELDS, Nic, *Carthaginian Warrior*, Osprey Publishing, 2010.

GARCÍA y BELLIDO, Antonio, *Veinticinco estampas de la España antigua*, Espasa-Calpe, 1967.

GOLDWORTHY, A., *Las guerras púnicas*, Ariel, 2002.

KOVALIOV, S. I., *Historia de Roma*, Akal, 1975

LAGO, J. Ignacio, *Cartago Nova 209 a.C.*, Almena Ediciones, 2010.

LIVIO, Tito, *Historia de Roma desde su fundación*, Gredos, 1990.

MAZEL, Jean, *El secreto de los Fenicios*, Bruguera, 1970.

MIRA GUARDIOLA, M. A., *Cartago contra Roma*. *Las guerras púnicas*, Alderabán, 2000.

MOMMSEN, Theodor, *Historia de Roma*, *volumen IV*, Turner, 1983.

NOSSOV, Konstantin, *War elephants*, Osprey Publishing, 2008.

PELLÓN, José R., *Iberos*. *La vida en Iberia durante el primer milenio antes de Cristo*, Espasa-Calpe, 2001.

POLIBIO, *Historias, Libro III*, Gredos, 1991.

POLIBIO, *Guerras de Aníbal*, Gredos, 1991.

SÁEZ, Rubén, *Cartago contra Roma*, Almena Ediciones, 2006.

SANTOS, Juan, *Los pueblos de la España antigua*, Historia 16, 1999.

TREVIÑO, Rafael, *Rome's enemies. Spanish armies*, Osprey Military, 1986.

WARMINGTON, B. H., *Cartago*, Luis de Caralt, 1969.

WISE, Terence, *Armies of the Carthaginian Wars*, Osprey Military, 1982.



LUIS DE LA LUNA VALERO (Madrid, 1957) es abogado y trabaja para un gran banco español, actividad que compagina con la creación literaria y la poesía. Ha cursado estudios de Derecho y Dirección de empresas, y de Geografía e Historia.

Residente en Madrid, ha visto publicadas tres novelas históricas, El triunfo de los bárbaros (2006), Hipatia de Alejandría (2009), y El león de Cartago (2012), con una excelente acogida de crítica y público.

Notas

[1] Cartagena fue fundada en el año 228 a. C. por Asdrúbal Giscón, el cuñado de Aníbal, con el nombre de Kart Hadasht, que significaba Nueva Ciudad, denominación que también ostentaba Cartago en el mundo púnico. Por ello, para no confundir ambas villas, a la urbe española la llamaremos como lo hicieron los romanos, Carthago Nova. <<

[2] Nombre que daban a España los fenicios y cartagineses. Según algunos autores significaba (tanto en hebreo como en fenicio *sphan*) «La costa o tierra del norte». Denominación lógica vista desde África que estaba al sur y era desde donde llegaron navegando. Otros señalan que era «La tierra de los conejos» (*span* es «conejo» en esas lenguas). En cualquier caso, los romanos transformaron la Isphanya de los púnicos en Hispania, como tantos otros nombres púnicos Spali = Hispalis, Kart Iuba = Corduba, Malaka… <<

[3] Cádiz. <<

[4] África. <<

[5] Alicante. <<

[6] Dios fenicio principal de Tiro, patrono del comercio y los navegantes, también fue llamado Herakles. Adoptado más tarde por los griegos, dio lugar a Hércules. <<

[7] Provenían del sur de África y para los cartagineses representaban la idea de inmortalidad, ya que aunque los huevos aparentaban ser como grandes piedras exánimes e inertes, en su interior latía la vida y esta se materializaba cuando nacía el enorme polluelo del avestruz. <<

[8] Diosa cartaginesa equivalente a la fenicia Astarté. Su símbolo era un triángulo y la media luna. Estaba consagrada al amor, la fertilidad, la tierra… También unas palmas, la media luna y un caballo. <<

[9] Las estatuas y bustos de la Antigüedad estaban pintados con vivos colores. Ahora nos parece natural y más noble que aquellas presenten el aspecto y el color del mármol, pero en realidad ello es así porque han perdido la pintura que las cubría. En la actualidad, nos parecería muy raro que presentaran un aspecto multicolor y algo cateto, dado que nos hemos acostumbrado a la apariencia austera y monocroma del mármol o de la piedra caliza. <<



[10] Recordar la muerte de Amílcar en la novela *El León de Cartago*, ante las defensas posiblemente de la actual Elche de la Sierra (Albacete). <<

[11] Espada de hoja curva y con estrías longitudinales usada por los antiguos iberos. <<

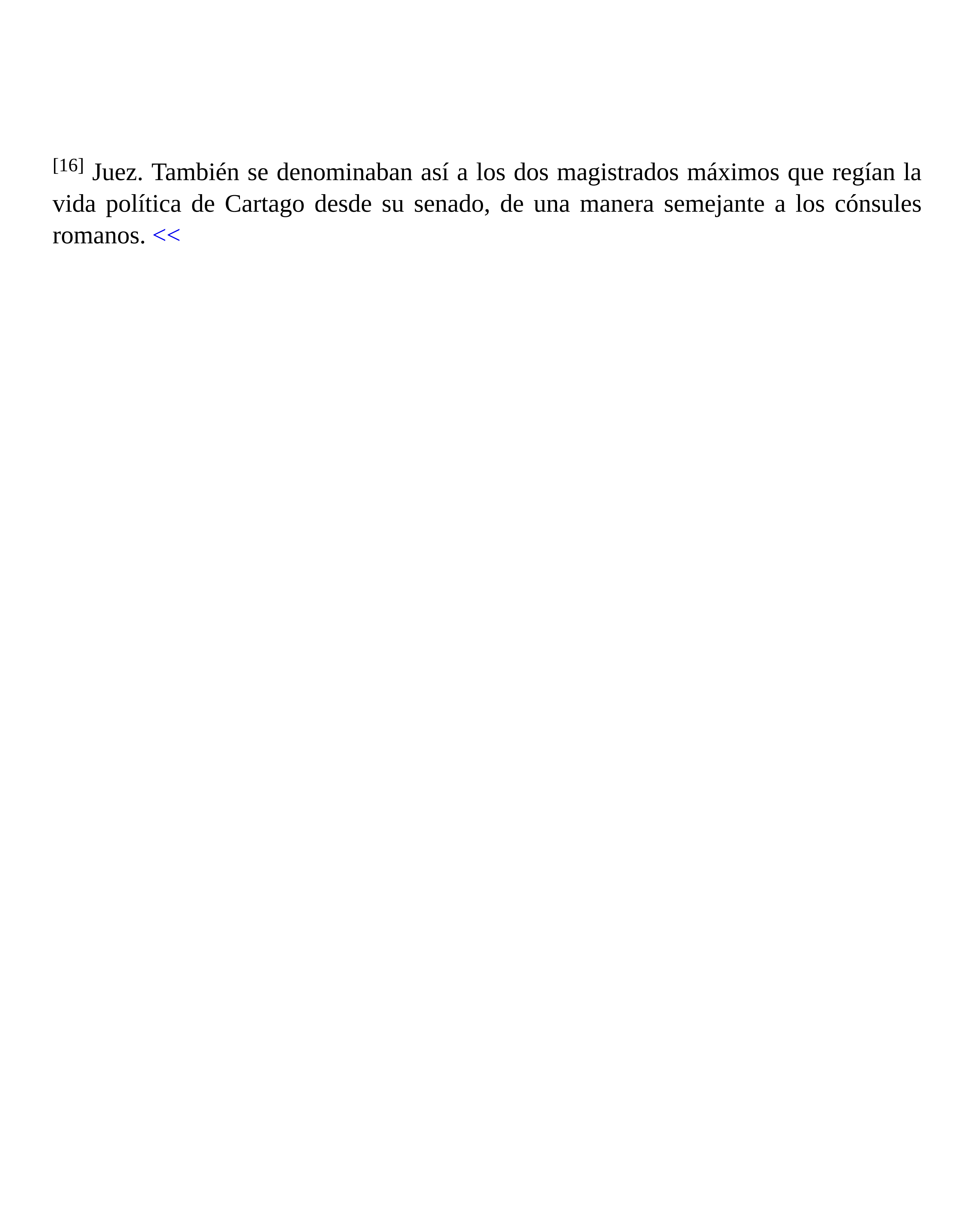
[12] Capital de los iberos oretanos, estaba situada junto al río Guadalimar (afluente del Guadalquivir) a 7 km de la actual Linares y controlaba las ricas minas de plata de Sierra Morena. Los romanos la llamaron Cástulo. <<

[13] Hay que recordar la novela *El León de Cartago*, y cómo los oretanos hicieron una salida impetuosa desde Heliké, apoyados por la provocada desbandada de una manada de toros con fuego en los cuernos, aprovechando el amanecer y la furiosa tormenta que se desató, destrozando las posiciones cartaginesas que esperaban que Orisón se entregara. <<



[14] Cartago. Kart Hadasht. En lengua púnica «Nueva Ciudad» o «Ciudad recién fundada». «Ciudad de nueva planta». <<

[15] Salvo cuando se dedicaba a las minas o a grandes obras públicas, en general la esclavitud entre los pueblos semitas (cartagineses, fenicios, hebreos, árabes) así como entre los antiguos egipcios era más suave y estaba bastante alejada del estricto, inhumano y posterior sistema esclavista romano, donde los esclavos eran objetos sobre los que los amos solían tener en ocasiones derecho de vida o muerte. <<



[16] Juez. También se denominaban así a los dos magistrados máximos que regían la vida política de Cartago desde su senado, de una manera semejante a los cónsules romanos. <<

[17] Ibiza. <<



[18] Los honderos baleares eran muy apreciados por los ejércitos púnicos y romanos, dada su magnífica puntería y eficacia en la batalla. <<

[19] Tratado del Ebro del año 226 a. C. por el que los cartagineses podían ocupar todo el litoral y el interior español hasta el río Ebro, salvaguardando Sagunto, aliada de griegos y de Roma. <<

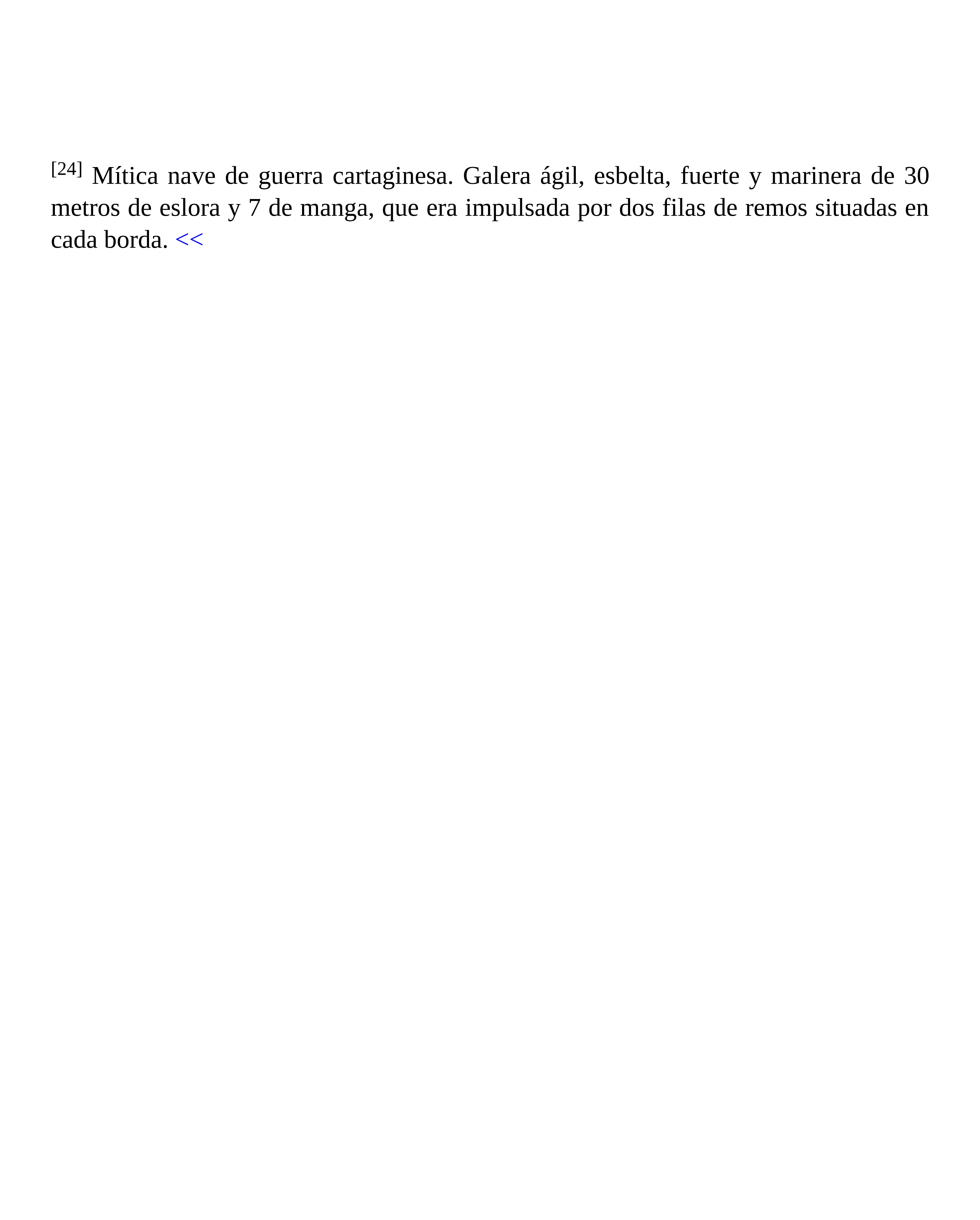
[20] Todos los años son antes de Cristo, salvo que se indique otra cosa. <<



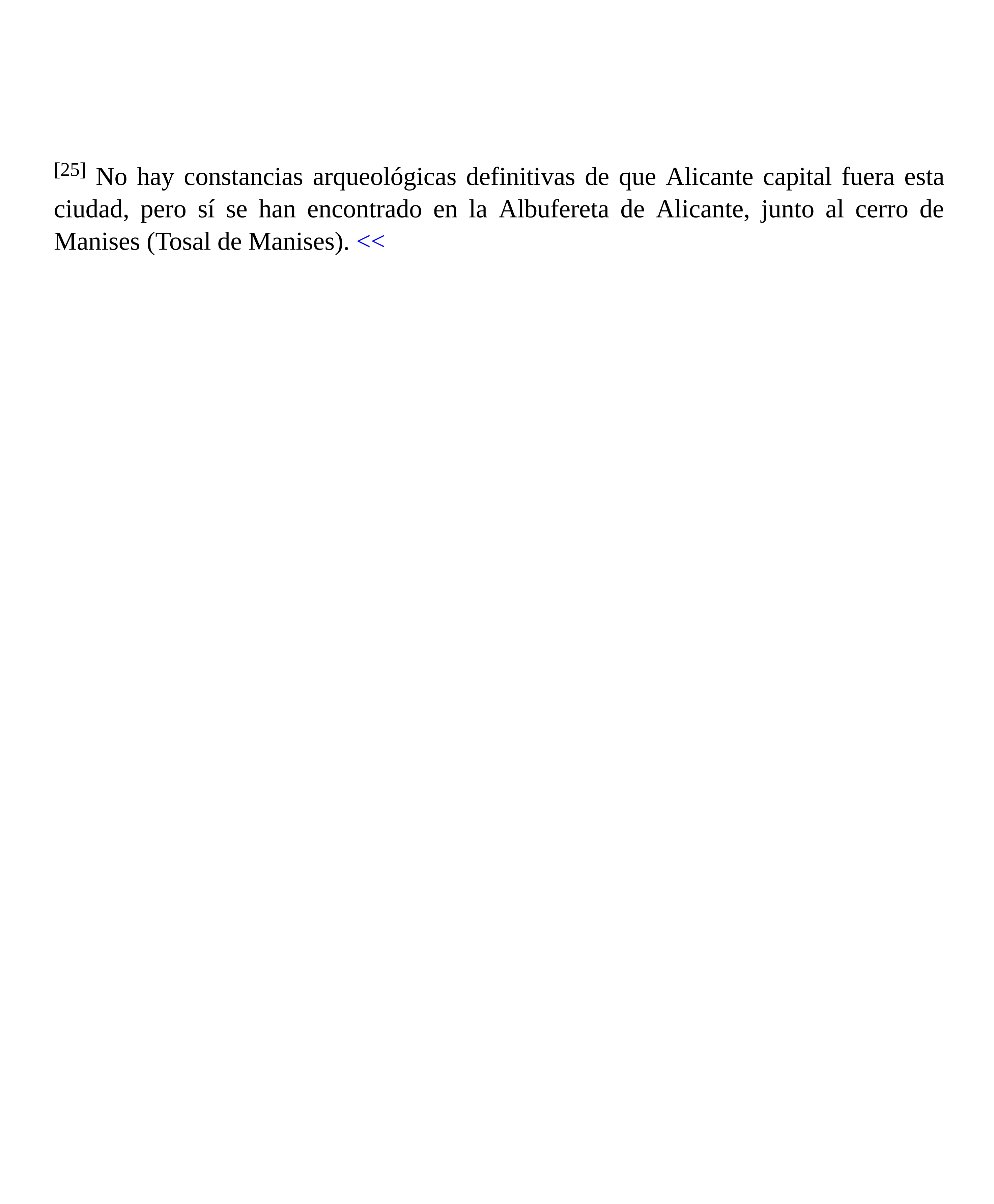
[21] De origen etrusco, eran funcionarios que durante la República romana escoltaban a los cónsules, pretores, ediles marchando ante ellos con unos haces de leña y un hacha. <<

[22] Río Ebro. <<

[23] Ampurias, Girona. <<



[24] Mítica nave de guerra cartaginesa. Galera ágil, esbelta, fuerte y marinera de 30 metros de eslora y 7 de manga, que era impulsada por dos filas de remos situadas en cada borda. <<



[25] No hay constancias arqueológicas definitivas de que Alicante capital fuera esta ciudad, pero sí se han encontrado en la Albufereta de Alicante, junto al cerro de Manises (Tosal de Manises). <<

[26] Colina de Cartago sobre la que se levantaba el edificio donde se realizaban las transacciones comerciales, se cambiaban y negociaban títulos de comercio (a manera de pagarés y letras de cambio) y se fundaban y adquirían participaciones de sociedades mercantiles con afán de lucro. Hay autores que sostienen que Bolsa y su contenido viene de Byrsa. <<

[27] Hay que recordar que tras la muerte de Alejandro Magno, sus generales, los diádocos: Ptolomeo, Seleuco, Antígono, Lisímaco se repartieron el inmenso imperio. Y que, enseguida tanto ellos como sus sucesores, pasaron décadas luchando entre sí para intentar reunificarlo, bajo un solo mando, lo que les debilitó notablemente ante el ascenso y empuje, años más tarde, de partos (tribus iranias de las estepas asentadas en Partia) y romanos. <<

[28] Como se explicó anteriormente, era la diosa más importante de Cartago, ciudad de la que era patrona. Consorte del dios supremo Baal, el señor de los altares de incienso. Era equivalente a la diosa fenicia Astarté. Fue una diosa muy venerada en Iboshim (Ibiza, Islas Baleares). <<

[29] Amílcar en púnico significa «el siervo, el servidor, el que sirve a Melkart». <<

[30] Es muy probable que no se refiera solo a las Islas Británicas, sino a un área geográfica desde Galicia a la Bretaña francesa y las Islas Británicas, donde se situaban importantes centros extractores y comercializadores de estaño, mineral básico para la industria del bronce. Las rutas marinas descubiertas y explotadas por los fenicios y los cartagineses fueron ocultadas durante décadas a griegos y romanos.
<<



[31] Desde cinco siglos antes de Cristo, los cartagineses exploraron y explotaron la costa oeste de África, hasta los actuales Camerún y Gabón. <<

[32] Escorpión: máquina de guerra empleada por griegos, cartagineses y romanos tanto para atacar como para defender fortalezas. Se le llamaba así porque contaba con unas tenazas —similares a las del escorpión—, con las que agarraba las piedras o dardos que tenía que proyectar. <<

[33] Barca o Baraq en lengua púnica significaba «rayo». <<

[34] Cádiz. <<

[35] Soldado de infantería que armado con lanza, coraza y casco de bronce componía cuadros de filas de soldados, en formación cerrada, y combatía hombro con hombro cubriendo con un enorme escudo redondo a su compañero de la izquierda, mientras a él le cubría el de su derecha, y todos juntos avanzaban lanza en ristre. Famosos fueron los hoplitas espartanos, atenienses, tebanos y macedonios, que configuraron formidables unidades llamadas «falanges», formaciones triunfadoras en los campos de batalla hasta la aparición de la legión romana. <<

[36] Numancia (Soria). <<



[37] Recordar las aventuras vividas por ambos en la novela anterior: *El León de Cartago*. <<

[38] Nápoles. <<

[39] En Cartago podría situarse la primera bolsa de la historia, con algunas semejanzas con las actuales. Son asombrosas las similitudes existentes en el ámbito financiero entre nosotros y los cartagineses y fenicios. Hay autores que indican que el término «bolsa» procede del púnico Byrsa, nombre de la colina donde se asentaba. <<



[40] Santuario donde, al parecer, se realizaban sacrificios humanos infantiles en tiempos de crisis. <<

[41] Los cartagineses formaban su falange con unidades llamadas syntágmatas lo cual les otorgaba más movilidad que a las pesadas y compactas falanges macedonias y helenísticas. Cada syntágmata se formaba con un cuadrado con dos filas de 16 soldados por lado, lo que hacía una unidad de 128 hoplitas con escudos, cascos y corazas, que atacaban con largas picas. A cada lado de una syntágmata solía ir un elefante con un *mahut* y un lancero, y detrás de las syntágmatas formaba la caballería pesada, los elefantes más grandes con torretas de mimbre y dos lanceros. <<

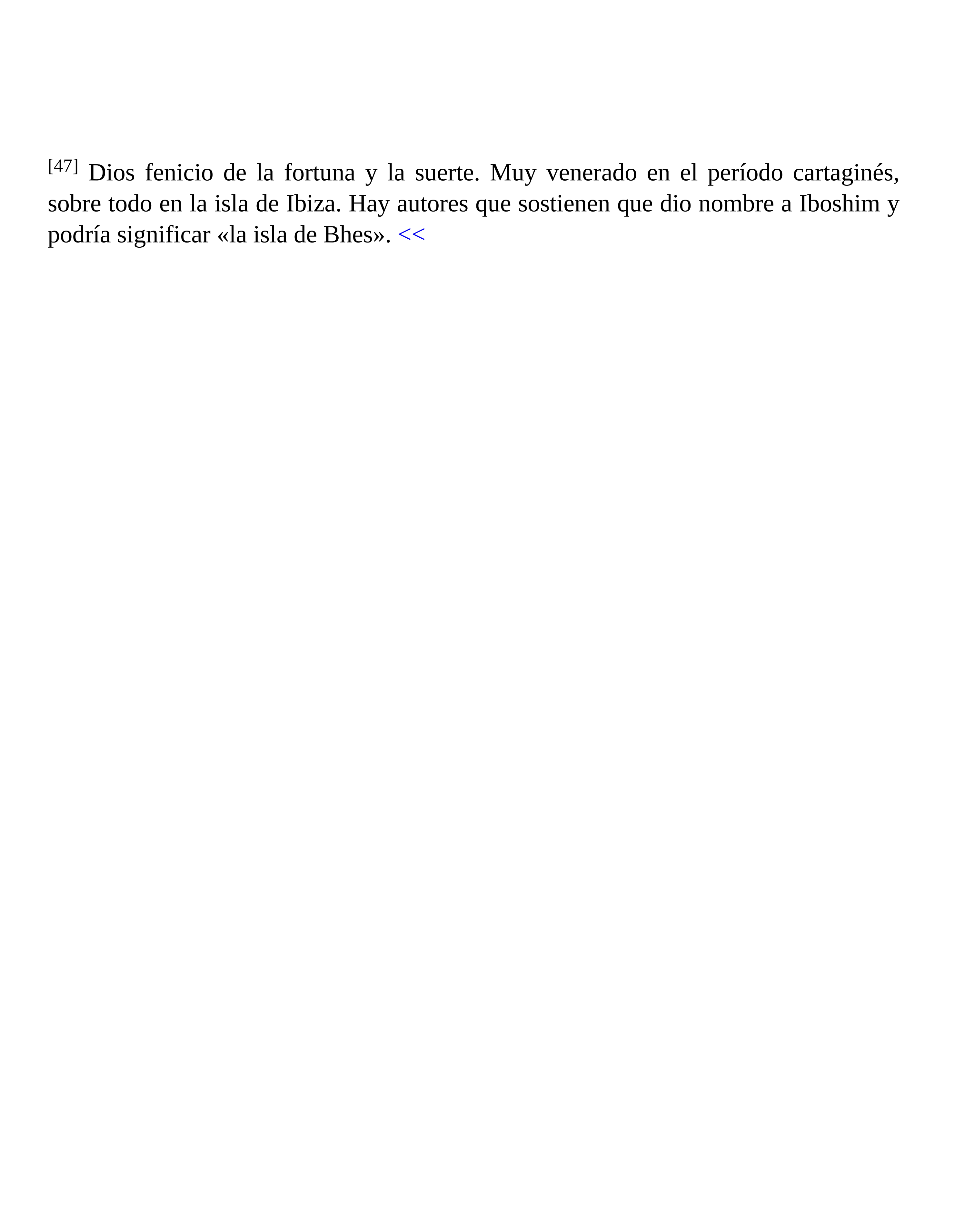
[42] Era una pasarela colocada en la proa terminada en un gran clavo destinada al abordaje. Se dejaba caer sobre el buque enemigo y el garfio-clavo que llevaba en su extremo se enganchaba a la madera uniendo las dos naves. Una vez sujeta la galera enemiga, los soldados romanos la abordaban por la pasarela como si fuera un combate terrestre. <<

[43] Recordar *El León de Cartago*. <<

[44] Bailén (Jaén). <<

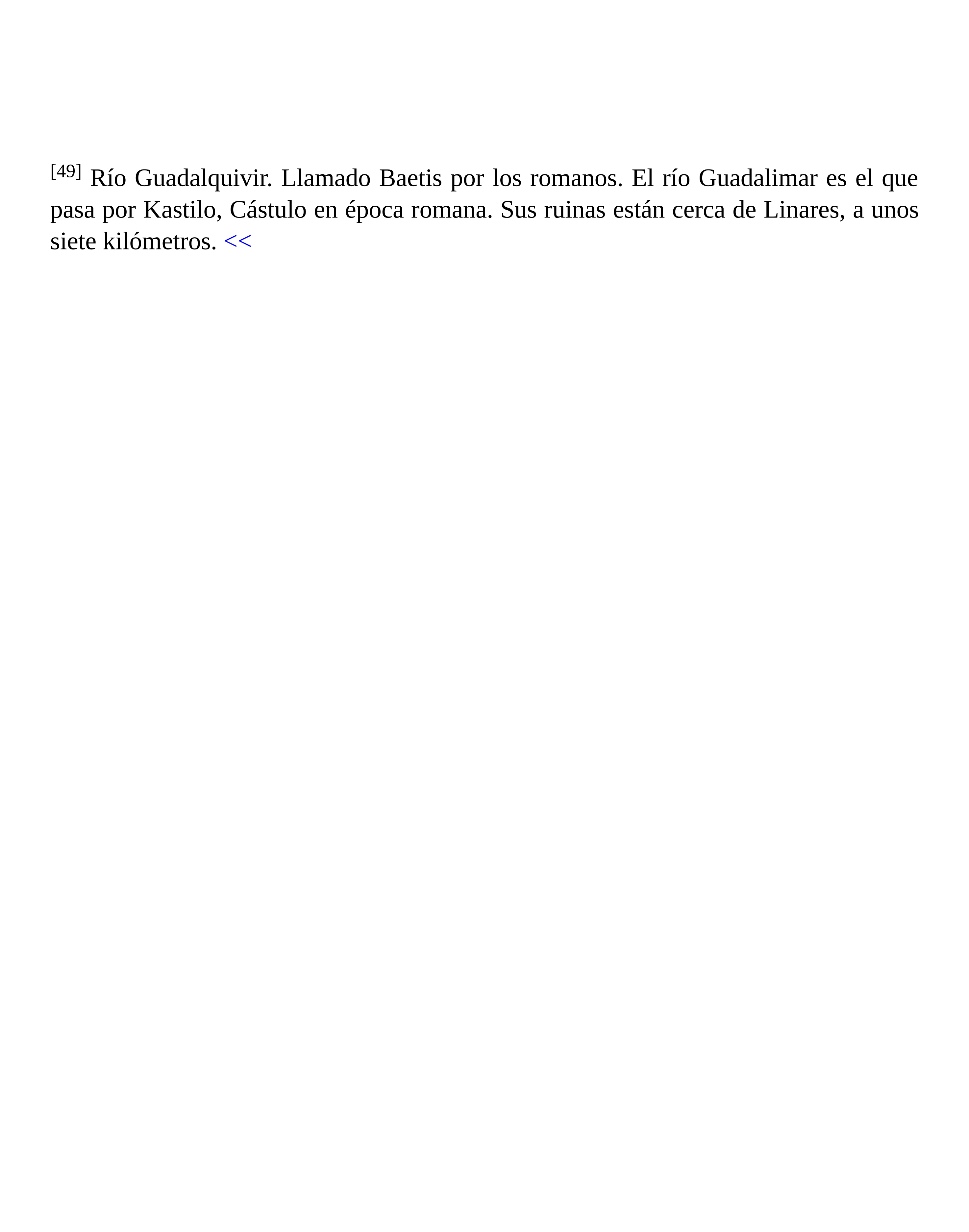
[45] Origen de Santa Pola (Alicante). <<

[46] Elche (Alicante). <<



[47] Dios fenicio de la fortuna y la suerte. Muy venerado en el período cartaginés, sobre todo en la isla de Ibiza. Hay autores que sostienen que dio nombre a Iboshim y podría significar «la isla de Bhes». <<

[48] *Fides* ibérica: fidelidad, vínculo de lealtad hasta la muerte. Institución social de iberos y celtíberos. Juramento sagrado hecho a una persona (jefe o caudillo) para defenderle con la propia vida. Por ello, iberos y celtíberos tuvieron mucho prestigio como guardia personal entre púnicos y romanos. <<



[49] Río Guadalquivir. Llamado Baetis por los romanos. El río Guadalimar es el que pasa por Kastilo, Cástulo en época romana. Sus ruinas están cerca de Linares, a unos siete kilómetros. <<

[50] Córdoba, Sevilla y Coria del Río. <<

[51] Pueblos iberos vecinos: Bastetanos ocupaban parte de Murcia, Granada y Almería. Los contestanos vivían en parte de Alicante, Murcia, Albacete y sur de Valencia. <<

[52] Río Segura. <<

[53] Carpetanos: pueblo celtíbero belicoso y guerrero establecido entre la sierra del Guadarrama, los montes de Toledo, el río Guadiana y la Sierra de Alcaraz, abarcaban algunas zonas de Madrid y Castilla-La Mancha. Sus vecinos del sur eran los oretanos.
<<

[54] Caronte no es solo un invento griego. Fue un barquero mítico que los iberos compartieron con etruscos y griegos como prueba de unas creencias religiosas comunes y ancestrales, posiblemente minoicas, según testimonios funerarios tartesio-iberos encontrados en la Península Ibérica. Cobraba por pasar un río de fuego para salvar el alma. <<

[55] Astarté, la Isthar babilónica, contaba con prostitutas/os consagradas/os que se entregaban sexualmente a los clientes, quienes por sus servicios pagaban una ofrenda monetaria al templo y el culto. Con ello se pretendían ceremonias y ritos a favor de la fertilidad y el amor. <<



[56] Guardia urbana compuesta por tres mil ciudadanos, armados al estilo griego con casco y coraza de bronce, cuyos miembros pertenecían a la clase dominante de Cartago. <<



[57] Palabra que, como la hebrea *shofet*, significa «magistrado» o «juez» y además, en este caso, «caudillo» o «jefe». Eran dos y actuaban como los cónsules en Roma. <<

[58] Guerra Inexpiable entre los mercenarios y Cartago, que duró desde el año 241 hasta el 238 a. C. Este hecho histórico inspiró la maravillosa novela *Salambó* de Gustave Flaubert. <<

[59] Bailén-Jaén. Situada a unos 20 km de Kastilo. <<

[60] Alcalá de Henares. Los romanos transformaron Konbouto en Complutum. <<

[61] Recordar la novela *El León de Cartago*. <<

[62] Área del norte de África que ocupaba parte del norte de las actuales Túnez, Argelia y Marruecos, que tras la Segunda Guerra Púnica se convirtió en reino, y después de la Tercera Guerra Púnica se fue transformando en provincia romana. Origen de los famosos jinetes númidas, posiblemente la mejor caballería ligera de la época, responsable directa de las grandes victorias de Aníbal y, a sensu contrario, de su derrota en la batalla de las llanuras de Zama en el 202 a. C. al pasarse las unidades númidas al ejército de Escipión. <<

[63] Elisa o Dido. La legendaria reina Dido que fundó Cartago en el siglo IX a. C. <<



[64] Gabón. Los cartagineses navegaban por la costa occidental africana hasta más abajo del golfo de Guinea y comerciaban con los nativos. <<

[65] Reloj de agua que medía el tiempo que tardaba en caer agua desde un recipiente a otro. Muy utilizado en la Antigüedad. Inventado en el Egipto faraónico, en Grecia y Roma se utilizaba, sobre todo, para medir el tiempo de hablar de oradores y abogados en Cámaras de Representación y en Tribunales. <<



[66] Recordar las aventuras vividas en la novela *El León de Cartago* viajando a Gadir y remontando el Baitis para ir hasta Kastilo. <<

[67] Galicia. Los kalaicos fueron una serie de tribus que desarrollaron la cultura castreña, de lengua y cultura celta, que mantuvieron relaciones comerciales habituales por mar con los habitantes del sur irlandés e inglés, y con la costa francesa de Bretaña. Especialmente estaño. <<

[68] Lisboa. <<

[69] Alcalá de Henares. De ahí deriva el latino Complutum. <<

[70] Dios celta. Deidad solar que reunía en sí mismo todas las funciones. <<

[71] Diosa femenina celta identificada con los caballos, la fertilidad y la naturaleza. También se asocia con el agua, la curación, la muerte y la protección a los difuntos. <<

[72] Barco alargado y ligero de tamaño medio y poco calado que utilizaban fenicios, gaditanos y cartagineses. Llamado así porque su mascarón de proa era una cabeza de caballo. Capaz para 20/30 hombres, podía remontar muy bien los ríos navegables. Las futuras naves vikingas ofrecerían características similares. <<

[73] Denia <<

[74] En esa época, no había dromedarios en el norte de África. A partir del dominio romano y su extensión como imperio, se empezaron a introducir especies traídas desde Siria, Palestina y Arabia, península de la que eran originarios. <<

[75] Masinisa (238-148 a.C.) será el primer rey de Numidia. Rigió sobre los masilios y sobre los masesilos después de derrotar a su caudillo, el pro-cartaginés Sifax. Comenzó como líder tribal de los beréberes, sucediendo a su padre Gaia. <<

[76] Los iberos, en sus ritos funerarios, quemaban los cadáveres para purificarlos pero no los incineraban al punto de reducirlos a cenizas. Por eso utilizaban pino y encina, muy abundantes en los extensos bosques que les rodeaban, porque la combustión de esta madera llegaba a una temperatura no superior a 850.º, lo que permitía que los huesos quedaran casi intactos descargados de la carne y el tejido muscular. De esta forma, tampoco se fundían ni perdían sus insignias y adornos de joyas de metales preciosos. <<



[77] Tumba turriforme de Pozo Moro (Albacete). Su reconstrucción se puede ver en el Museo Arqueológico Nacional en Madrid. <<

[78] El pueblo llano ibero no podía sepultar las cenizas y huesos de sus cadáveres junto a los de los nobles y aristócratas y, tras su incineración, los restos de los comunes eran colocados dentro de agujeros que se cubrían con losas y tumbas, en el interior de camposantos sencillos. <<

[79] Ibiza. <<

[80] Recordar *El León de Cartago*, cuando secuestraron a Aníbal. <<

[81] Sagunto. <<



[82] Ciudad celtíbera perteneciente a la etnia de los olcades. Sus ruinas con espléndidos vestigios romanos pueden visitarse en Saelices-Cuenca. <<

[83] Estribaciones del Atlas. <<

[84] Probablemente la expresión «rey de la selva» venga de esa denominación romana, ya que la palabra *silva* en latín se refiere a «bosque» y, en general, a cualquier bosque cerrado como los del norte de África. Por tanto, en realidad, la expresión sería «rey del bosque» referida a ese tipo de león, habida cuenta de que el león de las grandes sabanas no llegó a entrar en contacto de manera generalizada con el mundo romano. <<

[85] Río Manzanares. Asentamientos cercanos a la actual catedral de la Almudena y el Monte del Pardo. <<

[86] Santorcaz-Madrid: yacimiento arqueológico del Llano de la Horca. <<

[87] Santorcaz-Madrid: yacimiento arqueológico del Llano de la Horca. <<

[88] Santorcaz-Madrid: yacimiento arqueológico del Llano de la Horca. <<

[89] Santorcaz-Madrid: yacimiento arqueológico del Llano de la Horca. <<

[90] Río Henares. <<

[91] Lanza hecha enteramente de hierro, forjada de una sola pieza, que medía alrededor de 2 metros. Dotada de una punta muy corta, era frecuente que tuviera dos pequeñas aletas y, a veces, varios pequeños ganchos diseñados para dificultar la extracción de la punta de la herida, con objeto de provocar desgarros. <<



[92] Pueblo ibero o celtíbero vecino de los edetanos. Su capital pudo ser Túrbula (Teruel). Extraían un excepcional mineral de hierro de las sierras de Albarracín. <<



[93] Liria. Capital de los edetanos. Sus restos se encuentran en Tosal de San Miguel-Liria-Valencia. <<

[94] Marsella. <<



[95] Ullastret, poblado ibérico en Girona. Kesse, ciudad ibérica que se transformó en Tarragona. <<